

AAC5473 r 1

ENSAYOS BIOGRÁFICOS

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI,

Individuo correspondiente de la Real Academia Española
i de la Real Academia de la Historia

EDICIÓN OFICIAL

TOMO I



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA NÚM. 112

1893



EL JENERAL DON JOSÉ MANUEL BORGÑO

I

Introducción.—Ojeada jeneral sobre la vida de don José Manuel Borgoño.

Parece mui racional, según opinan autores eminentes, adaptar a la historia el método que el astrónomo, el navegante i el naturalista aplican al cielo i la tierra.

Examinan i apuntan a cada instante la latitud de los lugares, las variaciones de la atmósfera, los movimientos de las estrellas; estudian desde el árbol mas corpulento, que desafía al viento i las tempestades, hasta la yerbecilla mas humilde, que el pie de un niño despachurra, anotando con cuidado la mas pequeña circunstancia que pueda interesar a la ciencia.

Esas observaciones aisladas se encadenan en seguida; i el conjunto sirve para comprender el gran todo, i rastrear sus leyes.

Los hechos parciales son los hilos con que se va tejiendo esa inmensa tela llamada historia, cuya

primera parte sirve de pañal i la última de mortaja a un estado, cualquiera que sea su poder.

Muchos detalles preciosos se escaparían sin remedio, si no los asiésemos al pasar ante nuestros ojos; i tragados por el rápido torbellino de la vida social, se perderían para siempre.

Conviene, i mucho, que una nación, como una casa de comercio, lleve con puntualidad su libro diario i su libro de balances.

Los pormenores que mas importa conservar, son, a mi modo de ver, los que se refieren al carácter distintivo de los hombres que han contribuído a cambiar la faz de un país.

En sus ideas i sus sentimientos, en su cabeza i su corazon, talvez en sus apetitos, se encuentran a menudo la clave de los acontecimientos, el despejo de una incógnita, la interpretacion de un enigma.

Esas peculiaridades fisiológicas, sicológicas i anedóticas son las que destruye mas fácilmente la lima sorda del tiempo.

Si no quiere verlos disiparse como el humo, es preciso que el biógrafo se apresure a recoger esos datos de los coetáneos que pueden decir: he visto al sabio o al héroe; he sido su compañero de estudios o de armas; he sabido día por día sus propósitos, sus emociones, sus secretos.

¡Qué difícil es conocer a un hombre, aunque el sujeto observado sea uno mismo!

¡Cuánto varían nuestros juicios sobre un individuo determinado, según los formamos por la fama

pública, por relaciones de etiqueta o por un trato familiar!

Dependiendo, pues, el cabal cónocimiento de cada persona notable, i por consiguiente, el sentido de los sucesos en que ha influído, de tantas particularidades, no debe despreciarse ninguna; i el historiador se halla en la obligación imprescindible de averiguarlas entre los contemporáneos, antes de que desaparezcan con ellos.

La losa de la tumba acaba de cerrarse sobre don José Manuel Borgoño, uno de aquellos próceres cuya vida se conexiona con el nacimiento i fundación de la República.

Veterano de la independendencia, ha dejado estampada su huella en los alrededores de Talcahuano i en las llanuras de Maipo; ha seguido la bandera tricolor a las costas del Perú i al archipiélago de Chiloé; ha empeñado los primeros combates contra las hordas de los Pincheiras, que, apellidando la metrópoli i el rei, ensangrentaban las fértiles campiñas del sur.

Estadista concienzudo, ha manifestado sus opiniones con franqueza, i las ha sostenido con denuedo, cuando se ha tratado de dar al país la constitucion correspondiente.

Era lójico que el partido liberal, en cuyas filas militaba, buscase un apoyo en su espada; i era pro-

cedente que un jefe de sus merecimientos emplease su inteligencia i su influjo en defensa de una causa justa.

Es cierto que hermanos peleaban contra hermanos; pero él no había provocado la contienda, i no podía retirarse sin mengua.

Durante las disensiones civiles, como durante la guerra con España, ha desplegado la misma entereza de voluntad para proclamar sus principios.

Ni las amenazas, ni los peligros, ni las balas, ni la proscripción, ni la miseria, han podido arredrarle.

Tampoco le han doblegado ni seducido la expectativa de lucro, las promesas, los empleos, los halagos.

Su biografía está dividida en dos jornadas, entre las cuales hai completa unidad.

En la primera, ha peleado por la independencia de Chile; i en la segunda, ha trabajado por la reforma inmediata del réjimen colonial, como el complemento indispensable de la emancipación.

Su carácter desinteresado, recto i probo no se ha desmentido jamás desde el principio hasta el fin de su existencia.

Todo período de transición es climatérico.

El inmenso crisol, o mas bien horno, en que se forja el porvenir de un pueblo, hierve al calor de un fuego intenso, que comunica la fiebre a los obreros, lanzando un humo espeso, capaz de cegar a los mas perspicaces.

Sin embargo, nuestro protagonista, firme en sus convicciones i humano en sus afectos, no ha tomado una senda por otra, ni cometido vejaciones i violencias.

En medio de la crisis revolucionaria, su honor ha quedado tan puro, como el de los antiguos paladines.

Ningún borrón ha manchado su conducta de soldado, de ciudadano, de hombre.

En su vida pública i privada, no hai una bajeza.

Siempre esforzado en los combates, siempre leal en sus acciones, ha dejado la tierra, sin que su memoria sea odiosa para nadie.

Ha pertenecido a la escasa categoría de los políticos i militares a quienes, después de una discusión acalorada o de una refriega sangrienta, los mismos adversarios estrechan la mano con efusión, porque están persuadidos de la nobleza i sinceridad de su contendor.

Al recorrer su hoja de servicios, se nos presenta, no solo en los campos de batalla, sino también en las oficinas de la administración, donde ha ocupado altos puestos i ejecutado importantes trabajos.

Representante de Chile en Madrid, ha sabido aprovechar todas las circunstancias favorables para obtener el reconocimiento de la independencia, celebrando el tratado de paz mas ventajoso de los ajustados entre la metrópoli i las colonias americanas.

En la corte española, ha dado una muestra de

virtud republicana, rehusando en nombre de la igualdad una de esas cruces que con tanto afán otros solicitan.

Hai ciertamente en el jeneral Borgoño algo del tipo catoniano.

La gravedad de sus maneras imponía al acercársele i daba a su fisonomía un sello austero, que excitaba el mas profundo respeto; pero su afabilidad impedía luego que la impresión causada al principio dejenerase en antipatía.

La conducta irreprochable del hombre público estendía sus raíces en la tierra fértil de la familia; pues era tan buen padre i tan fiel amigo, como excelente ciudadano.

Con motivo del fallecimiento de don José Manuel Borgoño, sus compañeros de milicia han recordado sus conocimientos profesionales, su disciplina estricta, su valor impertérrito, sus proezas.

Esos jenios tutelares de Chile, mediante cuyos sacrificios la pobre colonia se ha convertido en nación independiente, han compuesto cada uno por su parte, una oración fúnebre que brilla por la exactitud, a pesar de ser un panejirico.

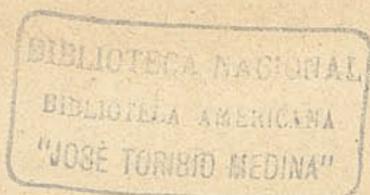
Todos ellos son testigos oculares de los hechos relatados, i merecen entero crédito por su intelijencia e imparcialidad.

En ese coro de alabanzas, no ha sonado una sola nota discordante.

He procurado recojer las noticias a que me refie-

ro i me he atrevido a bosquejar una sucinta biografía del ilustre jeneral.

Cuando uno se aleja de una gran revolucion, gusta de volver el rostro hacia atrás para contemplar las figuras de los hombres eminentes que la han llevado a cabo; como, cuando uno se retira de una gran ciudad, torna a mirar desde lejos las cúpulas i torres que se destacan en los confines del horizonte.



II

La revolución de la independencia es la escuela en que se forman nuestros capitanes i estadistas.—Afección de don José Manuel Borgoño a la milicia; es nombrado cadete de artillería; estudia matemáticas en Santiago.—Comienza a prestar sus servicios en el ejército.—Campana de 1814.—Don José Manuel Borgoño recibe el bautismo del fuego en la batalla del Membrillar.—Combate de Tres Montes —Pasaje de Río Claro.—Batalla de Quechereguas.—Esterilidad de la campana de 1814.—El ejército patriota marcha hacia el enemigo.—Tratado de Lircái.—Derrota de Rancagua.

La emancipación de una comarca esclavizada i la rejeberación de un pueblo sumido en la abyeción, se operan por lo común en medio de convulsiones i desgarramientos.

Una metrópoli dominante i un gobierno atrasado no sueltan voluntariamente la presa que oprimen entre sus garras.

Las repúblicas hispano-americanas han nacido bajo un bautismo de sangre.

Fue necesario que el fórceps viniese con su tena-

za de acero a arrancarlas escuálidas i macilentas del vientre materno.

Su prolongada i destructora lucha para conseguir la independeencia, i la no menos larga i sangrienta para constituir el sistema democrático, prueban la verdad de estos versos de Béranger:

En donde quiera que un estado empiece,
bañada en sangre cada espiga crece.

Los chilenos han tenido que conquistar palmo a palmo su territorio i que lidiar después a brazo partido para cimentar su gobierno.

Ese continuo batallar, invocando ya la razón, ya la fuerza, ha despertado su intelijencia i robustecido su valor.

Egrejios repúblicos i denodados capitanes se han formado en esa ajitada i peligrosa palestra.

Don José Manuel Borgoño nació en Petorca el año de 1792, siendo sus padres don Francisco Borgoño i doña Carmen Núñez.

Antes de que le apuntara el bozo, manifestó decidida vocación a la milicia.

Jugaba a los soldados con pepitas de sandía, que hacía maniobrar en una mesa de palo blanco; i capitaneaba a los chicos del barrio en grescas i ejercicios ejecutados en el patio de su casa.

El 4 de diciembre de 1804, fue nombrado cadete de artillería.

Contaba entonces doce años.

Aquel niño impúber dejó su hogar i su familia para incorporarse en el batallón fijo de infantería de Concepción.

Apenas recibió su despacho, pidió i obtuvo una licencia de dos años para cursar las matemáticas en Santiago.

Cuando los profesores le enseñaron cuanto se les alcanzaba, el adolescente continuó sus estudios por sí solo en los pocos libros que podía proporcionarse.

Esa ansia de instruírse es mui reveladora en una época de atraso i de inacción.

Don José Manuel Borgoño no debe ser incluído en esa turbamulta de oficiales adocenados, que solo saben blandir el sable i cargar impávidos cuando se les ordena.

Había deletreado por lo menos la cartilla de la ciencia bélica, llegando a ser uno de los militares mas distinguidos de Chile por sus conocimientos periciales.

La revolución de la independencia encontró, por lo tanto, en el entendido joven, un instructor inmejorable para disciplinar a los entusiastas reclutas que, sin saber manejar el fusil, desafiaban arrogantes al virrei del Perú.

Hombres de su temple eran indispensables, cuando había que improvisarlo todo, porque todo

faltaba, menos la voluntad de ser libres en algunos espíritus elevados.

Era menester adiestrar el hombre i el caballo, i fabricar las armas i los trajes.

Mientras tanto, la pobreza del erario era tan grande, que, entre los donativos patrióticos, se recibía i publicaba el de pantalones i zapatos usados.

La construcción de reductos en la frontera del sur, la reparación de los fuertes deteriorados, el apresto de materiales bélicos i la enseñanza de los cadetes i aun de los soldados, fueron comisiones que Borgoño desempeñó con una prontitud i celo dignos de todo encomio.

El 19 de diciembre de 1811, fue nombrado subteniente de artillería; i el 19 de setiembre de 1812, teniente de la misma.

La pequeña brigada de artilleros que en 1813 entró en campaña, fue reunida i aleccionada por él en la ciudad de Talca.



El año de 1814 comenzó para Chile con la suave claridad de una aurora, i terminó con la roja llama de un incendio: triúnfos al principio; una catástrofe, al fin.

El ejército patrio compuesto de dos divisiones, la una al mando de don Bernardo O'Higgins i la otra al de don Juan Mackenna, i el ejército español bajo las órdenes de don Gabino Gaínza, abandonaron

sus respectivas posiciones para dirigirse hacia el norte.

El objeto ostensible i verdadero de este movimiento era en los independientes cubrir la capital; i en los realistas apoderarse de ella.

Ambos marchaban impelidos por el mismo acicate, aunque con propósito diverso.

Chile se convirtió así en un inmenso estadio, en que se disputaban la palma de la carrera, no dos individuos, sino dos ejércitos.

Don José Manuel Borgoño escuchó por primera vez el silbido de las balas enemigas el 20 de marzo de 1814 en el Membrillar, paraje situado al norte de la confluencia del Ñuble i del Itata, donde había acampado la división mandada por don Juan Mackenna.

Los españoles avanzaron hasta un tiro de pistola de las trincheras, i atacaron el campamento con arrojo; pero solo encontraron muchos la muerte, i todos la derrota.

Don Juan Mackenna alaba la conducta de Borgoño en aquella gloriosa victoria.

«En el cuerpo de artillería (dice en el parte circunstanciado dirigido a O'Higgins), los bravos capitanes don Nicolás García i don Manuel Zorrilla se portaron como siempre, lo que es su mayor elogio: aquél, durante todo el ataque, se halló en la

peligrosa posición del flanco del reducto de la derecha, sirviendo una pieza de a ocho con la mayor serenidad en medio del más vivo fuego de metralla i fusilería. El teniente don José Manuel Borgoño se distinguió, i toda la tropa de este valeroso cuerpo.

La pequeña brigada en que militaba Borgoño, aplaudió mucho el comportamiento de su teniente, que no había saludado las balas durante la refriega, esto es, que no había inclinado involuntariamente la cabeza cuando zumbaban en su rededor: el joven recién fogueado las había mirado con el desprecio de un amo a sus criadas.

La marcha de los ejércitos, interrumpida un momento, volvió a proseguir su curso rápido.

La misma dirección, la misma espuela, la misma meta.

El ejército de O'Higgins i de Mackenna i el de Gaínza atravesaron en una misma noche el caudaloso Maule.

Una vez pasado, continuaron su marcha sin variar de dirección.

La proximidad de las dos huestes hacía inevitables los encuentros parciales.

El 7 de abril una partida del ejército patriota, se batió en el lugar denominado Tres Montes con otra del realista, que fue derrotada por la primera.

Uno de los cañones que los patriotas llevaban consigo, era dirigido por el teniente Borgoño.

Concluído el tiroteo i enterrados los muertos, los dos ejércitos tornaron a ponerse en movimiento.

Los caminos, las cercas, el terreno, la vejetación, el cultivo, el paisaje, la perspectiva, iban cambiando de legua en legua; pero los belijerantes conservaban su posición estratéjica, su prisa, su punto de mira.

Los partidarios de la metrópoli querían aplastar en Santiago la cabeza de la insurrección.

Los innovadores se esforzaban por conservar su centro de acción i la fuente de sus recursos, manteniendo bajo su poder las provincias mas ricas i menos asoladas por los rigores de la guerra.

O'Higgins ponía todo su conato en colocar ante el enemigo una muralla de soldados, erizada de bayonetas, que contuviese su ímpetu.

Hubo un momento en que la fortuna pareció adjudicar a los secuaces del rei el premio de la precipitada carrera en que se hallaban empeñados.

Al llegar nuestro ejército a las márgenes de Río Claro, percibió en la opuesta ribera un cañón defendido por una división española, pronto a vomitar la muerte sobre los temerarios que osasen avanzar.

Otro cuerpo de tropa sostenía a corta distancia esta fuerte posición.

Partidas de caballería bien montadas estaban situadas en lugares convenientes para impedir el pasaje.

Los soldados de la libertad no desmayan, sin embargo; i colocan sobre el barranco del río dos piezas de artillería, cuyas balas perfectamente dirigidas, barren las filas enemigas, arrollando sus escuadrones, que retroceden en desorden.

Don José Manuel Borgoño gobernaba i apuntaba una de esas piezas.

El tránsito quedó franco i espedito; i nuestro ejército pudo pasar sin estorbo ni tropiezo.

El héroe de esta jornada fue el teniente de artillería recién nombrado.

Rayaba apenas en los veintidos años; i, según se ha visto, había espuesto ya en diversas ocasiones su pecho al plomo i al acero de los realistas.

El impertérrito joven se trasladó con su compañía a la otra orilla, en donde obligó de nuevo a sus adversarios a replegarse.

El Monitor Araucano consigna, en el número 34 del tomo II, que el buen éxito del combate se debió a la voz decisiva del cañón.

«El día 7 de abril, dice, fue derrotada por el ejército restaurador una división enemiga de setecientos fusileros al mando del pérfido Calvo, que sufrió considerable pérdida. El enemigo procuró impedir el paso del Río Claro; pero fue fugado por el cañón. Hasta ahora, todo se ha humillado al cañón de la patria».

No gusto de apoteosis: me limito a reunir en un haz todos los datos que he colectado sobre la vida de un personaje culminante de nuestros anales.

Para que se vea que la admiración no me arrastra, voi a invocar el testimonio respetable de don Diego José Benavente, actor en estos hechos de armas, de que ha sido cronista.

Léase el trozo siguiente, que copio de la *Memoria sobre las primeras campañas en la guerra de la independencia de Chile*:

«Continuamos nuestra marcha hacia Río Claro, siempre con el objeto de interponernos entre la capital i el enemigo; pero éste, que conocía la importancia de este paso, se había adelantado, i tenía una división en las casas de Parga, i otra como diez cuadras mas abajo, con un cañón, guardando el camino por donde precisamente debíamos pasar. Sobre la alta barranca del río, se situó ventajosamente nuestra artillería; i bajo sus fuegos, dirigidos con todo acierto por el teniente don José Manuel Borgoño, lo atravesó la caballería de Benavente, obligando al enemigo a retirarse i dejar libre el paso para todo el ejército, que a las cuatro i media de la tarde sentó sus reales en las casas de la hacienda de Quechereguas».

La noche echó su sombra, su paz i su sueño sobre los combatientes de uno i otro bando.

El fundo de Quechereguas, situado entre la villa de Molina i la marjen sur del Lontué, debía bendecirse, o mas bien consagrarse, con sangre de valientes.

El 8 de abril, al amanecer, los españoles atacaron nuestro campamento sin ningún éxito.

El 9 renovaron el ataque; pero fueron rechazados igualmente.

Esas dos enormes oleadas habían venido a estrellarse, no contra rocas, sino contra líos de charqui i tercios de sebo, que los chilenos habían utilizado apresuradamente para atrincherarse.

Es verdad que, detrás de esos parapetos delezna- bles, había corazones jenerosos, brazos fuertes, fusiles, cañones.

La artillería desempeñó un papel importante en ese doble ataque.

Don José Manuel Borgoño estuvo entre los vencedores.

El 20 de abril de 1814, el benemérito teniente fue ascendido a ayudante mayor; i el 12 de setiembre del mismo año, recibió el despacho de capitán de artillería.

El jeneral Gaínza se retiró llevando en su pecho un nido de víboras: la rabia de un plan frustrado, el torcedor de una derrota, el convencimiento de su impotencia.

El Monitor Arancano consignaba en el número 35 del tomo II, 15 de abril de 1814:

«Según las últimas noticias, el enemigo continúa su fuga; se ha replegado a Talca; i se cree pase el Maule. Ha sufrido una deserción mui considerable, que se asegura ser de seiscientos hombres. Va derrotado, i lleno de terror i confusión».

La campaña de 1814 fue gloriosa, pero estéril.

Los triúnfos quedaban cortos, si es lícito espresarse de este modo: no llegaban mas lejos que las balas de los fusiles i cañones.

No se sacaban de ellos todas las ventajas que habrían podido dar con un poco de audacia.

Los patriotas se satisfacían, permaneciendo dueños del campo de batalla, sin ir mas allá del horizonte a que su vista se extendía.

No procuraban anonadar al enemigo o ponerle en la imposibilidad de rehacerse.

Su acrisolado valor fue contenido por una prudencia excesiva.

Prosigo mi narración.

El Monitor Araucano va a darnos noticias del ejército acampado en Quechereguas, en cuyas filas había sobresalido Borgoño.

El 26 de abril, el periódico oficial anunciaba:

«En nuestro ejército del sur, no hai novedad alguna».

El 20 agregaba:

«El ejército continúa sin novedad; pero su entusiasmo i disciplina son sobre todo elojio. Se le han remitido vestuarios, dinero i pertrechos. Tiene ya caballos en abundancia».

El 3 de mayo, decía: _____

«El 28, salió nuestro ejército de las Quechereguas.

«El 29, se hallaba en los montes de Guajardo; i

«El 30, se iba a situar en Pilareo.

—«Ya hemos (dice el jeneral en jefe) empezado a hostilizar al enemigo. Esta noche, han hecho prisioneros las guerrillas del capitán Molina i del teniente Pinto a tres hombres con varios caballos de una partida enemiga, que salió de Talca con el objeto de recojer ganados; i debo presumir hayan caído ya en nuestras manos por la eficacia de dichas guerrillas, que les perseguían a poca distancia i bien montados.—

«Según las noticias recibidas el día 2 en la mañana, estaba aun pendiente la entrevista de los jenerales en orden a las negociaciones. Concluída ésta, se publicarán todos los documentos relativos a este interesante asunto.

«No solo por las noticias seguras que se tienen, sino a juicio de personas respetables, el ejército se halla en un pie formidable respecto al del enemigo; su inmedación debe imponerle; i además pone el territorio cercano al abrigo de las correrías

i rapacidad de unas tropas a quienes se permite el pillaje en lugar de las pagas, estando reducidas a dos pesos mensuales.

«Se asegura que es jeneral el descontento del vecindario de Talca, donde reinan la tristeza i el silencio; i que, en una noche, fueron asesinados tres centinelas, habiendo amanecido uno con la cabeza separada del tronco.

«Aquella plaza será atacada, i sufrirá todos los horrores de la guerra, si dura en su obstinacion el jeneral enemigo; i ¿quién será responsable de todas las calamidades? Chile, por su moderación i justicia, i por las proposiciones mas admisibles, se ha puesto a cubierto delante de Dios i de los hombres.

«La Divina Providencia no dejará de bendecir unos esfuerzos que inspiran la necesidad i el celo por unos derechos preciosos, que recibimos del cielo i que distinguen al hombre de las bestias. La conducta actual de Chile será aprobada por toda Europa, cuando se le informe de las presentes ocurrencias; i se cubrirá de descrédito la memoria de los que por particulares intereses hayan preferido la efusión de sangre».

Dejémonos de tapujos i reticencias, en que las frases pomposas no alcanzan a ocultar una realidad repelente, como algunos hilos de oro i de plata no bastan a encubrir un vestido hecho harapos.

El ejército chileno estaba engreído con sus triunfos, pujante por los auxilios de hombres, víveres i cabalgaduras, deseoso de combatir; pero la verdad es que no iba a debelar al enemigo, ni a recuperar a Talca, sino simplemente a servir de instrumento compulsivo para celebrar un tratado con el jefe español.

El Monitor Araucano lo daba a entender a medias palabras i lo decía entre dientes.

Bien necio había de ser el que no lo comprendía.

Efectivamente, el 3 de mayo de 1814, en la orilla del Lircai, don Bernardo O'Higgins i don Juan Mackenna por una parte, i don Gabino Gaínza por la otra, ajustaron un convenio, en virtud del cual Chile reconocía por su monarca al señor don Fernando VII, a trueque de algunas franquicias políticas i comerciales, todas ilusorias.

La perspectiva favorable a España que ofrecía la guerra europea, i la influencia del comodoro inglés Mr. Santiago Hillyar, habían sido las causas determinantes de ese traspie político.

El convenio de Lircai debía desencadenar una tempestad sobre el país.

El sometimiento al antiguo yugo i el cambio consiguiente de bandera, fueron mirados como una ignominia insoportable, proclamada ante el mundo entero.

Las circunstancias agravaban esa retractación vergonzosa.

Fíjese el lector en que nuestro ejército constantemente victorioso, se hallaba en situación de aniquilar al enemigo.

Ese pacto aciago produjo un descontento profundo en todos o casi todos los ciudadanos.

¿Qué sabían ellos de la pólvora que se quemaba en el viejo mundo i de las intrigas que se urdían en sus cortes?

Un individuo o un gobierno puede proceder bajo la aprensión de futuros contingentes; la multitud solo obra arrastrada por la pasión del momento.

La reprobación fue abrumadora.

Hubo protestas, vociferaciones, disturbios, una revolución que derribó al gobierno que había firmado la convención.

Hubo, lo que es peor, una batalla en que corrió sangre de hermanos.

Don José Manuel Borgoño, aunque censuró el malhadado convenio, evitó tomar parte en la contienda civil.

El jeneral don José Miguel Carrera, miembro principal de la junta que había subido al poder, le confirió el cargo de ayudante mayor de artillería que había obtenido durante el gobierno anterior.

El pacto de Lircái fue una tela de araña tejida en mala hora, que aprovechó exclusivamente a los invasores, a quienes libertó de una ruína completa.

Bajo este aspecto, merece guardarse en un rincón oscuro de nuestra historia.

La República Arjentina conservó su entereza ante peligros remotos abultados por la cavilosidad; i su independencia no sufrió ningun eclipse momentáneo.

El virrei del Perú desaprobó el tratado.

El jeneral don Mariano Ossorio vino a reemplazar a don Gabino Gaínza, trayendo refuerzos, pertrechos, dinero.

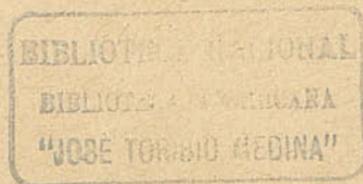
Los españoles atacaron a los patriotas en Rancagua.

Vencieron después de una batalla de dos días.

Contaron en su favor el número, las armas, el incendio, el humo, una sed devoradora, la carencia de municiones, i mas que todo, la discordia de sus adversarios.

La catástrofe de Rancagua sorprendió al capitán Borgoño en el momento de incorporarse en el ejército con seis cañones.

La completa sujeción del país le obligó a esconderse en las inmediaciones de Talca, esperando que llegase la hora de volver a las armas i de rasgar el lúgubre sudario echado sobre la República desde la cabeza hasta los pies.



III

Los gobiernos de Ossorio i de Marcó promueven con sus vejaciones el espíritu de independencia en Chile.—Don José Manuel Borgoño resuelve alistarse en el ejército libertador.—El teniente coronel don Ramón Freire se aposta con un destacamento en el paso del Planchón.—Borgoño escapa afortunadamente de ser fusilado por Miguel Neira, i se incorpora al destacamento de Freire.—Don José Manuel Borgoño toma parte en el sitio de Talcahuano.—Sorpresa de Cancharrayada.—Batalla de Maipo.—Combate en el callejón i casas de Espejo.—Gratitud que se debe a los guerreros de la independencia.—Don José Manuel Borgoño es promovido al grado de teniente coronel el 13 de abril de 1818, i nombrado comandante jeneral de artillería en el ejército libertador del Perú el 8 de noviembre del mismo año.—Importancia creciente de la artillería en la guerra de la independencia.

Después de la derrota de Rancagua, se abre en nuestra historia un paréntesis de despotismo, de miseria, de opresión, de tropelías, en el cual acaban de desarrollarse los jérmenes revolucionarios sembrados en el suelo de Chile por los caudillos de la emancipación.

En el período precedente, la convocación de las juntas gubernativas i de los congresos, la intervención del pueblo en los negocios públicos, las agitaciones de la calle i de la plaza, el entusiasmo despertado por las victorias de los soldados patriotas, habían ahuyentado en algunas almas el sopor infundido por el régimen colonial.

Don José Miguel Carrera, miembro de una de las familias mas condecoradas del país, había estendido la mano a los hombres de mérito, aunque sus antepasados no hubiesen figurado entre los conquistadores; había hecho arrancar de noche los escudos de armas ostentados en el frontis de los viejos caserones; había proclamado la independencia de la colonia, si no en un acto oficial i solemne, por lo menos de palabra, por escrito, en la bandera.

La revolución iniciada el 18 de setiembre de 1810 contaba algunos prosélitos convencidos i resueltos.

Sin embargo, esos mismos alborotos, elecciones, tumultos, combates i reformas se habían presentado como desórdenes intolerables a muchos de nuestros asustadizos abuelos, que solo se conmovían de tiempo en tiempo por la llegada de un capitán jeneral o la muerte de un obispo, i de año en año por la procesión del patrón Santiago.

Las turbulencias e innovaciones habían servido de motivo o pretesto para que una porción de apocados magnates volviesen las espaldas a la causa nacional o se manifestasen fríos ante ella.

La conducta impolítica i tiránica de los ajentes de la metrópoli, que castigaron sin piedad a los súbditos recién sometidos, como los amos azotaban a sus esclavos fujitivos una vez capturados, no dejaron a los ciudadanos tibios o indiferentes otro arbitrio, que precipitare en brazos de la revolución.

Grandes i pequeños, aristocracia i populacho, todos los nacidos en Chile, tuvieron que jimir durante el restablecimiento del antiguo yugo.

Aunque parezca una paradoja insostenible, el hecho es que Ossorio i Marcó deben colocarse entre los principales promotores de la independendencia.

Sus bandos de buen gobierno fueron proclamas incendiarias en contra del sistema restaurado.

San Bruno i los Talaveras, mas que soldados, eran sayones ocupados en atormentar a la población.

El carácter feroz de esos jenízaros sin entrañas, reclutados en los presidios, según se aseveraba, les llevó hasta el extremo de finjirse renegados de su causa, con el objeto de acuchillar en la capital a los imprudentes que les hubiesen dado crédito.

El pueblo en masa aceptó la emancipación por odio a los satélites que le vejaban i oprimían.

El palo, el látigo, la confiscación, el impuesto de guerra, el servicio personal, la relegación, la cárcel, formaban el tratamiento ordinario del país reconquistado.

No exajero.

Dados estos antecedentes, era lójico que todos

los chilenos se levantarán como un solo hombre luego que las huestes libertadoras pisaron su territorio, i que a los pocos días de una derrota triunfasen en Maipo.

Los dos años anteriores les habían enseñado lo que podían esperar de los españoles.

Borgoño tuvo que presenciar todas estas iniquidades con los brazos cruzados i sufrir el martirio de no poder vengarlas.

Después de la ruína de la patria, había enterrado su espada envuelta en una lona, resto de una tienda de campaña.

Apenas se anunció la próxima llegada del ejército restaurador, su entusiasmo le impelió al puesto mas peligroso.

Sacrificó los sentimientos mas dulces de su corazón en el ara del bien público; dejó el lado de una esposa querida, doña Mercedes Vergara, con quien se había enlazado hacía mui poco tiempo; desenterró su espada, cuya hoja estaba tan tersa i bien templada como su valor; i se internó en las serranías inmediatas a Talca.

Ese abandono del hogar doméstico en las circunstancias descritas podría tener cabida en los tiempos heroicos o en las páginas del *Romancero*.

El jeneral San Martín, antes de ponerse en marcha, se empeñó particularmente en desorientar al enemigo acerca del punto por donde iba a pasar los Andes, habiendo tomado tan bien sus precauciones que logró ocultarle su camino.

Semejante secreto fue guardado con cien llaves: el sijilo importaba la vida de un ejército i la redención de una república.

Si los españoles hubieran sido mas sagaces, los patriotas habrían cruzado con suma dificultad esa valla gigantesca.

«Los obstáculos que ha opuesto la naturaleza (dice el jeneral Miller en sus *Memorias*) al paso de cuerpos numerosos por esta elevada cordillera, no pueden concebirse, sino por aquellos que han atravesado tan enormes montañas. Una nueva clase de guerra pudiera hacerse en ellas con poca jente, capaz de contener los esfuerzos de un ejército numeroso. Con la ayuda de algunos rústicos trabajos de campaña, podrían impedir siguiera avanzando la mas fuerte división; i dando un rodeo, podrían caer sobre la retaguardia, i por trabajos iguales encerrarla entre horribles desfiladeros i montañas desiertas, de donde no podría escapar ni un solo hombre».

San Martín aparentó escojer uno de los caminos del sur, que son los mas suaves i transitables.

Hizo mas.

Solicitó de los pegüenches el permiso de pasar por su territorio, halagado con la esperanza de que

los salvajes delatarían su petición a la autoridad española, como lo hicieron en efecto.

Para hacer mas completa la ilusión que iba a diseminar los tercios realistas en una vasta extensión, imaginó un ardid cuya temeraria ejecución encargó a un jefe digno de darle cima, al entonces teniente coronel, hoy capitán jeneral don Ramón Freire, ese audaz guerrero «cuyo caballo no ha dejado en Chile piedra de que no haya hecho saltar chispas en servicio de la patria».

El coronel Freire marchó con cuarenta granaderos a caballo i sesenta cazadores, provistos cada uno de varias casacas i de armas de diversas clases.

Ese pequeño cuerpo fue a apostarse en el paso del Planchón como la vanguardia del ejército patriota.

La empresa no podía ser mas arriesgada, a pesar de haberse aumentado el destacamento con numerosos reclutas.

El jefe tenía que luchar con dos dificultades enormes.

Necesitaba imponer por sus prendas personales a una jente colecticia, díscola e indisciplinada, que había allegado sin atender a otra calidad que a un coraje indomable.

Debía, en seguida, burlar la persecución de los batallones españoles que se habían precipitado hacia aquel lado i que podían abrumarle bajo su número.

Para conjurar ese peligro, i lograr el objeto de su espedición, Freire hacía que su reducida tropa se presentase ya como un escuadrón de lanceros, ya como uno de dragones, etc., inventando mil ingeniosos disfraces, a fin de multiplicarla ante los agresores.

El estratajema surtió su efecto.

Esa escena de ópera cómica viene a introducir un episodio jocoso en la grandiosa epopeya de la independencia americana cuya acción se desarrollaba en dos mundos.

El capitán Borgoño había resuelto ponerse bajo las órdenes del teniente coronel Freire para ayudarle en el buen éxito del importante cuanto atrevido proyecto, cuya ejecución se había confiado a éste.

Pero, antes de reunirse con él, había querido llevarle algún continjente a mas de su pensamiento, su brazo i su espada.

Guiado por tal propósito, uno de sus primeros pasos fue abocarse con Miguel Neira, que había organizado una montonera en los bosques que cubren las faldas de los Andes.

Este audaz cabecilla era un amasijo singular de buenas i malas calidades: un patriota injerto en un bandido.

Su tropa moraba entre las rocas, breñas i florestas: una bandada de águilas i buítrés, sesenta o setenta, albergada en un nido de piedra oculto entre el follaje.

El saqueo le proporcionaba caballos, vestuarios, víveres.

Atacaba sorpresivamente, no solo los predios de los realistas, sino a veces las mismas poblaciones.

Neira se había hecho temible: su nombre había pasado la cumbre de los Andes.

El jeneral San Martín, deseando atraerle a su causa, le había escrito la siguiente carta, que el guerrillero llevaba consigo como una patente de honor:

«Al señor Miguel Neira, comandante de partida patriótica.—Donde se halle.»

«Diciembre 3 de 1816.

«Mi estimado Neira:

«Sé con gusto que está usted trabajando bien. Siga así; i Chile es libre de maturrangos.

«Dentro de poco tiempo, tendrá el gusto de verle su paisano i amigo,

SAN MARTÍN.

«Posdata: Si necesita armas i municiones, avísemelo, rabiando para enviarlas».

Marcó del Pont había ofrecido públicamente mil pesos al que le entregase la cabeza de Neira.

El reyezuelo de la montaña recibió brutalmente

a don José Manuel Borgoño; no prestó atención a sus palabras; i le mandó fusilar sin mas trámite, so pretesto de que era un realista encubierto.

La verdad del caso es que deseaba apropiarse el uniforme del capitán, por lo cual cuidó de disponer que se le ejecutase en mangas de camisa.

Felizmente, el patriotismo sofocó el instinto de rapiña en el corazón del bandolero; i la orden de muerte fue revocada.

El joven oficial pudo salvar su piel i su casaca bajo la promesa solemne de enviar un traje militar completo, mas vistoso i menos descolorido, que el codiciado.

Después de esta peligrosa aventura, el vencedor del Membrillar, Río Claro i Quechereguas se apresuró a incorporarse en el destacamento estacionado en el Planchón.

De este modo, aunque don José Manuel Borgoño no se encontró en la acción de Chacabuco, contribuyó eficazmente a su buen éxito.

Todos saben que la diversión ocasionada por las acertadas maniobras de la partida capitaneada por don Ramón Freire impidió la concentración de las fuerzas realistas.

Los independientes volvieron a enseñorearse de casi todo el país.

El pabellón español flameaba todavía en Talcahuano, posición excelente que unas cuantas forti-

ficaciones podían convertir en baluarte formidable contra los vencedores de Chacabuco i en puerta franca de comunicación con el Perú i la metrópoli.

El coronel don José Ordóñez mandaba la plaza.

Su valor i habilidad hacían temibles a los esquil-
mados restos que se guarecían en ella.

La hueste patriota vino a estrellarse contra sus trincheras guardadas por setenta cañones de todos calibres.

Ese pequeño recinto de tierra rodeado de bastiones por una parte i del mar por la otra, soportó el empuje de los asaltantes con la misma firmeza que sufría el embate de las olas.

Dos veces el ejército libertador puso estrecho sitio a Talcahuano; pero dos veces se vio obligado a desistir de su intento.

Primero, las copiosas lluvias de un crudo invierno le precisaron a retirarse a Concepción; i en seguida, la noticia de la llegada del jeneral Ossorio con poderosos refuerzos le hizo levantar el campo.

Don Bernardo O'Higgins fracasó delante de Talcahuano, como don José Miguel Carrera había fracasado delante de Chillán.

Observaré, no obstante, que, aun cuando la plaza no fué espugnada, los sitiadores consiguieron durante el cerco valiosos triúnfos parciales e hicieron una amplia cosecha de laureles.

El sitio de Talcahuano es uno de los capítulos mas brillantes en la historia de la guerra de la independencia de Chile.

Don José Manuel Borgoño vino a tomar parte en el asedio después de una corta residencia en Talca adonde había ido para dar un abrazo a su mujer entre combate i combate. (1)

El distinguido oficial se comportó en esta ocasión con su impertérito valor i su acostumbrada pericia.

El 10 de julio de 1817, fue promovido a sarjento mayor de artillería.

Los tiros de sus cañones tuvieron por blanco, no solo la fortaleza, sino también las embarcaciones contrarias, que auxiliaban a la guarnición.

Leo en un parte fechado el 26 de julio de 1817, enviado por don Bernardo O'Higgins a don José de San Martín:

(1) El erudito escritor, don Diego Barros Arana refiere de este modo en su *Historia Jeneral de Chile* la incorporación de Borgoño en el ejército que sitiaba a Talcahuano:

«En Talca, don Bernardo O'Higgins llamó al servicio al antiguo oficial del ejército de la patria don José Manuel Borgoño, dirijiéndole al efecto un oficio en que, recordando los honrosos antecedentes de éste, le encargaba que se reuniese al mayor Arcos a su paso por Talca, i que con él marchase a Concepción. Este oficial correspondió desde el primer momento a las esperanzas del director supremo.

«En carta confidencial dirijida a San Martín desde Concepción el 18 de junio, O'Higgins le decía a este respecto lo que sigue: «En mi tránsito por Talca, me encontré con don José Mannel Borgoño, capitán que fue del ejército de la patria. Su buena disposición, juiciosidad i talento me indujeron a nombrarle para que con Arcos viniese al ejército. Por su comportación apreciable, i por la necesidad de un sarjento mayor en la artillería le he señalado al efecto. Espero tenga la aprobación de usted; i no dudo le agrada cuando le conozca». Borgoño fue, en efecto, antes de mucho tiempo uno de los oficiales mas estimados de San Martín i de su mayor confianza».

Nota del editor.

«En la noche del 22, se bombardeó la plaza con mas que regular acierto, dirijiendo las punterías el sarjento mayor don José Manuel Borgoño».

La mala calidad del material bélico empleado por los artilleros, era tal, que no podía usarse sin destruirse en el acto.

En el mismo parte citado, se espresa:

«El 23 continuó el fuego de obús i de dos piezas de a cuatro colocadas sobre un mamelón avanzado como dos cuadras de nuestra línea sobre Talcahuano con el fin de desalojar cinco botes que ocupaban la laguna que defiende el costado izquierdo del enemigo. Fue contestado por siete baterías, la cañonera i los botes, hasta que, inutilizado el cureña-je de los obuses por su pésima construcción, mandé cesar el fuego».

En los primeros días de enero de 1818, arribó a Talcahuano la espedición conducida por el brigadier don Mariano Ossorio.

O'Higgins, sabedor de su próxima llegada, había levantado el sitio para reunirse con San Martín.

El ejército patriota se hallaba en el pie mas brillante.

El distinguido militar arjentino don Juan Lavalle decía en un raptó de entusiasmo en medio de los aplausos de sus camaradas:

—Dios mismo no podría vencer esta falanje.

¡Frajilidad de la previsión humana!

En la noche del 19 de marzo de 1818, el ejército español atacó sorpresivamente a su contrario en Cancharrayada, llano situado a inmediaciones de Talca; i le puso en completa dispersión.

La oscuridad había sido su cómplice.

«En la funesta noche del 19 de marzo de 1818 (dice don Diego Barros Arana en una excelente *Biografía de don José Manuel Borgoño*), este jefe, al frente de una brigada de artillería, servía en la tercera división del ejército patriota sobre la cual cayeron en confusos pelotones los derrotados de la segunda división, i después los cuerpos españoles que los atacaban. En medio de la turbación jeneral, el mayor Borgoño conservó su sangre fría; dispuso la retirada de sus cañones i marchó con ellos por el mismo camino que seguían los restos destrozados de aquellas dos divisiones del ejército. Al llegar a las orillas del río Lircai, el desorden i la confusión iban en aumento por la tenaz persecución de los españoles. El paso del río presentaba, por sus barrancos i cortaduras, serias dificultades para el transporte de los cañones; pero Borgoño, que conservaba siempre su serenidad, mandó hacer unos grandes hoyos en las inmediaciones del río; arrojó en ellos sus cañones; i no se retiró hasta no dejarlos perfectamente cubiertos con tierra para que el enemigo no los percibiera al día siguiente. Este arbitrio le dio los resultados que esperaba».

El jeneral francés Miguel Brayer, cuyo nombre

figura varias veces en la historia de las campañas de Napoleón, i que consideraba posible la resistencia de la Francia después de la derrota de Waterloo, opinaba que la ruína de Chile estaba consumada después de Cancharrayada.

Es el caso de esclamar nuevamente, a riesgo de pasar por un predicador de vulgaridades:

¡Miopía humana!

No, mil veces no.

Nunca debe desesperarse, como decía Camilo Henríquez.

Nada estaba perdido, excepto la batalla de Cancharrayada.

A los trece días, después de haber emprendido los independientes una retirada de ochenta leguas, aguardan de nuevo al invasor resueltos a vencer o morir, pues saben que detrás de las bayonetas enemigas vienen el yugo, el oprobio, la miseria, la esclavitud, la muerte.

La indignación ha convertido el desaliento en entusiasmo i ha hecho enmudecer todos los intereses ante la caída de la República, presentando el pueblo de Santiago i los alrededores la majestuosa actitud de algunas naciones antiguas, cuando resolvían sepultarse bajo los escombros mas bien que recibir la lei extranjera.

Esta enerjía se comunica a los veteranos, no obstante su anterior descalabro; i a los numerosos

reclutas, que lo eran en todo, menos en el amor a la patria.

Había soldados tan bisoños, i tan poco acostumbrados a las maniobras militares, que se tomaban del brazo, para poder conservar sus respectivos puestos.

El jeneral don José Ignacio Centeno me ha referido haber visto que compañías enteras de los cuerpos chilenos marchaban en esta forma.

Los sostenedores del sistema colonial venían enorgullecidos por su reciente victoria; i contaban en su número a los batallones Burgos e Infante Don Carlos, famosos en Europa misma.

La confianza de los guerreros españoles correspondía a la esperanza que sus correligionarios vinculaban en la fuerza de sus brazos.

En Lima, se aguardaba que Ossorio tornaría de un momento a otro, trayendo consigo las cabezas de O'Higgins i de San Martín.

El anhelo por el combate era tal, que la opinión de Ordóñez, ese jefe que no veía delante de sus pasos mas que flores, según la espresión de Torrente, acabó por prevalecer sobre la del mui prudente Ossorio, que no descubría ante su vista, sino un camino de abrojos.

El ejército realista salió de Talca hacia Santiago irritado con su jeneral en jefe.

Le acusaba de no haber tomado parte en la acción de Cancharrayada i de haber opuesto incon-

venientes a su marcha triunfal por emulación a Ordóñez.

Los soberbios vencedores querían moverse a toda costa, andar, correr, para destruir a los insurjentes.

Querían descansar de sus fatigas en la capital.

Los reconquistadores alcanzaron hasta Maipo, donde reposaron i reposarán por toda la eternidad.

Allí dejaron sus huesos.

La figura de don José Manuel Borgoño se destaca en ese llano memorable envuelta en una nube de pólvora.

La acción se había trabado entre el ala derecha del ejército patriota i el ala izquierda del ejército realista.

Entre tanto, el mayor Borgoño se había situado con ocho piezas de artillería en la Loma Blanca.

Desde esa plataforma natural, el esperto comandante, discerniendo con el mayor tino la ocasión oportuna, empezó a menudear metralla sobre la división española, manteniendo un fuego tan nutrido, que algunos veteranos de la independencia aseguran no haber escuchado en su vida otro mas sostenido i mortífero.

Los cañones tronaban en la altura i un humo denso cubría aquella parte del campo.

Cuando el viento adelgazó esa negra cortina, apareció desordenada la caballería enemiga.

Con todo, la izquierda española solo había vacilado.

Habiéndose rehecho, se precipitó con brío sobre los independientes, que a su vez trepidaron i comenzaron a retroceder; pero las balas de la batería mandada por Borgoño fueron dirigidas con tal acierto, que, pasando por encima de las cabezas de sus compañeros de armas, iban a caer a veinte pasos de distancia en medio de las filas realistas.

Los patriotas cobraron nuevo aliento i volvieron a luchar con ventaja, auxiliados por la reserva.

Algunas cargas de caballería i de infantería decidieron la derrota.

Al fin los nuestros se apoderaron de las posiciones enemigas que tomaron a la bayoneta, bañadas en sangre.

Don Diego Barros Arana refiere en la biografía citada la anécdota siguiente:

«Cuéntase que San Martín miraba desde el cuartel jeneral el rumbo que tomaba el combate e impartía sus órdenes para acelerar la marcha de las tropas, i que, no pudiendo ocultar su júbilo, exclamó:—La victoria es nuestra. Ese mayor Borgoño sabe dirigir las balas de cañón, como un buen jugador puede picar las bolas de un billar».

El jeneral San Martín elojia cumplidamente el comportamiento de don José Manuel Borgoño en el parte que con fecha 9 de abril de 1818 pasó al gobierno de Chile:

«Entretanto, el fuego se empeñaba del modo mas vivo i sangriento entre nuestra izquierda i la

derecha enemiga (ésta la formaban sus mejores tropas) i no tardaron en venirse a la carga formados en columna cerrada, i marchando sobre su derecha a la misma altura otra columna de caballería. El comandante Borgoño había remontado ya la loma con ocho piezas de artillería de Chile que mandaba, i que destiné a nuestra izquierda con el objeto de enfilear la línea enemiga. Él supo aprovechar este momento e hizo un fuego a metralla tan rápido en sus columnas, que consiguió desordenar su caballería. A pesar de esto, i de los esfuerzos de los comandantes Alvarado i Martínez, que mostraron mas que nunca su bravura, nuestra línea trepidó i vaciló un momento; los Infantes de la patria no pudieron menos que retroceder también; mas al mismo instante di orden al coronel Quintana para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo mas brillante. Éste se componía de los batallones número 1 de Chile, 3 de id. i 7 de los Andes al mando de sus comandantes Rivera, López i Conde. Esta carga i la del comandante Thompson del 1 de Coquimbo dio impulso a nuestra línea; i toda volvió sobre los enemigos con mas decisión que nunca.

«Los escuadrones de la escolta i cazadores a caballo al mando del bravo coronel Freire cargaron igualmente; i a su turno fueron cargados en ataques sucesivos. No es posible, excelentísimo señor, dar una idea de las acciones brillantes i distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros, como de

jefes e individuos en particular; pero sí puede decirse que con dificultad se ha visto un ataque mas bravo, mas rápido i mas sostenido. También puedo asegurar que jamás se vio una resistencia mas vigorosa i mas firme, ni mas tenaz. La constancia de nuestros soldados i sus heroicos esfuerzos vencieron al fin, i la posición fue tomada, regándola en sangre, i arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos».

La porfiada lidia tuvo un epílogo sangriento.

Los restos de algunos batallones realistas se hicieron fuertes en las casas de Espejo, en donde se empeñó un reñido combate, que duró mas de una hora.

El rejimiento de Coquimbo penetró en columna cerrada en el callejón que a ellas conducía; pero fue diezmado en el tránsito por los realistas parapetados, sin que se le hiciera volver cara.

Su fama traspasó los montes i los mares.

Don Andrés Bello decía de ese rejimiento a las márgenes del Támesis en su *Alocución a la poesía*:

Tantos héroes contó como soldados.

El callejón de Espejo parecía el camino de la tumba.

En medio del estrépito pavoroso causado por el fuego de la fusilería, las vociferaciones de los combatientes, los lamentos de los heridos, el galope de

los caballos, el paso precipitado de los infantes, se sintieron rechinar las ruedas de los cañones chilenos.

Los comandantes Blanco i Borgoño traían a escape su artillería para abrir brecha en tapias i paredes a fin de que se pudiese desalojar de su trinchera a los contrarios.

Hé aquí como el jeneral San Martín califica la conducta de ambos jefes en este último choque, en un oficio dirijido al supremo director el 22 de abril, con el objeto de remediar el olvido que había padecido al no mencionarla en el parte jeneral.

«Debo hacer presente a Vuestra Excelencia (dice) la gran parte que tuvieron las dos artillerías de Chile al mando de los bravos comandantes Blanco Cicerón i Borgoño en el último ataque dado a las casas de Espejo. Esta circunstancia, que por un olvido natural no tuve presente, ruego a Vuestra Excelencia ¡la haga insertar en la *Gaceta* para satisfacción de los interesados».

Un artillero que dirige con acierto una pequeña batería, causa poco o ningún asombro en el viejo continente; pero, en la época de que se trata, era aplaudido i sublimado con razón en el nuevo, donde podía apreciarse su importancia.

Tenga presente el lector que, en nuestras atra

sadas i escasas poblaciones, faltaban ciencia, práctica, militares profesionales, recursos, armas.

La victoria de Maipo influyó, no solo sobre la suerte de Chile, sino también sobre la de la América entera.

La fama de esa espléndida jornada i de sus héroes no ha resonado, como debiera, en el ámbito de la tierra, porque los hombres se alucinan a menudo con el aparato material de los sucesos i desatienden sus consecuencias.

Muchas famosas batallas europeas han dejado en el campo mas muertos, que combatientes ha habido en las nuestras; pero a veces esas matanzas colosales no han producido otra cosa, que odios i cadáveres.

Se ha dicho, en son de burla, que los ejércitos de los americanos en la guerra de la independencia solo alcanzaban a ser rejimientos o divisiones; i sus decantados combates, miniaturas de batallas.

La observación es picante i curiosa; pero debe tener dos acotaciones.

Es la primera que el corto número de contendientes no amengua en nada su valor.

Talvez, i sin talvez, se necesita mas coraje para batirse en un duelo a muerte o en un combate de pocos contra pocos, que para entrar en una refriega en que lidian centenares de miles.

La segunda es el resultado grandioso obtenido con tan diminutos medios.

¡Sí! Nuestras batallas son simples escaramuzas; pero escaramuzas que han tenido gran peso en la balanza de los destinos de la humanidad.

Esas escaramuzas han hecho temblar las coronas en las cabezas de los reyes, i probado al viejo continente que podían realizarse los sueños de oro de sus filósofos.

Esas escaramuzas han quebrantado el poder de la Inglaterra i aniquilado el de España.

Mediante ellas, la América ha pagado con usura en democracia lo que debía a Europa en ciencias, en letras i en artes.

Bolívar, San Martín, O'Higgins i sus dignos conmlitones han echado la corriente de los sucesos humanos en un cauce que se irá ensanchando de año en año.

Para juzgarlos, contemplemos el principio de su descomunal trabajo, ejecutado en la roca viva a hierro i fuego, a sudor i sangre; i llevemos la vista mas allá.

A corta distancia, el hilo de agua se ha convertido en un raudal.

¿Había pocos operarios?.....

Mayor gloria para ellos.

Muchos hechos de la revolución americana semejantes a sus combates, estimándose debidamente de edad en edad, aparecerán inmensos por su influjo i de dimensiones jigantescas en el porvenir.

Así un niño, jugando, puede saltar, como los arroyos de nuestras praderas, las fuentes de los

ríos que se desprenden de los Andes, i que, creciendo sucesivamente, vienen a ser en su desembocadura anchurosos como mares.

Una semilla del porte de un grano de arena encierra el jérmen del árbol mas corpulento.

¡Eterna gratitud a los bravos que en Maipo aseguraron la independencia de Chile!

El 13 de abril de 1818, don José Manuel Borgoño recibió el grado de teniente coronel.

Ese ascenso era la justa recompensa debida a su pericia i a su valor.

Su mérito no podía ocultarse a nadie.

Cuando se pensó en llevar una espedición al Perú, se le nombró comandante jeneral de artillería en el ejército libertador de aquel país por decreto de 8 de noviembre de 1818, i se le encargó la preparación de los materiales que en su arma se necesitasen para aquella empresa.

Existen dos piquetes que permiten apreciar los servicios prestados por la artillería nacional en la guerra de la independencia: una carta escrita por don Juan Martínez de Rozas a don Bernardo O'Higgins el 3 de diciembre de 1811, i un decreto espedido por este último el 25 de diciembre de 1819.

La bola de hierro, pequeña en su orijen, casi nula, llegó a ser enorme durante la lucha; a guisa de la bola de nieve que los muchachos hacen rodar en sus juegos.

Veamos primero la carta, i después el decreto:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

«Diciembre 3.

«Estimado amigo,

«A don Juan Mackenna tenía escrito sobre la necesidad urjentísima de organizar este cuerpo de artillería, en el cual todo es malo, todo es defectuoso; mas todo no se puede hacer a un tiempo.

«Lo que mas urje, es la provisión de oficiales. Puedo decir aún que ninguno tenemos; i sin oficiales, ni hai tren, ni hai artillería, ni hai defensa.

«Don José Zapatero, que por inútil estaba retirado, es el capitán i comandante. Nada sabe; ni es capaz de saber, ni de aplicarse, ni de aprender. Es europeo, es además zarraceno en su conducta; i uno que le conoce, debe saber que es además débil, flaco, enfermizo i sin carácter. Si vienen los limeños, o si vienen otros, ¿qué será de nosotros con semejante comandante? Seremos entregados i vendidos sin recurso. Haga usted, i mui prontamente, que Zapatero vuelva a su retiro, o con el pretesto de ahorrar gastos, o con el de su constitución enfermiza i no apta para la guerra; i que venga en su lugar de comandante don Juan Torres, i si éste no

puede, don Francisco Formas; pero que venga voluntario el que venga, i que sea un fogoso patriota, i activo además.

«El teniente que hai aquí, es don Ramón Bek, catalán que ha sido sarjento. Es práctico i bueno para obedecer. No sé qué haría en una acción que no fuera contra los franceses. Creo que se iría con los limeños, a menos de que tuviese a la vista un compatriota i de suma confianza: en fin, es europeo.

«El alférez, que es americano, i es un señor Bruno Bazán, de nada o nada vale. Acaba de ser un mal sarjento. Para nada sirve.

«Los alféreces deben ser dos: que a lo menos venga otro, i puede ser Zorrilla; que sea un patriota decidido e intelijente.

«Morla nos hace aquí infinita falta, porque es intelijente; i esa intelijencia es esencial en la artillería. También es patriota; i esta calidad bastó para que le echasen de ésa; aunque yo bastante hice para que no saliese por sola esta razón i por la falta que hacía.

«Hable usted sobre todo con el amigo Mackenna; i que las resoluciones i la ejecución sean prontas.

«Habiendo oficiales de confianza, i que todo lo entiendan, ya podremos proceder al remedio de todo lo demás con la brevedad posible; ésta es la que vuelve a recomendar a usted sobre esta materia interesante, de que todo depende, su afectísimo

«Rozas».

Leamos ahora la orden jeneral dictada por el director supremo don Bernardo O'Higgins, el 25 de diciembre de 1819, i comunicada al teniente coronel don José Manuel Borgoño por el ministro de la guerra don José Ignacio Centeno.

«Con esta fecha, se ha servido S. E. el supremo director mandar espedir el decreto siguiente:

—«Antes, i aun después de nuestra emancipación política, el cuerpo de artillería era rejido i considerado según la ordenanza espedida para él el año de 1802 por el estrañado gobierno español, quien tuvo presente para la concesión del fuero i privilejios donados en ella, no solo la práctica de algunas naciones europeas, sino también otras mayores prerrogativas que ya antes había señalado a varios cuerpos facultativos, entre los que justamente se halla éste comprendido por la calidad científica de los conocimientos elementales que necesita su profesión, i así reputado a medida que los adelantamientos en la vasta ciencia de la guerra hicieron palpables la utilidad i grado de importancia del arte tormentario, i no siendo de menos consideración las ventajas que a esta arma se deben en los gloriosos sucesos que decoran la historia de la independenciam de Chile, se declara que dicha ordenanza queda desde esta fecha, según antes lo estaba, en toda su fuerza i vigor respecto del cuerpo de artillería de este estado, con las preeminencias i exenciones que por ella se conceden, adecuándose a la actual constitución provisoria i a las

circunstancias diferentes de nuestra situación política en todo sentido. Hágase así saber el presente decreto a los cuerpos estacionados i de operaciones que componen el ejército, a los gobernadores e intendentes para que lo circulen a sus respectivos tenientes, a los comandantes jenerales de armas, gobernadores i demás a quienes corresponda, tomándose razón en las cajas jenerales i demás oficinas de la República.—

«De orden suprema, tengo el honor de trascribirselo a V. S. para intelijencia del cuerpo.

«Dios guarde a V. S. muchos años.

«Ministerio de la guerra, en Santiago, 20 de diciembre de 1819.

«*José Ignacio Centeno*».

No pienso ni escribo que don José Manuel Borgoño fuese el único oficial a quien se debiese el progreso de la artillería en Chile; pero, sin quitar su mérito a sus dignos compañeros de arma, pienso i escribo que Borgoño fue uno de los militares que en ella sobresalieron.

IV

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Espedición al Perú.—Entrada del ejército libertador en Lima.
—Remisión a Chile de las banderas tomadas por los españoles en Rancagua.—Don José Manuel Borgoño renuncia el cargo de presidente de la junta de secuestros.—Es nombrado miembro de la leji3n de mérito i de la orden del sol; se le asciende al grado de coronel efectivo; se le nombra jefe del estado mayor del ejército del centro.—Amistad que le profesa el jeneral San Martín.—Una carta de don José Manuel Borgoño a su esposa doña Mercedes Vergara i dos del mismo a don Bernardo O'Higgins fechadas en el Perú, en las que da cuenta de los sucesos políticos ocurridos en dicha república.

La España estaba mui distinta de lo que había sido en una época anterior.

El enorme coloso que imperaba en dos continentes, se había menoscabado i enflaquecido hasta tener la talla de un hombre común.

I todavía la gran monarquía estaba estenuada, enferma, achacosa, mutilada.

De todas sus posesiones americanas, solo le restaba el Perú, especie de volcán en constante ebullición para vomitar fuego, humo, ceniza, lava, a

fin de sofocar la insurrección de las comarcas vecinas.

El fanatismo por el rei rayaba en frenesí a orillas del Rímac: los hijos maldecían a sus padres por haber nacido criollos; i juraban que, si supieran en cuál de sus venas se albergaba sangre americana, tendrían el placer de extraerla hasta la última gota (1).

La seguridad de los nuevos estados exijía que se arrancase a la metrópoli el único punto en que podía aún asentar su planta.

Tal fue el objeto de la expedición chilena que, escoltada por nuestra victoriosa escuadra, zarpó de Valparaíso el 20 de agosto de 1820.

Los ascensos, honores i empleos que don José Manuel Borgoño obtuvo durante el curso de aquella campaña, prueban que trabajó por la independencia del Perú con tanto ardor, como por la de su país natal.

El 20 de abril de 1820, fue nombrado teniente coronel efectivo; i el 1.º de agosto del mismo año, coronel graduado de artillería.

El 10 de julio de 1821, los independientes tomaron posesión de la capital del virreinato.

Borgoño entró al frente de la división chilena.
«El ejército de mi mando (decía San Martín con

(1) Stevenson, *Voyage dans l'Amérique du Sud*.

fecha 19 al director O'Higgins) va correspondiendo a la confianza que V. E. puso en él; i los sacrificios del benemérito Chile no han sido inútiles por la libertad que ha proporcionado a sus hermanos del Perú».

El coronel Borgoño reunía en su persona dos calidades que no son incompatibles, aunque suelen andar separadas: el denuedo i la circunspección.

El jeneral San Martín tomó en cuenta esta circunstancia para nombrarle gobernador político de Lima.

Todos saben la dificultad de desempeñar con tino un cargo de esta especie, en que es preciso aunar el rigor de la disciplina militar con el respeto a las garantías individuales, la severidad indispensable para reprimir todo desorden con la benevolencia debida a la triste condición de los vencidos.

Nuestro compatriota tuvo la rara fortuna de llenar su cometido sin que se levantara una sola queja en contra suya.

«Él fue, dice don Diego Barros Arana, el primer gobernador que haya tenido la capital del Perú cuyo poder no emanase del rei de España».

Pocos días después de la entrada en Lima, San Martín confió a Borgoño el honroso cargo de remitir a su patria las banderas teñidas con la sangre de los mártires de Rancagua, que el virrei Abascal

había colocado como trofeos en el templo de Santo Domingo.

Ellas habían sido arrebatadas por las tropas de Ossorio al jeneral O'Higgins, a pesar de prodijios de valor que, ya que no le permitieron conservarlas, le dejaron, por cierto, el derecho de esclamar, como Francisco I: Todo lo hemos perdido, ménos el honor.

La recuperación de esos rotos pendones halagaba, no solo el orgullo nacional, sino también el amor propio del mandatario que entonces tenía en sus manos el timón de la República.

San Martín, por consideración a Chile, que tantos sacrificios había hecho para realizar la espedición, i por la amistad que le ligaba al supremo director, creyó conveniente elejir una persona mui distinguida para encomendarle el cuidado de enviar reliquias tan preciosas.

Guiado por tal propósito, concedió a Borgoño, este honor, a que conceptuaba le hacían acreedor sus méritos, según lo manifiesta en el oficio que dirijió al gobierno chileno.

«Excelentísimo Señor:

«Las banderas tomadas por el enemigo en Rancagua, que pertenecían a las tropas de ese estado, han sido vueltas a tomar por nuestras armas; i habiendo resuelto enviarlas a V. E. por conducto de uno de los jefes dependientes de ese gobierno, las he entregado al coronel de artillería don José Ma-

nuel Borgoño, sujeto de la mayor consideración por sus recomendables circunstancias, para que las remita a disposición de V. E.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

«Lima, julio 21 de 1821.

«José de San Martín.»

«Al excelentísimo señor capitán jeneral don Bernardo O'Higgins, director supremo de la república de Chile».

Hé aquí el oficio remisorio del comandante jeneral de armas don José Manuel Borgoño al director O'Higgins:

«Excelentísimo Señor:

«Por orden del excelentísimo señor capitán jeneral don José de San Martín, tengo el honor de remitir a V. E. las cuatro banderas que he sacado de la iglesia de Santo Domingo de esta capital, i que el jeneral Ossorio apresó en Rancagua poco antes de la desgraciada ocupacion de ese país por los enemigos de la América. La restauración de estos trofeos es un motivo de júbilo para los amantes de la libertad; pero, si se considera que han sido tomadas en el asilo sagrado en que los tiranos creyeron perpetuarlos, debe estimarse esta importante adquisición como una prueba del irresistible poder de nuestra justa causa i de la debilidad de nuestros enemigos. Yo felicito a V. E. por los

triúfos de la libertad en el Perú i por la gran parte que ha tenido en ella.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

«Lima, 21 de julio de 1821.

«*José Manuel Borgoño.*

«Al excelentísimo señor supremo director del estado de Chile».

A las diez de la mañana del 14 de agosto de 1821, las banderas recobradas en Lima entraron en Santiago, en medio de las salvas de artillería, de los repiques de campana i de las aclamaciones de la población, mas atronadoras que las salvas i los repiques

Fueron colocadas en las ventanas del palacio directorial.

La multitud no se cansaba de mirarlas.

Para satisfacer el entusiasmo popular, fue necesario leer varias veces los partes oficiales mencionados.

Repetid todavía!

El jentío permaneció estacionado en la plaza durante mucha parte de la noche.

Las banderas rescatadas contaban al pueblo i al viento la jornada de Rancagua, una heroica derrota, i la toma de Lima, un brillante desquite.

El jeneral San Martín, que siempre experimentó por don José Manuel Borgoño una gran simpatía, le nombró presidente de la junta de secuestros i contribuciones; pero nuestro compatriota dimitió el cargo por un motivo que honra mucho a su delicadeza i probidad.

Un día que se hallaba en compañía del jeneral (coronel entonces) don José Santiago Aldunate, quien me ha referido esta anécdota, llevaron a casa de Borgoño, en vez de trasportarlas a la oficina, varias cargas de plata i de alhajas.

La intención podía colejirse mui bien.

Indignado el pundonoroso caballero de que se le supusiera un especulador de baja ralea, un hombre de presa, un estafador disfrazado de uniforme, presentó inmediatamente su renuncia, en la cual insistió, a pesar de las instancias de todos para que la retirase.

—Talvez la he elevado demasiado tarde, exclamaba con enojo. No faltará quien suponga que he renunciado solo porque Aldunate estaba presente.

Sus amigos i camaradas se reían de su aprensión.

La escasez en que siempre vivió, sin dejar a su viúda e hijos otra herencia que sus servicios al país, es el mejor comprobante de su probidad nunca desmentida

Cumplió su deber, objetará algún ríjido moralista.

Me apresuro a reconocerlo; mas no son muchos os que prefieren la pobreza a una acción mezquina,

en medio de los trastornos de una revolución, cuando los vínculos sociales están rotos i es segura la impunidad.

Cierto espíritu monárquico que vagaba entre algunos libertadores de la América, había intentado trasplantar a su suelo las órdenes militares.

La *legión de mérito* apareció en Chile; i la *orden del sol*, en el Perú.

El fin de ambas era premiar los servicios prestados a la patria; i no hai quien, al reprobar su tendencia antirrepublicana, no confiese que hubo mucha imparcialidad en la elección de los condecorados.

Don José Manuel Borgoño fue sub-oficial de la primera, i miembro fundador de la segunda, que era el título mas elevado en ella.

En 1.º de diciembre de 1821, se le promovió a coronel efectivo.

Justo apreciador de su idoneidad militar, don José de San Martín le nombró jefe del estado mayor del ejército del centro; i cuando el ilustre jeneral se separó de la vida pública, la junta que le sucedió en el gobierno, conservó a Borgoño en aquel puesto.

El mismo empleo le fue ofrecido en el ejército chileno.

¡Tanto estimaban su competencia los jueces mas capaces de calificarla: sus compañeros de armas!

La amistad que siempre le profesó San Martín, distinguiéndole entre los muchos capitanes beneméritos, la flor i nata de tres naciones, como fueron los que tuvo bajo su mando, es un testimonio elocuentísimo de las relevantes prendas que adornaban a su cooperador i de los sacrificios que éste había hecho por la independenciam de América.

Ni el tiempo, ni el océano entibiaron dicha amistad; i cuando Borgoño se presentó en Europa para anudar nuestras relaciones con España, su antiguo jeneral le regaló su espada, la espada que desenvainó en Bailén, i que fue en Maipo el terror de los realistas, la compañera de su vida de soldado, en una palabra, la espada de San Martín, que, por cierto, vale mas que el cetro de un rei.

El libertador no habría permitido que una mano inferior a la suya empuñase el acero que ha dado existencia política a la mitad de un mundo.

No es esta una demostración aislada en la biografía de estos dos hombres, arrancada al viejo guerrero por los brillantes recuerdos que debía despertar en su espíritu la presencia de uno de sus mas queridos lugartenientes.

No es una explosión de repentino entusiasmo al recibir los homenajes de un valiente, a quien había dado órdenes que habían sido cumplidas con arrojo i sin demora, en los momentos críticos de un combate.

De ningún modo.

Esa muestra de afecto fue producida por la sa-

tisfacción de no haberse engañado en los primeros juicios que formó acerca de un amigo, i de encontrarle al fin de su carrera tal cual le conoció al principio.

Don José Manuel Borgoño amaba a todas las repúblicas hispano-americanas, hasta el extremo de sacrificar por ellas su reposo, su sangre, su vida.

Su amor no era puramente platónico.

Hemos visto que dejó su hogar i su familia para esponerse a las balas enemigas por la independencia del Perú.

Pero eso no obstaba para que sobre todas ellas prefiriese a Chile.

Naturaleza da una madre sola,
i da una sola patria.....

(Andrés Bello)

Cuando nuestro conciudadano vio que Bolívar i algunos otros caudillos manifestaban intenciones dañosas contra Chile, puso inmediatamente el hecho en conocimiento del director don Bernardo O'Higgins.

En una carta que Borgoño dirijió desde Lima a su mujer doña Mercedes Vergara el 10 de setiembre de 1822, se encuentra el siguiente párrafo:

«Han llegado dos batallones de Colombia. Asimismo la división del Perú que estaba en Quito. Parece que se acelera la salida de la espedición,

aunque yo la veo verde, como siempre: por lo menos, no será ni en un mes. Don José de San Martín se va. El jeneral Cruz también; i yo los seguiré con el almirante para noviembre. Esto se va a volver una jerigonza; i Bolívar es probable se aproveche de la circunstancia para realizar sus planes. Chile aún no está libre de ser un objeto de sus conjuraciones: está ya bastante pronunciado sobre este asunto; i es preciso que haya gran cuidado con Mosquera. Al señor director preséntale estos renglones i a nadie mas. Puede ser que haya proporción de hablarle mas circunstanciadamente».

Don Bernardo O'Higgins se quedó con esta carta.

Las dos que copio en seguida, i que, como la anterior, me han sido suministradas por el erudito i brillante literato don Benjamín Vicuña Mackenna, ponen de relieve el patriotismo de Borgoño.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

«Lima, i noviembre 10 de 1822.

«Mi mui amado jeneral:

«Hoi hace tres días que he llegado a Lurin, donde se han acantonado cuatro batallones de infantería i el rejimiento de húsares. Se trata de completar la fuerza de estos cuerpos, de su instrucción i equipo, para operar, si es posible, dentro de mes i medio. Nada sabemos con certeza de los movimientos del enemigo; pero tenemos algunos datos para

inferir que Canterac se ha dirigido a las provincias del sur, con dos mil hombres de infantería i caballería, a consecuencia de la expedición que salió para Intermedios. Nosotros hemos estado luchando con el gobierno para que se nos proporcionen los recursos necesarios para abrir la campaña con la celeridad que exigen las circunstancias; pero las trabas de un congreso lleno de celos, que no abriga sino ideas muy mezquinas, todo lo paralizan, haciendo perder el tiempo inútilmente hasta apurar con sus medidas antipolíticas el sufrimiento de los que solo trabajan por amor a la patria. Entretanto tenemos la fortuna de conservar grande unión en el ejército, i la mejor disposición para tomar una actitud ofensiva, que segunde las operaciones de nuestros compañeros de armas, que salieron persuadidos de nuestra cooperación por esta parte. Nada quisiera decir a Ud. del estado de la opinión, del crédito del gobierno, ni de las medidas del congreso, porque sería menester escribir muchos pliegos; pero, en sustancia, diré que estos hombres se hallan en peor estado, que nosotros en 1810. En aquella época, aunque llenos de muchos vicios i de ignorancia, teníamos entusiasmo por la libertad i sabíamos arrostrar los peligros; pero aquí se gusta mucho de ella, sin comprometer su fortuna, ni menos su seguridad. No atinamos a indagar cuál fue el objeto que el jeneral San Martín se propuso en la instalación de un congreso tan prematuro, ocupando la mejor parte del Perú un enemigo audaz, i orgullo-

so aún en medio de sus mismas desgracias. Sin duda se equivocó en su cálculo; conoció después su situación; i no tuvo el coraje de cargar sobre sí el peso de la responsabilidad, dando un paso retrógrado a asegurar la salvación del Perú. El resultado es que ha dejado al país en el borde de un precipicio, i ha abierto las puertas al jenio ambicioso de Bolívar. Nada estraño es (si Montilla, o una expedición española que dicen se prepara en la Habana de 14,000 hombres no le hacen volver atrás) que ocupe mui pronto el terreno que ha abandonado el jeneral San Martín. Entonces sí que verá el Perú lo que es un gobierno militar, i entonces apreciará la moderación i jenerosidad del ejército libertador, a quien hoi detesta de corazón.

«Aldunate se marcha a Chile para tomar los baños de Cauquenes, pues el estado de su mano pide este remedio, según se lo han insinuado los facultativos. Tiene intención de volver a tomar el mando de su batallón, donde entiendo hace bastante falta, pues desgraciadamente tenemos escasez de buenos jefes. En este caso, se halla también el 5.º que desde la salida de Pinto nada puede adelantar. Se lo prevego a Ud. para su conocimiento. No debo omitir hacerle también presente que Aldunate es un teniente coronel bastante antiguo. Ha hecho la campaña de la Sierra con Arenales, i últimamente la del sur. En ambas, su comportación ha sido digna de elojio; i hasta ahora no tiene mas grado, que el de coronel, concedido en la gracia je-

neral al ejército por la ocupación de Lima, cuando otros mas modernos han obtenido a mas de éste la propiedad.

«Tenga Ud. la bondad de ponerme a los pies de mi señora doña Isabel i comadre Rosita.

«Soi con el mayor afecto i consideración su atento i seguro servidor Q. B. S. M.

«*José Manuel Borgoño*».

*
* *

«Señor don Bernardo O'Higgins.

«*Miraflores, i febrero 10 de 1823.*

«Mi mui amado jeneral:

«El ejército unido al mando de Alvarado, después de vencedor el 19 de enero, fue batido el 21 en Moquegua por Canterac. Apenas han escapado 1,500 hombres de todos los cuerpos, de manera que nuestro ejército ha quedado reducido a 1,300 hombres, incluso el número 2 que estaba organizándose en Tarapacá, i que aun no sabemos si escape, el escuadrón de dragones que últimamente vino de Chile i el batallón de artillería. Las consecuencias de este golpe no es posible calcularlas, especialmente en un país cuya forma de gobierno i falta de un hombre que reúna la opinión necesaria para dar impulso a los negocios abre las puertas a las aspiraciones de todo jénero. Así es que hai tanta diversidad de

pareceres, cuantos son los partidos en que se dividen: unos quieren que el congreso suspenda las sesiones i faculte a un individuo con todo el lleno de la autoridad para obrar eficazmente; otros se oponen a esta medida tan racional; varios son de opinión que Arenales pase al gobierno i Lamar al ejército; otros, por el contrario. En fin, esto no se entiende; i lo peor es que una irresolución mortífera nos consume i se pierde lo mas precioso del tiempo. A mas de esto, el gobierno no tiene la suficiente opinión, ni firmeza para dar golpes maestros i superar los escollos que se presentan.

«El cuadro que ofrece el ejército, no es menos desagradable: se ha perdido enteramente la moral. Los jenerales se encuentran sin autoridad; i los jefes, que debían ser los primeros en inspirar la subordinación, repiten sin cesar los hechos mas escandalosos, que llevan el sello de la sedición. Este crimen es casi un mal epidémico en todas las clases. La catástrofe del ejército unido en Intermedios no ha tenido seguramente otro principio, como lo sabrá Ud. por otros conductos.

«Ahora, pues, es tiempo que Chile, haciendo un nuevo servicio al Perú, trate de reorganizar su ejército, sobre un pie respetable, si quiere conservar las reliquias de su opinión despedazada por la ingratitude mas vil. Sé que van dos diputados del congreso en busca de tropas. Creemos que es de necesidad mandarlas, porque debemos hacer la guerra a los españoles hasta arrojarlos del último rincón de

América; pero sería de desear, que, en obsequio del decoro nacional i de la conveniencia, viniesen bajo un plan i unas condiciones que hiciesen honor a la República, i socorrer a los que sirven bajo su pabellón de la especie de insignificancia i nulidad en que han estado sumerjidos por miras políticas e intereses personales. Hasta ahora, no se ha procurado rehacer el número 2, que fue derrotado en Ica, al paso que se han formado tres batallones del Perú; i cuando no hai uno que no cuente con multitud de chilenos en sus filas, en los nuestros son ya raros los que quedan de éstos, notándose el singular fenómeno, de que, en los cuerpos del Perú i los Andes, es donde solo se ven los soldados de Chile: así es que el Perú tiene la mejor caballería compuesta esclusivamente de chilenos, i el ejército de la República, solo ahora cuenta con 300 hombres de aquella arma.

«Creo que Ud. estará convencido igualmente de la necesidad de un jeneral que sea capaz de ponerse a la cabeza del ejército. El mariscal de campo don Luis de la Cruz no es a propósito. Asimismo que otro jeneral reciba instrucciones del gobierno para que pueda conducirse con carácter i exactitud en todos los lances que deben presentarse en asuntos militares i aun en políticos; pues no deben olvidarse los sentimientos alarmantes que se han desplegado en circunstancias que se creían seguras, i sin necesidad de auxilios estraños.

«Yo no debía meterme a hacer estas indicaciones;

pero la satisfacción que me asiste de que Ud. hará justicia a mi sinceridad, i prevalido de la confianza que me dispensa, me he resuelto a ello. Podría estenderme mucho sobre varios puntos de alguna importancia, i que debían llegar al conocimiento del gobierno; pero es demasiado para la estrechez de una carta.

«Nosotros estábamos en vísperas de hacer nuestro movimiento por mar con dirección a Pisco para seguir de frente sobre Guamanga, cuando recibimos la noticia de la derrota. De resultas de esto, hemos quedado estacionados en este punto, dando de mano al plan de campaña meditado.

«Pinto ha hecho renuncia del empleo de jefe de estado mayor del ejército unido, para contraerse esclusivamente a la reorganización del de Chile. Yo le he ofrecido cooperar al mismo objeto; i a este fin he hecho también renuncia del mismo destino que servía en este ejército del centro. El gobierno i el jeneral Arenales se habían interesado en que no me separase en atención a quedar el ejército de Chile reducido a mui poca tropa; pero estoi persuadido de que nunca debemos atender mas estas reliquias, que en los momentos en que corren mas peligro de disolverse. Espero la contestación sobre la segunda renuncia que he dirijido al gobierno.

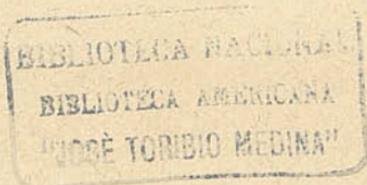
«Nada sabemos del jeneral San Martín. ¡Oh! ¡Cuán interesante sería que se penetrase de nuestra situación! Yo me atrevo a creer que haría el últi-

mo sacrificio, el que le elevaría sobre cuantos han trabajado por el bien de la humanidad.

«Deseo que Ud. se mantenga tan bueno, i que disponga de la voluntad con que soi su atento servidor i amigo.

«José Manuel Borgoño.

«Tenga Ud. la bondad de ofrecer mis respetos a mi señora doña Isabel i comadre Rosita».



V

Don José Manuel Borgoño regresa del Perú a Chile.—Es nombrado brigadier el 9 de noviembre de 1825.—Archipiélago de Chiloé.—Especiones contra esta provincia: batalla de Bellavista.

En marzo de 1823, don José Manuel Borgoño abandonó las costas del Perú, i vino a poner de nuevo al servicio de Chile su intelijencia de estadista i su brazo de soldado.

En el período de su vida que aquí comienza, se complican la guerra nacional i las disensiones civiles.

La intrincada senda que se abre ante sus pasos oculta espantosos precipicios; pero el dolor jeneral que le ha acompañado al sepulcro, proclama que, al cumplir su deber de ciudadano, no cometió ningún desafuero.

Solo un ignorante puede asombrarse de encontrar momentos de vértigo, ajitación i discordias

intestinas en los primeros capítulos de nuestra historia.

El bronce estaba todavía en fusión.

¿Cómo pretender entonces que la estatua de la república apareciese completa desde los pies a la cabeza, i primorosa en su conjunto i pormenores?

Solo enfriándose, el metal toma forma; i únicamente el tiempo puede darle solidez.

En semejantes circunstancias, los hombres de corazón tienen, sin embargo, una bella misión que llevar a cabo: procurar que la obra sea un dechado de perfección, i que el trabajo, a mas de ser bien ejecutado, termine con la prontitud posible.

Borgoño fue uno de los artífices mas intelijentes i activos en la labor común.

El 31 de marzo de 1823, los plenipotenciarios de Santiago, Concepción i Coquimbo elijieron director supremo provisional al mariscal de campo don Ramón Freire, quien tomó posesión de su cargo el 4 de abril de dicho año.

Uno de los primeros pensamientos del sucesor de don Bernardo O'Higgins fue «hacer nuevos esfuerzos i sacrificios para dar entera libertad al Perú, consolidando al mismo tiempo su gloriosa emancipación».

Al efecto, con fecha 18 de junio, nombró una junta, compuesta de los mariscales de campo don

Luís de la Cruz i don Joaquín Prieto, del comandante de artillería don José Manuel Borgoño i del coronel de caballería don Benjamín Viel, a fin de que preparase todos los elementos necesarios para tan importante objeto.

La composición i fuerza del cuerpo de artillería para el servicio de campaña i guarnición i su residencia en las plazas i puertos de Chile, fueron fijadas por don José Manuel Borgoño, según consta del decreto aprobatorio dictado el 27 de julio de 1824.

En setiembre de 1825, algunas providencias de gobierno hicieron estallar una insurrección en Valparaíso.

Don José Manuel Borgoño fue nombrado intendente de aquella provincia, a fin de que remediase el trastorno que tales ocurrencias habían producido.

Mas no alcanzó a tomar posesión del destino, porque inmediatamente se le confió la comandancia jeneral de armas, donde los preparativos de la segunda espedición que Freire intentaba contra Chiloé exijían sus conocimientos militares.

El título de brigadier con que el 9 de noviembre de 1825 le condecoró el director supremo poco antes de partir, prueba la magnitud de los servicios prestados en esta ocasión.

Al sur de nuestro territorio, aparecen, como una estación naval a la cual se hubiese confiado la

guardia del Pacífico, las numerosas islas que se llaman el archipiélago de Chiloé.

Su ventajosa posición no se había escapado al ojo penetrante de los españoles.

El cargo de gobernador de esa provincia acuática había sido alguna vez el primer escalón para trepar a la capitania jeneral de Chile, i de ésta, al virreinato del Perú.

Vencido el león de Castilla casi en todas partes, uno de los últimos puntos a que se aferró en sus convulsiones, fue ese grupo de rocas defendido por las marejadas i borrascas del océano.

Las corrientes i remolinos, a la par que traicioneros escollos ocultos bajo el agua, eran los guardianes de estériles i escarpadas costas.

Una armada enemiga no podía aventurarse sin riesgo en canales angostos, profundos i tumultuosos, sino en la primavera i el verano.

Esa encrucijada de estrechos i ese criadero de tempestades están destinados a ser por sus dificultades i peligros, según las palabras de uno de nuestros mas espertos marinos, la escuela de los navegantes chilenos.

Baterías colocadas en fuertes inaccesibles completaban las fortificaciones naturales del archipiélago, a cuya espalda se abrigaba un pueblo sumiso al sistema colonial por indolencia i fiel al monarca por ignorancia.

Confundiendo la relijión con la causa de la metrópoli, los isleños esperaban confiadamente la coro-

na del martirio i la gloria eterna, si sucumbían peleando por el trono i el altar.

Tal era Chiloé, fortaleza guarnecida de defensores, a quienes hacían temibles sus arraigadas convicciones, i que se hallaban dirigidos por el esforzado brigadier español don Antonio Quintanilla.

Antes guarida i apostadero de los corsarios que infestaban el Pacífico, ahora peñón almenado i atalaya inmejorable de los españoles, la conquista de Chiloé importaba, no solo la adquisición de un valioso territorio, sino también el aniquilamiento de un peligro inminente para la seguridad de la República.

Una guarnición enemiga encaramada en esos peñascos semejaba un ventisquero, que, en el momento menos pensado, podia derrumbarse sobre las instituciones recién planteadas.

Dos espediciones habían retrocedido ya delante del archipiélago, cuando a fines de 1825 se puso en movimiento contra ese castillo de piedra a que servía de foso el océano, otra tercera, cuyo jefe era el mismo director Freire en persona.

El capitán jeneral llevaba por segundo a don José Manuel Borgoño, quien le había acompañado igualmente en la primera tentativa.

El ejército logró pisar la adversa playa, superan

do con buen éxito los obstáculos del desembarco; pero esta ventaja no inclinaba todavía la balanza en su favor, porque los independientes tenían que caminar casi a ciegas por quebradas i pantanos, mientras los realistas conocían aquel terreno palmo a palmo, como el propietario conoce la casa donde ha nacido i que habita.

Después de haberse apoderado de un fuerte i tenido que marchar muchas veces con el barro hasta la rodilla, avistaron, por fin, a las fuerzas contrarias, a las cuales su posición, al parecer inespugnable, i su superioridad numérica, prometían la victoria.

«La derecha del enemigo (dice el comandante de ingenieros don Santiago Ballarna) estaba apoyada en la batería de Poquilligüe, en donde podía colocar la mayor parte de su artillería i hacer mui peligrosa nuestra marcha por la playa, no solo con el fuego de cañón, sino también con el de su infantería, situada entre el monte i algunas cortaduras hechas de intento. La izquierda tocaba a un bosque espesísimo, por donde no fue posible encontrar camino para dirigirse contra este flanco; i el centro estaba perfectamente defendido por varias quebradas llenas de árboles i maleza, en las cuales i en una casa tenían mas de trescientos hombres emboscados, que solo se vieron después. Por último, seis piezas de artillería lijera, a mas de las otras que tenían en la batería, situadas desde luego en

puntos ventajosos, podían tomar con facilidad cualquiera otra posición en el momento de ataque». (1)

Comenzaron entonces a cruzarse, causando estragos entre los realistas, los tiros de nuestra artillería lijera i las balas de las lanchas cañoneras, enviadas por el almirante don Manuel Blanco Encalada para hacerlos retroceder.

El enemigo no pudo sostener aquella granizada de hierro i abandonó la posición que ocupaba.

Su retirada no alcanzó a salvarle.

Por orden del director Freire, el brigadier Borgoño divide en tres columnas los soldados i les señala su dirección, indicándoles por término de su carrera las alturas de Bellavista, donde los aguarda de nuevo Quintanilla, escudado al frente por un declive estrecho i escabroso, cubierto de troncos i gruesas cercas sobre estacadas, i surcado por una profunda quebrada.

Las tres divisiones patriotas se precipitan a paso de carga, a pesar de ocho cañones que los reciben con la muerte, a cuyo fuego contestan con descargas de fusilería.

Por algunos momentos, las dos líneas aparecen inflamadas.

Entretanto, don José Manuel Borgoño, a la ca-

(1) Santiago Ballarna, *Relación circunstanciada de todas las operaciones de la escuadra i ejército expedicionario sobre Chiloé, desde las primeras disposiciones que se tomaron para asegurar esta empresa hasta la conclusión de la campaña con la memorable jornada de Pudeto, el 14 de enero de 1826.*

beza del ala izquierda, trepa a la cima de las colinas del Pudeto, en que el enemigo apoya su derecha; i favorece con tan oportuno movimiento el vigoroso ataque de los otros batallones, que empujan las huestes del rei a la cumbre de Bellavista.

En ese punto dominante, envuelto en llama i humo, como el cráter de un volcán, vuelve a trabarse el combate; pero es ya para terminar: los realistas fueron desalojados de su posición por los independientes, a la bayoneta.

El nombre de la batalla de Pudeto, un río, o de Bellavista, el cerro que domina ese río, se escribió en el libro de oro de las glorias nacionales.

¡Tan acertado fue el plan que Freire i Borgoño concibieron!

El jefe de la expedición dice al gobierno en su parte oficial fechado en San Carlos de Chiloé a 16 de enero de 1826:

«El almirante Blanco en la dirección de los movimientos i ataques de mar, el jeneral Borgoño a la cabeza de las columnas del ejército, todos los oficiales i soldados de la columna de granaderos i de la primera división; en fin, los individuos todos del ejército i escuadra, se han mostrado superiores a sí mismos. Yo los recomiendo a la sensibilidad, a la gratitud i a la admiración de todos los chilenos para que estos virtuosos defensores de la patria reciban el premio debido a su jenerosidad i a su heroísmo».

En la batalla de Bellavista o Pudeto, se distin-

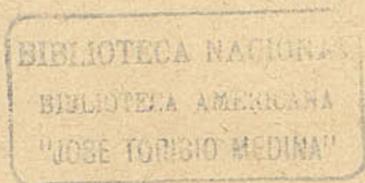
guió, entre otros, don Gregorio Amunátegui, oficial de artillería.

«En este momento (dice don Ramón Freire en el parte citado) di orden de avanzar a la artillería lijera. El mayor Amunátegui la situó en los puntos mas ventajosos que presentaba la localidad de aquel terreno; i después de un vivo fuego que se cruzaba con el de las cañoneras, se observó en el campo enemigo un movimiento desordenado, que indicaba el abandono de su posición. Estas eran las circunstancias de marchar sobre él. Sin pérdida de instante, ordené al jeneral Borgoño, jefe del estado mayor, diese dirección a las columnas».

Don Gregorio Amunátegui se casó después con doña Juana Borgoño, hermana del jeneral.

El carácter organizador de don José Manuel Borgoño le hacía mui idóneo para ocupar un puesto administrativo.

El 9 de julio de 1826, se le propuso el ministerio de la guerra; pero rehusó.



VI

Guerra de vandalismo promovida por los hermanos Pablo i José Antonio Pincheira.—El brigadier don José Manuel Borgoño es nombrado jeneral en jefe del ejército de operaciones en contra de ellos.—Dificultades de la campaña.—Ventajas obtenidas en ella.—El vicepresidente don Francisco Antonio Pinto nombra a don José Manuel Borgoño ministro de guerra i marina.—Parte en que el jeneral en jefe del ejército de operaciones del sur recomienda a sus compañeros de armas.

La revolución de la independencia, i la larga i desastrosa guerra a que dio orijen, removieron nuestra sociedad hondamente; i, en ocasiones, hicieron surgir a la superficie el lodo que yacía en el fondo.

Hombres de matanza i de pillaje, so pretesto de restablecer el réjimen colonial, perpetraron toda clase de crímenes.

Esos forajidos, partidarios de la antigua cadena, que bien habrían merecido todos ellos cargar perpetuamente, encontraron un abrigo en las aspere-

zas de la cordillera i en las florestas del sur, i un apoyo en las hordas araucanas, que, degradadas por sus luchas fratricidas, habían olvidado el odio que los compañeros de Caupolicán habían jurado contra los españoles.

Engrosaron también sus filas con la parte mas vil i despreciable del ejército realista: la hez de la hez.

No pensaban mas que en robar i asesinar.

Solo para que la bandera cubriera sus atentados, se proclamaban partidarios del rei absoluto.

La España, durante la guerra de sucesión ocurrida después del fallecimiento de Fernando VII, presenció horrores semejantes.

Vicente Benavides, uno de esos feroces defensores del trono i del altar, recibió en una horca el castigo correspondiente a sus delitos.

A este caudillejo de tan ruín i sucia estofa, sucedieron los hermanos Pincheiras, Pablo i José Antonio, que reunieron como doscientos desertores chilenos i algunos fujitivos españoles.

En 1825, se les agregaron un oficial realista Senosain, varios bandidos i una tropa numerosa de indios atraídos con el cebo del botín.

Aquellos malhechores comenzaron en un vasto campo sus terribles correrías.

Las huellas de sus caballos han quedado estampadas en nuestro suelo; i el pueblo no olvidará en mucho tiempo sus nombres.

Hicieron pedazos la primera fuerza que se les

opuso, i vinieron a saquear la villa de San José, distante solo doce leguas de Santiago, después de un viaje de ciento cincuenta días por fragosas cordilleras.

A guisa de aves de rapiña, se dejaban caer súbitamente sobre las ciudades, las alquerías, los ranchos; lo ponían todo a sangre i fuego; arrebatában los ganados i muebles; robaban las jóvenes, con que proveían sus serrallos.

Las poblaciones abandonaban sus hogares, heridas de espanto a la vista de esos monstruos asquerosos, que, protegidos por la sombra de la noche, se anunciaban de improviso a las puertas de las casas con el terrible i conocido grito *malón, malón*, montados en indómitos caballos, vestidos de andrajos, los rostros manchados con sangre, a que formaban un espantoso aditamento sus desgreñadas i flotantes cabelleras.

El jeneral Borgoño recibió el 25 de octubre de 1826 el siguiente despacho:

«Nómbrase jeneral en jefe del ejército de operaciones en la presente campaña al brigadier don José Manuel Borgoño, de cuyos conocimientos, probidad i demás cualidades necesarias para este interesante encargo, me hallo satisfecho; debiendo considerarse provincias de asamblea, por el tiempo que duren las operaciones militares, las de Colchagua, Maule

i Concepción; i por consiguiente con el mando absoluto de la fuerza existente en ellas al enunciado brigadiér. Tómesese razón, i comuníquese a quienes corresponda.

«EIZAGUIRRE.

«Cruz».

Don José Manuel Borgoño aceptó el cargo, aunque repugnaba a sus hábitos de soldado de línea, de artillero.

La naturaleza de las cosas hacía que la campaña emprendida contra los parciales de los Pincheiras fuese una guerra mui fatigosa.

Había que luchar contra bárbaros, a quienes era preciso buscar en la cima de ásperos cerros o en el centro de enmarañados bosques.

El jeneral i sus soldados iban a ser propiamente cazadores de águilas i de fieras.

Los forajidos atacaban siempre de improviso; i cuando eran rechazados, lo que a menudo sucedía, se escapaban escalando las pendientes mas escarpadas con la ajilidad de las cabras.

Emboscados detrás de las rocas o de los árboles, asesinaban sin piedad a todos los militares que se separaban de la tropa o del campamento por motivos particulares o a causa del servicio.

A mas de las lanzas i de las armas de fuego, empleaban contra sus agresores los laques, esas balas

de nuestros indios, i las piedras, que arrojaban desde las alturas, con tanta destreza como los flecheros u honderos antiguos lanzaban sus proyectiles.

El valor, la paciencia i la sagacidad lograron superar tamañas dificultades.

Al fin de la primera campaña, consiguió Borgoño, por su denuedo i su talento, debilitar considerablemente a sus terribles adversarios.

Recurriendo a capitulaciones parciales, separó de los Pincheiras al español Senosain i sus secuaces, i a un gran número de tribus araucanas.

Mediante la persuasión i el buen trato, logró granjearse las simpatías de los naturales.

El cacique Mariluán, conmovido por su bondad, se apartó llorando de su lado, dejando en su poder a un hijo de que el jeneral se constituyó maestro.

Las ventajas obtenidas por don José Manuel Borgoño en pocos meses, están comprobadas por el decreto que paso a copiar:

«Santiago, 5 de mayo de 1827.»

«Habiendo cesado los males que una guerra prolongada i destructora había ocasionado en la benemérita provincia de Concepción con el casi total esterminio de los bandidos que hasta ahora la han aflijido, favorecidos por los indíjenas fronterizos, a quienes por medio de la falacia e intriga lograron aquéllos prevenir contra la tranquilidad de los lu-

gares en que han ejercitado sus crueldades, i no teniendo ya objeto el estado mayor del ejército de operaciones, tanto por esta razón, cuanto porque los cuerpos que lo componen, se hallan estacionados en diversos puntos hasta pasar el invierno, he venido en acordar, i decreto:

«Art. 1.º Queda estinguido el estado mayor del ejército de operaciones.

«2.º Los jefes i oficiales que lo forman, pasarán a continuar sus servicios en los destinos en que se encontraban cuando fueron nombrados para esta comisión.

«3.º El jeneral en jefe continuará por ahora en el mando del espresado ejército; i tendrá las mismas facultades que le fueron conferidas al encargarle de la importante comisión que con tanto acierto ha desempeñado.

«4.º El ministro de la guerra queda encargado de la ejecución del presente decreto, del que se tomará razón, circulará a quienes corresponda i dispondrá su impresión.

«FREIRE.

«Ovejero».

El decreto precedente es un timbre de honor para Borgoño, sobre todo, habiendo sido dictado por un personaje tan caracterizado, como el que lo suscribe.

El 5 de mayo de 1827, el congreso nacional aceptó la renuncia de presidente de la República efectuada por don Ramón Freire.

El vicepresidente don Francisco Antonio Pinto entró a subrogarle en conformidad a las instituciones vijentes.

Con fecha 12 de mayo, el nuevo mandatario nombró al brigadier don José Manuel Borgoño ministro de guerra i marina.

El respeto que el jefe del ejército de operaciones había manifestado por la lei i la severa disciplina que había hecho reinar en sus soldados, le habían captado el afecto de los pueblos.

Por eso, apenas se supo que iba a dejar el mando para tornar a Santiago, todos los habitantes del sur sintieron su promoción.

La municipalidad de Chillán le pidió permiso para suplicar al gobierno que le conservase en su puesto.

Pero un ramo importante de la administración reclamaba sus cuidados, i no podía vacilar: aceptó.

Antes de partir, creyó de su deber recomendar a sus compañeros de fatigas i peligros.

Con este objeto, dirijió al gobierno el oficio siguiente:

«Cuartel jeneral en Chillán, 30 de mayo de 1827.

«Al señor ministro de la guerra.

«Señor ministro,

«Al dejar el mando del ejército de operaciones, concluida ya la campaña a que fui destinado, he creído de mi deber hacer presente a su excelencia el vicepresidente de la República por conducto de usía la buena comportación de los jefes, oficiales i tropa que lo componen. Los felices resultados que se observan, han sido debidos al constante empeño de todos en llenar sus deberes del modo mas satisfactorio.

«El coronel Beauchef, encargado del mando de las tres divisiones destinadas a ultra cordillera, se ha recomendado por aquella actividad que le caracteriza, i por su decisión en superar cuantos obstáculos se le oponían a una marcha de mas de cien leguas por las cordilleras mas ásperas i difíciles de los Andes.

«Los comandantes Puga, Bulnes i Carrero, que sirvieron a sus órdenes, i el comandante Godoi, han dado igualmente pruebas de su celo en mantener el buen orden i arreglada dirección de sus cuerpos.

«Aún después de terminada aquella penosa expedición, fue menester destinar estas mismas tropas a obrar en los bosques donde los bandidos tenían sus guaridas. Diferentes veces consiguieron sorprenderlos i escarmentarlos hasta que, poseídos del terror que debía inspirarles una persecución tan tenaz, se vieron al fin obligados a buscar su segu-

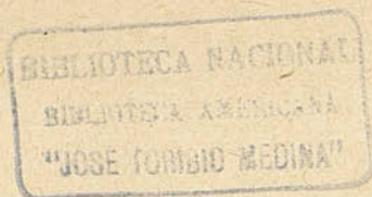
ridad en los retiros mas distantes i ocultos de las montañas.

«El teniente coronel Luna, comandante de la frontera, se ha conducido en el desempeño de su cargo con la prudencia i tino que solo podían asegurar el suceso de la pacificación de los indíjenas. Su conducta franca i leal les ha inspirado sentimientos de la mayor confianza.

«Debo sobre todo hacer justicia al mérito del jefe de estado mayor, coronel Viel, que por su jenio laborioso i los conocimientos con que ha desempeñado los detalles de las operaciones de la campaña i ramo de administración de ella, se ha hecho acreedor a la buena reputación de que goza. Yo me hago un honor en recomendarle a la consideración de su excelencia el vicepresidente, como a todo el ejército que no ha omitido ningún sacrificio por la terminación de los males que han aflijido a estos pueblos.

«Tengo el honor de ofrecer a usía los sentimientos de mi mayor consideración i aprecio.

«*José Manuel Borgoño*».



VII

Don José Manuel Borgoño toma posesión del ministerio de la guerra i marina el 2 de agosto de 1827.—Reducción de los grados superiores en el ejército.—Id. en la armada.—Patriotismo de Pinto i Borgoño al dictar las dos leyes mencionadas.—Fijación de reglas para los ascensos militares.—Recompensas a los oficiales de las fuerzas de tierra i mar que, habiendo prestado servicios en la guerra de la independencia, habían quedado sin colocación en el ejército i armada.—Establecimiento de la corte marcial.

El brigadier don José Manuel Borgoño llegó a la capital el 25 de junio de 1827 en la noche; i el 2 del mes entrante tomó posesión de su cargo.

Su conducta en el ministerio no se diferenció, en cuanto a intelijencia i laboriosidad, de la que había observado en la campaña.

Me desentendiendo del arreglo introducido en la contabilidad, ajustes, sueldos, liquidaciones, revistas de comisario, etc., etc., para fijarme solo en las medidas de trascendencia.

Organizó las fuerzas de infantería, artillería i

caballería, según aparece de tres decretos espeditos el 5 i el 6 de julio.

Estableció un cuerpo de cirujanos militares dispuesto por el congreso en 25 de agosto de 1826; pero que hasta entonces se había quedado en el papel.

El espíritu democrático de la reforma que planteó en el ejército, será uno de los títulos que mas le recomienden a la gratitud de la nación.

Redujo las clases superiores de la milicia a tres jenerales de división i a seis de brigada.

Hé aquí el mensaje con que se remitió a la deliberación del cuerpo lejislativo dicho proyecto:

«Santiago, 18 de julio de 1827.»

«El vicepresidente de la República tiene el honor de someter a la aprobación de la comisión del congreso el adjunto proyecto de lei en que se clasifica la graduación que deben tener los jenerales de la República en lo sucesivo.

«El gobierno, al reducirlos a dos clases, ha tenido presente que en ellas puede comprenderse el número suficiente capaz de conducir la fuerza armada, ya sea en paz o en guerra, sin haber perdido de vista la economía que debe resultar de la adopción de esta medida. La guerra de la independencia, que con tanta gloria ha terminado, obligó a crear un crecido número de jenerales, fijando la

escala de sus graduaciones como están designadas en la Ordenanza, sin haberse tenido presente que, en nuestra situación política i estado de recursos, era superfluo i oneroso en gran manera para el erario la continuación de un réjimen tan poco conforme con nuestra forma de gobierno.

«Penetradas sin duda de tan poderosas razones, las diferentes repúblicas del continente americano han dictado leyes que, determinando el número de jenerales con arreglo a su población e instituciones, han señalado igualmente la escala de sus graduaciones, fijándose varias de aquéllas en la de brigadier, considerándola como la última.

«El vicepresidente de la República, en vista de lo espuesto, espera que la comisión se dignará aprobar el proyecto indicado, pues por este medio se concilian los intereses que en él se proponen; i con este motivo ofrece al presidente de la comisión los sentimientos de su mas alta consideración i respeto.

«FRANCISCO ANTONIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

Lo cierto es que Chile había andado bastante trecho en el camino del militarismo.

Había en nuestra plana mayor mariscales, tenientes i capitanes jenerales.

Era preciso poner una valla a la ambición de los hombres de espada.

Un arreglo semejante se verificó en la marina, respecto de la cual se determinó también la correspondencia de los oficiales de la armada con los de tierra.

Véase el mensaje enviado al cuerpo legislativo con este proyecto:

«Santiago, 25 de julio de 1827.»

«El vicepresidente de la República tiene el honor de elevar a la comisión del congreso, para su aprobación, el proyecto de decreto adjunto. En él, se ha propuesto el gobierno uniformar la clase de los oficiales jenerales de marina, i establecer una perfecta correspondencia entre éstos i los del ejército, habiendo tenido presente al mismo tiempo la economía que necesariamente debe resultar al erario de la supresión de los diferentes grados elevados que la Ordenanza designa, como lo manifestó en la nota pasada a la comisión en 18 del actual, acompañando el proyecto relativo al ejército.

«La práctica de conceder grados superiores a los empleos efectivos, después de observarse en ella la irregularidad que aparece a primera vista, lleva consigo la circunstancia de no representar el graduado, por medio de sus distintivos, el empleo

que desempeña, orijinando no pocas veces, en asuntos del servicio, dudas que dejeneran en disputas nacidas de la multiplicación de disposiciones establecidas sobre las prerrogativas que están señaladas a los diferentes grados, tanto del ejército, como de la marina.

«Para obviar este inconveniente, el ejecutivo desea se acuerden reglas fijas sobre la materia, en los términos que lo propone a la comisión, quedando por este hecho derogado lo prevenido en la Ordenanza a este respecto.

«Con este motivo, el vicepresidente de la República se complace al repetir a la comisión del congreso las consideraciones de su mayor aprecio i respeto.

«FRANCISCO ANTONIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

Pinto i Borgoño habían necesitado un civismo extraordinario para firmar estas dos leyes, que no podían menos de desagradar sobre manera a un ejército victorioso en tierra i en mar; pero ambos tenían la relijión de la patria, a la cual tributaban un culto tan sincero, como puro.

Ni el interés individual, ni el de sus camaradas de cuartel, avasallaban su conciencia.

No echaban la gloria en el puchero.

El activo i liberal ministro de la guerra fijó reglas invariables para los ascensos en el ejército.

Las propuestas debían hacerse por los militares mismos, a fin de evitar la arbitrariedad del gobierno.

Léase la esposición de motivos que acompañó a su proyecto:

«Santiago, 6 de agosto de 1827.

«El vicepresidente de la República tiene el honor de someter a la aprobación de la comisión del congreso el proyecto que determina el orden i método con que en lo sucesivo deben practicarse los ascensos en el ejército. Él presenta a primera vista los resultados ventajosos que debe producir su planteación, alejando de los subalternos el desaliento que de ellos se apodera cuando se persuaden o interpretan que las postergaciones que sufren son la obra de la arbitrariedad de los jefes por el método oscuro i sijiloso que hasta ahora se ha observado en la formación de las propuestas. El que establece el proyecto, allana los inconvenientes indicados. La España misma, en la época de su libertad, se penetró de que debía alterar la Ordenanza en esta parte, como lo hizo, fijando, en consecuencia, un orden análogo al que contiene el adjunto proyecto.

«En las propuestas de subtenientes o alféreces de que hace mérito el artículo 5, además de veri-

ficarse por elección, se exige el examen de aptitud respecto a que, siendo esta clase el primer escalón para optar a las demás, es de absoluta necesidad que el propuesto reúna la suficiencia precisa para poder desempeñar las funciones del empleo que se le confiere en razón a ser considerado como la base de todos los demás.

«Los ascensos de pura elección, además de ser conformes con el sistema liberal adoptado, ofrecen a las clases comprendidas en ella un estímulo para la aplicación i arreglo de su conducta moral, pues estando las operaciones de los que las componen sujetas a la inspección de todos los que han de decidir de su suerte i adelantamientos, es mui natural se esfuercen a obrar en este sentido, a fin de merecer la aprobación de ellos.

«Siendo peculiar al inspector jeneral la elevación de las consultas sobre las vacantes de jefes en los términos que señala el proyecto, este superior, con conocimiento de las calidades de todos los del ejército, la fijará sobre los que considere mas dignos de ocupar los destinos de esta naturaleza, quedando luego a elección del gobierno el disponer recaiga la decisión sobre el mas benemérito con concepto a las noticias que de cada uno de los consultados deben existir en el ministerio de la guerra.

«La rigurosa antigüedad se ha considerado por todos los militares como el mérito mas sobresaliente para ascender; pero, contemplando que, de señalar dos a la precisa antigüedad i uno a la elec-

ción, al mismo tiempo que se recompensa el mérito, se abre la puerta a los grandes talentos, sirviéndoles de incentivo esta regalía, el gobierno ha creído conveniente establecerla, confiando en que producirá grandes bienes en el ejército la adopción de esta medida.

«En orden a la prohibición de conferir al ejército grados superiores al empleo que cada uno desempeña, ya el gobierno ha manifestado, en la nota dirigida a la comisión en 25 de julio último relativa a la marina, los inconvenientes que ofrece la continuación de la práctica hasta aquí seguida a este respecto.

«Esta ocasión presenta al vicepresidente de la República la de ofrecer al presidente de la comisión las consideraciones de su mas distinguido aprecio i respeto.

«FRANCISCO ANTONIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

La República no puede mantenerse ni subsistir en medio de las bayonetas.

Los fusiles son malos rodrigones para las instituciones liberales.

Por razones políticas i por motivos pecuniarios, el vicepresidente i su ministro habían disminuído el ejército permanente; pero no se les ocurría por

eso sumir en la miseria a los soldados de la independencia que se separaban del servicio activo.

Tan villano proceder habría sido una imprudencia i una injusticia.

Las miras de Pinto i de Borgoño a este respecto se encuentran consignadas en el mensaje con que se acompañó un proyecto relativo al galardón que debía concederse a los militares retirados.

«Santiago, 26 de setiembre de 1827.»

«Organizada la fuerza armada con arreglo al pie de que debe constar en tiempo de paz, resulta un considerable número de jefes i oficiales que en la nueva planta del ejército i desarme de la escuadra han quedado necesariamente sin colocación.

«Penetrado el gobierno de los importantes servicios que éstos han prestado a la República, i de que, habiendo arrostrado todo jénero de peligros, han espuesto su vida, i sellado con su sangre la existencia política del estado, se ve en la sagrada obligación de corresponder a la magnitud de tamaños sacrificios, proponiendo a la consideración de la comisión del congreso el adjunto proyecto que, al mismo tiempo que alivia al erario de las considerables sumas que sobre él gravitan, recompensa a los creadores de la nación el mérito especial que han contraído en su obsequio. Ellos son dignos de la gratitud pública por sus heroicos esfuerzos; i nada mas natural que el que se les proporcione

una moderada subsistencia en premio de tan importantes servicios. El común interés i la justicia reclaman imperiosamente la adopción de esta medida; i los que anhelan con ansia por ser comprendidos en ella, bendecirán eternamente a los que, apreciando en su verdadero valor a los que han tenido la dicha de ser contados en el número de los defensores de la patria, han sabido también remunerarles con mano franca, asegurándoles su bienestar.

«El vicepresidente de la República, al someter el citado proyecto, no puede menos de recomendar la importancia de su aprobación, pues de ella resultan las ventajas que no se ocultan a la perspicacia i penetración de la comisión nacional.

«Con este motivo, el vicepresidente de la República reitera al presidente de la comisión las consideraciones de su distinguido aprecio.

«FRANCISCO ANTONIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

La cartera del ministro de la guerra no estaba agotada.

Era una aberración que las causas de los militares, mucho mas numerosas entonces que al presente por razón del fuero personal de que éstos gozaban, tuvieran una sola instancia.

El vicepresidente i su ministro hicieron cesar esta anomalía, fundando la corte marcial.

Copio el mensaje en que se esplaya su pensamiento sobre el particular:

«Santiago, 26 de setiembre de 1827.»

«El vicepresidente de la República, al acompañar el adjunto proyecto de decreto, no puede menos que recomendar a la comisión del congreso la benemérita clase militar que, en medio de los sacrificios que ha hecho en beneficio de la independencia i libertad de la República, se halla despojada de las garantías i derechos que los demás ciudadanos disfrutan, pues cuando éstos tienen multiplicadas instancias para reclamarlos, aquéllos se ven ceñidos a un solo pronunciamiento que decida de su vida, honor i cuanto el hombre conoce de mas apreciable.

«Establecido el tribunal de apelaciones según el espíritu del proyecto, al mismo tiempo que se sustituye el supremo consejo de guerra que designa la Ordenanza, i que no se halla planteado entre nosotros, se logra el que el militar disfrute de todas las regalías que la lei dispensa a los ciudadanos.

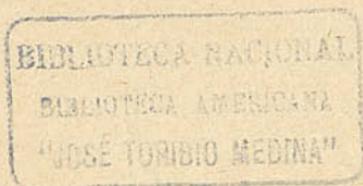
«El gobierno espera que, penetrada la comisión de las justas i poderosas razones que espone en orden a la creación de los tribunales de justicia que deben rejir al ejército en lo sucesivo, se dignará aprobarlo en todas sus partes.

«Con este motivo, el vicepresidente de la República tiene el honor de saludar a la comisión nacional con la mayor consideración i respeto.

«FRANCISCO ANTONIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

La corte marcial es un tribunal que subsiste hasta el día.



VIII

Cesación de las hostilidades.—El gobierno anuncia que los emigrados pueden tornar a sus hogares.—Indulto concedido a Pincheira i sus secuaces.—Los campos devastados vuelven a ser cultivados.—Renovación de la guerra.—Don José Manuel Borgoño es nombrado jeneral en jefe del ejército del sur con retención del ministerio.—Dificultad de rechazar las incursiones de los Pincheiras.—Parte oficial de la campaña.—Construcción de fuertes en los boquetes de la cordillera.

La guerra parecía estinguida en la parte austral de Chile, la rejión de las tempestades i de los bárbaros.

Léase la siguiente comunicación que el comandante de la frontera del sur don Juan de Luna dirijió por este tiempo a don José Manuel Borgoño:

«Yumbel, 22 de agosto de 1827.»

«Señor ministro de la guerra,

«Las relaciones de amistad que por orden espresa de esa superioridad entablé con los indios llanistas, i que ratificó ante usía, en fines de abril pasado

en el cuartel jeneral de Chillán, el cacique gobernador don Francisco Mariluán, producen los buenos efectos que por nuestra parte se apetecían, dirigidos al restablecimiento del comercio con los naturales i a la restitución de las familias españolas de contraria opinión que se abrigaron en sus territorios desde el principio de la guerra. El comercio se ha principiado por ellos con la mayor franqueza, siguiendo diariamente; i las familias retraídas en aquel butalmapu se están trasladando a esta parte del Biobío, a pesar de la estación rigorosa del invierno, que les impide emprender su marcha a las que viven en mayor distancia. Hasta la fecha, se ha presentado el número de trescientas treinta personas de ambos sexos i varias edades, arrepentidas de sus estravíos, constantes en la relación que tengo el honor de adjuntar a usía para su satisfacción, i para que, por su conducto, llegue al conocimiento de su excelencia el vicepresidente de la República.

«Con este motivo, tengo el honor de significar a usía los sentimientos de mi distinguido aprecio i respeto.

«*Juan de Luna*».

La paz estaba ajustada de hecho, ya que no de derecho.

Todo contribuía a indicarlo.

Véase el siguiente oficio dirigido por el comandante mencionado a don José Manuel Borgoño:

«Señor ministro de la guerra:

«Yumbel, 26 de agosto de 1827.»

«Al mismo tiempo que se ve concluída la guerra con los indios de esta frontera del sur, se hace indispensable i de necesidad la ocupación por nosotros de los terrenos abandonados por motivo de la guerra en el partido de la Laja para, por medio del comercio i agricultura, reparar los males inferidos en esta desgraciada provincia, i afianzar con los naturales una paz permanente.

«Casi todos los habitantes de esta frontera, recelosos hasta hoi de experimentar los males que motivaron el abandono de sus propiedades, aún existen errantes en distintos puntos de la República, sufriendo acaso indijencias que con facilidad repararán restituyéndose a ocupar sus hogares, con la certeza de que la paz establecida, i de que la guarnición respetable de la plaza de los Ángeles, no permitirán la repetición de las hostilidades que sufrieron durante la guerra.

«A este objeto, me dirijo a usía para que se sirva noticiarlo al señor vicepresidente de la República, a fin de que, si lo halla conveniente, dicte órdenes circulares, invitando a los naturales de esta frontera que existen emigrados, señalándoles término para su regreso, i que con este motivo se

fomente la agricultura abandonada en un país delicioso i de las mejores proporciones en esta provincia.

«Con esta ocasión, tengo la honra de saludar a usía, ofreciéndole mi respeto i consideración.

«*Juan de Luna*».

A consecuencia de la nota preinserta, el gobierno hizo publicar el siguiente aviso:

«En vista de lo espuesto por el comandante jeneral de la frontera del sur, los naturales de aquellos lugares a quienes las vejaciones i calamidades de la guerra obligaron a abandonar sus intereses, podrán volver a sus hogares con la brevedad que les sea posible, puesto que la amistad i buena armonía establecida con los indíjenas, i el restablecimiento de la fortaleza de los Ángeles i demás plazas fronterizas, les aseguran la tranquilidad i bienestar de sus familias».

El gobierno dio un paso mas en la vía de la conciliación; i otorgó un jeneroso perdón a Pincheira i sus secuaces.

«El vicepresidente de la República,

«Deseando poner término a los males que tanto tiempo aflijen a la benemérita provincia de Concepción, causados por una guerra tan desastrosa a ésta, como inútil a los que hasta ahora la han sos-

tenido; penetrado de que la obstinación que manifiestan el caudillo Pincheira i sus secuaces en el sostén de lucha tan desesperada, como opuesta a los principios que ha adoptado toda la América, es efecto del temor que les inspira el conocimiento de los perjuicios que han causado a sus hermanos con el extravío de su conducta; i anhelando por que desaparezcan los errores en que el alucinamiento de la mayor parte, i la mala fe de los enemigos de la tranquilidad pública, han precipitado a los que continúan en la guerra de vandalaje, ha venido en acordar i decreta:

«Artículo 1.º Serán indultados de la pena a que se han hecho acreedores por la conducta observada hasta aquí, el caudillo Pincheira i cuantos le han seguido con el objeto de mantener la guerra, siempre que se presentaren a las autoridades nacionales mas inmediatas al paraje en que se hallaren al tiempo de recibir este decreto.

«2.º Éstas librarán a cada uno de los que se presentaren un documento en que conste el día que lo verificaron, con espresión de las armas i caballos que entregaren, remitiéndolo todo con el individuo al intendente de la provincia o jeneral del ejército, que les facilitará carta de seguridad para que se establezcan en el punto donde mejor les conviniere.

«3.º Los caballos i armas que entregaren les serán abonados, precediendo el correspondiente avalúo; i su importe será cubierto por la tesorería de la provincia o por la comisaría del ejército del sur.

«4.º Tendrán derecho a la gracia del indulto los que se presentaren en el modo espresado en los artículos anteriores en el término de un mes después de haberseles notificado; pero, si hubiere alguno tan pertinaz i obcecado que, desoyendo los gritos de su propia conciencia, no se acojiere a la gracia con que el gobierno le brinda liberal i francamente, será perseguido; i sufrirá irremisiblemente la pena de muerte impuesta por la lei.

«5.º El ministro de la guerra queda encargado de la ejecución de este decreto, que lo comunicará al jeneral en jefe del ejército, acompañándole treinta ejemplares impresos, a fin de que éste los dirija a los comprendidos en él.

«Sala de gobierno, en Santiago, a 25 de octubre de 1827.

«FRANCISCO ANTÓNIO PINTO.

«*José Manuel Borgoño*».

El gobierno alargaba la mano, las dos manos, a los vencidos.

¡Por su parte, la paz estaba hecha!

El arado comenzó a reemplazar a la espada.

Los campesinos tornaron a sus faenas acostumbradas.

No necesitaban cavar la tierra, sino mirar la superficie, para encontrar restos de hombres i de caballos.

¡Qué hacer!

Arrancaban las malezas i abrojos, i sepultaban los huesos humanos, para hacer pastar sus animales i poder cultivar sus fundos.

Los soldados se trasladaban de un campamento a otro sin obstáculo de ningún jénero.

Pablo i José Antonio Pincheira se manifestaban dispuestos a rendirse.

El primero conferenció con don Benjamín Viel un largo rato en los Guindos, lugar cercano a Chillán.

El cabecilla se retiró llevando seis carneros para sus compinches.

Aseguró que iba al otro lado de la cordillera a traer sus vacas, sus caballos, su familia.

Prometió regresar dentro de ocho días.

Todo quedaba palabreado.

Repentinamente las poblaciones del sur sintieron el relincho i el galope de los potros de los salvajes.

Los bárbaros procedían como siempre: deshonra a las mujeres, muerte a los hombres cuando no los cautivaban para obtener un rescate, incendio de los edificios, saqueo de los muebles, devastación de todo.

La naturaleza solía ofrecer, en aquella comarca llena de contrastes, una antítesis semejante a la que ahora se presentaba.

El Antuco, cuya falda estaba cubierta de nieve, lanzaba, de cuando en cuando, bocanadas de humo i de llamas.

La paz alternaba con la guerra, i la civilización se codeaba con la barbarie, en una sociedad abigarrada i en vía de formación.

Al primer amago, el gobierno espidió el siguiente decreto:

«Santiago, 29 de noviembre de 1827.»

«Nómbrese, en comisión, jeneral en jefe del ejército del sur hasta terminar la campaña próxima a abrirse contra los bandidos al ministro de la guerra i marina, jeneral de brigada don José Manuel Borgoño, quedando ambos departamentos interinamente a cargo de sus respectivos oficiales mayores hasta el regreso del citado ministro. Tómese razón, comuníquese e imprímase.

«PINTO.

«Ovejero,
«prosecretario».

No era fácil repeler las incursiones de los Pincheiras, cuya táctica consistía en asaltar, improvisamente i de noche, los puntos desguarnecidos.

Luego que el ministro llegó al teatro de la guerra, procuró colocar fuerzas suficientes en aquellos lugares que podían ser atacados, i al mismo

tiempo envió destacamentos en persecución de los bandidos.

No podía hacerse otra cosa.

Creo oportuno transcribir aquí el párrafo de una carta enviada por don José Manuel Borgoño al general Pinto relativo a la campaña emprendida:

«Chillán, 19 de febrero de 1828.»

«El coronel Bulnes ha conseguido sorprender a los pegüenches amigos de Pincheira; les ha muerto algunos indios; i les ha quitado todas sus haciendas. Por este medio, los aliados que llevaba, han recuperado sus familias i parte de los ganados que en el invierno habían perdido.

«Bulnes tuvo también un encuentro con Antonio Pincheira, en que éste perdió seis hombres.

«Ya se han remitido mas víveres, para que pueda emprender de nuevo en la presente luna.

«Mas de doscientos indios han pedido de estas resultas perdón de sus pecados; i están acampados a las órdenes e inmediaciones de Bulnes».

Me parece mui interesante la carta que paso a copiar, dirigida por Borgoño al vicepresidente don Francisco Antonio Pinto, en la cual le da cuenta de sus planes i operaciones:

«Chillán, 5 de marzo de 1828.

«Querido amigo,

«Son en mi poder sus apreciables de 16 i 20 de febrero. Por la última, veo que sus esfuerzos han tenido el suceso que debía esperar. Con solo la noticia, he resuelto hacer un viaje al boquete de Alico para determinar el local i trazar la fortificación que es necesario hacer allí este verano. Así que lleguen las herramientas, se pondrá la obra en ejecución; i estoi seguro de que sus ventajas van a sentirse desde el momento que se principie.

«No puede usted figurarse el contento de estos habitantes con saber que estas campañas van a quedar por este medio libres de incursiones. Han contribuído voluntariamente con algunos víveres, a fin de que no haya entorpecimiento por falta de estos recursos.

«En fin, yo no me volveré a Santiago sin dejar concluída esta obra, i una guarnición competente para su defensa.

«El coronel Bulnes ha dado a los indios aliados a Pincheira, lo mismo que a este caudillo, un golpe famoso. Les ha tomado caballos, vacas, ovejas, familias prisioneras i muchas cautivas, que estaban en poder de los indios, matando a muchos de éstos, i veinte cazadores de los que se le habían pasado ahora dos años. Después de descansar veinte días en el valle de las Damas, ha vuelto de nuevo a emprender sobre los restos que se habían reunido; i espero

dentro de poco noticias de su resultado. Se le habían pasado cerca de trescientos indios, que estaban ya bajo sus órdenes.

«No he remitido el parte oficial esperando el suceso de esta segunda empresa, i que dicho jefe lo pueda verificar detalladamente, como se le ha prevenido.

«Estoi lleno de gusto por la adquisición que se ha hecho del señor don José Joaquín de Mora, i de que el gobierno le haya dado un destino tan análogo a sus luces i a su esperiencia.

«Espero con ansia la publicación que naturalmente debe redactar, tanto por lo que puede influir en los progresos de la civilización del país, como porque así cesarán los miserables papeles que aumentan sin cesar nuestro descrédito.

«Disponga usted de S. S. S.

«*José Manuel Borgoño*».

Esta carta pinta al hombre.

Mientras Borgoño delineaba con su espada un fuerte en uno de los boquetes de los Andes para repeler a los seudo-realistas, se regocijaba con la venida de don José Joaquín de Mora, que podía difundir la ilustración entre nosotros.

Rechazaba al *coronel* Pincheira i su horda; pero acogía con los brazos abiertos al eminente literato español, que traía a Chile su ciencia, su cultura, su enseñanza.

El jeneral del ejército de operaciones remitió al gobierno el parte oficial de que hablaba a Pinto en su carta.

«Chillán, 1.º de abril de 1828.»

«Señor ministro de estado en el departamento de la guerra.

«La expedición que con fecha 4 de enero anuncié a V. S. se preparaba contra los bandidos e indios enemigos situados en las cordilleras de los Andes, salió del fuerte de Antuco el 20 de dicho mes, compuesta de tres compañías de infantería i un escuadrón de granaderos a caballo al mando del coronel don Manuel Bulnes.

«En el primer día de su marcha, se incorporaron ciento cincuenta indios de las reducciones aliadas; i al siguiente llegó al valle de las Damas.

«En este punto, supo que Pincheira se hallaba en las márgenes del Río Agrio, distante ochenta leguas al sur.

«En su consecuencia, se puso en marcha, tomando esta dirección; i después de haber superado cuantos obstáculos presentan unas cordilleras sumamente elevadas i fragosas, logró el 4 de febrero sorprender el campo de los caciques Neculmán, Teriano, Canumilla i el Mulato. La defensa que éstos hicieron, fue tenaz; pero al fin se vieron obligados a fugar con bastante pérdida, abandonando sus haciendas i familias.

«El considerable botín que se hizo, i la pronta retirada de Pincheira, que estaba acampado a retaguardia de los indios, obligaron al coronel Bulnes a contramarchar al valle de las Damas con el doble objeto de asegurar los ganados i atraer los bandidos a un terreno mas a propósito para escarmentarlos.

«En efecto, el día 5, se puso en marcha; i a pocas horas se presentaron aquéllos por retaguardia en número de mas de trescientos hombres, incluso doscientos indios.

«La división cotinuó dos leguas sin inquietarlos, hasta que, a las inmediaciones del Río Agrio, fueron cargados por treinta granaderos i ochenta indios al mando del teniente Salvo i alférez Navarro, mientras que el de la misma clase Lizama con otros treinta hombres contenía ochenta indios mulches, que intentaban incorporarse a los bandidos. Esta carga, ejecutada con bastante acierto, tuvo el mas feliz resultado: se les mataron veinte i siete hombres, i se obligó al resto a tomar la fuga. Nuestra pérdida consistió en tres granaderos. Los indios, que solo eran espectadores del suceso, se presentaron inmediatamente en nuestras filas, implorando el perdón; i la división hizo alto, protejiendo la deserción de los muchos que se pasaban con sus intereses i familias.

«Después de quince días de descanso, volvió de nuevo el coronel Bulnes a emprender sobre Pincheira, que se había reunido en Añoi-Malal, diez

leguas mas adentro de su primera posición. Con la mira de atacarle por sorpresa, procuró hacer sus marchas de noche; pero esta medida de nada sirvió, pues su primer encuentro fue con los indios, que siempre campaban a la vanguardia. Al fin de una corta resistencia, se rindieron éstos; mas no pudo evitarse que algunos fugados diesen aviso a aquel caudillo, i se pusiese en retirada. Sin embargo, el ayudante Landa con treinta granaderos le alcanzó en su mismo campo, le mató diez hombres i acuchilló muchos de los fujitivos. El demasiado ardor del oficial le condujo a separarse dos leguas de la división. De estas resultas, fue cargado i precisado a retirarse con pérdida de seis granaderos. A poca distancia, tuvo la fortuna de encontrar la infantería mandada por el teniente coronel Navarro, que contuvo la audacia de los bandidos. Se les persiguió en seguida con mayor fuerza, hasta que, conociendo el coronel Bulnes la inutilidad del empeño por la dispersión en que fugaban, i la imposibilidad de alcanzarlos, ordenó la retirada; i llegó a la plaza de Antuco el 23 de marzo.

«Los resultados de esta expedición son de la mayor importancia: se han quitado novecientos caballos, quinientas vacas i mas de cinco mil cabezas de ganado lanar. Los pegüenches han sido castigados, como merecían; i en consecuencia se han separado de los bandidos: nueve caciques han venido a presentarse, protestando obediencia i fidelidad. Las educaciones amigas han recuperado sus familias i

haciendas de que habían sido despojadas durante el invierno. La fuerza de los bandidos ha sido considerablemente disminuída. I lo que es mas satisfactorio, se ha obtenido la libertad de mas de trescientos jóvenes de ambos sexos, que existían cautivos entre los bárbaros, i han vuelto al seno de sus familias.

«No debo pasar en silencio la buena comportamiento del coronel Bulnes i teniente coronel Navarro. Yo recomiendo al gobierno sus servicios en esta campaña; como a todos los oficiales i tropa de la división, que han llenado sus deberes con el honor que acostumbran.

«Sírvasse V. S. ponerlo en conocimiento de su excelencia el vicepresidente de la República, i de admitir los sentimientos de mi mayor consideración i aprecio.

«*José Manuel Borgoño*».

El parte anterior manifiesta la batida que era preciso hacer contra los bandoleros que, so color de restablecer el antiguo yugo, destrozaban la República.

Debo prevenir que, en enero de 1828, una tropa de aquellos desalmados había asaltado la provincia de Curicó, donde había cometido todo jénero de fechorías.

El coronel don Salvador Puga había perseguido a los facinerosos hasta el otro lado de la cordillera,

habiendo logrado arrebatárles una gran porción de las especies que habían saqueado.

El capitán don Eusebio Ruíz había peleado a tiro de pistola con los malhechores, i les había quitado dos recuas de mulas robadas.

Los nuestros habían perdido siete hombres en el encuentro.

El jeneral del ejército de operaciones aludía a este suceso en el siguiente parte:

«Chillán, 2 de abril de 1828.»

«Señor ministro de estado en el departamento de la guerra.

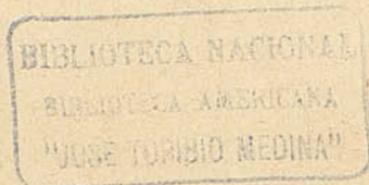
«Sin embargo de que la partida de bandidos que se abrigaba en las montañas de Chillán, ha sido enteramente acabada, después de los golpes con que en el mes de enero se les escarmentó, huyendo los restos al otro lado de la cordillera, acaudillados por Pablo Pincheira, de cuyas resultas ha quedado el cantón libre de hostilidades, con todo, para evitar en lo sucesivo las salidas que pudieran intentar por la derecha del río, he dispuesto cerrar el boquete de Alico con un fuerte construído al pie de la montaña de este nombre, capaz de contener una guarnición de cincuenta hombres.

«Igual providencia pienso tomar al pie de las montañas comprendidas entre Niblinto i Nuble; por cuyo medio quedarán perfectamente defendidos los partidos de San Carlos, el Parral i mucha parte de Chillán.

«El boquete Villacura, que desde el principio de la guerra existe abandonado, i, por consiguiente, espuestas sus campañas a las escursiones de los bárbaros, he dispuesto del mismo modo cubrirlo, restableciendo el antiguo fuerte que había; medida tanto mas necesaria en el día, cuanto que, aumentándose la población de los Ángeles, conviene cerrar todas las salidas que se dirijen a sus campañas.

«Sírvasse V. S. ponerlo todo en conocimiento de su excelencia el vicepresidente de la República, como también admitir los sentimientos de mi mayor consideración.

«*José Manuel Borgoño*».



IX

Don José Manuel Borgoño vuelve a hacerse cargo del ministerio de guerra i marina.—Formación de dos cuerpos, uno de caballería i otro de infantería, denominados, el primero *escuadrón del orden*, i el segundo *batallón de la constitución*.—Venta de buques i supresión de empleos.—Proyecto para derramar la instrucción en el ejército.—Don José Manuel Borgoño renuncia el ministerio.—La enfermedad le impide tomar el mando del ejército del sur.

Afortunadamente, la ráfaga de truenos i rayos, de forajidos i bestias, de que se ha hablado en el capítulo anterior, pasó por fin.

Había durado demasiado.

El cielo se despejó nuevamente en las laderas de los Andes.

Después de algunos meses de marchas i contra-marchas, de emboscadas i escaramuzas, de balazos i lanzadas, don José Manuel Borgoño pudo volver a su hogar i al ministerio.

«Tenemos la satisfacción de anunciar (dice *La Clave*, fecha 31 de mayo de 1828) que, habiendo

regresado del ejército de operaciones del sur su jeneral en jefe, el señor jeneral de brigada don José Manuel Borgoño, volverá el lunes de la semana inmediata (2 de junio) a ponerse al frente de los ministerios de guerra i marina, de los cuales se había separado temporalmente para dirigir en persona la última campaña contra las tropas del bandido Pincheira.

«Al dar este aviso, no podemos prescindir de recordar con entusiasmo i gratitud los importantes servicios que debe el país al jeneral Borgoño en el corto período que las atenciones de la guerra le permitieron auxiliar al gobierno con sus brillantes conocimientos en aquellos dos ramos interesantes de la administración pública.

«Fatigado aún, cómo debía estar, de una campaña cuyas penalidades solo podrían espresarse por el que tuvo la constancia i firmeza de resistirlas, se le vio contraerse con extraordinaria asiduidad al desempeño de su nuevo destino; i como si acabase de salir de un absoluto i prolongado sosiego, i como si sus facultades hubiesen estado consagradas esclusivamente a los trabajos del gabinete, la escuadra i el ejército quedaron perfectamente organizados en pocos meses bajo formas tan sencillas, como regulares i convenientes.

«Después de haber cooperado a mejorar de este modo la parte que quizá se resentía mas del desgreño en que dejó a la República la lucha de la independencia, el jeneral Borgoño marchó de nue-

vo a los campos cuyo nombre acababa de eternizar con sus heroicas hazañas. En ellos, ha dado nuevos i terribles escarmientos a los enemigos de nuestra tranquilidad, decorando con nuevos laureles las armas de la República, i aumentando los títulos que tenía a la admiración i reconocimiento de sus conciudadanos».

Según se ha visto, la campaña de Borgoño al sur de la República no fue infructuosa.

A sus esfuerzos i al de sus lugartenientes se debieron la libertad de numerosos cautivos que jemían entre los bárbaros i la recuperación de los valiosos ganados que éstos habían sustraído.

Bajo el amparo de los fuertes construídos por él, las poblaciones comenzaron a renacer de sus ruínas, i los campos desolados, a cultivarse sin peligro.

De vuelta a Santiago, don José Manuel Borgoño continuó sus tareas administrativas.

La escasez del erario i la necesidad de mantener la tranquilidad en la capital, perturbada poco había por una revuelta militar, le movieron a crear dos cuerpos, uno de caballería i otro de infantería, denominados, el uno *escuadrón del orden* i el otro *batallón de la constitución*.

Su objeto era custodiar las propiedades en caso de asonada o motín.

Estaban compuestos de los comerciantes i vecinos acomodados de Santiago.

Los comandantes i oficiales debían ser elejidos por los soldados.

Todos ellos debían uniformarse i equiparse a sus expensas, quedando obligado el gobierno a suministrarles las armas.

La organización de estos cuerpos ha servido de pauta a gobiernos posteriores en circunstancias análogas.

Habiendo concluído la guerra marítima, ordenó la enajenación de los buques *Lautaro*, *Galvarino* i *Motézuma* i suprimió varios empleos ya inútiles relativos a la armada.

El compañerismo no le detenía cuando estaba por medio el interés del país.

La hacienda pública exhausta no podía convalecer sino por la economía mas estricta.

Un viaje precipitado a Colchagua para sofocar una revolución i las agitaciones producidas por tan lamentable suceso, le ocasionaron una grave enfermedad de que nunca consiguió reponerse, i que al fin le arrastró al sepulcro.

El pésimo estado de su salud le impidió volver a tomar el mando del ejército del sur para concluir la guerra contra los Pincheiras, los cuales, como se ha visto, habían tramontado los Andes para

reparar sus descalabros, i podían tornar el día menos pensado a sus correrías i depredaciones.

Fue preciso designarle un reemplazante.

«Santiago, diciembre 22 de 1828.»

«Habiendo llegado la estación en que debe abrirse la campaña contra los bandidos, i estando imposibilitado por ahora el jeneral en jefe del ejército, ministro de guerra i marina, jeneral de brigada don José Manuel Borgoño para salir al sur, respecto de hallarse enfermo, he venido en nombrar provisoriamente, i entretanto se restablece aquél de sus dolencias, al jeneral de división don Joaquín Prieto, el que será relevado del cargo tan luego como el primero se halle en aptitud de emprender su marcha al cuartel jeneral.

«Tómese razón, comuníquese e imprímase.

«PINTO.

«Ovejero.

«prosecretario».

No obstante la enfermedad que le aquejaba, don José Manuel Borgoño continuó en el gabinete, donde alcanzó todavía a disponer una medida importante.

El vicepresidente i su ministro querían que la ilustración brillase en la frente del soldado, como el sol refleja en su bayoneta.

Imbuídos de esta idea, trabajaron para que la inteligencia animase la fuerza bruta.

A fin de derramar la luz en el ejército, ordenaron por pronta providencia que un individuo de cada compañía de los diversos cuerpos, estudiase en el Liceo, bajo la dirección de don José Joaquín de Mora.

Hé aquí su decreto:

«Santiago, 9 de abril de 1829.»

«Penetrado el gobierno de las ventajas que resultan al ejército de que la clase destinada a reemplazar la de oficiales adquiriera la educación i conocimientos necesarios para que pueda optar dignamente a los ascensos que la Ordenanza prescribe, viene en decretar:

«Artículo 1.º Los jefes de los cuerpos del ejército nombrarán un joven por compañía, que sepa leer i escribir, i que no pase de la edad de diez i seis años, a quien se dará de alta en ella en clase de sarjento segundo.

«2.º Los individuos de que habla el artículo anterior, serán destinados al Liceo, en donde formarán una clase separada de los demás con el nombre de alumnos de la sección militar, bajo la inmediata inspección del directorio i profesores de aquel establecimiento.

«3.º Se cubrirán los gastos de la educación con el sueldo que les está señalado por reglamento, el

que será satisfecho por comisaría, previa la justificación de revista, que mensualmente deberá pasar el comisario de guerra, remitiendo después los cargos a los respectivos cuerpos.

«4.º El vestuario que usen será el designado a los individuos del Liceo, con la diferencia del cuello de la casaca, que será del color que llevan los cuerpos a que pertenecen.

«5.º El plan de estudios que han de seguir los alumnos de la sección militar, se determinará por un reglamento que el gobierno dictará oportunamente.

«El ministro de la guerra queda encargado de la ejecución del presente decreto, del que se tomará razón, comunicará a quienes corresponda, i dispondrá se imprima.

«PINTO.

«Borgoño».

Para completar su plan, los dos estadistas determinaron fundar en cada cuartel una escuela de primeras letras, que los soldados estarían obligados a cursar.

Desgraciadamente, ese bello proyecto quedó sin ejecutarse, a causa del ventarrón político, que arrastraba en su torbellino hombres i planes, sin dejar quietud ni estabilidad para nada.

Fue un puñado de semillas que no dieron sazonados frutos por no haberse echado en tierra.

Habiendo arreciado la enfermedad de Borgoño, éste se vio obligado a renunciar la cartera, que tan dignamente había desempeñado.

«Excelentísimo Señor:

«El que suscribe con su mayor respeto hace presente a V. E. que, impidiéndole el mal estado de su salud continuar por mas tiempo en el ministerio de guerra i marina, destino a que tuvo el honor de ser llamado por V. E., suplica se sirva V. E. admitirle la renuncia que hace del referido empleo por el motivo espuesto, que es notorio.

«*José Manuel Borgoño*».

*
* *

«*Santiago, 16 de julio de 1829.*

«Cediendo a las poderosas razones en que ha fundado su dimisión el ministro de estado en los departamentos de guerra i marina, jeneral de brigada don José Manuel Borgoño, vengo en admitírsela, sintiendo vivamente que los espresados departamentos se priven de la sabia i acertada dirección con que los ha desempeñado, i asimismo que la causa principal de su separación consista en graves enfermedades, que ha contraído a consecuencia de las penosas fatigas del ejército i del ministerio.

«Tómese razón, comuníquese i publíquese.

«PINTO,

«*Rodríguez*».

Borgoño se retiró a su casa con la conciencia de haber obrado bien en un tiempo revuelto i nebuloso.

El teniente coronel don Santiago Muñoz de Bezanilla fue nombrado oficial mayor en el ministerio de guerra i marina; i en este carácter, reemplazó a Borgoño, en el despacho de los negocios del ramo.

Muñoz Bezanilla sabía manejar la espada i la pluma, habiéndose distinguido en la guerra de la independencia i en la polémica ardiente de la prensa.

Mientras tanto, el partido liberal había mirado, i miraba con mal ceño que se hubiese confiado el mando del ejército del sur a un jefe de tanto aliento i prestigio como el jeneral don Joaquín Prieto, que estaba afiliado en el bando opuesto.

A fin de separarle de tan importante cargo, que solo se le había dado provisionalmente, se trabajó con ahínco para que don José Manuel Borgoño fuese a sustituirle.

Véase la siguiente carta que debo a la benevolencia de don Benjamín Vicuña Mackenna, la cual fue encontrada entre los papeles de Borgoño.

«Señor don José Manuel Borgoño.

«*Valparaíso, setiembre 10 de 1829.*

«Mi estimado jeneral,

«Hace cuatro días que se ofició a V. S. por mi conducto a fin que verificase su marcha al ejército,

si posible era, dentro de ocho días. Los anuncios de la provincia de Concepción hacen cada momento mas urgente su presencia en el ejército. Es indudable que el señor Prieto, cuando no obre de mala fe, al menos no tiene el tino necesario para conducirse en la actual crisis de esas provincias, porque, con motivo de las elecciones constitucionales, se hallan en una absoluta conflagración los partidos. El señor Prieto toma parte en ellos contra los deberes de su cargo i carácter, de modo que hace servir la fuerza pública en fomento de facciones populares, desmoralizándola i haciéndola venal, i torciendo su objeto. La patria, señor jeneral, exige de parte de V. S. este nuevo sacrificio. Él talvez sea la base de un bien inestimable, cual será el hacer cesar las animosidades de aquellos habitantes fomentadas por la indiscreción.

«Solo espera el gobierno la contestación de V. S. de estar pronto a marchar para remitirle las órdenes convenientes para que el jeneral Prieto cese en el mando del ejército, i los jefes de los cuerpos de su tránsito se pongan a sus órdenes.

«Espero la contestación de V. S., como el que mande a su afectísimo seguro servidor que besa su mano.

«*Santiago Muñoz de Bezanilla*».

Se percibía en la atmósfera un soplo de tempestad.

Don José Manuel Borgoño respondió que se hallaba imposibilitado para aceptar el cargo.

La enfermedad, que en muchos es una máscara para rehusar algo de que desean escusarse, era en él una realidad mui amarga.

Sin quererlo, uno se pone a meditar cuál habría sido el rumbo de los sucesos si el jeneral enfermo se hubiera puesto al frente del ejército acampado en el sur.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

X

Partidos en que está dividida la República.—Alto concepto de que goza el jeneral Borgoño en el bando liberal.—Es dado de baja en el ejército.—Se le reduce a prisión.—Don José Manuel Borgoño entra en la vida privada.—Se le nombra ministro plenipotenciario de Chile en España para entablar negociaciones relativas al reconocimiento de la independencia del país.—Juicio de don José Miguel Infante acerca de don José Manuel Borgoño.—El plenipotenciario chileno celebra un tratado de paz i amistad entre Chile i España.—El presidente don Manuel Bulnes le nombra ministro de guerra i marina.—Medidas tomadas para rechazar la expedición que en España preparaba el jeneral don Juan José Flores contra la república del Ecuador.—Trabajos i proyectos del ministro de guerra i marina.—Fallecimiento de don José Manuel Borgoño.

Al referir los hechos del jeneral Borgoño que se enlazan con las agitaciones políticas posteriores a su ministerio, me limito a enumerar lo que atañe particularmente a su persona, sin descender a por-menores.

La organización de la república en Chile, fue laboriosa.

La sociedad estaba dislocada por partidos rivales que la desgarraron en sentido opuesto; como los caballos que en tiempo antiguo descuartizaban el cuerpo del reo a cuyos brazos i piernas eran atados.

Había unitarios i federales.

Estos últimos escaseaban en la capital; pero abundaban en las otras poblaciones.

Don Melchor José Ramos, colega de Borgoño en el ministerio, se mofaba de ellos en *La Clave*.

«PROYECTO IMPORTANTE

«Un padre conscripto de provincia, animado de ardiente celo por la prosperidad de sus comitentes, ha propuesto que las villas se llamen *ciudades* i las aldeas *ciudadelas*, sujetando a los infractores de esta disposición a las penas mas severas. ¿Quién, con esto, no admirará los portentosos alcances de que es susceptible la razón humana?»

El jefe de los federales era, sin embargo, un hombre notabilísimo por su enerjía i patriotismo: don José Miguel Infante.

Había también pipiolos i pelucones, o lo que es lo mismo, liberales i conservadores.

El partido pelucón era numeroso, compacto, temible.

Bajo su bandera, se habían alistado el clero secular i regular, i los realistas vencidos en la pasada contienda.

Los federales se incorporaron después en esa falanje o lejión.

Don José Manuel Borgoño era unitario i liberal. Cuando en 1829 el ejército del sur marchó contra Santiago, nuestro protagonista fue uno de los comisionados elejidos por el jeneral don Francisco de la Lastra para ajustar el tratado de Ochagavía.

Al año siguiente, el jeneral don Ramón Freire designó a Borgoño como su sustituto para el caso en que alguna circunstancia imprevista le impidiese continuar a la cabeza de las tropas colocadas bajo su mando.

Los liberales fueron derrotados en el campo de batalla, aunque habían triunfado en el terreno de las ideas.

Los vencedores llamaron a todos los oficiales distinguidos que habían militado en las filas contrarias ante el congreso de plenipotenciarios a declarar si reconocían o no el nuevo gobierno.

Don José Manuel Borgoño, cuya firma se encuentra al pie de la constitución de 1828 redactada por don José Joaquín de Mora, respondió terminantemente:

—«Habiendo cesado el réjimen constitucional, he cesado como funcionario público. (1)»

(1) *Mercurio de Valparaíso*, tomo IV, número 8.

Varias veces ratificó por escrito la misma contestación.

Se le dio entonces de baja.

«Santiago, 27 de marzo de 1830.

«Teniendo consideración a lo acordado por el congreso nacional de plenipotenciarios en 9 del corriente, vengo en decretar que los jenerales don José Manuel Borgoño, don Francisco de la Lastra, don Francisco Calderón, don Juan Gregorio de las Heras, los coroneles don Ramón Picarte, don Manuel Urquizo, i los tenientes coroneles don Eduardo Huitike i don Venancio Escanilla, sean dados de baja desde esta fecha en el ejército.

«Tómese razón i comuníquese.

«RUÍZ TAGLE.

«De orden de S. E.

«Mujica.
«subsecretario».

¡Triste historia la de una guerra entre hermanos!
¡Lamentable decreto aquel en que se espelía del ejército a los jefes que lo habían formado, que lo habían conducido a la victoria, que nos habían conquistado la independencia!

Borgoño se retiró a un pequeño fundo que poseía en las inmediaciones de Santiago.

Habiéndosele exigido fianza de que no se mezclara en los negocios políticos, ni de hecho ni de palabra, i negándose a prestarla por temor de comprometer a sus amigos, una partida de soldados se presentó en su domicilio, i le arrancó de su jardín, como a Cincinato, mas no para conducirle a la silla de dictador, sino para sepultarle en una cárcel.

Un jeneroso patriota se ofreció a afianzarle; pero chismes suscitados por algunos adversarios que veían con disgusto que se tendiese la mano al caído, le impidieron aceptar este servicio.

El prisionero se decidió a salir del país.

Comenzó a hácer su maleta: la operación no era larga.

Las calorosas representaciones de personas a quienes estimaba, i que le presentaron un caballero que estaba dispuesto a dar al gobierno la garantía pedida, le movieron a quedarse.



Don José Manuel Borgoño entró en la vida privada, despojado de sus honores, pero no de su honra.

La persecución no agrió su alma, dejando en ella el sarro de la vida, ni entibió su voluntad de servir al país como simple ciudadano.

La desgracia, prueba en que desfallecen los hombres vulgares i se acrisolan los espíritus elevados, no le abatió.

Desplegó en los días sombríos la serenidad, la firmeza, el estoicismo, que había demostrado en otra temporada de su existencia.

La pobreza no podía aflijir a un militar que, durante meses enteros, había dormido en el suelo o en el barro, bajo una tienda, cuando la había; i la destitución i el calabozo no podían asombrar a un patriota que había residido en nuestro territorio desde el 2 de octubre de 1814 hasta el 12 de febrero de 1817.

El trabajo i el estudio distrajeron su ánimo i ocuparon su ocio.

La agricultura, esa nodriza de Chile, llamó, sobre todo, su atención.

Cuando se estableció la sociedad que tiene por objeto fomentarla, se le concedió el título de socio fundador como galardón del empeño que mostró para que se realizara.

Mas tarde, la misma corporación le regaló mas de cincuenta obras escojidas sobre la materia, encuadradas con el mayor lujo, que había encargado a Europa para obsequiarle.

Borgoño fue siempre mui inclinado a promover las asociaciones de que podía reportar algún provecho el país.

Por esta tendencia, aclimató en nuestro suelo la sociedad filarmónica, habiendo sido presidente de la primera que hubo entre nosotros.

La sociedad de lectura le contó también por uno de sus mas entusiastas promovedores.

En la apertura del congreso nacional de 1835, el presidente de la República don Joaquín Prieto dijo a los diputados i senadores reunidos:

«He recibido anuncios repetidos de la disposición en que se halla la España a tratar con los nuevos estados americanos sobre bases justas i de recíproco beneficio; i después de la notificación oficial que me ha hecho de ella el gobierno de los Estados Unidos de América, que ha interpuesto espontáneamente sus buenos oficios para la apertura de esta importante negociación, creo que no existe motivo alguno que la embarace por nuestra parte».

La crisis política i la guerra civil que agobiaron a España después de la muerte de Fernando VII, impidieron durante algún tiempo que se llevara a cabo ese proyecto.

Trascurrieron tres años antes de que se dictara el siguiente decreto:

«Santiago, 14 de noviembre de 1838.»

«El presidente de la República.

«Considerando que, por acta de 30 de setiembre de 1835, el congreso nacional ha concurrido con el gobierno en la resolución de entablar negociaciones con la España, dirigidas al reconocimiento de la in-

dependencia de la República sobre las bases que en la misma acta se establecen; que, no solo subsisten las circunstancias en que se dictó aquella medida, sino que han tomado nueva fuerza por el reconocimiento que recientemente ha hecho la España de la república mejicana sobre bases análogas a las prescritas por el congreso chileno; i que la guerra entre las dos naciones ha cesado de hecho años hace, i la bandera española ha sido ya admitida en nuestros puertos, como en los de casi todas las otras repúblicas sur-americanas;

«I teniendo presente el patriotismo, servicios i demás cualidades que concurren en don José Manuel Borgoño para el desempeño de esta importante misión:

«He venido en nombrar al espresado don José Manuel Borgoño enviado extraordinario i ministro plenipotenciario de la República cerca del gobierno de su majestad la reina de España, para que, por la primera ocasión oportuna, se dirija a la corte de Madrid, con las correspondientes instrucciones i plenos poderes.

«Refréndese, tómesese razón i comuníquese.

«PRIETO.

«*Joaquín Tocornal*».

La redacción de este decreto se había encomendado a don Andrés Bello.

Don José Manuel Borgoño aceptó el cargo.

El gobierno se había fijado, al confiárselo, en el jefe liberal caído, tanto para utilizar su conocida discreción, cuanto para neutralizar el descontento que el objeto de la plenipotencia podía despertar en el país, exaltado todavía por la reciente guerra contra la metrópoli.

El 20 de noviembre de 1838, Borgoño fue rehabilitado en su anterior empleo de jeneral de brigada.

La negociación que iba a promoverse, suscitó una tempestad en la República.

Especialmente don José Miguel Infante se enloquecía cuando se trataba del asunto.

Atacó el proyecto de palabra i por escrito con toda especie de argumentos.

Infante miraba con rostro adusto a don José Manuel Borgoño, primero porque éste era unitario; i segundo, porque había admitido el cargo mencionado.

Sin embargo, la biografía que el fogoso tribuno trazó a grandes rasgos del circunspecto plenipotenciario durante la ardiente polémica trabada sobre el particular, enaltece a éste en lugar de deprimirle.

Voi a copiarla:

«Conocimos (dice don José Miguel Infante) al señor Borgoño en la ciudad de Talca en el año de

1813 de teniente de artillería. En esas circunstancias, fue necesario mandar a la provincia de Concepción una división de todas armas. A la sazón, el teniente Borgoño no inspiraba entera confianza en razón de ser su padre español desafecto a la causa de la independencia i tener un hermano en el ejército real del Perú; pero la juiciosa comportación que se le observaba, decidió al gobierno por incorporarle a la división.

«Cuando ésta se hallaba acampada al otro lado del Maule en el lugar denominado Buenos Aires, el jefe arjentino que la comandaba, coronel don Marcos Balcarcel, dio al gobierno un honroso informe verbal de la aplicación i buena disposición del teniente Borgoño, el que no desmintió en toda aquella primera época de la patria.

«Reconquistado el país por los españoles en el siguiente año de 1814, no emigró de él, ni le persiguieron los enemigos. Sin duda, fue uno de los pocos que, no obstante su patriotismo, hallaron entre ellos protectores. Se asegura que, en todo el trienio de réjimen colonial, se conservó en Talca en el oficio de agrimensor, pero sin tomar parte con el enemigo, siendo notorio que, luego que el ejército restaurador de los Andes pisó el territorio en 1817, pasó a reincorporársele, no sabemos si uniéndose a don Manuel Rodríguez o al coronel Freire, que invadieron a los españoles por el mismo punto de Talca, o al jeneral San Martín, que lo verificó por Santa Rosa. Lo cierto es que ha

combatido constantemente, siguiendo la suerte del ejército republicano ya en la república de Chile, ya en la peruana, hasta quedar sellada la independencia americana».

Como se ve, el tremendo fiscal no encuentra ninguna tacha en la conducta de nuestro compatriota.

A fines de 1840, el jeneral Borgoño partió de Chile para desempeñar su comisión.

Al pasar las fronteras de España, mereció ya distinciones de gran valía, pues el gobierno español ordenó que se le prestasen las consideraciones de enviado extraordinario, antes de que nada se hubiese pactado, lo que a ningún agente diplomático de las antiguas colonias se había concedido i lo que importaba un reconocimiento tácito de la independencia de Chile.

El tratado de paz i amistad entre la república de Chile i la reina de España fue firmado en Madrid el 25 de abril de 1844 por sus respectivos plenipotenciarios don José Manuel Borgoño i don Luís González Bravo, canjeado el 27 de setiembre de 1845 i promulgado el 1.º de julio de 1846.

Todas estas fechas son i merecen ser memorables.

La convención ajustada por el plenipotenciario chileno es la mas ventajosa que hasta entonces

hubiera alcanzado un diplomático americano en la corte española.

La vida de don José Manuel Borgoño podía darse por terminada.

El ilustre jeneral había peleado en Chile por la independencia, i había obtenido en España el reconocimiento de ella.

En su mano estuvo, a causa de la estimación que se granjeó en Madrid, haber condecorado su pecho con la cruz de Carlos III, que le fue ofrecida; mas él consideró que ella no podía aumentar el lustre de quien hacía brillar en su casaca la estrella de oro de los vencedores de Maipo, i a fuer de republicano, rehusó, agradeciendo el favor.

Habiendo regresado a Chile, fue nombrado inspector jeneral del ejército el 10 de noviembre de 1845.

Poco después, el presidente de la República, don Manuel Bulnes, le llamó al ministerio de guerra i marina.

«Santiago, 18 de setiembre de 1846.»

«Plenamente satisfecho de la ilustración i patriotismo de los ciudadanos don Salvador Sanfuentes, intendente de la provincia de Valdivia, i del inspector del ejército, jeneral don José Manuel Borgoño, he tenido a bien nombrarles ministros de

estado, al primero en los departamentos de justicia, culto e instrucción pública, i al segundo en los de guerra i marina.

«Tómese razón i comuníquese.

«BULNES.

«*Manuel Camilo Vial*».

El ministro de la guerra se encargó de la cartera de justicia, culto e instrucción pública durante la ausencia de don Salvador Sanfuentes.

Apenas Borgoño tomó posesión de su puesto, se recibió la noticia de los preparativos que en España hacía el jeneral don Juan José Flores para invadir el Ecuador.

Aún cuando el rayo iba a caer en otra tierra, el gobierno chileno se apercebó para la lucha.

La solidaridad de las repúblicas americanas le obligaba a ello.

Por desgracia, la cosa era mas fácil de decir, que de hacer.

Chile que, como un huracán, había barrido o destrozado, poco tiempo hacía, todas las naves españolas en el Pacífico, se hallaba completamente desarmado.

Nuestra escuadra estaba reducida a dos barquichuelos para el servicio de las costas.

El valor, como antaño, podía suplir la falta de recursos.

El nuevo ministro acantonó el ejército en Quillota, fortificó los puertos, hizo reparar la fragata *Chile*, que se hallaba desarbolada, armó lanchas cañoneras i ejecutó todos los aprestos compatibles con la pobreza del país.

Felizmente, el nublado siniestro se disipó antes de encapotar nuestro cielo.

La contingencia de una guerra que podía estallar improvisamente, hizo que el jeneral Borgoño pensase en tomar las precauciones posibles para estar prevenido en tal evento.

Ya que no había dinero para comprar buques i pertrechos, procuró que la jente estuviese adiestrada por lo menos.

Con fecha 4 de marzo de 1847, dispuso que todos los cuerpos del ejército, tanto los de línea, como los de la guardia cívica, se ciñesen estrictamente al texto literal de la táctica mandada observar para el arma a que cada uno perteneciese.

Los superiores no debían permitir por motivo alguno que los comandantes de cuerpos introdujesen en ellos maniobras de ninguna clase, por ventajosas que les pareciesen, si ellas no estaban autorizadas por la táctica referida.

El jeneral creía que la perfecta uniformidad en

los ejercicios doctrinales era indispensable para mantener la disciplina en la tropa, i evitar en una batalla la confusión en las órdenes i la anarquía en los movimientos.

La *Ordenanza militar* de Chile era una pepitoria indijesta de la ordenanza española i de la conocida obra de Colón.

A fin de adoptarlo a nuestras instituciones, se habían efectuado en el código metropolitano algunas variaciones insignificantes, como poner el vocablo *patria* donde venía *rei*.

Don José Manuel Borgoño fue el primero que proclamó la necesidad de apropiar esa antigualla, vestida de tosca jerga con uno que otro relumbrón, a las exigencias de la época i a las luces de la civilización.

«La esperiencia nos ha hecho conocer (dice) que una multitud de las disposiciones de la *Ordenanza del ejército*, particularmente en la parte penal i en lo relativo a los enjuiciamientos, necesitan una pronta reforma que las haga mas aplicables, menos dudosas i contradictorias, i sobre todo mas conformes i adecuadas a los progresos que diariamente hace la administración jeneral del estado».

El 30 de junio de 1847, el ministro de guerra i marina presentó al congreso nacional la *Memoria* relativa a los trabajos emprendidos en los departamentos de su cargo.

Durante su viaje por Europa, había estudiado prolijamente las disposiciones i prácticas militares

de los diversos países que había visitado, sobre todo en lo concerniente a la artillería.

Había traído su cabeza repleta de ideas i su agenda llena de planes referentes a estas materias.

Ninguno de sus proyectos alcanzó a realizarse.

La enfermedad mortal que minaba su cuerpo, tuvo un desenlace trágico el 29 de marzo de 1848.

Don Andrés Bello dio cuenta de su muerte en estos términos:

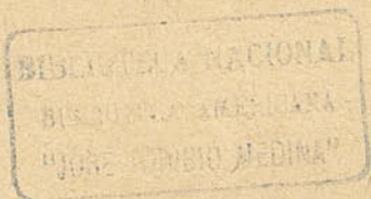
«Hoi han descendido al sepulcro los restos mortales de uno de los héroes de la revolución, el jeneral don José Manuel Borgoño, que falleció en la mañana del miércoles, 29 de marzo. Antiguo defensor de nuestra independenciam, plenipotenciario del tratado en que España la reconoció solemnemente, i mas de una vez diputado i ministro de estado, el ilustre difunto ha dejado en sus varios destinos recuerdos gloriosos, realizados por la memoria de sus virtudes privadas, que le hacían un perfecto ciudadano, i un ornamento de la sociedad chilena.

«Sus exequias se han solemnizado con el competente esplendor en la iglesia metropolitana, asistiendo a ellas sus colegas los señores ministros de estado, las principales corporaciones, i una numerosa comitiva de jenerales, oficiales, empleados civiles, i distinguidos vecinos, que después acompañaron las reliquias del señor Borgoño a la tumba.»

El nombre de don José Manuel Borgoño quedará en los anales de Chile.

En los torneos de la edad media, los heraldos (según refiere un escritor justamente célebre) gritaban a los justadores i caballeros que entraban en el palenque: El hombre muere, pero la gloria vive.

En las batallas de la vida, de la política, de la guerra, los historiadores i biógrafos pueden repetir las mismas palabras a los contendientes: El hombre muere; pero la gloria vive.



EL CORONEL ESPAÑOL DON JOSÉ ORDOÑEZ

La biografía que sigue, me ha sido dictada por el jeneral don Juan Gregorio de Las Heras desde el principio hasta el fin.

He escrito con la rapidez de un taquígrafo la narración que el veterano me ha hecho con la soltura de una persona que está leyendo lo que refiere.

Esto último se esplica.

La memoria del ilustre guerrero era un libro perfectamente impreso que el tiempo no había podido borrar.

No he agregado un solo rasgo al retrato que mi esclarecido interlocutor trazaba de un adversario a quien había encontrado mas de una vez en opuestas filas.

El lápiz de carboncillo manejado por un dibujante chapucero, no podría competir jamás con el pincel vigoroso de un artista que pinta del natural.

Debo prevenir que don Juan Gregorio de Las Heras hablaba de sí mismo en tercera persona durante su relato.

—Entre los militares que servían en el ejército realista, el coronel don José Ordóñez era uno de los mas distinguidos por sus conocimientos estratégicos i la reputación de bravura que se había conquistado en la tropa que peleaba bajo su dirección.

Para que se aprecien mejor su carácter i su mérito, me limitaré a detallar las circunstancias en que Las Heras tuvo ocasión de tratarle, aun cuando fuese con las armas en la mano.

Después de la victoria de Chacabuco, el jeneral San Martín abandonó por algún tiempo el ejército libertador para trasladarse a Buenos Aires, dejando el mando a don Bernardo O'Higgins durante su ausencia.

Antes de emprender su viaje, San Martín ordenó al coronel don Juan Gregorio de Las Heras que, poniéndose al frente de una división compuesta del batallón número 11, un escuadrón de granaderos a caballo i cuatro piezas de artillería, se encaminase hacia el sur, donde debía abrir una campaña contra los restos del ejército español.

Las Heras se reunió en Talca con el coronel don Ramón Freire, que mandaba cien hombres de caballería, a saber, cuarenta granaderos i sesenta cazadores; i avanzó hasta la hacienda de Curapaligüe, seis o siete leguas distante de Concepción.

Acampó en ella el 4 de abril de 1817.

El llano estaba solitario; i el bosque, silencioso.

Todos se entregaron al sueño, escepto los jefes i los centinelas.

Utilizando el conocimiento del terreno, la espesura del monte i la sombra de la noche, una fuerte división enviada por Ordóñez atacó de improviso el campamento patriota a la una i media de la mañana, la hora mas o menos en que los indios suelen hacer sus irrupciones.

El jefe español mencionado, aunque dotado de una grande audacia, era un hombre de trastienda en su táctica: gustaba de emboscadas, de sorpresas, de ardides, de estratajemas.

Su golpe, no obstante, salió frustrado.

Los asaltantes habían calculado todas las probabilidades i adoptado todas las precauciones conducentes para vencer; pero no habían tomado en cuenta la intrepidez de sus contrarios, a quienes despertaron los fusilazos de los puestos avanzados.

La refriega se trabó.

Los agresores fueron rechazados por completo; i se retiraron en presurosa fuga.

Los nuestros siguieron el alcance.

Notáronse en el camino una huella de sangre i el vestijio de cadáveres arrastrados.

Don Juan Gregorio de Las Heras se apoderó de Concepción sin disparar un tiro.

Una vez dueño de la ciudad, situó el grueso de

su ejército en el cerrito denominado Gavilán o Amarillo, i sus avanzadas en el de Chepe.

Don José Ordóñez se encerró en Talcahuano, que había fortificado con fosos, trincheras i cañones.

Tenía bajo su mando mil soldados de línea i centenares de milicianos.

El coronel Las Heras ofició inmediatamente al jeneral O'Higgins, para que viniera con refuerzos antes de que la plaza se convirtiera en una fortaleza inespugnable.

Su tropa no bastaba para tomar la ofensiva.

Ambos campamentos se atisbaban con los ojos vijilantes de dos duelistas que se baten.

Durante la incomunicación estricta en que se hallaban, don Juan Gregorio de Las Heras sorprendió un emisario que traía una nota dirigida a don Manuel Zañartu, intendente de Concepción.

En ella, se le pedían auxilios para sustentar a una multitud de patriotas que se hallaban detenidos en la Quiriquina.

¿El conductor de ese pliego era un espía?

Las Heras estuvo vacilante.

El hecho de que la comunicación hubiese sido remitida a la autoridad civil prescindiendo de la suya, parecía indicar que el portador buscaba un pretexto para introducirse en Concepción.

¿Con qué motivo?

Sin duda para recojer noticias fidedignas sobre las fuerzas que ocupaban la ciudad.

Excitado por sus sospechas, don Juan Gregorio de Las Heras, aunque no dictó ninguna providencia contra el mensajero, le hizo salir en el acto con la contestación al jefe español.

Le espresaba en ella que la obligación de alimentar a los prisioneros correspondía al belijerante en cuyo poder se hallaban, intimándole que el gobierno patrio trataría a los realistas tomados en Chacabuco del mismo modo que se tratase a los chilenos cautivos.

Nótese además que los confinados en la Quiriquina no eran prisioneros de guerra, sino detenidos políticos, lo que era mui diverso.

Ordóñez no cometió ninguna vejación ni desahogado con los presos de la Quiriquina; pero retiró la guarnición que los custodiaba.

Hipocresía de la crueldad.

Propiamente, los detenidos quedaban libres; pero se les esponía a morir de hambre.

Recuérdese que los mismos españoles acababan de solicitar víveres para sustentarlos.

Una vez que los guardianes se alejaron, los confinados se apresuraron a construir unas toscas balsas, mas inseguras que las piraguas de los indígenas.

Amarraron, para ello, con cordeles o bejucos, troncos groseros, sobre los cuales echaron cueros, tablas, ramas.

No se les había dejado una sola herramienta.

En tan frágiles embarcaciones, se abandonaron al viento i al mar, sin otros remos que palos inadecuados para tal objeto.

Los fujitivos eran mas de doscientos.

La mayor parte de ellos arribaron a la costa.

Algunos tuvieron por sepulcro el océano; i por lápida, las olas.

Mientras tanto, el virrei de Lima envió a Ordóñez un poderoso refuerzo de mil seiscientos veteranos, lo que le puso en aptitud de tomar la ofensiva.

La vijilancia de Las Heras redobló, si cabe.

No cerraba los ojos para dormir.

Un día que recorría las inmediaciones de Talcahuano, encontró a un dragón español, que, según afirmó, se dirigía hacia Santiago, llevando una comunicación para el director supremo.

Abierto el pliego, resultó ser un oficio tan insignificante, que no valía la pena de enviarse.

Interrogado nuevamente el malaventurado propio, se enredó en sus respuestas, hasta que al fin, abrumado por las contradicciones, confesó de plano que había venido a examinar el campamento patriota, sus fosos, sus trincheras, sus entradas, sus salidas, la posición de los batallones, su número, etc.

El espía fue sometido a un consejo de guerra, condenado a muerte, i fusilado.

La soledad de la campiña había indicado a don Juan Gregorio de Las Heras que los enemigos habían preparado una sorpresa en Curapaligüe.

La captura del espía le sujirió la idea de que estaban maquinando ahora un ataque contra las colinas en que había situado su división.

Inmediatamente escribió a O'Higgins para que acelerase su marcha, si no quería esponerle a un descalabro.

Su tropa no bastaba para la defensiva.

Don Juan Gregorio de Las Heras comenzó a acostarse vestido.

El 5 de mayo de 1817, se le anunció, a las cuatro de la mañana, que el ejército contrario daba indicios de moverse.

Saltó de la cama en el acto, i salió a impartir las órdenes correspondientes.

A las diez de la mañana, la victoria era suya.

Los españoles acometieron con brío.

Esperaban triunfar.

Eran dos mil cuatrocientos contra mil: mas del doble.

Se apoderaron momentáneamente de la cima de Chepe.

Se apoderaron de los arrabales de Concepción.

Pero fueron desalojados de esos puestos a bala i a bayoneta.

Frustrados el brinco i arremetida, el león de Castilla corrió a esconderse nuevamente en su caverna, cuya boca estaba defendida por cerros, fosos, trincheras, baterías i setenta cañones.

Don Bernardo O'Higgins llegó por fin.

Había tardado demasiado, si bien dos compañías del 7 de línea, despachadas a marchas forzadas, alcanzaron a tomar parte en la conclusión de la refriega.

El teniente coronel Freire hizo en ella prodijios de valor.

El fracaso sufrido exacerbó al pertinaz Ordóñez.

Irritado por su derrota, no tuvo empacho en sublevar a los salvajes i en concertarse con bandidos, sí, con verdaderos bandidos, para levantar guerrillas que molestasen a los independientes.

La contienda tomó un carácter feroz.

So color de realismo, los montoneros robaban sin escrúpulo i mataban sin piedad.

Después de un encuentro, se fusilaba a los prisioneros.

Asustado de su propia obra, don José Ordóñez envió un parlamentario para recabar de don Bernardo O'Higgins que se humanizase la guerra, debiendo someterse los belijerantes a las reglas establecidas por las naciones civilizadas.

El director supremo aceptó el arreglo indicado,

con tal que el proponente principiase por sujetarse a las leyes cuya observancia pretendía.

Antes de partir, el parlamentario solicitó que se le diese permiso para saludar a don Juan Gregorio de Las Heras.

Se le otorgó sin dificultad.

Cuando estuvo en su presencia, el oficial español espresó al coronel patriota que don José Ordóñez le había encargado mui especialmente le tributase su respeto i le ofreciese su amistad.

El vencedor del Gavilán agradeció la cortesía; i pagó la atención en la misma moneda: respeto con respeto i amistad con amistad.

Ni uno ni otro se conocían personalmente.

El ejército patriota, considerablemente aumentado, estrechó el asedio.

Según los sabedores de la lengua araucana, Talcahuano significaba trueno de arriba, trueno de lo alto, trueno del cielo.

Desde aquí en adelante, pareció que los truenos hubiesen descendido a la tierra.

A cada instante, se sentían truenos de fusilería, truenos de cañón.

La plaza estaba mui distante de ser inespugnable.

Lo cierto es que faltó un plan bien concebido para tomarla.

El asalto principal se verificó el 6 de diciembre de 1817.

Era entonces jefe de estado mayor el jeneral francés don Miguel Brayer, que había peleado con lucimiento en las campañas de Napoleón.

Su nombre figura con brillo en la historia de Francia, i por consiguiente, en la de Europa.

Después de la batalla de Waterloo, se había concitado tanto odio entre los partidarios de los Borbones, que el mariscal Macdonald le hizo salir de Francia para que no fuera fusilado, como Ney.

Don Miguel Brayer, a quien se suponía lleno de esperiencia, trazó el proyecto de espugnación que debía ejecutarse.

Para juzgar de su plan, basta tener presente que en él se atacaba por el lado mas formidable, i no por el mas débil, como lo aconsejaba el simple buen sentido.

Era lo mismo que haber querido matar a Aquiles, [tirándole una estocada al pecho, en vez de dispararle una flecha al talón.

Así i con todo, los patriotas habrían logrado su intento, si hubieran poseído los materiales bélicos necesarios para el ataque; pero todos faltaban, aún los mas indispensables.

No teníamos buques de guerra.

Nuestros cañones eran de corto alcance; i sus cureñas, pésimas.

No había escalas para subir a muros altísimos, formados por cortaduras hechas en el cerro; de

modo que los soldados tuvieron que enterrar las bayonetas en la piedra para trepar por ellas, haciendo pruebas de jinnastas o volatineros.

Faltó la fajina suficiente para llenar los fosos, en los cuales se arrojaron, revueltos con los haces de ramas, guijarros i cadáveres.

A la vista de tantas dificultades i de tan escasos recursos, fue preciso tocar retirada.

Los patriotas desistieron de la empresa despechados i sombríos: retrocedieron en virtud de una orden.

El asalto de que se trata, mal ideado i poco preparado, no fue propiamente una derrota.

El ejército republicano volvió a sus posiciones, i el enemigo no se atrevió a perseguirle.

La fama que rodeaba a don Miguel Brayer, como una aureola, comenzó a eclipsarse delante de Talcahuano.

Se puso en duda, no solo su saber estratéjico, sino su valor.

Don Bernardo O'Higgins aseveraba que le había visto durante la refriega, agazapado detrás de un parapeto, como un tímido labriego.

La verdad es que el jefe del estado mayor no poseía la intrepidez de O'Higgins, de Freire (de Las Heras, agregó yo, aunque el narrador omitía su nombre por modestia).

Es probable que en Europa hubiera desplegado mas ardimiento.

En la América, decayó su brío: no se esponía a las balas, se cuidaba, recataba su persona.

Seamos francos.

No podía experimentar por Chile el mismo entusiasmo que por Francia.

La reciente tentativa frustrada no desalentó a los sitiadores, que proyectaron un asalto mas vigoroso bajo un plan diverso.

Un nuevo incidente vino a dar a los sucesos un curso imprevisto.

El 11 de mayo de 1817, San Martín regresó a Santiago, a los dos meses cabales de su viaje a Buenos Aires.

El vencedor de los Andes estaba dotado de suma perspicacia.

Sus ojos, mas que tales, semejaban anteojos de larga vista.

Apenas estuvo en Chile, comenzó a activar la formación de un nuevo ejército, cuyo campamento situó en la hacienda de las Tablas, inmediata a Valparaíso.

Ordenó que se le enseñara con la mayor perfección el manejo de las armas, i que se le instruyera a menudo en ejercicios de conjunto.

Abrigaba la convicción íntima de que el virrei

de Lima, don Joaquín de la Pezuela, no tardaría en enviar una expedición contra Chile.

La victoria de Chacabuco no era mas que una etapa en el camino de la independencia.

Luego que supo a ciencia cierta que su presunción se habia realizado, dispuso que don Bernardo O'Higgins levantase el sitio de Talcahuano, i se retirase al otro lado del Maule, a fin de concentrar todas las fuerzas para repeler a los invasores.

No quería verse en la triste situación de Marcó, que neciamente habia fraccionado su tropa, para perder, en una batalla, su libertad i su espada, lo que, por cierto, importaba mui poco, i el país, lo que valía mucho mas de lo que él se imaginaba.

En ambos casos, la situación era la misma, con la sola diferencia de que en uno el enemigo iba a venir por los Andes i en el otro por el Pacífico.

Don Mariano Ossorio desembarcó en Talcahuano el 10 de enero de 1818.

Traía consigo un poderoso refuerzo de tres mil cuatrocientos siete hombres, que, unidos a los realistas existentes en Chile, le permitían tomar la ofensiva.

Entre ellos, se contaban los rejimientos Burgos e Infante don Carlos, que habían peleado en Europa con brillo.

Poco tiempo después de la concentración de los ejércitos patriotas, San Martín contó a Las Heras

que sabía, por conducto seguro, sin duda por algún espía, que la división se había introducido en la hueste invasora.

Don José Ordóñez había entrado en una lucha sorda con don Mariano Ossorio, a quien pretendía desbancar.

Los dos jefes se habían mirado con el entrecejo fruncido desde que se habían saludado.

Eran dos rivales antes que dos compañeros de armas.

Sin embargo, el defensor de Talcahuano permanecía fiel a su bandera.

Siempre decía *la sacra i real majestad del monarca, Fernando VII, mi amo*; siempre pedía horca i cuchillo para los rebeldes; siempre quería fuego i saco para Chile, mientras no volviese sumiso al antiguo redil.

Pero vituperaba amargamente al virrei de Lima, don Joaquín de la Pezuela; i trataba entre confidentes a don Mariano Ossorio de intrigante i de inepto.

Sostenía que Pezuela había dado a Ossorio el mando del ejército i la gobernación de Chile, solo porque éste estaba casado con una hija del soberbio i arbitrario magnate.

Esa injusticia criminosa era un manejo de antecámara, una inspiración de alcoba.

Un suegro complaciente obsequiaba a un yerno mediocre, con perjuicio de la monarquía, un ejérci-

to i un país, bienes parafernales dignos de una princesa.

¿Podía esto tolerarse?

¡Si el rei supiera!

Ordóñez había recibido con mal talante el regalo de un uniforme con galones de oro, que Ossorio le había traído a nombre de Pezuela.

San Martín pensaba que aquel fomes de discordia podía ser utilísimo a la causa de la independencia.

El segundo jefe del ejército contrario estaba reñido con el primero.

La noticia le constaba.

No era poco.

San Martín, al referirlo, se restregaba las manos, i se reía silenciosamente.

Las Heras tenía mui presente el jesto de su interlocutor.

Entretanto, la actitud decidida i arrogante de don José Ordóñez le había captado una gran popularidad entre los realistas.

Era el Lautaro de la hueste española.

Sea por su carácter enérgico, sea por espíritu de oposición a Ossorio, mas circunspecto i pacato, ello es que clamaba a cada momento por la acción pronta i eficaz.

En las juntas de guerra, en el trato familiar, en

todas partes, estaba por la marcha a paso redoblado i por las medidas mas audaces.

La sorpresa de Cancharrayada acrecentó su prestigio, lo que se comprende fácilmente.

Él había sugerido la idea del ataque, había indicado como la hora mas propicia al intento la noche del 19 de marzo, había trazado el plan, lo había puesto por obra.

Mientras tanto, el jeneral en jefe no había hecho otra cosa que mirar, con un anteojo de larga vista, desde uno de los campanarios de Talca, al ponerse el sol, el campamento patriota.

La fama de Ordóñez tocó a los astros.

Sus fervientes secuaces proclamaban en voz mui alta que el distinguido jefe había derrotado al jeneral francés Miguel Brayer, como el célebre Castaños a Dupont, i había vencido a San Martín, el héroe de Chacabuco.

Todo se atribuía a su previsión, a su astucia i a su intrepidez.

Después de Cancharrayada, Ordóñez opinó en el consejo i en público que el ejército español debía dirigirse inmediatamente a marchas forzadas sobre Santiago.

¡Qué digo a marchas forzadas, a galope!

Pretendió con jaetancioso tono que los vencedores debían ponerse en camino sin pérdida de un

minuto, la caballería adelante, acosando i sableando a los fujitivos.

Llegarían con ellos o antes que ellos a la capital.

Los realistas debían estar ya en ella.

¿Qué se aguardaba?

Ya en otra ocasión la habían tenido en su poder.

Ossorio resistió a ese apresuramiento intemperate.

Según su dictamen, era preciso dar descanso a la tropa, remontar la caballería, reparar las pérdidas sufridas.

La opinión del jeneral en jefe prevaleció en la mayoría del consejo.

Ossorio tenía la corazonada de una catástrofe.

Se aferraba a Talca, como el náufrago a una roca de que no quiere desasirse, por temor de no alcanzar a llegar al puerto apetecido.

¡I, sin embargo, acababa de triunfar!

¿Había percibido con su antejo, desde la torre de la ciudad, algo aterrante mas allá del Lircai, lejos, mui lejos?

Unos pocos días de demora bastaron para la reorganización de nuestras tropas desbandadas.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Maipo, magnífico palenque, donde lidiaron palmo a palmo con el mayor denuedo.

La victoria pronunció el fallo del destino en pro de la justicia.

Como dice don Bernardo de Vera en su canción nacional, los invasores combatían en favor de un monarca despreciable que se había insurreccionado contra sus padres i había conculcado las mismas leyes que había jurado respetar: hijo desnaturalizado i gobernante falaz.

Los agredidos peleaban por la independencia del país, por la libertad del ciudadano, por la dignidad del hombre.

Los rejimientos Burgos e Infante don Carlos habían atravesado dos océanos, olas i olas, i habían recorrido la España i una parte de la América, tierra i tierra, para venir a caer en la zanja común en que se sepultó con ellos el poderío de la metrópoli, no el de la España.

Los lances i peripecias principales de la memorable jornada están narrados por San Martín en su parte oficial al director supremo.

No es posible arrebatarse la palabra al héroe que tuvo la gloria de mandar esa acción.

Creo conveniente, sin embargo, hacer notar un hecho que no ha llamado la atención tanto como debiera: la irrupción de la multitud, hombres i hasta mujeres i niños, antes de finalizar el combate, en el vasto escenario, que tenía por fondo los Andes, a los cuales se amenguaría comparándolos con las Pirámides.

Era el pueblo, su majestad el pueblo, el nuevo soberano, que hacía su entrada en la historia.

La idea de la independencia había descendido hasta las masas.

Solo el que ha presenciado una batalla o intervenido en ella, sabe cuán difícil es impedir que los vencedores cometan desafueros después del triúnfo.

Los soldados, exaltados por la pasión i enfurecidos por la resistencia, matan por matar.

La embriaguez de la sangre es mas terrible que la del aguardiente.

Muchos se ponén a robar a los muertos, a los moribundos, a los heridos, a los fujitivos.

Después de la victoria, don Juan Gregorio de Las Heras ordenó a varios subalternos que procurasen se tratara con toda especie de consideraciones a don José Ordóñez i a dos militares mas (uno de ellos hermano de don Enrique Martínez) que combatían en el bando opuesto.

Don Enrique Martínez era uno de los militares mas distinguidos del ejército patriota.

Nadie ignora en Chile que la escena final de la batalla de Maipo fue tremenda.

Los españoles se habían atrincherado en las casas de Espejo, donde hicieron una resistencia desesperada.

La posición fue tomada a viva fuerza, empleando para ello el cañón, el fusil, la bayoneta.

Uno de los comisionados por Las Heras, cuyo

nombre no podía recordar, entró en lo interior del edificio mencionado.

El suelo estaba empapado en sangre i el aire sofocante por el humo de la pólvora.

Al penetrar en el último patio, divisó a don José Ordóñez, que trataba de escalar una pared en el fondo de la casa.

Inmediatamente el oficial patriota pasó a la mano izquierda la espada desenvainada que empuñaba en la derecha; i amartillando una pistola, que cargaba al cinto, le gritó antes de que el fujitivo hubiese conseguido subir al tejado:

—Ríndase usted.

—No tengo la voluntad de hacerlo, contestó el interpelado.

—Se lo pido a usted en nombre del coronel Las Heras, por cuyo mandato espreso le andaba buscando.

—En ese caso, me rindo: replicó el vencedor de Talcahuano i de Cancharrayada. Tome usted mi espada.

—Puede usted conservarla. Tendré el honor de acompañar a usted al cuartel jeneral.

Ambos se pusieron en marcha.

El coronel español pasó toda la noche en el punto indicado.

El 6 por la mañana fue conducido a Santiago. A Santiago! a Santiago!

Sarcasmo de la suerte.

El consulado (hoi Biblioteca Nacional) fue el local destinado para el depósito de los oficiales prisioneros.

El mismo día, don Juan Gregorio de Las Heras se apresuró a visitarle.

Hasta entonces, no conocía su aspecto.

Ordóñez era pequeño de estatura, delgado de cuerpo, un poco moreno de rostro, afable en sus modales.

Las Heras le prestó todos los socorros que estuvieron a su alcance; i le sirvió de conducto para enviar su correspondencia a Lima.

Su mujer estaba en esta ciudad.

En la primera entrevista, Ordóñez dijo a Las Heras con voz grave i afectuosa:

—Debo a usted la vida, i, por consiguiente, mi gratitud, que durará tanto como ella. Confieso la deuda, i sabré pagarla. He sufrido derrotas en España, i he estado prisionero en Francia. Esa prueba fue durísima; pero concluyó. Vinieron mejores días. Mi patria se restableció de sus quebrantos, i yo he llegado a mandar ejércitos. Ahora me veo de nuevo derrotado i preso. Pero bien pudiera suceder que algún día tuviera ocasión de servir a usted. La vida de las naciones i de los individuos está llena de vicisitudes i peripecias. ¡Quien sabe!....

Aquel corazón indomable no se dejaba abatir en la adversidad.

Pensaba allá en sus adentros que la victoria de Maipo no había cancelado por completo la cuenta entre Chile i la metrópoli.

La esperanza nunca muere: conforta al hombre en la desgracia; se sienta a la cabecera del moribundo; abre horizonte hasta en el fondo de la tumba.

Entre los papeles encontrados en poder de don José Ordóñez después de la derrota de Maipo, se hallaba el oficio siguiente, que debía de llevar como un cilicio:

«Al señor coronel don José Ordóñez.

«Desde que tuve noticia de la desgraciada pérdida de ese reino por los mismos buques que condujeron a este puerto las miserables reliquias del florido ejército de S. M., i aun antes de saber la suerte de V. S., que siempre temí fuese la mas deplorable por la poca fuerza con que sabía se hallaba en la provincia de su mando, pensé en organizar una respetable expedición a cargo de un jeneral de conocidas aptitudes i de toda mi confianza con el objeto de vengar la ignominiosa espulsión de las armas del rei i arrancar el fruto de su criminal conquista a los invasores del Río de la Plata.

«Así lo demandaban el deber que imponen las leyes a todos los gobernadores de América cuando

un país se sustrae a la dominación lejitima, i la íntima correspondencia que tienen entre sí la conservación de Chile con la de este virreinato por el estado actual de la guerra i por las relaciones políticas i comerciales de ambos territorios.

«Por una precisión inevitable en la escasez de recursos a que nos han conducido ocho años de una lucha consumidora, se ha ido demorando esta importante empresa hasta que, con la llegada de las tropas peninsulares por el cabo, se ha vencido al fin a costa de inmensos sacrificios; i sale efectivamente del Callao un ejército perfectamente habilitado, i con todos los artículos constitutivos del sistema militar a las órdenes del brigadier don Mariano Ossorio, que ha verificado ya en otra vez la reconquista de ese reino con una celeridad de que había pocos ejemplares, i que, a sus acreditados talentos, reúne la singular circunstancia de una ventajosa opinión entre los habitantes del país por el suave i prudente manejo con que desempeñó por mucho tiempo su presidencia i capitanía jeneral, i la de que sus conocimientos facultativos sean ayudados por los prácticos del terreno en que va a hacer la guerra.

«Luego que llegue este jefe, se hará también cargo de las tropas que V. S. dirige, como jeneral en jefe de todo el ejército de operaciones; i declarado V. S. en el rango de su segundo, después que se logre batir a los rebeldes en sus atrincheramientos de Concepción, quedará mandando esta pro-

vincia con la fuerza capaz de arrojar enteramente de ella a los enemigos i detener sus ulteriores incursiones, mientras aquél se reembarca con su ejército i va a dar un golpe de mano sobre la capital; i si después de conseguida la entera reducción del reino juzgare conveniente, arreglándose a sus instrucciones, estender las operaciones militares fuera de él, quedará V. S. también encargado del mando jeneral, militar i político como presidente, gobernador i capitán jeneral interino.

«He prevenido estrechamente al jeneral Ossorio manifieste a V. S. todas las consideraciones a que se ha hecho acreedor su relevante mérito i el profundo reconocimiento de que me hallo penetrado por el honroso empeño i decisión con que ha defendido esa plaza; i confiado en el sucesivo ejercicio de estas recomendables virtudes, espero que seguirá cooperando con todos sus esfuerzos a la grande obra de la pacificación de ese reino, de cuyo modo se asegurará para siempre los gloriosos timbres de un oficial valiente i distinguido servidor de su soberano.

«Dios guarde a V. S. muchos años.

«Lima, 7 de diciembre de 1817.

«*Joaquín de la Pezuela*».

Los oficiales prisioneros en Maipo fueron enviados a San Luís, provincia de la República Argentina.

Don José Ordóñez partió con ellos.

El coronel Las Heras remitió cartas de recomendación, para que se le proporcionasen todas las comodidades posibles.

Aquellos hombres llenos de valor i fuerza no podían habituarse a la sujeción.

Al sur se estendía la inmensidad de la pampa....

No resistieron.

Los confinados tramaron una conspiración para recobrar su libertad.

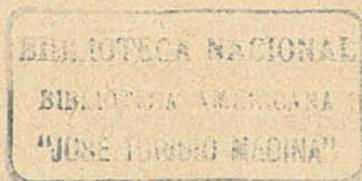
Estalló el 8 de febrero de 1819.

El golpe fracasó.

Muchos prisioneros fueron degollados; i otros, fusilados: una verdadera matanza.

Unos pocos perecieron defendiendo sus vidas.

Entre estos últimos, estuvo don José Ordóñez.



DON IGNACIO DOMEYKO

I

El haber sido colocado don Ignacio Domeyko por la mayoría de sus colegas de la Universidad en el primer lugar de la terna pasada al presidente de la República para la provisión del rectorado, ha sido causa de que algunos le hayan negado la competencia i los títulos para una distinción a que le hacen acreedor treinta i tantos años de valiosos servicios prestados en Chile a la enseñanza i cultivo de las ciencias.

Creo que tan grande e innecesaria injusticia traiga talvez su orijen de la ignorancia o del olvido de los hechos.

Por esto, he considerado oportuno presentar al público un resumen de los méritos del eminente profesor, que pueda reavivar en los unos los recuerdos perdidos, o suministrar a los otros las noticias de que carecen.

He vivido por bastante tiempo bajo el mismo techo que el señor Domeyko.

He tenido, por gran número de años, el honor de ser su colega en la Universidad.

Así me he encontrado en situación de conocer lo que él había sido antes de venir a Chile, i de seguir con interés los variados e importantes trabajos a que se ha dedicado en nuestro país.

Yo había aún de antemano formado algunos apuntes de la vida del señor Domeyko, que destinaba a hacer parte de una obra mui diferente de la actual; pero los ataques de que acaba de ser objeto me imponen, en mi concepto, el deber de apresurarme a darlos a luz.

Voi a cumplirlo con tanta menos repugnancia, cuanto que el señor Domeyko se encuentra en una situación mui especial.

No posee ni riquezas ni poder; no es dispensador de favores o de influencias políticas.

Lo único que puede dar, es ciencia a sus discípulos; el afecto de un noble corazón, a sus amigos.

Se halla también mui lejos de mí el propósito de entrar en comparaciones que, sobre enojosas, serían inútiles.

Soi el primero en reconocer los títulos literarios i los grandes servicios prestados a la instrucción pública por los distinguidos sujetos cuya candidatura era opuesta a la del señor Domeyko.

Decir que uno es digno, no es pretender que otros dejen de serlo.

La preferencia en casos como el presente, es asunto de meras apreciaciones personales.

Sería en verdad opinión harto necia e infundada a de aquel que sostuviera que en Chile, en el año

de 1867, había solo un individuo, i aun solo tres o cuatro, que tuvieran méritos mas o menos aceptables para rejir la Universidad.

No puedo desconocer a nadie el derecho de considerar al señor Domeyko inferior a otros de nuestros profesores, literatos o estadistas; pero me parece soberanamente injusto el que se califique su elección para el rectorado de indigna, de deshonorosa, porque es todo lo contrario.

Los que han combatido con tanta acritud la designación del señor Domeyko, deberían saber que, cuando llegue a las principales corporaciones científicas de Europa o de los Estados Unidos, un oficio o un diploma de la Universidad de Chile con su firma al pie, este nombre no será desconocido para ellas.

Los ataques inconsiderados de que acaba de ser blanco un individuo tan respetable e inofensivo, como el señor Domeyko, me han traído a la memoria las injurias i calumnias gratuitas que amargaron la existencia del señor don Andrés Bello.

¿Qué no se dijo de él?

Era un traidor a la causa americana.

Un espía de España.

Un partidario de la monarquía en la América.

Un propagador de doctrinas perniciosas i retrógradas.

Un vil parasito de los gobiernos.

¡Una sanguijuela del tesoro público!

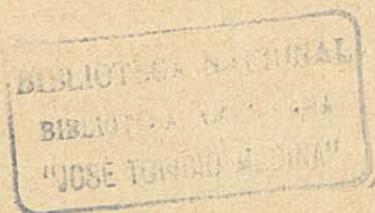
I mientras tanto, ahora, todos sabemos demasiado lo que era don Andrés Bello.

Todos sabemos que aquel que se pintaba como un saqueador del erario nacional, percibía únicamente un sueldo de dos mil seiscientos o tres mil pesos por año, i que redactaba desde los manifiestos de los presidentes hasta el último decreto de alguna importancia, desde la lei hasta el artículo del periódico oficial.

Esta no es una de las lecciones menos instructivas que contiene la noble vida de aquel venerable sabio.

¡Quién sabe! Pudiera suceder que, andando los años, la de don Ignacio Domeyko ratificara la lección!

Para verdades, el tiempo.



II

Don Ignacio Domeyko es polaco.

Nació el 31 de julio de 1802 en la parte de la Lituania que actualmente pertenece a la provincia o gobierno de Missik.

Su madre profundamente católica pidió i obtuvo se le pusiera el nombre del santo que figura ese día en el almanaque.

Hasta la edad de once años, recibió la instrucción primaria i los rudimentos de la colejial en casa de sus padres, que, sin ser ricos, gozaban de una posición social que les aseguraba bienestar i vida independiente.

En seguida, completó sus estudios de humanidades en el colejio de los padres escolapios de Szuczyn.

De allí se trasladó en 1817 a la universidad de Vilna, en cuyas aulas cursó diversos ramos de ciencias físicas i matemáticas hasta obtener el grado de licenciado en ellas.

En los años de 1820 i 1821, la juventud de Vil-

na sufrió, en castigo de su espíritu patriótico, las mayores persecuciones i crueldades bajo la administración del senador Novosilzof, favorito de Alejandro I, que ha dejado entre los polacos los mas dolorosos recuerdos; i Domeyko participó de la suerte de sus camaradas en las cárceles de Vilna, donde tuvo por compañero a un poeta famoso en el mundo, Adan Mickiewicz, con quien contrajo una estrechísima amistad, que jamás debilitaron ni el curso de los años, ni la interposición del océano.

El naturalista i el poeta continuaron sus relaciones amistosas de continente a continente, por medio de una afectuosa i frecuente correspondencia, hasta que la muerte del segundo vino a interrumpirla.

Los sufrimientos de la juventud de la Lituania en aquella época inspiraron a Mickiewicz uno de sus poemas mas hermosos, traducido en varios idiomas, el titulado *Dziady* (*Los Ancianos*), en uno de cuyos personajes representó a su íntimo amigo Domeyko (1).

(1) Leo en un artículo titulado *Adan Mickiewicz i Maryla* escrito por el conde A. Wodzinski, publicado en la *Nouvelle Revue* (tomo 69, entrega 4.^a, correspondiente al 15 de abril de 1891) sobre el gran poeta polaco i María de Wereschtchaki, noble i encantadora niña que fue una de sus inspiradoras:

«De los amigos o contemporáneos de Adan Mickiewicz todos han muerto: Tomás Zan, el poeta Odynice i el sabio Domeyko, próximo pariente de María, en otro tiempo quizá enamorado de sus encantos, i que, después de una carrera científica gloriosa, quiso, casi nonajenario, volver a ver las riberas queridas del Niemen».

El mayor número de los camaradas de éste fueron confinados a las remotas provincias de Moscovia.

Entre los pocos que se libertaron del destierro, se contó Domeyko, el cual en 1823 se retiró al campo, a la propiedad de un tío suyo, donde vivió seis o siete años, bajo la vijilancia i persecuciones de la policía rusa, ocupado en agricultura i estudios literarios.

En 1830, don Ignacio Domeyko tomó parte activa en la insurrección de Polonia.

A fines de mayo de 1831, se enganchó en el primer cuerpo de voluntarios que acertó a pasar por la hacienda de su tío, e hizo a las órdenes del jeneral Chlposki la corta, pero desgraciada campaña que costó tantos sacrificios a la desventurada Polonia.

La fatal noticia de la toma de Varsovia halló a Domeyko en la fortaleza de Pilau, donde el gobierno prusiano había mandado encerrar los restos de la división del jeneral Chlposki, obligados a refugiarse en territorio extranjero.

A principios de 1832, Domeyko se reunió en Dresde con su amigo Mickiewicz; pero en el mes de julio de aquel año, los dos, a consecuencia de las reclamaciones de los ajentes consulares del gobierno ruso, tuvieron que abandonar, no solo la Sajonia, sino también la Alemania.

Mickiewicz, Zan i Odynice eran amigos íntimos de Domeyko, compañeros de su juventud, tan admirados por éste, como amados.

(Nota del editor).

Los dos amigos fueron a buscar un asilo en Francia.

Domeyko tenía a la sazón treinta años.

Era ya un hombre formado i bien experimentado en las rudas pruebas de la vida, a quien la fortuna no había por cierto acariciado como a hijo predilecto.

No tenía ya ni familia, ni patria.

Se hallaba harto escaso de recursos.

Su porvenir era oscuro i sombrío.

Sin embargo, la desesperación estaba mui lejos de haber penetrado en su alma.

Se sentía alentado para soportar con valor las amarguras de la existencia por dos estímulos poderosísimos: una fe religiosa, profunda i sincera, adquirida en el hogar doméstico i fortificada con la reflexión, que se confundía para él con el afecto entrañable del proscrito a su patria perdida; i una admiración insaciable de la naturaleza, con la cual se había habituado en las labores campestres a estar en contacto inmediato, i en cuyas leyes jenerales i sencillas creía leer, como en un libro abierto, el nombre del Creador i el destino de las creaturas.

El estudio del barro de que está hecha la mansión terrestre del hombre, confirmaba para Domeyko lo que la relijión le revelaba sobre su mansión celestial.

Lo que aprendía acerca de la tierra, corroboraba lo que se le había enseñado acerca del cielo.

La ciencia se convertía así para él en un verdadero culto, a que iba a consagrarse con devoción.

Apenas llegado a París, volvió empeñosamente a sus estudios de las ciencias naturales, interrumpidos desde su salida de la universidad de Vilna.

Asistió primero a los cursos públicos de Thenard, Dumas, Dulong, Pouillet, Beudant; i después fue a completar sus estudios en el colejio o escuela de minas de París, bajo la dirección de Beaumont, Dufrenoy, Berthier i Combes.

Habiendo rendido en aquel establecimiento sus exámenes finales en el mes de abril de 1837, Domeyko fue empleado por los señores Koechlin, de Alsacia, para el reconocimiento de las minas de hierro de Bonne Fontaine.

Se hallaba entregado a esta ocupación, cuando en el mes de noviembre recibió una carta de su maestro Dufrenoy, en que le comunicaba que, si le convenía, podía aceptar un puesto de profesor de química i mineralojía en la República de Chile.

Un empleo semejante era el que mejor cuadraba a las ideas e inclinaciones de Domeyko.

«El destino de profesor, ha dicho después, no solo es útil a la juventud que estudia, sino también al profesor mismo; la enseñanza es la verdadera vida del hombre de letras». (1)

Todavía mas: considerada la ciencia como él la

(1) Domeyko, *Memoria sobre el modo mas conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, párrafo 16.

consideraba, el profesorado es una especie de sacerdocio.

Sin embargo, el país a donde se le invitaba a ir, situado en uno de los confines del mundo, le era completamente desconocido.

Apenas había leído el nombre de Chile en algún tratado de jeografía; pero, no obstante, tenía para él un poderoso atractivo: por allí atravesaba la colosal cadena de los Andes, una de las mayores maravillas del orbe, que ansiaba contemplar.

La posibilidad de satisfacer este ardiente deseo, compensaba en su ánimo los inconvenientes de lo distante i de lo ignorado.

En París, M. Dufrenoy le puso en relación con don Carlos Lambert, que iba encargado por el gobierno de Chile para contratar un profesor que desempeñara en el colejo o instituto de la Serena las clases de química i mineralojía.

Mr. Lambert era un sujeto distinguido, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, que había planteado en Chile un vasto establecimiento de fundición, el cual había de producir los mas considerables beneficios al país i a su propietario.

Mr. Lambert i Domeyko, entre quienes desde entonces hasta la fecha ha existido la mas cordial amistad, estaban llamados a entenderse.

Conforme a sus instrucciones, el primero ofreció al segundo un sueldo de mil doscientos pesos anuales; pero le exigió la obligación de servir la clase por seis años forzosos.

Domeyko no tuvo objeción que hacer por lo que respecta al sueldo; pues su opinión sobre los emolumentos de los profesores era ya entonces la misma que espresó mas tarde.

«La principal ventaja, según él, que ofrece un empleo de profesor pagado por el estado, consiste en que los hombres que se dedican a las ciencias, a lo que se llama vida literaria, el gozo mas durable, mas seguro, mas noble, tienen asegurado para toda su vida el sosiego que no es de conseguir en medio de los negocios públicos: la principal recompensa que ellos deberían reclamar sería un cierto respeto de parte de sus conciudadanos i un contento interior de haber servido e ilustrado a la patria». (1)

«Difícilmente la lei puede determinar las funciones i deberes de un empleo en la carrera literaria; todo en él depende del celo i del amor mas exaltado a la humanidad i a la ilustración. El que tiene estas cualidades, no necesita ni honores ni sueldos mui elevados; el que no las tiene, de valde llevará sueldo». (2)

Pero, si Domeyko no tuvo nada que decir respecto del sueldo que se le ofrecía, no sucedió otro tanto respecto de los seis años forzosos de la contrata.

Esperaba que no habían de trascurrir tantos

(1) Domeyko, *Memoria sobre el modo mas conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, párrafo 6.

(2) Domeyko, *Memoria sobre el modo mas conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, párrafo 16.

años sin que la oprimida Polonia intentara nuevos esfuerzos para recobrar la independencia i la libertad, i no se conformaba con ponerse en la imposibilidad de acudir al llamamiento de la madre patria, i de encontrarse al lado de sus hermanos el día del peligro.

Después de largas discusiones sobre el particular, Mr. Lambert disipó sus escrúpulos, asegurándole que, si ocurría un levantamiento de la Polonia, el gobierno de Chile le desligaría del compromiso que iba a contraer.

Desde entonces, Domeyko pensó solo en los preparativos del viaje.

A fin de que pudiera hacerlos con el debido acierto, Mr. Lambert le dio a conocer el orijen de la clase que debía rejentar en la Serena.

Chile era un país abundante en minas de todas especies, pero donde nunca se habían enseñado de una manera medianamente formal las ciencias indispensables para la buena explotación de ellas.

En 1835, administraba como intendente la provincia de Coquimbo el jeneral don José Santiago Aldunate, hombre que se había educado en los campamentos combatiendo por la independencia de la patria; pero que, aún cuando no había frecuentado las aulas, era uno de los mas celosos propagadores de la ilustración pública.

Éste había concebido la idea de fundar en el colejio de la Serena una clase de química i mineralojía para dar a la industria minera de la provincia

la dirección científica que le faltaba; había logrado que el gobierno aprobase el proyecto; i había obtenido de su amigo don Carlos Lambert, próximo a partir para Europa por asuntos personales, que se encargase de traer un profesor i los utensilios necesarios.

Lambert había recibido para los gastos tres mil pesos sacados de los fondos del colejio de la Serena, que puso a disposición de Domeyko, para que procediese a comprar los objetos que estimase precisos.

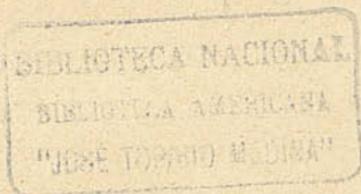
Domeyko manifestó a Lambert la dificultad de abrir una clase de química sin otra de física.

Lambert, que era una persona bien instruída en ciencias naturales, admitió la verdad de la observación, i facultó al joven profesor para que empleara el dinero como lo juzgara mas conveniente.

Domeyko, a fin de salir lucido en el desempeño de la comisión, i de corresponder a la confianza de Mr. Lambert, trató de hacer prodijios con la limitada suma que se le entregaba; i logró comprar, no solo todo lo necesario para un laboratorio de química, sino también máquinas e instrumentos de física, una colección de muestras de mineralojía i otra de libros científicos modernos.

El 2 de febrero de 1838, Domeyko partió de Boulogne en Francia con dirección a Chile; desembarcó en Buenos Aires; atravesó la pampa arjentina i la cordillera de los Andes; i llegó a la Serena, en los primeros días de junio de aquel año.

El viajero había ido comunicando sus impresiones i recuerdos a su amigo Mickiewicz en una serie de cartas que fueron dadas a la luz en polaco, con el título de *Un Viaje de cuatro meses de París á Coquimbo*.



III

Don Jorje Edwards, que era a la sazón intendente interino de Coquimbo, i don Mariano de Egaña, que desempeñaba el ministerio de instrucción pública, se encontraron embarazados para arreglar el nuevo curso de mineralojía; pero a lo menos tuvieron la sensatez de dejar obrar al recién llegado profesor.

Éste se manifestó desde luego completamente esento de pretensiones, i deseoso solo de cumplir sus obligaciones como mejor pudiera, i a satisfacción de sus superiores.

Según la contrata, el curso había de durar nueve meses del año con tres lecciones por semana, de hora i media o dos horas cada una.

Como el ministro i el intendente juzgasen demasiado largas las vacaciones de tres meses, i demasiado pocas las tres clases semanales, Domeyko accedió a sus indicaciones sin exigir la observancia de lo pactado, como habría tenido pleno derecho para hacerlo.

El intendente Edwards decía al ministro Egaña en oficio de 17 de setiembre de 1838 lo que sigue:

«Debo advertir que ha sido imposible dejar bien detalladas las funciones i obligaciones del profesor en oposición a las condiciones de lo contratado con Lambert; i aún creo no conviene por ahora variarlas respecto a la oscuridad que nos rodea sobre un curso científico hasta ahora no conocido en el país. Solo el tiempo, i cuando se hayan experimentado los resultados de este ensayo que considero aventurado, podrá suministrar algunos conocimientos e ideas para arreglar i sistemar en lo sucesivo este curso; pero no por esto debe creerse que el profesor, a pesar de la contrata, esté distante de entrar por el arreglo que mas convenga; mui al contrario, existen en él las mejores disposiciones para todo».

Como lo espresaba el intendente Edwards, don Ignacio Domeyko desplegaba el mayor celo para abrir la clase.

Atendió personalmente a la construcción, no solo de los hornos del laboratorio, sino también del edificio mismo donde aquél fue colocado, que hubo que fabricar exprofeso, porque no había en la Serena ninguna casa aparente para el objeto.

Gracias a esta actividad, a pesar de haber tenido que levantar un edificio desde los cimientos, el profesor pudo comenzar el primer curso en el mes de setiembre de 1838.

Paso ahora a manifestar, valiéndome de una esposición del mismo Domeyko, la manera como lo

organizó por sí solo, sin intervención ni de la intendencia, ni del ministerio, que mas o menos terminantemente se habían declarado incompetentes en el asunto, i que habían tenido razón para ello.

«Habiendo necesidad de reunir en una sola clase el estudio de varias ciencias que se ayudan recíprocamente (decía Domeyko en una memoria enviada al ministerio el año de 1841 sobre el curso de mineralojía en el colejio de la Serena) el profesor principia por la física, i la enseña por Biot. Pasa después a la química jeneral, cuyo estudio hace por Thenard, escojiendo de su obra la parte que se aplica particularmente a la química mineral i metalurjia. A continuación de la química, espone un tratado de ensayar las pastas i minerales de toda clase, tanto por la vía seca, como por la vía húmeda; esta parte del estudio se hace por la obra de Berthier, la mejor obra que haya aparecido hasta ahora. Viene después el análisis químico, en parte por Thenard, en parte por los métodos de Rose; i en seguida los alumnos pasan al estudio de la mineralojía, que se enseña por Blondeau i por cuadernos del profesor. En fin, el curso se concluye por un compendio de jeolojía estraído de los mejores escritores modernos. El curso dura dos años.

«Siendo la práctica el solo camino que en las ciencias naturales conduce a invenciones provechosas, i la que, de consiguiente, se debe consultar con esmero en el estudio, procura el profesor antes de todo ejercitar a sus alumnos en el arte de mani-

pular con la mayor precisión i prolijidad. Con este motivo, luego que adquieren los principios fundamentales de la ciencia, empiezan a hacer ensayes de pastas i minerales de cobre, de plomo, de plata, etc.; i a medida que van adelantando, pasan a analizar las sustancias minerales, no solo metálicas, sino también sus criaderos i panizos, varios productos que provienen del beneficio de los minerales, i varias piedras, tofos i rocas que entran en la composición de los cerros de Chile.

«Para no perder las ventajas que resultan de estos esperimentos, se ha formado un libro en el laboratorio, en que se asientan las descripciones i los resultados de todos los ensayes i análisis que se hacen. Cualquier mineral que se mande para examinarse, pasa primero por las manos del profesor, que, después de haber reconocido que merece ensayarse o analizarse, remite la muestra a uno de los alumnos, le indica el método que ha de seguir en sus investigaciones, i hace que él mismo ejecute las operaciones. Concluída la tarea i determinada la lei o la composición del mineral, se apuntan el nombre de la mina o de la localidad de donde proviene, i el método de que se ha valido el alumno en sus esperimentos; se describen las operaciones mas importantes i el resultado. Esta descripción se registra en el *Libro del laboratorio* con la firma del alumno; i en la colección se deposita la muestra del mineral que se ha examinado, con su lei o su composición en el rótulo.

«De este modo, en el tiempo que queda libre después de la lección, tres o cuatro alumnos se ocupan en el laboratorio en trabajar cada uno por separado; mientras que, en tiempo de la lección, no se hacen mas que experimentos de química jeneral, que sirven para reconocer las propiedades de los cuerpos. A mas de esto, cada semana o cada quince días, se hace la copelación de pastas, a la que asisten todos los alumnos del segundo año; i los mas adelantados tienen la obligación, antes del examen, de hacer, cada uno, una memoria sobre la composición i naturaleza del mineral que le entrega el profesor.

«Como en el curso de todo este estudio no se enseña la metalurjia propiamente dicha, que es la aplicación de la química i mineralojía al arte de beneficiar los minerales, i es ciencia tan estensa que necesitaría un profesor i una clase separada, el profesor de química, deseando que sus alumnos adquirieran también conocimientos de los métodos de beneficiar que se usan en Europa, proporciona a los mas adelantados las obras de metalurjia, i les hace sacar el resumen de lo mas sustancial que hai en ellas. Al mismo tiempo, hace que se ejerciten en el dibujo, esplicándoles i haciéndoles copiar los planos de los hornos i aparatos que se hallan en la librería.

«Tales son las ventajas que ofrece a la instrucción de los jóvenes el establecimiento de la clase de química en el colejio de Coquimbo; i tal es el

plan que se ha propuesto el profesor en el desempeño de sus obligaciones. De los doce o catorce alumnos que han sido constantes en el estudio de los dos años pasados, la mitad se halla capaz de reconocer la composición i la riqueza de los minerales mas comunes de Chile; i algunos pueden averiguar la naturaleza de cualquier mineral desconocido. Mas de cuatrocientos ensayos i análisis se han hecho durante esa época; i una gran parte de los minerales de Chile se han examinado en este colejio. De allí dimana un acopio de resultados que servirán un día para dar a conocer con exactitud la mineralojía del país. Es de esperar que en pocos años será tan común el arte de ensayar i reconocer la naturaleza de los minerales, que a lo menos en las principales minas e ingenios no se procederá a ciegas en la compra, venta i beneficio de los minerales. En fin, nadie desconoce la ventaja que ha de resultar para el país de la unión de los principios científicos con la práctica, i el jenio investigador i constancia en el trabajo de los operarios del país». (1)

De esta manera, el profesor que había sido contratado únicamente para desempeñar las clases de química i mineralojía, organizó en Chile la enseñanza completa, aunque compendiosa, de las ciencias naturales, comenzando por construir personalmente hasta los hornos, hasta la casa del laborato-

(1) Domeyko, *Clase de química, física i mineralojía unidas en el colejio de Coquímbo*, párrafo 2.

rio, i todo esto sin injerencia del ministerio, talvez sin su conocimiento, por lo menos sin que concediera una grande importancia a este progreso tan inmenso de la instrucción pública.

La *Memoria* pasada al congreso nacional por el ministro del ramo don Mariano de Egaña en agosto de 1839, se limita a anunciar el establecimiento en el colegio de Coquimbo de las clases de química i mineralojía.

La que el mismo ministro pasó en agosto de 1840, no contiene una sola palabra sobre el notable adelantamiento que un profesor extranjero estaba operando en la capital del Norte, sin que lo supieran las autoridades superiores, o a lo menos sin que fijaran en ello la atención.

Menciono el hecho, i con pruebas, para que la gloria de su realización toque a quien corresponde.

Las tareas que imponía a Domeyko la introducción del estudio de ciencias nuevas, eran, como se concibe, harto pesadas.

Tenía que explicarlas a los alumnos, i que suministrarles textos, i sobre todo, que predicar a los padres de familia, de casa en casa, de tertulia en tertulia, sobre la utilidad de ellas.

Domeyko, aunque con su modestia característica i jamás desmentida, no ha podido menos de dejar traslucir, en un artículo que publicó en *El Araucano* el año 1846 con motivo de la *Química Mineral* de don León Crosnier, la satisfacción que experimentaba su espíritu al contemplar la variación

efectuada en la opinión pública acerca de la importancia de las ciencias físicas i matemáticas desde su llegada a Chile en 1838.

«Nadie desconoce que con el progreso de la ilustración i de la industria en Chile (escribía en aquel artículo) se aumenta cada día mas el amor a las ciencias. Creo que ya pasó el tiempo en que el estudio del latín i de las leyes gozaba de un privilejio esclusivo para toda clase de consideraciones literarias, i no quería hermanarse con los demás ramos de actividad intelectual del siglo. Mui triste papel hacía entonces el nombre de *Química*, i no le llevaban ventaja alguna ni las matemáticas, equivocadas con el oficio de tenedores de libros i de agrimensores, ni la botánica con el de jardineros i boticarios, ni la física con el de májicos, ni en fin la zoolojía, la astronomía, etc., consideradas como estudios inoficiosos, capaces de fastidiar o de alarmar la conciencia.—Emancipado de aquella preocupación, el jenio de la juventud se pliega hoi a la tendencia jeneral de la época, busca alimento igualmente en todo lo bello i elevado, trata de instruirse en todo lo que constituye el verdadero tesoro de la humanidad». (1)

Pero, a pesar de las multiplicadas i variadas atenciones que le demandaba la enseñanza de ciencias nuevas i no apreciadas en el país, el laborioso

1) *Araucano*, número 851, fecha 4 de diciembre de 1846.

profesor hallaba todavía tiempo para dedicarse al estudio especial de la naturaleza chilena.

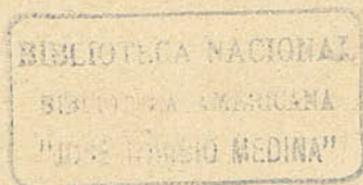
Apenas llegado, empleó las vacaciones del año escolar de 1838 en visitar las cordilleras mas inmediatas a la Serena. (1)

Fruto de esta i otras escursiones análogas, practicadas por entonces, fueron dos memorias publicadas en 1840 en los *Annales des Mines*, las cuales llevan por títulos:

Notice sur un terrain stratifié dans le haut des Cordillières, et sur les filons metallifères qui l'accompagnent.

—*Mémoire sur les minerais oxy-sulfurés de cuivre du Chili, avec une notice sur les productions minérales de ce pays.*

(1) Oficio del intendente de Coquimbo al ministro de instrucción pública, fecha 17 de enero de 1839.



IV

La actividad del estudioso profesor no tardó en comenzar a recibir su recompensa.

A fines del año escolar de 1840, concluyó su primer curso.

Los exámenes fueron brillantes.

Tanto las autoridades, como el público, fijaron la atención en los buenos resultados que había producido la enseñanza de las ciencias naturales en el colejo de la Serena.

El intendente de la provincia de Coquimbo, don Juan Melgarejo, decía, dando cuenta de ellos al ministro del ramo, con fecha 10 de abril de 1841:

«Por último, no concluiré esta nota sin hacer mención del mérito i servicios del profesor don Ignacio Domeyko que, promoviendo con tanto celo e interés los conocimientos que interesan mas de cerca a la prosperidad pública, se ha hecho acreedor a una especial distinción del gobierno».

Se hallaba entonces al frente del ministerio de instrucción pública don Manuel Montt, estadista

de ideas modernas, formado en el Instituto Nacional, que había entrado a tomar parte en la dirección de los negocios públicos con el propósito de fomentar la ilustración del país, i a quien sus antecedentes i conocimientos hacían mui capaz de apreciar en lo que valían las distinguidas prendas de don Ignacio Domeyko.

El nuevo ministro, contestando el oficio del intendente de Coquimbo, a que pertenece el pasaje poco antes copiado, le decía con fecha 23 de abril de 1841:

«Por lo que respecta al mérito contraído por el profesor don Ignacio Domeyko en el desempeño de la clase que preside, puede V. S. prevenirle que, consagrando sus tareas a tan laudable objeto, se ha hecho acreedor a la estimación del gobierno, i que se le tendrá presente para recompensar sus servicios».

Domeyko había enviado al ministerio por conducto de la intendencia una memoria titulada: *Clase de química, física i mineralojía unidas en el colejio de Coquimbo*, la cual apareció en mayo de 1841 en los números 559, 560 i 561 del *Araucano*.

Principiaba por hacer en ella una esposición detallada del curso que había organizado, i una descripción del gabinete de física, del laboratorio de química i de las colecciones de libros i muestras minerales que poseía el colejio.

Concluía proponiendo las providencias que, en su concepto, debían dictarse, tanto para estimular a

los jóvenes que habían terminado el curso a que continuasen sus estudios, como para proporcionarles los medios de aplicar los conocimientos que habían adquirido, i de ser útiles al país.

Estas providencias eran tres, a saber:

1.^a Hacer traer de Europa los instrumentos i aparatos que habían menester para el ejercicio de la profesión de ensayadores;

2.^a Enviar a dos o tres de ellos a Europa para que se perfeccionasen en las ciencias i sus aplicaciones; i

3.^a Instituir destinos de ensayadores i peritos de minas conforme a las ordenanzas de minería i a las necesidades del país.

Domeyko justificaba como sigue la primera de estas indicaciones:

«Como hasta ahora ha habido pocos ensayadores, i los mas empleaban métodos mui imperfectos, no es estraño que no se encuentren en el comercio los instrumentos i aparatos que se necesitan para las operaciones químicas i métodos modernos. Los mas útiles de química son de poco precio; i esceptuando la balanza, un buen químico puede formar su laboratorio con poco principal. Si los negociantes no se atrevían antes a traer de Europa estos objetos, era porque su uso era desconocido, i porque nadie los pedía; de modo que ahora, por más diestro que sea el joven al concluir sus estudios, en ninguna parte encuentra ni siquiera un matraz o botella que apenas cuesta un cuartillo en Europa.

El gobierno, proporcionando estos objetos a los primeros químicos o ensayadores que salen del colejo, contribuirá a poner en práctica i jeneralizar entre los mineros el arte de ensayar i examinar por principios la naturaleza de los minerales. Introducido una vez i conocido el uso de los aparatos e instrumentos de química, el comercio continuará en mandarlos para satisfacer a las necesidades del país, sin que el gobierno tenga motivo de hacer mas sacrificios.—Dos mil pesos serán suficientes para hacer traer los objetos mas necesarios, cuyo uso se quiere introducir en el país. En la lista que se agrega, se hallan especificados los objetos con sus precios corrientes i los nombres de los fabricantes en cuyas casas se han de comprar».

Como dato curioso, consignaré aquí que en aquella época había en Copiapó una sola persona, un alemán llamado Kraus, que poseyera un instrumento de mensura de minas.

Por lo que respecta a la segunda indicación, hé aquí lo que Domeyko esponía en favor de ella:

«Dar un nuevo estímulo a los jóvenes que tratan de ilustrarse, hacer que no se paren en los estudios que han principiado, i proporcionar al país hombres capaces de introducir los conocimientos i luces necesarios para las mejoras i adelantamientos del siglo, este es el objeto que el gobierno se ha de proponer al mandar los jóvenes mas aprovechados por dos o tres años a Europa. Es claro que se han de escojer para esto los alumnos sobresalientes, no

solo por su talento, sino también por su conducta moral i aplicación. No se deben admitir sino los que hayan concluído sus estudios en el colejio, i hayan obtenido premios. A mas de esto, para evitar que se pierda tiempo en el viaje de los jóvenes, que muchas veces, como se ha visto, al llegar a una capital del antiguo continente olvidan el objeto que los ha llevado, i se desmoralizan en medio de las distracciones i diversiones, trayendo a la vuelta solo modas, falsas doctrinas i corrupción, es necesario:

«1.º Determinar para cada uno el objeto de su misión, i los medios de conseguirlo, dirijiéndole a algun establecimiento o escuela especial.

«2.º Hacer inspeccionar su conducta, i arreglar los honorarios de modo que no tengan ni lugar ni dinero para objetos estraños a sus estudios».

Domeyko trazaba en seguida un plan completo de estudios para los alumnos que se enviaran a Europa, i proponía los sueldos que convendría asignarles.

El ministro Montt aprovechó la primera ocasión solemne para tributar al profesor Domeyko un testimonio público de satisfacción i aplauso por el empeño que éste tomaba por la difusión de las ciencias naturales en Chile.

«Después del Instituto Nacional (decía al congreso en la *Memoria* presentada en julio de 1841) reclama una honrosa mención el de Coquimbo, ya sea por su regularidad i crédito, ya por las clases

de mineralojía que, a plena satisfacción del gobierno i del público, se cursan en él. La explotación de metales, que constituye especialmente la industria de aquella provincia, necesitaba de conocimientos científicos para marchar en progresión i rendir todas las utilidades que promete: las clases de mineralojía del instituto de Coquimbo llenarán esta demanda, gracias en gran parte al ilustrado i celoso profesor que las desempeña. Sería, sin duda, conveniente enviar a Europa dos o tres jóvenes sobresalientes para que completen allí su instrucción, i emplear los restantes en las aduanas, en donde se requieren conocimientos profesionales para el cobro de los derechos que gravan la esportación de metales. El gobierno prestará una atención preferente a esta medida que ha de ejercer una influencia benéfica en el fomento de nuestra industria minera».

En nota, fechada el 14 de enero de 1842, el intendente de Coquimbo, don Juan Melgarejo, espone al ministro de instrucción pública:

«Me creo en el deber de hacer particular mención i recomendar a don Ignacio Domeyko, profesor de química i mineralojía; de cuya clase, los mineros i vecinos notables han visto salir con la mayor satisfacción alumnos acreditados suficientemente para ejercitar sus conocimientos en todas las materias que designan las copias de certificados que incluyo a V. S.»

El ministro Montt en sus *Memorias* posteriores

a 1841, i sus sucesores don Antonio Varas i don Salvador Sanfuentes, creyeron de su deber seguir haciendo en los años sucesivos menciones igualmente honrosas i especiales de don Ignacio Domeyko.

El primero no tardó en ordenar que se pusieran en práctica dos de las indicaciones del profesor de mineralojía, a saber: la de emplear dos mil pesos en la adquisición de instrumentos para los alumnos que concluyeran el curso, i la de enviar a Europa a tres de los mas sobresalientes a fin de que perfeccionasen sus estudios.

Para esto último, fueron elejidos don Antonio Alfonso, don Manuel Antonio Ossorio i don Teodosio Cuadros, con la obligación de dedicarse por seis años a la enseñanza en el Instituto Nacional de Santiago, o en el de Coquimbo. (1)

Estos señores fueron recomendados por Domeyko a sus antiguos profesores de París con tanta eficacia, como si se hubiera tratado de sus propios hijos.

Cuando llegaron los instrumentos que se habían pedido a Europa, se determinó que fuesen dados a los jóvenes que hubieran concluído el curso de mineralojía, a quienes se exijía fianza de que pagarían su precio tan pronto como pudieran.

Domeyko quiso tener el gusto de ser fiador de todos ellos.

(1) Decreto de 22 de febrero de 1842.

Alguna vez le he oído referir con complacencia que cada uno de los agraciados se apresuró a cumplir religiosamente con este compromiso.

Desde su llegada a Coquimbo, Domeyko había sido el ensayador jeneral i gratuito de todos los mineros de la provincia; pero, desde que tuvo alumnos en estado de reemplazarle, rehusó seguir prestando servicios de esta clase, a fin de proporcionarles ocupación, i los obligó a que exigieran un cuarto de onza por ensaye.

El patriarca de la instrucción pública en Chile, don Andrés Bello, fue uno de los primeros en proclamar los servicios prestados por don Ignacio Domeyko en la enseñanza.

En un artículo inserto en el número 558 de *El Araucano*, correspondiente al 30 de abril de 1841, se espresaba en estos términos:

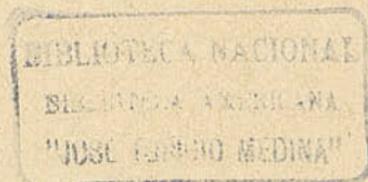
«Existe desde algún tiempo en la capital de la provincia de Coquimbo un colejio de minería, cuyos progresos apenas han sido percibidos del público, a pesar del esmero de su director i sus eminentes conocimientos, i de la constancia i aplicación de sus alumnos. Varios de éstos están ya al concluir su carrera, sin que falten algunos que se hayan hecho notar por su habilidad o extraordinarios adelantamientos».

Pocos meses después, don Andrés Bello decía en otro artículo publicado en el número 597 de *El Araucano*, fecha 28 de enero de 1842:

«Entre los establecimientos de educación de la

República, que mas especialmente deben contribuir a sus adelantamientos, merece, sin duda, un lugar distinguido el instituto de Coquimbo sobre el cual dimos una noticia bastante circunstanciada, hace algún tiempo.

«Posteriormente hemos adquirido nuevos informes acerca de los trabajos de aquel establecimiento i los grandes progresos que hacen sus alumnos, mediante el celo e infatigable laboriosidad del ilustrado profesor de mineralojía, el señor Domeyko. Sus tareas no se limitan únicamente a la educación elemental de las ciencias que concurren a formar el mineralojista: penetrando con sus alumnos las partes mas sublimes de estas mismas ciencias, agrega la práctica de ellas en las manipulaciones químicas, investigaciones jeológicas, análisis metalúrgicos i otros procedimientos prácticos, que hacen apto al estudiante, al salir de la escuela, para las profesiones de que carecemos ahora con notables atrasos i pérdidas, tanto para el fisco, como para los muchos particulares que tienen interés en este ramo».



V

Como siempre, antes i después de aquella época, las tareas del profesorado no impedían a Domeyko entregarse con ardor al cultivo de la ciencia.

Por entonces, compuso otras dos memorias, que se insertaron en los *Annales des Mines* de 1841, i cuyos títulos son:

—*Notice sur les minerais d'argent du Chili, et sur les procédés qui sont employés pour leur traitement.*

—*Mémoire sur les mines d'amalgame natif d'argent d'Arqueros, au Chili.—Description d'une nouvelle espèce minéralogique, et du traitement par la méthode américaine.*

La Academia de ciencias de París, a la cual Domeyko envió estos dos trabajos, nombró para examinarlos una comisión compuesta de los señores Berthier, Elías de Beaumont i Dufrenoy, que fue el relator o redactor del correspondiente informe.

Este informe se halla publicado en los *Comptes Rendus* de la Academia.

Considero mui oportuno copiar algunos trozos.

«El señor Domeyko, antiguo alumno de la Escuela de Minas, profesor en el colejio de Coquimbo (principian diciendo los comisionados) ha presentado ya a la Academia una memoria sobre las minas de cobre de Chile; ahora completa sus investigaciones sobre la provincia de Coquimbo haciéndonos conocer la posición jeológica de las minas de plata, su naturaleza, su riqueza, como también los diferentes métodos de beneficio a que se las somete. Este trabajo comprende además la descripción de una amalgama nativa de plata diferente por su composición del mercurio arjental, i que constituye una nueva especie mineral, tanto mas interesante cuanto que es la base principal de las explotaciones tan productivas en Arqueros».

Después de haber los informantes espuesto i comentado las dos memorias de Domeyko, se espresan al terminar como sigue:

«El señor Domeyko ha agregado a esta descripción un examen químico de la mayor parte de los minerales arjentíferos de la provincia de Coquimbo, así como también de los productos mineralójicos que se sacan de su beneficio. Este estudio, que da la llave de las diferentes operaciones a que estos metales son sometidos, podrá además servir de guía para las variaciones que deben hacerse en los métodos de amalgamación según la composición de los metales i su riqueza.

«No seguiremos al autor en esta parte impor-

tante de su trabajo, porque un simple extracto solo daría una lijera idea, sin ofrecer ningún interés; diremos únicamente que ha manifestado un espíritu de observación notable, conocimientos estensos de química, i mucha habilidad en las manipulaciones.

«Agregaremos que los procedimientos de análisis por la vía húmeda han sido siempre insuficientes para separar completamente la plata del mercurio; solo mediante un ensaye por la vía seca, practicado en condiciones particulares, el señor Domeyko ha podido obtener las proporciones exactas del mineral nuevo que se le ha dado a conocer, i para el cual proponemos el nombre de *arquerrita*.

«Uno de vuestros informantes, M. Berthier que ha verificado una parte de los ensayes del señor Domeyko, ha reconocido en los minerales de plata de Chañarillo, designados con el nombre de *pacos* i de *colorados*, el *bromuro de plata* que ha descubierto en los minerales del Perú. La proporción de bromuro es mui variable; sin embargo, es por lo menos igual a la del cloruro; así esta especie nueva representa un papel importante en las riquezas minerales de Chile i del Perú.

«Resulta de los pormenores que acabamos de dar a la Academia acerca de las *Memorias* del señor Domeyko, que este profesor nos ha hecho conocer con exactitud la posición de las minas principales de Chile, la naturaleza de los minerales que

existen en ellas, i diferentes operaciones mineralúrgicas a que son sometidos para estraer la plata.

«A esta descripción interesante, que fija nuestras ideas sobre la constitución jeológica del terreno metalífero de Chile, el señor Domeyko ha agregado la determinación de una nueva especie mineral, importante por el papel que representa en las minas de plata de Chile, i por el lugar que ocupará en la clasificación oritocnóstica.

«Creemos, en consecuencia, que el señor Domeyko merece ser estimulado en sus trabajos. Así tenemos el honor de proponer a la Academia, que le dirija sus acciones de gracias, invitándole particularmente a proseguir sus investigaciones sobre la constitución jeológica de Chile.

«Propondríamos además a la Academia que acordara la inserción de las dos *Memorias* del señor Domeyko en el *Recueil des Savants étrangers*, si no estuviéramos seguros de que van a ser luego impresas en los *Annales des Mines*».

Todas las proposiciones de este informe fueron aceptadas por la Academia.

Domeyko, junto con enviar a los cuerpos científicos de Francia memorias que les daban a conocer la naturaleza chilena, les remitía colecciones de minerales i de fósiles.

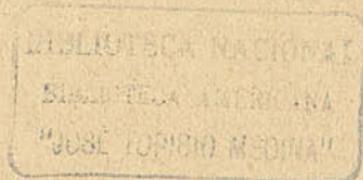
Voi a hacer conocer cuál era la opinión de M. Alcides D'Orbigny sobre la importancia de los fósiles que Domeyko había enviado hasta 1841.

«Bajo el apecto zoológico, escribía aquel emi-

nente sabio, los fósiles recojidos por el señor Domeyko ofrecen el mayor interés; casi todos son nuevos; aumentan a lo menos en una quinta parte el número de las especies conocidas en el suelo de la América del Sur.

«Bajo el aspecto de la distribución jeográfica de los seres fósiles, son igualmente mui importantes, pues por la primera vez nos suministran en el suelo de la América del Sur, dos series zoológicas que hasta el presente no se habían señalado allí: los hipurites i los nautilus. Por lo demás, el conjunto de los objetos enviados por el señor Domeyko es enteramente diferente del de los fósiles americanos que hasta ahora hemos podido estudiar».

A fin de recompensar los servicios que Domeyko prestaba a la ciencia, D'Orbigny bautizó con el nombre del profesor de Coquimbo a una de aquellas nuevas especies de fósiles, llamándola *Nautilus Domeykus*.



VI

Tan luego como Domeyko vio organizado con alguna regularidad el curso de que estaba encargado, fijó la atención en el sistema de la enseñanza en Chile, que era demasiado incompleto i desordenado.

Con el objeto de proponer las mejoras que era preciso i urgente introducir en él, escribió una memoria *sobre el modo mas conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, que fue insertada en los números 26 i 27 del *Semanario de Santiago*, fechas 29 de diciembre de 1842 i 5 de enero de 1843.

La ocasión era propicia para promover una discusión acerca de la materia.

Ya he recordado que a la sazón ocupaba el ministerio de instrucción pública don Manuel Montt, que había desplegado un notable empeño por la difusión i perfeccionamiento de la enseñanza.

A esto se agregaba que el 28 de diciembre de 1842, había sido nombrado rector del Instituto Nacional, principal establecimiento docente de la

República, don Antonio Varas, joven ilustrado i enérgico, igualmente deseoso de introducir reformas en aquel importante ramo.

En efecto, el nuevo rector del Instituto, apenas publicada la memoria de Domeyko, dio a luz en el mismo *Semanario* una serie de observaciones sobre ella.

Me parece oportuno recordar aquí la opinión jeneral que espresó el señor Varas en aquellos artículos respecto del mérito de este trabajo.

«El señor don Ignacio Domeyko, profesor de química en el colejio de Coquimbo, decía, ha remitido a uno de los ministros de estado, la memoria sobre instrucción pública que ya han visto nuestros lectores. Dedicado a la educación de la juventud, no ha podido mirar con indiferencia los vicios de nuestro sistema de enseñanza, i ha querido llamar hacia ellos la atención de la autoridad suprema, indicando al mismo tiempo los medios de corregirlos, con un celo i un interés que no siempre encontramos en los que tienen con Chile relaciones que no ligan al señor Domeyko. Sembrada de una multitud de observaciones de la mayor importancia, es la memoria, si no el trabajo mas completo que sobre esta materia se ha hecho entre nosotros, el que se ha elevado a consideraciones mas filosóficas, i el que ha señalado desde el principio el punto culminante que debe servir de norte en la instrucción pública. Hai varias partes de la memoria en que nuestra opinión no es conforme a la del

señor Domeyko, i sobre las cuales haremos algunas reflexiones. Séanos permitido desde luego tributar nuestros elogios al ilustrado profesor de Coquimbo, i testimoniarle la gratitud que, como a chilenos, nos inspira la solicitud con que dedica los ratos que le dejan libres sus tareas a promover reformas de tan grande influencia en el bien del país». (1)

El punto culminante que Domeyko señalaba por norte a la instrucción, según la espresión del señor Varas, era el perfeccionamiento intelectual i moral del hombre.

«Confieso que ningún defecto me ha parecido mas chocante en la instrucción actual en los colejos, decía, que el que proviene de ciertas preocupaciones respecto de la utilidad del estudio, i del objeto que se ha de proponer en esta instrucción. Se cree comunmente que no se debe estudiar el latín sino para ser abogado, o para ordenarse; que se estudian las matemáticas para ser agrimensor; que se estudia la química para saber ensayar, se estudia la aritmética para ser comerciante; i los demás estudios se consideran como cosa de conveniencia i de moda. Resulta de esto que los padres de familia mandan a sus hijos al colejo, del mismo modo que los artesanos mandan a sus hijos a los talleres, para que aprendan algún arte para ganar plata. Un joven debe tomar amor al estudio por la noble ambición de desarrollar sus facultades inte-

(1) *El Semanario de Santiago*, número 28, fecha 12 de enero de 1843.

lectuales, de elevar su carácter moral. Si desde temprano se infunden en su tierno corazón i en su imaginación viva, miras materiales de interés i de egoísmo, se comprime mui pronto i se ahoga su talento; se apagan sus aspiraciones intelectuales, i de valde se espera de él que prosiga sus estudios i se perfeccione, luego que empiece a ganar plata». (1)

Este funesto error acerca del verdadero i principal objeto de la instrucción, que Domeyko combatía en las líneas precedentes, si bien es cierto que desde aquella época ha dejado de dominar en nuestros planes de estudios, no ha desaparecido todavía del todo, pues aún [se encuentran personas, entre las que se tienen por ilustradas, que preguntan con enfado para qué se hace aprender jeometría a los jóvenes que aspiran a ser abogados, o filosofía a los que desean ser ingenieros, o historia a los que pretenden ser médicos.

Sin embargo, el empeño de Domeyko para atacar una opinión tan falsa en sus fundamentos i tan perjudicial en sus consecuencias, le hizo espresarse sin la debida exactitud, dando a entender que atribuía poca importancia a la adquisición de los conocimientos prácticos que habilitan para ganar la subsistencia, lo que había de estar mui lejos de su pensamiento, puesto que mas tarde le hemos visto ser el creador o el organizador en Chile de varias profesiones científicas.

(1) Domeyko, *Memoria sobre el modo mas conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, párrafo 6.

La *Memoria* de Domeyko no se limitaba a definir bien el objeto de la instrucción pública, desconocido generalmente en nuestro país, sino que también proponía por la primera vez diversas indicaciones de bastante utilidad: como un plan de estudios necesarios para todo hombre, sin atender a su profesión u ocupación futura, la enseñanza simultánea i combinada de varios ramos, la fijación de un sistema uniforme para toda la República, la creación de dos visitadores de colejos, el establecimiento de una escuela normal de profesores, la fundación de una academia de pintura i de otra de música.

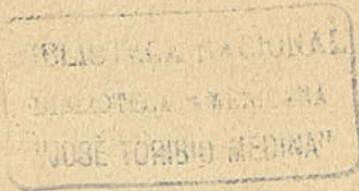
En vista de la *Memoria* de Domeyko, el ministro Montt, que parece tenía ya el propósito de operar una reforma radical en los estudios, resolvió conferenciar sobre el particular con el profesor de Coquimbo, para lo cual envió al intendente de aquella provincia el oficio que sigue:

«Santiago, 3 de enero de 1843.

«Con motivo de tener que arreglarse en el Instituto de esta capital algunos ramos de la enseñanza pública, se necesita aquí al profesor del colejo de esa provincia don Ignacio Domeyko. Luego, pues, que él haya concluído sus tareas del presente año en ese establecimiento, V. S. le comunicará de parte del gobierno la orden de venir a Santiago, i le proporcionará los medios de efectuar su viaje,

debiendo dar cuenta de los gastos que en él se hicieren, a fin de que puedan mandarse cargar a la cantidad del presupuesto a que correspondan.— Dios guarde a V. S.—*Manuel Montt.*—Al Intendente de Coquimbo».

Por disposiciones de 25 de febrero i 13 de marzo de 1843, se decretaron los nuevos planes de estudios del Instituto Nacional, adoptándose la base de las indicaciones de Domeyko, aunque con modificaciones mas o menos sustanciales en los pormenores.



VII

Don Ignacio Domeyko anunció en este viaje al ministro Montt que había ya concluído, o tenía bastante adelantados, cuatro textos que le había encargado escribir, a saber:

—*Tratado de ensayes, tanto por la vía seca, como por la vía húmeda, de toda clase de minerales i pastas de cobre, plomo, plata, oro, mercurio, etc., con descripción de los caracteres de los principales minerales i productos de las artes en América i en particular en Chile.*

—*Elementos de mineralojía, o del conocimiento de las especies minerales en jeneral, i en particular de las de Chile.*

—*Jeolojía i*

—*Jeometría subterránea.*

El ministro Montt, por decreto de 15 de febrero de 1843, ordenó que, a costa del colejio de Coquimbo, se hiciera por la imprenta del mismo establecimiento una edición de seiscientos ejemplares

de cada una de estas obras, debiendo ponerse trescientos a disposición del autor.

La primera de estas obras no apareció hasta enero de 1844.

Para dar una idea de ella, voi a aprovecharme de lo que el mismo Domeyko espone en el prólogo de que la hizo preceder.

«Esta obra, que he escrito i publicado por encargo del señor ministro de instrucción pública, dice, está destinada para el uso de los que quieren dedicarse al conocimiento práctico de los minerales i al arte de ensayarlos. Es claro que, debiendo variar los métodos de ensayar según la naturaleza i la composición de las materias que se quiere ensayar, el estudio de los caracteres de estas últimas debe ser inseparable del estudio de dichos métodos. Por esta razón, he creído necesario comprender, en el *Tratado de ensayes*, una descripción mineralógica i tecnológica de las principales materias metálicas, ya sea minerales, ya sea artificiales, que tienen alguna importancia en el comercio i la industria.

«En vista de esto, he dividido en dos secciones principales cada capítulo destinado a cada metal. En la primera, se halla la descripción: 1.º de las *especies minerales o mineralógicas* del metal; 2.º de los *minerales o metales*, que no son otra cosa que una mezcla de las anteriores consideradas en el estado en que se emplean para el beneficio; 3.º de los productos de las artes. En la segunda, se trata solo de los modos de ensayar, tanto por la vía seca,

como por la vía húmeda. Aquella sección comprende la mineralojía de los metales útiles; ésta, el verdadero arte de ensayar.

«En toda mi obra, he adoptado i seguido el plan del *Tratado de ensayes por la vía seca* de Berthier, obra maestra, que debe hallarse en las manos de todos los metalurjistas i directores de ingenios, como la única en su especie que une a la mayor claridad i concisión, la precisión mas prolija: lo *positivo* libre de todas suposiciones teóricas.

«De esta obra, he hecho un extracto o traducción de todo lo que es relativo a los modos de ensayar; i solo en la parte mineralójica he creído útil i necesario introducir algunas modificaciones para adaptar este libro al uso de los americanos, i en particular de los chilenos, dándoles a conocer de un modo mas especial los minerales i productos de las artes de Chile i de las repúblicas hermanas, que los del antiguo continente; i agregando algunos nuevos descubrimientos i observaciones relativas a los métodos que mas comunmente se practican en el nuevo continente.

«En la parte mineralójica, acompañada con algunas observaciones jeológicas sobre el *lecho* de los minerales, he comprendido los resultados de mis propias observaciones hechas por el espacio de cinco años en este país; i todos los análisis que se citan sin llevar el nombre del autor, han sido hechos por mí, o bajo mi dirección por mis alumnos:

lo mismo se entiende con respecto a los numerosos ensayos que se hallan en este libro.

«Lejos estoi de considerar este gran número de mis análisis como cosa de absoluta exactitud, i cuyos resultados no puedan sufrir modificaciones i correcciones de suma importancia de parte de los químicos; antes bien me daría por mui satisfecho, si la mayor parte de estos análisis pudiesen servirles como indicaciones útiles o *análisis calitativos*, i les dieren ocasión para hacer descubrimientos. He citado estos análisis, no por darles preferencia sobre los análisis hechos por los químicos distinguidos de nuestra época, sino porque mui pocos minerales i productos de artes de América, i sobre todo de la república de Chile, habían sido analizados antes de la publicación de esta obra.

«La mayor parte de las observaciones que se aplican a las pastas de plata i de oro, han sido extraídas de la obra de Chaudet: *El Arte del ensayador*, obra adoptada en Francia por todos los ensayadores; i me he atrevido a agregar en la parte *no interlineada* del texto algunas observaciones comprobadas por mi propia práctica.

«He copiado algunas descripciones de minerales de la *Mineralojía* de don Andrés del Río, profesor de mineralojía en el colejio real de minería en Méjico, obra que en realidad es el tratado mas completo de todos los que conozco en cuanto a la descripción de los caracteres mas importantes de las sustancias minerales.

«En cuanto al orden en que he colocado los metales, i a la estensión que he procurado dar a cada capítulo, he tomado en consideración particularmente el grado de importancia que cada uno de estos metales tiene en Chile, tanto para su industria en jeneral, como para sus principales ramos de minería. Por esto, he colocado en primer lugar, el cobre; en seguida, la plata, el oro, el mercurio; i después, el hierro i los demás metales.

«En fin, al publicar esta obra en que se halla comprendida una parte de mi curso en el colejio de Coquimbo, mi ánimo es tributar mi reconocimiento, i dar pruebas de amor al país en que he encontrado descanso i consuelo en el tiempo de las mayores desgracias de mi querida patria».

Los *Elementos de mineralojía* no vieron la luz pública hasta setiembre de 1845.

El autor dirijió, el día del aniversario de nuestra independencia, a la juventud chilena una dedicatoria de esta obra en que se revelan su entusiasmo por el cultivo de las ciencias naturales, i su anhelo por contribuir a propagarlas en su patria adoptiva.

Héla aquí:

«La mineralojía es de todos los ramos de historia natural, el que debe presentar mas interés i atractivo en un país como Chile, donde el reino mineral, ostentando toda su grandeza, derrama sobre sus habitantes, inagotables fuentes de riqueza i de prosperidad. Apasionada por la vista de los majestuosos Andes, la juventud chilena tendrá

siempre una predilección marcada por la ciencia que la inicia en el conocimiento de su suelo natal i de la naturaleza de sus innumerables cerros. En las entrañas de este suelo, se ocultan los mas valiosos productos, en busca de los cuales se afana el incansable minero; pero del mismo modo que el botánico no se contenta con el conocimiento de las plantas mas útiles a la agricultura i a la medicina, sino que trata de estender el dominio de sus investigaciones a todo el reino vegetal, así también el mineralojista procura abrazar en su vasta ciencia todo el reino mineral, desde el diamante hasta las tierras mas comunes i ordinarias, desde el oro hasta la turba.

«En efecto, la mineralojía, *como ciencia*, describe con igual interés i prolijidad todas las sustancias minerales de que se compone la costra del globo terrestre; enseña a distinguir las unas de las otras; e indica el modo como se hallan asociadas en la naturaleza, i la abundancia o escasez de cada una de ellas. Considerada bajo este aspecto, la mineralojía nos ofrece doble ventaja: en primer lugar, como arte para conocer las sustancias útiles i sus criaderos, tiene una aplicación mui importante en la minería; en segundo lugar, como ciencia que nos da a conocer la composición del globo que habitamos, presta los mayores servicios a las ciencias naturales, en particular a la mas hermosa i mas moderna de ellas, la jeolojía, i es una parte de aquel inmenso tesoro de conocimientos positivos

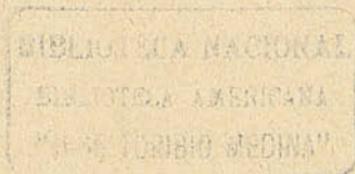
que tienden a elevar el espíritu del hombre ilustrándole.

«Con este doble motivo, debiendo el estudio de esta ciencia entrar siempre en el cuadro jeneral de los principales ramos de la instrucción pública, me he animado a escribir este libro para el uso de la enseñanza, i lo dedico a la estudiosa juventud chilena, a cuyos adelantamientos tengo el mas vivo deseo de contribuir, en cuanto esté a mis alcances».

El tratado de *Jeolojía* a que se refería el decreto del señor Montt, no ha sido publicado hasta ahora, aunque Domeyko lo tiene terminado; pero esta tardanza le ha permitido irlo perfeccionando hasta haberse convertido de simple texto en obra majistral.

Sé que Domeyko aguarda solo la terminación de los trabajos de don Amado Pissis, que está encargado de levantar el plano topográfico de la República, para dar la última mano a su *Jeolojía*, i hacerla imprimir.

La *Jeometría Subterránea* ha corrido igual suerte; pero convencido Domeyko de la gran falta que hace un texto de esta especie, se propone publicarlo tan pronto como sus ocupaciones le dejen lugar para ello.



VIII

Don Ignacio Domeyko destinaba las vacaciones de cada año, no al descanso, sino a alguna exploración científica.

He dicho antes que, apenas llegado a Chile, empleó las del año escolar de 1838, o sea el mes de enero de 1839, en recorrer las cordilleras mas próximas a la Serena.

Ahora agregaré que del mismo modo ocupó los meses de enero i febrero de 1840 en examinar las minas de los departamentos del Huasco i Copiapó; los de enero, febrero i marzo de 1841 en estudiar las minas de los departamentos de Ovalle, Combarbalá, Aconcagua i Santiago hasta San Pedro Nolasco; i los de febrero i marzo de 1842 en un gran *cateo* de las cordilleras de San José, de la Compañía i de Cauquenes.

Escusado me parece advertir que las exploraciones precedentes fueron practicadas por Domeyko a sus propias espensas, escepto la última que fue cos-

teada por una sociedad de empresarios particulares, a la cual presentó un informe del resultado.

Luego que en 1843 concluyó sus conferencias con el ministro Montt, éste le comisionó para que volviera a visitar los minerales de Copiapó, mandando entregarle trescientos pesos para costos de viaje (1).

En cumplimiento de esta orden, Domeyko recorrió aquella rejión hasta la cumbre de los Andes i la línea divisoria por el portezuelo de Comecaballo.

Domeyko consignó los principales resultados científicos de este viaje en una memoria titulada: *Excursión a las cordilleras de Copiapó con una breve esposición de los principios fundamentales de la jeología de Chile*, la cual fue insertada en *El Araucano* número 672 i 673, fechas 7 i 14 de julio de 1843.

El ministro Montt en la *Memoria* que dirijió al Congreso Nacional el 31 del mes i año antes citados, juzgó digna de ser enumerada entre las medidas que el gobierno había tomado para el adelantamiento de las ciencias «la excursión hecha por el profesor Domeyko a las cordilleras de Copiapó a fin de ilustrar la jeología de Chile, i difundir nuevas luces sobre el ramo de la minería, que forma con la agricultura, la principal riqueza de nuestro suelo».

(1) Decreto de 14 de febrero de 1843.

Al organizarse en 1843 la Universidad de Chile, el ministro Montt, para recompensar la dedicación de Domeyko al estudio, i los servicios que había prestado a la enseñanza, le incluyó en la lista de los miembros fundadores de la facultad de ciencias matemáticas i físicas; i poco después le nombró secretario de la misma facultad.

Los *Annales des Mines* publicaron aquel año una nueva memoria del profesor de Coquimbo titulada:
—*Description et analyses de quelques espèces minerales trouvées au Chili.*

Este trabajo llamó la atención de los hombres de ciencia, porque, entre otras cosas, daba a conocer una nueva especie mineral, el arseniuro de cobre, a la cual, para honrar a Domeyko, el famoso mineralojista de Viena Haidinger dio el nombre de *Domeykit*, con que en el día es designada.

En diciembre de 1843, ocurrió en la Serena un suceso que proporcionó a Domeyko ocasión de dar pruebas de la serenidad i valor que siempre ha desplegado para cumplir sus deberes de sabio.

El 17 de aquel mes i año, a las seis i diez minutos de la tarde, sobrevino un fuerte i violento temblor, seguido a cortos intervalos de varios otros, aunque mas pequeños, que hicieron temer a los habitantes una catástrofe igual a la que años antes habían experimentado la ciudades de Concepción i Talcahuano.

«La noche era espantosa (dice el intendente de Coquimbo al ministro del interior): se sentía una

calma sofocante, i había una oscuridad tan profunda, que no permitía ver los objetos a tres pasos de distancia. Tan fatales presajios, i la repetición continua de ruidos i pequeños temblores, obligó a muchas familias a abandonar sus casas, i ocupar el cementerio como un punto de resguardo por su mucha elevación sobre la ciudad; i en consecuencia de esto, se tomaron varias medidas de policía, como la repetición del alumbrado, i que algunos piquetes de tropa patrullasen los barrios i casas solas para evitar desórdenes i robos, medidas que produjeron el resultado que se esperaba. Entretanto, temblaba de cuarto en cuarto de hora, poco mas o menos, hasta el día siguiente en que se disminuyó la repetición de ruidos i cortos sacudimientos. No ha habido edificios destruidos por el terremoto; pero no ha quedado uno sin sufrir algo mas o menos, aunque levemente».

Esta relación oficial del suceso manifiesta que hubo motivos serios de temor, que el recuerdo de lo acontecido en los pueblos del sur pocos años antes confirmaba i aumentaba.

Todo era turbación i alarma en la Serena.

Todo era gritos de misericordia, lamentos, carreras, confusión.

La tierra oscilaba bajo los pasos de las personas, como si fuera la superficie de un mar.

Los edificios crujían i se rajaban.

Las campanas tocaban por sí solas.

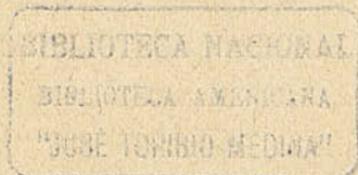
Mientras tanto, don Ignacio Domeyko permane-

ció tranquilo en el gabinete de física del colejio, haciendo las observaciones que el caso requería (1).

Domeyko, acompañado por cuatro de sus alumnos, recorrió, por segunda vez, en el mes de febrero de 1844, las cordilleras de Coquimbo.

Aquel año fue marcado en la vida de Domeyko por la publicación de dos escritos de distintos jéneros: el uno titulado *Notice sur quelques minéraux du Chili, analysés en 1843*, que dio a luz en los *Annales des Mines*; i el otro, una memoria dirijida al ministro de instrucción pública para proponerle la fundación de un colejio de minería i la creación de las profesiones de ensayadores jenerales i de peritos o injenieros de minas, que fue insertada en la *Gaceta de los Tribunales i de la Instrucción pública*, número 145, fecha 23 de noviembre, i número 146, fecha 30 del mismo mes.

(1) Oficio del intendente de Coquimbo al ministro del interior, fecha 22 de diciembre de 1843, con el cual remite las observaciones de Domeyko sobre el temblor.



IX

Domeyko empleó los cuatro primeros meses de 1845 en visitar, acompañado de su alumno don Miguel Munizaga, el territorio de Arauco.

Esta excursión dio origen a la obra titulada *Araucanía i sus habitantes*, que don Andrés Bello calificó de «interesante bajo el punto de vista jeolójico, no menos que bajo el moral i político por la animada pintura de las costumbres araucanas, i por la discusión filosófica de un problema vital para Chile: el de la civilización de aquella raza indómita». (1)

Pero el autor se propuso, no solo los importantes objetos indicados por el señor Bello, que forman el argumento intrínseco, diré así, de aquella obra, sino también el de invitar con el ejemplo a la juventud chilena a entregarse a la observación directa i entusiasta de la naturaleza, fuente fecunda de las mas poéticas i orijinales inspiraciones.

Domeyko concibió perfectamente que la mejor

(1) Bello, Memoria leída por el rector de la Universidad de Chile en el aniversario solemne de 29 de octubre de 1848.

dirección que podía darse a la literatura nacional, era impulsarla a buscar los temas de sus composiciones en la realidad del país, como él decía, en vez limitarse a parafrasear las concepciones de los escritores europeos.

El estudio de la naturaleza, de la historia, de la vida social de Chile, era el único medio de evitar la imitación servil, que solo podía dar nacimiento a producciones descoloridas e insulsas.

Domeyko espuso, tanto este elevado propósito, como el plan que había seguido en la *Araucanía i sus habitantes*, en la siguiente carta a su amigo el jeneral don José Santiago Aldunate:

«*Serena, i octubre 27 de 1845.*

«Mi respetable jeneral:

«En virtud de haberme comprometido a comunicar a Ud. algunos apuntes de mi último viaje al Sur, he procurado sacar de ellos todo aquello que, a mi modo de ver, parecía útil poner en conocimiento público. De esto resultó un largo escrito, que me tomo la libertad de remitir a Ud., contando con su condescendencia i con la bondad que Ud. me ha manifestado siempre al recibir mis escritos. Dejo enteramente a su arbitrio hacer del que presento el uso que le parezca mas conveniente. No he escrito para la prensa; sin embargo, si según el parecer de Ud. pueda resultar algún bien de la impresión de esta obrita, puede Ud. hacerla publicar.

«Al escribir esta memoria, mi ánimo fue, le con-

fesaré, mi jeneral, el de inspirar a la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer su país, como también el de invitar a esta juventud a que buscase inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes, en la hermosa realidad en medio de que vive, en fin, en lo pasado i el porvenir de su patria, i no en los misterios de París i Lóndres, que tanto la distraen. Creo que mas fácil sería encontrar en la capital de la República a un aficionado a la lectura que conozca bien los suburbios de S. Denis, S. Martin, S. Germain de París, que a un chileno que haya visitado las partes mas hermosas i mas lucrativas de Chile. Yo quisiera mas bien encontrar en mis correrías a un entusiasta hijo del Mapocho en medio de los áridos quiscos de Atacama, con todo el ardor del sol del verano, o bien en las estensas playas de Arauco, en una tempestad furiosa, que ver a un pálido, pensativo i melancólico joven con su *Judío Errante* en la mano, tendido en un magnífico sofá en Santiago, soñando con los parajes que solo los novelistas habrán visto. Mas provecho talvez resultaría de que aquel hijo entusiasta por su país, a la vuelta de sus viajes, nos dijese en un estilo claro, sencillo, aunque todavía mas incorrecto que el mío, lo que habrá visto en sus escursiones, que lo que resulta de muchos escritos correctos, pero secos i desabridos, amoldados en aquellas formas exóticas que nos vienen de afuera.

«En la primera parte de mi escrito, se halla una descripción concisa de la naturaleza física de las provincias meridionales de Chile. En esta descripción, he procurado indicar principios que pudiesen servir de base para una jeografía física del país, ciencia todavía poco conocida entre nosotros, i cuyo estudio ha de preceder al de la estadística. Para hacer mas intelijible esta parte del mencionado escrito, la hago acompañar con dos mapas, que he dibujado valiéndome del gran mapa marítimo de Fitz Roy i de algunos conocimientos adquiridos en mi viaje. Sería indispensable que, en caso de publicar esta obrita, se hiciesen litografiar dichos mapas, lo que sin duda no presentaría ninguna dificultad, ni pediría mucho tiempo del artista. Litografiados los mapas, sería necesario iluminarlos con colores, lo que sería todavía mas fácil de efectuar, que el grabado mismo.

«El mapa grande de Fitz Roy puede ser de inmensa utilidad para Chile. Estando en él todos los puntos principales bien determinados astronómicamente, sería fácil, i sin ocasionar muchos gastos, hacer un mapa prolijo de las partes menos conocidas del país, mediante una brújula i un reloj. El error en estas medidas no pasaría de una o dos leguas, i podrá ser rectificado por las distancias determinadas de la costa. Se conocerían a lo menos las ramificaciones de los ríos i de los caminos; i todo el trabajo consistiría en andar i apuntar, en los lugares por donde uno pasa, los rumbos i las dis-

tancias, principiando siempre por los puntos bien determinados en el mencionado mapa de Fitz Roy.

«La segunda parte del escrito se refiere al estado moral i físico en que se hallan los araucanos. No he querido, ni he podido, intentar hacer un cuadro completo de los hábitos i de las costumbres de ellos; i he apuntado solamente lo que llamó de un modo particular mi atención, causando impresiones mas fuertes en mi ánimo.

«En cuanto a la tercera parte, en que me he propuesto examinar los medios que me parecen mas oportunos para la reducción de los indios, me he circunscrito especialmente a examinar la cuestión moral i relijiosa; porque, a mi modo de ver, es la que promete mas al porvenir de aquel afortunado país, i porque, en los medios que ella nos suministra, no peligran la paz ni la tranquilidad pública i doméstica, tanto de los indios como de sus civilizados; porque, en fin, es el único punto de vista, bajo el cual la reducción deja de ser conquista.

«Protesto desde luego, mi jeneral, que en todo mi escrito no aludo a las personas, ni aún siquiera a hechos aislados; no hago otra cosa mas que examinar los principios en su jeneralidad, sin tener la menor intención de herir el amor propio de nadie.

«Sírvase, señor jeneral, admitir las espresiones del mas alto respeto que le profesa su atento servidor Q. B. S. M.

«*Ignacio Domeyko.*

«Señor jeneral don José Santiago Aldunate».

Como lo espone el autor en la carta precedente, la *Araucanía i sus habitantes* consta de tres partes, cuyos títulos dan idea clara del contenido de cada una:

Situación física i naturaleza del país ocupado por los araucanos.

Estado moral en que se hallan actualmente los indios araucanos, sus usos i costumbres.

Causas que se oponen a la civilización de los indios araucanos, i medios que parecen ser mas oportunos para la reducción de ellos.

El estilo de esta obra es sumamente poético, pintoresco, de ninguna manera inferior al de las mejores pájinas de Humboldt.

Domeyko ha logrado en ella, como en otras de sus producciones, espresar las ideas científicas con el mas brillante colorido, manifestando que pueden reunirse con grandes ventajas las calidades del sabio i las del literato.

Pero, si solo sería justo tributar elojios a la ejecución científica i artística del libro, no sucede otro tanto respecto a la conclusión práctica a que arriba el autor, que atribuye una importancia demasiado esclusiva a la influencia de las misiones para la civilización de Arauco.

La esperiencia de siglos que había precedido a su libro, i la de años de que ha sido seguido, bastan para demostrar lo erróneo de semejante concepto.

En Arauco, no ha podido hacerse nada bien provechoso i durable, ni en la época colonial, ni

después de la independencia, sin una ocupación militar previa, que imponga respeto a los indígenas.

Además, es preciso combinar la influencia de la religión con la del comercio i la industria, i sobre todo con la de una administración vigorosa i convenientemente organizada.

Esto no es abogar en favor de una conquista brutal, sangrienta, inhumana.

Acepto, por el contrario, las ideas jenerosas i cristianas que Domeyko ha espresado al terminar su obra.

«Parece que en el día de la emancipación de la América Meridional, complacida la Providencia con este tan fausto como glorioso acontecimiento, dice, dejó a cada una de sus repúblicas un hijo de sangre no mezclada, indígena, para que lo criase con el amor de una madre, i lo educase en los principios de la única i verdadera moral, que es la religión de nuestros padres. Para poner a prueba la paciencia de estas buenas madres, consintió que no fuesen sus hijos, del todo buenos, i aún que no les tuviesen todo el respeto debido, ni confianza en las palabras que ellas les dirijesen; pero dotó a estos hijos del valor, i les dio una alma susceptible de impresiones fuertes i de poderosas creencias.

«Con este fin, recibió la mas relacionada con el antiguo continente, República del Plata, al rebelde hijo de las Pampas i a su cruel hermano del gran Chaco i de los feraces llanos de Santa Fe; al cuidado de las cultas i opulentas repúblicas del Alto

i Bajo Perú, quedaron el morador de las impenetrables selvas de Mainas i el flechero de las pampas del Sacramento; a la esforzada i heroica, bañada en la sangre de sus patriotas, Venezuela, le dio el indomable jinete de las aguas del Orinoco, descendiente de los caribes, i el pensativo guarauno, que, anidado en sus aéreas casas en la cima de la jigantea palma *mauricia*, debe su libertad al fangoso i movedizo suelo que habita.

«En esa providencial herencia, cupo la suerte a la mas juiciosa, a la que en toda su guerra de emancipación supo conciliar el valor del buen patriota con la moderación del campeón jeneroso, a la que salió victoriosa sin mancha de crueldad i de sanguinarias venganzas, de que recibiera a su cargo al mas noble i valiente hijo, al que mas sangre costó a los conquistadores i mas sacrificios a la poderosa España.

«De la educación, pues, moral i relijiosa, de la cultura del antiguo carácter araucano i de su porvenir glorioso, se debe tratar en la *reducción* de estos indios, i no de su *conquista*. La República tiene sobrado poder, fuerza i medios para contener al mencionado hijo sin recurrir al rigor i a la severidad de una madrastra; bastantes hombres de probidad a quienes confiar esa meritoria obra. Allí está el hermoso campo en que ejercitará sus virtudes i su relijioso celo el sacerdote chileno; allí tendrán el hombre de estado, el mas noble objeto para sus meditaciones i desvelos; el soldado, oca-

siones bellas para ensayar su valor cívico i su patriotismo; i la juventud chilena, un espacio inmenso para sus mas nobles inspiraciones.

«¡Dios quiera que ninguna sombra de egoísmo o de falsa, hipócrita política venga a oscurecer aquel horizonte verde, sembrado de flores, embalsamado con la fragancia de las inmensas selvas i praderas!»

Un proscrito polaco no podía hacerse el sostenedor de la dominación violenta, aún sobre un pueblo bárbaro.

Esta es también la opinión casi unánime de la nación chilena; esto es lo que se ha practicado en los últimos años; esto es lo que al presente se va llevando a feliz término.

Lo que se quiere, es, no la conquista con las injusticias i horrores del siglo XVI, para formar rebaños de hombres que fueran a dejar sus huesos en la superficie de la tierra a cuyas entrañas se les obligaba a arrebatar el oro, sino la ocupación militar sin rapiñas, sin crueldades, sin desolaciones, para amparar la propiedad i la vida de los indíjenas, i para que, a la sombra de nuestra bandera, ejerzan su benéfico influjo el comercio, la industria, la relijión.

Todo, el razonamiento i la esperiencia, manifiesta que las misiones por sí solas habrían sido impotentes para conseguir los resultados que se desean.

La publicación de la *Araucanía i sus habitantes* prestó al país el inmenso servicio de poner a la orden

del día la cuestión de la reducción i civilización de Arauco.

El gobierno i el congreso fijaron su consideración en el asunto.

Algunos años mas tarde, se formó una sociedad de las personas mas caracterizadas para realizar el plan de Domeyko, tratando de operar por medio de las misiones la incorporación de los araucanos en el pueblo chileno de que hacen parte según la constitución del estado, pero no según la realidad de los hechos.

Al fin, habiéndose reconocido la esterilidad de este arbitrio empleado aislada i exclusivamente, el gobierno del presidente Pérez ha tenido la gloria de comenzar con el éxito mas lisonjero la ocupación militar de Arauco, efectuada, no para hostilizar i maltratar a los indijenas, sino para protegerlos i mejorar su condición material i moral.

La *Araucanía i sus habitantes* obtuvo el triúfno que correspondía a su mérito científico i literario, i a la importancia de la cuestión social i política sobre que llamaba la atención pública.

En menos de un año, se hicieron dos ediciones de esta obra, una en 1845, i otra en 1846, lo que era cosa mui extraordinaria en Chile.

Apenas salida a luz la primera de estas ediciones, el sabio redactor de *El Araucano* don Andrés Bello publicó en los números 801, 802, 803 i 804 de dicho periódico, fechas 26 de diciembre de 1845

i 2, 9 i 16 de enero de 1846, un estensísimo extracto, que casi era el texto íntegro.

«No nos proponemos hacer aquí un elogio de esta obra, dijo: ni ella ni el autor necesitan de nuestras pobres alabanzas para recomendarse a la atención de Chile, i de todo el mundo literario. Pero el aparecimiento de la *Araucanía* es un fenómeno tan importante en nuestra historia literaria, i el asunto es de tan alto interés para nuestra República, para la civilización i la humanidad en jeneral, que no podemos dejar de darle el lugar correspondiente aún en nuestras oscuras columnas».

Me parece curioso recordar aquí el juicio que en aquella ocasión espresaba don Andrés Bello acerca de la pureza del estilo de Domeyko, por ser la falta de conocimiento del idioma de Cervantes una de las principales tachas que se le han puesto para desempeñar el rectorado de la Universidad.

«El señor Domeyko ha adquirido en pocos años una casi completa posesión de nuestra lengua (escribía con motivo de la *Araucanía* aquél que ocupa uno de los primeros lugares entre los mas insignes gramáticos): su castellano es bastante correcto, no obstante ciertos jiros que algunos tacharían de jermanismos, i que no hemos tenido dificultad en conservar, porque, sobre ser mui claros i espresivos, no tienen nada de repugnantes a la índole del castellano, encontrándose ejemplos de ellos, así en la prosa de Cervantes, como en los versos de Meléndez, Moratín i otros excelentes escritores».

El señor Bello, después de algunas reflexiones en que manifiesta que el medio propuesto por Domeyko para alcanzar la civilización de los araucanos sería, en su concepto, ineficaz i aún irrealizable, resume como sigue su opinión jeneral sobre la *Araucanía*:

«Creemos, pues, que está todavía por resolver el problema a que ha dedicado sus meditaciones el autor. Mas, aunque dudemos de la practicabilidad de su plan, considerado en el todo, nuestros hombres de estado hallarán en la *Araucanía* del señor Domeyko ideas orijinales e interesantes, datos instructivos sobre la naturaleza física i la condición moral de aquel país, i multitud de indicaciones de que puede sacarse mucho partido, aún en nuestras circunstancias actuales. Ella es indudablemente la producción de un entendimiento mui cultivado, i de una razón concienzuda i sana, que no concibe la política sin la justicia, ni la moral sin convicciones relijiosas profundas. Hace mucho tiempo que hemos felicitado a Chile, por la adquisición de un hombre tan distinguido como el señor Domeyko; i la obra que casi literalmente hemos copiado en éste i los precedentes artículos es una plena confirmación de aquel juicio. No dudamos que el ilustrado público de Chile la acojerá con todo el aprecio que merece».

En el mismo año de 1846, la *Araucanía* fue reimpressa en Montevideo en el tomo tercero de la *Biblioteca del Comercio del Plata*.

Al mui poco tiempo, esta obra fue traducida al alemán i al polaco.

Para que tan bello libro recibiera todos los honores de la fama, M. Edmundo de Ginoux halló por conveniente apropiarse una gran parte de él, esto es, plajiarlo textualmente i con el mayor descaro, en una obra que dio a luz en la *Politique Nouvelle* con el título de *Les Sauvages de l' Araucanie*.

No fue esto todo.

El secretario de la Sociedad de jeografía de Francia, el orientalista M. Sédillot, publicó en el *Bulletin de la Société de Géographie* dos estensos artículos analizando el trabajo de M. Ginoux, que alaba por ofrecer un vivo interés i revelar en su autor un espíritu de observación notable i el talento de un escritor distinguido (1).

La única observación que tengo que hacer a los artículos de M. Sédillot, es la de que debe leerse *Domeyko* donde por un error, de que no es culpable, escribe *Ginoux*.

La publicación de la *Araucanía* dio motivo para que don Antonio García Reyes pusiera, al frente de ella una *Advertencia preliminar*, que es una hoja de los servicios prestados por Domeyko hasta 1845.

Esperimento una verdadera complacencia al poder agregar a los testimonios ya citados sobre los

(1) *Bulletin de la Société Géographique*, cuarta serie, tomo 3, páginas 57 i 149, enero i febrero de 1852.

méritos del nuevo rector de la Universidad, i a los que citaré todavía, el de aquel ilustre chileno, arrebatado a la patria en edad temprana, que reunía a la mas noble franqueza de carácter, la mas elevada intelijencia.

Va a leerse cuál era el juicio de don Antonio García Reyes acerca de don Ignacio Domeyko:

«Ofrecemos al público una nueva obra de nuestro ilustre huésped el señor don Ignacio Domeyko, a quien la República debe ya tan útiles e interesantes trabajos. El señor Domeyko se ha hecho notar por su acierto en escojer aquellos puntos cardinales de los intereses de nuestra sociedad, por el talento de dilucidarlos en el sentido mas favorable a la industria i a la civilización del país. Su memoria sobre la educación literaria i científica en Chile, que se publicó en el *Semanario de Santiago*, promovió una discusión luminosa sobre esta interesante materia, i desde entonces acá se ha emprendido una reforma radical en el sistema de enseñanza en los colejos públicos. Su memoria sobre la libertad de importación al carbón de piedra dio orijen a la lei que, acojiendo las preciosas indicaciones contenidas en aquel documento, va a dar un grande empuje a la exploración de nuestros veneros metálicos, aliviando a la agricultura de las provincias septentrionales del ruinoso gravamen que les había impuesto la fundición con combustible indijena. *El Tratado de ensayes* i los *Elementos de mineralojía* que el señor Domeyko ha compuesto i dado ya

a la prensa, han regularizado la enseñanza en el país de las ciencias metalúrgicas, destinadas a hacer un papel brillante entre todos los ramos de los conocimientos humanos que se han de cultivar entre nosotros. El señor Domeyko no se ha limitado a hacer sentir su voz siempre útil i bienhechora en el recinto de la República: ha dirigido también interesantes comunicaciones a sociedades sabias europeas, relativas a los fenómenos que ofrece la mineralojía en Chile. Ha hecho mas todavía: no contento con sus laboriosas tareas de gabinete, ha recorrido en persona las provincias del norte estudiándolas bajo su aspecto jeológico, i procurando formar una teoría que guíe luminosamente el descubrimiento i el laborío de las minas. También ha explorado las cordilleras de Santiago, indicando la existencia de ricos minerales. El ardor relijioso del señor Domeyko por los trabajos científicos, i su consagración jenerosa en favor de los intereses públicos, le han llevado últimamente a visitar las tribus indíjenas que se asientan independientes en medio del territorio nacional. Investigar el carácter de aquellos bárbaros, i tentar los medios mas adecuados para reducirlos a la vida social, era un grande objeto de que la filantropía del señor Domeyko no podía prescindir. El resultado de esta escursión, eminentemente cristiana i bienhechora, es el asunto del presente libro. El público, lo esperamos, lo acogerá con el aprecio de que es digno por su eminente objeto, por la manera con que ha sido felizmente

desempeñado, por la importancia de las revelaciones que contiene, i por los resultados de incalculable trascendencia a que puede dar orijen».

Don Salvador Sanfuentes dedicó también sus conocimientos de estadista i su esperiencia de intendente de Valdivia al estudio del problema planteado en la *Araucanía i sus habitantes*.

En una memoria publicada en los números 833 i 834 de *El Araucano*, después de muchos elojios tributados al autor, arriba a la conclusión de que solo el empleo simultáneo de la fuerza, de las misiones i de la colonización puede conducir al término deseado: la reducción completa de los indíjenas.

Proceder de otra manera, era, a su juicio, edificar sobre nubes.

Auque disintiesen en ideas acerca de la materia, don Salvador Sanfuentes i don Ignacio Domeyko eran individuos que, por su bondad de carácter i su amor a la naturaleza, estaban llamados a estimarse.

Habiendo emprendido el primero escribir una obra sobre el estado de los indios, pidió al segundo un dato que éste se apresuró a remitirle.

El viento de la política arrebató en su torbellino el proyecto literario de Sanfuentes; pero dejó intacto el apunte de Domeyko.

Voi a estraer ese papel del oscuro cajón en que estaba encerrado, para exhibirlo a la luz de la prensa.

Merece conservarse.

«Doña Manuela Cabezón en su expedición a

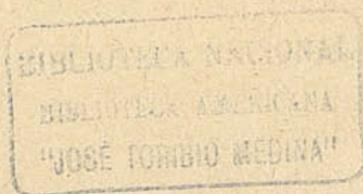
Arauco llegó hasta el mismo río del Imperial, i a fuerza de grandes trabajos i con mucho peligro, permaneció largo tiempo entre los indios. Del mismo Imperial escribió cartas al señor arzobispo, cartas que manifiestan mucho valor, resignación, virtud i gran talento. Contribuyó mucho a establecer una misión en la orilla sur del Imperial i no se retiró sino por causa de la enfermedad que le acometió en aquellos lugares, i en consecuencia de haberse convencido de que por entonces había imposibilidad de establecer i mantener una escuela de mujeres en el punto que el padre Ángel escojió para la misión. Esta misión existe hasta ahora, desempeñada por dos misioneros capuchinos: i hai en ella una escuela, en la cual, según el informe del reverendo padre frai Tadeo de Pfater, con fecha 31 de marzo de 1853, ha habido durante los tres primeros meses de este año diez i seis niños. Hé aquí los nombres de los niños:

Bernardino Colil
José del Carmen Collipue
Marcos Callompag
Manuel Culempag
Juan Euvacoi
Juan Cañuquén
José Hillapag
Marcelino Paillaleo
Félix Paillaleo
Pascual Paillaleo
Pedro Paineñameo

Jacinto Colliñameo
Francisco Ullinuí
Ignacio Leupulemu
Juan Manuel Nahuelpai
Justo Minegil.

«Casi el mismo número de alumnos había en todo el año pasado. Los dos misioneros que estaban en esta misión del Imperial en el mes de marzo de 1853, son frai Tadeo Pfater (alemán) i frai Constancio Triobio (italiano). Este último vive todavía en la misma misión con un otro padre capuchino que vino hace poco tiempo para reemplazar al padre Pfater, a quien últimamente llamaron a Valdivia».

«Domeyko».



X

Acaba de verse que don Antonio García Reyes en la *Advertencia preliminar* de la *Araucanía* hacía alusión a una memoria de Domeyko relativa a la libertad de importación del carbón de piedra extranjero.

Ha llegado el caso de manifestar lo que era este nuevo escrito de Domeyko, que fue su primer ensayo de economía política.

En *El Araucano*, número 777, fecha 11 de julio de 1845, se registra una memoria de nuestro autor, datada en la Serena a 29 de mayo de aquel año, la cual lleva por título: *Apuntes sobre diversas medidas que pudiera tomar el supremo gobierno para el fomento de la industria mineral en las provincias del Norte*; i comprende cuatro partes, a saber: 1.^a Sobre la introducción del carbón de Inglaterra a Chile; 2.^a Sobre el establecimiento de hornos de fundición en las provincias de Concepción i Valdivia; 3.^a Sobre los derechos que se pagan en la esportación de los metales crudos, calcinados i ejes;

i 4.^a Una observación sobre los metales de plata de beneficio desconocido.

Dos hechos mui notables habían llamado la atención de Domeyko en sus escursiones por las provincias del Norte: el rapidísimo aniquilamiento de la vejetación formada en siglos de soledad, i el mui crecido número de excelentes minas de cobre que permanecían sin esplotar en las costas i otros lugares donde era absolutamente imposible proporcionarse leña para fundir los metales.

La escasez de combustible iba siendo tanta, que los establecimientos de fundición habían llegado a ser ambulantes, a la manera de las tolderías de los pueblos nómades, teniendo que ser trasladados de un punto a otro en busca de árboles que devorar, i dejando en pos de sí áridos desiertos.

Ya no solo había que cortar las ramas i los troncos, sino también que desenterrar las cepas.

Entretanto, Domeyko veía que los mejores cerros minerales de cobre se hallaban a distancia de siete, ocho, i cuando mas, de diez leguas de la costa, en la parte mas pobre de leña i de agua.

Era urjente dictar medidas que evitaran, en cuanto fuera posible, la destrucción de los miserables restos de bosques que todavía quedaban en pie, a fin de impedir la descomposición del temperamento i la escasez de lluvias; i que suministraran el combustible necesario al gran número de minas que no se trabajaban por falta de él, a fin de que

sus abundantes riquezas no permanecieran estérilmente sepultadas en las entrañas de los cerros.

El arbitrio que ocurrió a Domeyko, fue la sustitución de la leña por el carbón de piedra.

A su regreso de Arauco, había pasado a visitar las minas carboníferas de Concepción.

Lo que allí vió, le desconsoló en extremo.

Solo se estaban explotando tres minas de carbón.

Una de ellas vendía todo el que producía a la compañía de vapores del Pacífico.

Las otras dos, trabajadas con alguna actividad, podían dar al año cada una, tres o cuatro mil toneladas de carbón.

I mientras tanto, los sesenta hornos de fundición que a la sazón había en las provincias de Atacama i de Coquimbo, habrían necesitado trescientas mil toneladas de carbón por año.

Domeyko concibió entonces que el mejor medio de suministrar a los ingenios del Norte el combustible de que carecían, i de fomentar la explotación de las minas carboníferas del Sur, era dar las mayores facilidades a la importación del carbón de piedra extranjero.

Una medida de esta clase debía estimular el establecimiento de hornos de fundición con carbón en las costas de las provincias septentrionales en que había abundancia de ricas minas i ni un solo palo de leña, i el trabajo regular i activo de las minas carboníferas existentes en las provincias australes, abriéndoles un mercado próximo i seguro.

La legislación entonces vijente para la importación del carbón de piedra extranjero, era en alto grado desfavorable al pensamiento de Domeyko.

Este artículo se hallaba gravado con un veinte por ciento.

Además, i esto era lo peor, los buques que traían el carbón de piedra de Europa, en vez de poder descargarlo en los puertos mas inmediatos a las minas, tenían que llevarlo primero a Valparaíso, o bien a Coquimbo, para trasbordarlo en alguno de estos dos puertos a los buques del cabotaje.

Los derechos de aduana, i los gastos *falsos* a que obligaba el trasbordo a los buques del cabotaje, hacían subir, en la mayor parte de los casos, el precio del carbón extranjero casi un ciento por ciento.

Domeyko propuso resueltamente que se permitiera la libre introducción del carbón extranjero, i su desembarque directo en los puertos de las provincias septentrionales, cercanos a las minas.

Indicó además que, con el objeto de proteger la explotación de las minas carboníferas de Chile, i de poner en relaciones recíprocamente ventajosas las industrias del Norte i del Sur, se estimulase, con premios o rebajas de derechos, las fundiciones de metales en las comarcas australes con combustible del país.

La idea de Domeyko era que los buques que llevasen carbón al Norte trajesen de retorno al Sur metales crudos o ejes.

Por fortuna, desempeñaba entonces el ministerio

de hacienda don José Joaquín Pérez, quien, comprendiendo la inmensa importancia de aquel plan, le concedió su patrocinio, sometiéndolo a la deliberación del congreso en forma de proyecto de lei el 2 de julio de 1845.

Se hizo al pensamiento de Domeyko una fuerte oposición, tanto en la prensa, como en las cámaras; pero al fin fue aprobado, i promulgado como lei el 24 de setiembre del mismo año.

Aquella lei contenía solo tres disposiciones, pero que debían ejercer grande i benéfica influencia en los progresos de la minería.

Se eximía de derechos:

1.º Al carbón de piedra extranjero que se importase por cualquier puerto o caleta que el presidente de la República tuviera a bien habilitar o designar para la importación de este artículo en el espacio de costa comprendido entre el desierto de Atacama i el puerto del Papudo inclusive;

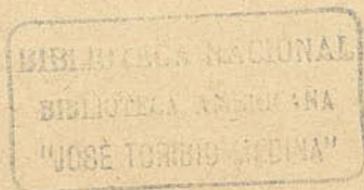
2.º Al carbón de piedra nacional a su embarque o desembarque en los puertos de Chile; i

3.º Al cobre en barra o rieles que se esportase por cualquier puerto o caleta que el presidente de la República tuviera a bien designar o habilitar con este objeto en el espacio de costa comprendido entre el cabo de Hornos i el puerto de Constitución inclusive, siempre que hubiera sido fundido en cualquier punto del territorio que se hallase al sur del rio Maule, empleándose combustible producido en el país.

Un decreto espedido por el ministro de hacienda don Jerónimo Urmeneta, con fuerza de lei, a virtud de autorización del congreso, el 2 de enero de 1851, hizo estensiva esta liberación de derechos a cada quintal de cobre por cada tonelada de carbón de piedra nacional que, trasportado de las provincias del sur del río Maule, se consumiera en los establecimientos de fundición que existían desde el espresado río hasta el límite septentrional de la República.

Esta esención del cobre fundido con combustible nacional duró hasta que la lei de 20 de octubre de 1852 le impuso un gravamen del cinco por ciento; pero, aunque una lei de 8 de octubre de 1862 volvió a declararla, fue derogada por la ordenanza de aduanas vijente, que ha impuesto el tres por ciento sobre todo el cobre en barra o rieles que se esporte, sin atender al orijen del combustible con que haya sido fundido.

El carbón de piedra extranjero ha permanecido libre de derechos hasta la citada ordenanza, que lo ha gravado con un quince por ciento.



XI

Queriendo don Ignacio Domeyko satisfacer el deseo que le había manifestado la Academia de ciencias de Francia de que se dedicara al estudio de la constitución jeológica de Chile, publicó el año de 1846 en los *Annales des Mines* dos notables trabajos sobre la materia, en los que consignó los resultados de las varias exploraciones que había practicado en el norte de la República, a saber:

Mémoire sur la constitution géologique du Chili.

Recherches sur la géologie du Chili, et particulièrement: 1.º sur le terrain de porphyres stratifiés dans les cordillères; 2.º sur le rapport qui existe entre les filons métallifères et les terrains du système des Andes.

La primeras de estas memorias se halla ilustrada con cuatro planos; i la segunda, con uno.

El trabajo denominado: *Constitution géologique du Chili*, que es el mas importante de los dos, comprende las divisiones que siguen: 1.ª *Constitution géologique du système des Andes et des terrains*

qu'il traverse sous la latitude de Copiapo; 2.^a Constitution géologique des terrains situés entre les vallées de Copiapo et de Coquimbo.—Mines d'argent de Chañarcillo et de Agua Amarga; 3.^a Constitution géologique du système des Andes et des terrains qu'il traverse sous la latitude de Coquimbo.

Esta memoria, que por su estensión forma un volumen, fue también publicada por separado.

El célebre economista francés M. Miguel Chevalier, al citarla en un artículo titulado: *Des Mines d'argent et d'or du Nouveau Monde*, que dio a luz en la *Revue des Deux Mondes*, el año de 1846, la califica de «memoria llena de interés escrita por el sabio profesor de Coquimbo señor Domeyko». (1)

Esta es una de las muchas pruebas que podrían invocarse para manifestar la favorable acogida que aquellos escritos merecieron de los hombres de ciencia en la culta Europa.

Don Ignacio Domeyko dirigió en enero de aquel año de 1846 al ministro de instrucción pública un prolijo i entusiasta análisis, insertado en *El Araucano* número 806, fecha 30 del mismo mes i año, de unas memorias enviadas por sus jóvenes discípulos don Teodosio Cuadros i don Antonio Alfonso sobre el «beneficio de los soroches por fundición».

(1) *Revue des Deux Mondes*, fecha 15 de diciembre de 1846.

Mui pronto se le presentó ocasión de mostrar, al mismo tiempo que un raro desprendimiento, el amor paternal que profesaba a sus alumnos; i esto, no con palabras, sino con obras.

Habiendo vuelto a Chile a mediados de 1846 los señores Cuadros i Alfonso, Domeyko, sin afectación ni segunda intención, declaró que no pensaba seguir desempeñando la clase en el colejio de la Serena; i propuso que, pues el establecimiento carecía de rentas para dotar los profesores necesarios, se dividiera su sueldo entre los dos jóvenes recién llegados para poder así completar el curso con mayor número de ramos, encargando al uno la enseñanza de la física, de la química i de la metalurjia; i al otro, la de la mecánica elemental, de la explotación de minas i de la mineralojía.

Además, el primero debería dirijir las manipulaciones en el laboratorio; i el segundo debería enseñar el dibujo lineal, i hacer con los alumnos escursiones a las minas.

«En fin (al terminar esta nota, decía Domeyko, hablando al rector del instituto de la Serena) me cabe la honra de asegurar a Ud. que, en la presentación de las medidas propuestas en ella, me quedo con el convencimiento de que, dejando en mi lugar a dos de mis antiguos alumnos, jóvenes instruídos i celosos por el bien del país, ellos estarán en caso de prestar servicios mas importantes, i proporcionar mayores ventajas, que si yo solo hubiese per-

manecido en el desempeño de mis obligaciones actuales (1)».

El gobierno se encontró embarazado para resolver, porque no tenía por lo pronto empleo que dar a un hombre tan meritorio bajo todos aspectos, como don Ignacio Domeyko.

La clase de química i mineralojía del Instituto Nacional estaba ocupada por don León Crosnier, profesor a quein se había contratado en Francia por un número determinado de años.

¿Qué hacer?

Mientras el gobierno permanecía perplejo, sin tomar ninguna resolución, Domeyko, que obraba sin ningún propósito de granjería, luego que concluyeron los exámenes de su clase, dejó en la Serena el sueldo de mil doscientos pesos anuales que ganaba como profesor para venir a percibir muy contento en Santiago el de seiscientos pesos que le correspondía como secretario de la facultad de ciencias matemáticas i físicas.

En vista de tanta jenerosidad, i recordando los numerosos i variados servicios de que la nación era deudora a Domeyko, don Manuel Camilo Vial, que en aquella época tenía a su cargo el ministerio del interior, espidió sin que el agraciado lo supiera, i mucho menos sin que lo solicitara, el siguiente decreto, que honra sobre manera a los que lo firman, i a aquel en cuyo favor se dio con tanta justicia:

(1) Oficio del rector del instituto de la Serena al ministro de instrucción pública, fecha 13 de octubre de 1846.

«Santiago, diciembre 2 de 1846.

«No pudiendo el gobierno remunerar debidamente los muchos e importantes servicios prestados al país por el profesor de química i mineralojía don Ignacio Domeyko en las varias comisiones científicas que se le han encomendado; i deseando al menos compensarle los gastos de sus largos viajes empleados en estas comisiones, vengo en disponer que los ministros de la tesorería jeneral pongan a su disposición la cantidad de dos mil pesos, la que será adjudicada a la partida 34 del presupuesto del ministerio del interior para el presente año. Refrénese, tómese razón i comuníquese.

«BULNES.

«Manuel Camilo Vial».

El vecindario de la Serena, en el cual Domeyko había sabido granjearse calorosas simpatías, esperimentó un vivo pesar por su separación, como puede verse por el siguiente artículo, que apareció en el *Progreso*, número 1,308, fecha 23 de enero de 1847, que redactaba entonces don Juan Nepomuceno Espejo:

«El hombre sabio i virtuoso siempre tiene grandes satisfacciones que le empeñan en la prosecución de su florida senda. Así el señor don Ignacio Domeyko, recientemente venido de Coquimbo, donde residió por algunos años, ha recibido hoi la manifestación mas honrosa de la respetable sociedad

de la Serena por medio de las siguientes cartas, que se nos han remitido para que les demos cabida en nuestras columnas. Acompañamos a la Sociedad de Beneficencia de la Serena en el rendido i justo homenaje que tributa al ilustre i virtuoso sabio.

«Señor don Ignacio Domeyko.

«*Serena, diciembre 22 de 1846.*

«Me es mui grato anunciar a Ud. que la Sociedad de Beneficencia, profundamente agradecida a los eminentes servicios que se ha servido prestarle desde su creación, ha querido dar a Ud. una prueba del sentimiento que la anima; i al efecto, la junta jeneral, en sesión de 5 del presente, dispuso se dirijiese a Ud. la carta que tengo el honor de acompañar.

«Esta circunstancia me brinda, señor, la oportunidad de ofrecerle las consideraciones con que soi su mui atento i obsecuente servidor.

«Dios guarde a Ud.—*Tomás Centeno, secretario.*

«Señor don Ignacio Domeyko, en Santiago.

«*Serena, diciembre 22 de 1846.*

«Mui señor nuestro: Unidos a Ud. por la amistad con que se ha dignado favorecernos, i estrechado ese lazo por el común interés de cooperar con nuestros débiles esfuerzos al socorro de la desgra

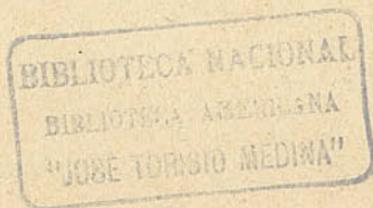
cia, nos lisonjeamos de haber podido apreciar las altas virtudes que le distinguen. A ellas así como a las de otras personas no menos respetables, debe nuestra Sociedad de Beneficencia los rápidos progresos que desde su fundación ha hecho hasta el presente.

«Esta bella institución, que ha derramado tan abundantes bienes en alivio de la humanidad, i que justamente constituye el orgullo de nuestro pueblo, lamenta en la separación de Ud. la pérdida de uno de sus mas infatigables e ilustrados fundadores. Partícipes nosotros del honor de pertenecer a ella, cumplimos con la dulce obligación de manifestar a Ud. nuestra profunda gratitud por los importantes servicios que ha prestado constantemente en obsequio de nuestros pobres.

«Al hacer a Ud. esta manifestación de nuestros sentimientos, nos complace sobremanera la idea de que jamás se borrarán de su memoria las tiernas i afectuosas simpatías que su alma jenerosa i sensible supo inspirar a nuestro pueblo de la Serena; seguros, señor, de que el recuerdo del elevado mérito de Ud. hará que a cada instante se renueven los ardientes votos que desde luego hacen por su felicidad i bienestar sus atentos i respetuosos servidores.

*Joaquín Edwards.—Buenaventura Castro.—
Félix Marín.—José Monreal.—Francisco Javier
Valdivia.—Segundo Gana.—Pedro Cantournet.—
Isidoro Campaña.—Nicolás Ossorio.—Narciso Me-*

*léndez.—Buenaventura Solar.—Jorje Edwards.—
David Ross.—José de Piñera.—Isabel Cordovez,
—Isidora Aguirre de Munizaga.—Tomás Centeno.
—José Eustaquio Ossorio.—Josefa Larraguibel.—
Luis Troncoso.—Gabriel Menoyo.—José Guerrero.
—José Ramón Astaburuaga.—José Gaspar de la
Carrera.—Nicolás Munizaga».*



XII

Apenas establecido en Santiago, Domeyko principió a servir a los intereses públicos, examinando detenidamente, por encargo de la Sociedad de Agricultura i Beneficencia de la capital, unos proyectos que se habían presentado para evitar las filtraciones sobrevenidas en los terrenos de este i otros departamentos.

El informe de Domeyko sobre el particular, fecha 31 de diciembre de 1846, fue publicado en el *Agricultor*, número 66, correspondiente al mes de febrero de 1847.

El ministro del interior don Manuel Camilo Vial nombró en noviembre de 1846 una comisión para que, haciendo una análisis detenida de las aguas del Mapocho, Ramón, Maipo i otras, informase al gobierno acerca de aquellas que mereciesen ser preferidas por su pureza i buena calidad. (1)

Domeyko, que hacía parte de esta comisión, fue, a lo que yo sé, el único de sus miembros que la

(1) Decreto de 17 de noviembre de 1846.

desempeñó, empleando en las investigaciones que ella exigía los meses de enero i febrero de 1847, i publicando en marzo del mismo año un folleto titulado: *Memoria sobre las aguas de Santiago i de sus inmediaciones*, en el cual espuso el resultado de sus trabajos sobre la materia.

Las aguas que entonces analizó nuestro químico, fueron: el agua de Ramón en la chacra del señor Larrain, a tres leguas de la ciudad; la de Maipo, en el Peral, a unas cinco leguas de la ciudad; la del Mapocho, frente de la chacra de Velasco, a unas dos leguas de la ciudad; la de Velasco, de la chacra del mismo nombre, en las vegas; la de Peñalolén; i la del pozo de la casa del señor Ortúzar.

Domeyko proponía, en conclusión, que, para proveer de buena agua potable a la población de Santiago, se emprendiera una obra análoga a la que ha venido a realizarse diez i ocho años después, gracias a la intelijencia i actividad del director del cuerpo de ingenieros civiles don Manuel Valdés Vijil.

«A la vista de todos estos resultados, decía Domeyko, la primera reflexión que se me presenta, es que, mientras las buenas aguas ostentan su hermosa transparencia a dos i media leguas de la capital, aquí, setenta a ochenta mil habitantes apagan su sed con agua mala i turbia; mientras aquéllas se desparraman por unos terrenos que, con preferencia admitirían el lodo de las aguas de Maipo, aquí,

en una de las primeras ciudades de América, ciudad tan desgraciada por su mortalidad crecida, recojemos en nuestras pilas agua maléfica.

«En todo tiempo, i entre todas las naciones del mundo, lo que siempre se ha considerado como de primera necesidad para grandes poblaciones, no eran por cierto edificios suntuosos, teatros, circos, ni monumentos públicos, sino una buena agua, verdadero manantial de la vida. Jenerosa para con nosotros, la Providencia nos envía arroyos de agua pura, cristalina: a nosotros toca el saber aprovechar ese don inapreciable.

«No vacilo en creer que, celoso por el bien de la capital, el supremo gobierno tomará luego medidas eficaces para remediar ese mal tan notorio. Un estudio especial del terreno i de las circunstancias locales, no tardará en descubrir medios mas aparentes para proveer a toda la población de Santiago de agua tan buena, como la que hoi día solo algunas familias privilegiadas hacen traer por lujo para su uso doméstico.

«Lo que por de pronto se puede insinuar como un bosquejo de la obra que para tal efecto debería emprenderse por el estado, es que se trate de construir un buen acueducto de ladrillo i cal hidráulica, cerrado por encima con losas de piedra labrada. Este conducto, dirijido en la línea mas recta posible hacia la capital, debería principiar en la chacra del señor Larrain a algunas cuadras de distancia

arriba del canal de San Miguel. Siendo insuficiente el manantial de Ramón para proveer a toda la población actual de Santiago, sería menester que el estado comprase algún arroyo de los que bajan, de las mismas vertientes que el de Ramón, ya sea por el lado del sur en Peñalolén, ya sea por el lado del norte. Reunido este nuevo arroyo con el de Ramón, i traídas las aguas por el mencionado acueducto hasta la ciudad, se necesitaría aumentar todavía el número de pilas en los barrios mas populosos i mas pobres de la capital, i se procuraría efectuar la distribución de dichas aguas mediante una cañería de hierro colado, cuyo costo podría ser mucho mas moderado de lo que se cree. En fin, concluída la obra, sería también indispensable establecer un cuerpo de vijilancia, bajo la dirección de un ingeniero, para mantener esta obra en buen estado, para protegerla contra el jenio destructor del hombre i del tiempo, i para efectuar prontas composturas en caso de alguna deterioración visible, siendo notorio que, en toda obra de esta naturaleza, mas importa saber conservarlas i tener continuo cuidado de ellas, que el osar emprenderlas i ponerlas por una vez en planta».

Don Ignacio Domeyko ha prestado siempre particular atención al estudio de las aguas potables i minerales de Chile, abrigando con mucha razón el convencimiento de que ofrece sumo interés, no solo a la hijiene i la medicina, sino también a la física, la química i la jeolojía.

En efecto, es este un problema que atañe a la salud, tanto como a la ciencia.

Ya en 1846 había publicado una análisis de las aguas termales de Doña Ana o de la quebrada de Toro, que existen en la cordillera de Coquimbo.

En 1848, insertó en los *Anales de la Universidad* un *Ensayo sobre las aguas minerales de Chile*, que comprende dos partes, una referente a las de Apoquindo; i otra, a las de Colina.

En 1849, publicó la análisis de las aguas termales de Mondaca, departamento de Lontué; i la de las de Chillán, departamento del mismo nombre.

En 1850, insertó en los *Anales de la Universidad* una memoria titulada: *Análisis de las aguas minerales del sur de Chile*, que comprende la de las de Panimávida i la de las de Cato.

En 1857, dio a luz en el mismo periódico una memoria *Sobre las aguas puras de las inmediaciones de Santiago, comparadas con otras, particularmente con las de Copiapó*.

Escusado es advertir que las aguas de Santiago analizadas en esta memoria son distintas de aquellas que se mencionan en el folleto de 1847, a saber: el agua de un manantial descubierto en la falda de los cerros que se hallan enfrente de la chacra de don Rafael Larrain en situación análoga a la del manantial de Ramón, pero a una altura mas considerable; i la que corre por las acequias de la capital.

En 1858, analizó, por orden del ministro del interior, el agua de Trapatrapa cerca de los Ángeles; i por encargo del intendente de Santiago, otra de una vertiente de las inmediaciones de la ciudad que se trataba de reunir a la de Ramón.

En 1862, dio a conocer las aguas minerales que brotan en una de las riberas del río Tinguiririca.

En 1863, analizó, en unión de don Francisco Javier Tocornal, i por comisión del ministerio del interior, unas nuevas aguas minerales descubiertas en la provincia del Ñuble.

En 1866, insertó en los *Anales de la Universidad* otra memoria compuesta por él i su discípulo don Manuel José Domínguez *Sobre las aguas minerales de Apoquindo*, en la cual se encuentra una análisis de las aguas de los baños de Cauquenes.

Domeyko tiene además inéditas las análisis del agua de la laguna del Maule, de la del Puente del Inca, de la llamada Agua de la Vida en el río de los Cipreses, del agua de las vegas de Copiapó i de varias otras aguas potables.

Sé que mui pronto va a dar a luz reunidas i clasificadas en un solo cuerpo todas estas análisis, tanto las publicadas, como las inéditas.

Domeyko fue nombrado en 26 de abril de 1847 miembro conciliario del consejo de la Universidad, empleo gratuito que ha servido desde entonces hasta su nombramiento de rector, con un celo ejemplar, no habiendo faltado a una sesión sin

impedimento mui grave, como enfermedad u otros semejantes.

Habiendo solicitado por entonces el profesor don León Crosnier que se le dispensase de cumplir su contrata para dedicarse a la industria, el ministro de instrucción pública don Salvador Sanfuentes designó, en 31 de mayo, a don Ignacio Domeyko para que tomara a su cargo el curso de mineralojía en el Instituto Nacional.

El nuevo profesor manifestó la necesidad de principiar este curso por la enseñanza de la física, cuya clase abrió el 31 de julio ante un numeroso i escojido auditorio, en el cual se hacían notar el rector de la Universidad don Andrés Bello, el decano de la facultad de matemáticas don Andrés Gorbea i el rector del Instituto Nacional don Francisco de Borja Solar.

El discurso de apertura produjo viva impresión, primero entre los oyentes, i después entre los lectores.

«En este discurso, nos sorprendió mil veces el señor Domeyko con la brillante esposición de los portentos de la naturaleza i de las conquistas de la ciencia (escribía el redactor del *Progreso* don Juan Nepomuceno Espejo, haciéndose órgano del juicio público); nos entusiasmó con aquella poderosa misión, con aquella pureza i valentía de las imágenes, con aquella elocuencia fascinadora, aquella dicción sencilla, fresca, i al mismo tiempo enérgica,

que caracterizan su estilo, i que le dan sobre la mente i el corazón de sus oyentes el imperio i el prestigio de un verdadero sabio». (1)

I en efecto, aquel discurso constituye para su autor un valioso título, no solo científico, sino también literario.

Mas de un año después de haber sido leído, don Andrés Bello, aludiendo a él, lo calificaba de «eloquente reseña de las maravillas de la naturaleza i de las prodijiosas conquistas del ingenio humano; himno sublime, inspirado a la par por el sentimiento religioso i por el entusiasmo de la ciencia». (2)

En aquélla, como en otras de sus producciones, Domeyko protestó «contra la estrechez del espíritu que, ciega para lo mas hermoso i mas profundo de una ciencia, se dirige solo a lo lucrativo i a lo mas material de sus aplicaciones».

El pensamiento con que terminó la peroración del discurso que había destinado al punto mencionado, fue tan poético en la forma, como elevado en el fondo.

«—La ciencia, dice el poeta alemán Schiller, es para unos una diosa; para otros, una vaca de leche. —Principiemos amándola como a diosa antes de apacentarla en las praderas de nuestro egoísmo. Nos sobrará tiempo para sacar utilidades que compensarán lo penoso del estudio. Penetrémonos de

(1) *El Progreso*, número 1,470, fecha 3 de agosto de 1847.

(2) Bello, Memoria leída por el rector de la Universidad de Chile en el aniversario solemne de 29 de octubre de 1848.

lo que hai de verdaderamente grandioso i sublime en la ciencia; satisfaremos así la sed del alma, i después nos acordaremos del cuerpo».

Nadie tenía mas derecho que Domeyko para emplear este noble lenguaje.

Con sus conocimientos especiales, que le habrían permitido dirigir harto acertadamente cualquiera empresa de minas o de fundición de metales, i con su grande i merecida reputación, que habría impulsado a los capitalistas a disputarse su auxilio, habría podido a los mui pocos años llegar a ser rico en centenares de miles de pesos, como varios de sus discípulos.

Sin embargo, ha rehusado siempre todas las ofertas que se le han hecho para que se dedique a la industria, entre las cuales, como se concebirá sin dificultad, ha tenido algunas mui lisonjeras.

Domeyko ha preferido servir al jénero humano estudiando la obra de Dios, i a su patria adoptiva enseñando a la juventud, antes que a su egoísmo atesorando un caudal.

Como no hubiera texto aparente para la enseñanza de la física, Domeyko imprimió unos *Elementos de física experimental i de meteorología*, compendiando para esto la traducción española del tratado de física por Pouillet, i haciendo en ella correcciones i adiciones sacadas de la cuarta edición del mismo autor.

Esta obra consta de dos tomos, de los cuales uno apareció en febrero, i otro en noviembre de 1848.

«Esta es la tercera obra elemental que publica el señor Domeyko, después de su *Tratado de ensayos, tanto por la vía seca, como por la vía húmeda*, i de sus *Elementos de mineralojía*, ambas impresas en la Serena, aquélla en 1844, i ésta en 1845 (decía con motivo de la aparición del primer tomo, don José Victorino Lastarria en la *Revista de Santiago*, en 15 de mayo de aquel año). Con estos tres trabajos, cuyo mérito es indisputable, tiene el señor Domeyko la gloria de haber fundado en Chile de una manera formal i estable el estudio de las ciencias a que se refieren, i de haber contribuído a su fomento i desarrollo. Antes de él, el plan de nuestros estudios científicos carecía de esas ramas, cuyo cultivo va a dar al país un provecho incalculable».

En seguida, el señor Lastarria hacía una enumeración de algunas de las diversas obras literarias i científicas dadas a luz hasta entonces por Domeyko.

Luego concluía diciendo:

«Estos títulos de las obras que el señor Domeyko ha publicado en los *Anales de Minas*, nos dan a conocer que ha dirigido sus importantes investigaciones a la jeolojía de nuestro país, punto ignorado i no estudiado todavía, i de cuyo conocimiento, no solo la ciencia sacará grandes ventajas, sino también la República, que tanto debe a los desvelos de este sabio, tan modesto, como profundo».

Esta es la oportunidad de recordar una nueva prueba del raro desprendimiento de Domeyko.

Se sabe que, por decreto de 14 de enero de 1845,

los profesores del Instituto Nacional tienen derecho para que se les concedan aumentos de sueldo i de años de jubilación por los textos que escriban o traduzcan.

Hasta el presente, no ha ocurrido a Domeyko exigir que se le pague lo que se le debe por los varios que ha compuesto.

Domeyko, no solo proporcionó texto a la clase de física, sino que también principió a organizar el gabinete de mineralojía del Instituto Nacional, que, gracias a sus cuidados, cuenta en el día unas cuatro mil muestras de diversas especies, cuya mayor parte ha sido suministrada por él sin imponer ningún gravamen al erario nacional. (1)

Así comenzó Domeyko en Santiago el curso de ciencias naturales, mereciendo con justicia que don Claudio Gay le elojiasse en una comunicación a la Academia de ciencias de París «por lo científicamente i por el mucho talento con que enseña la química i la mineralojía». (2)

Diré de paso que el mencionado no es el único testimonio de aprecio dado a Domeyko por Gay, quien anteriormente había bautizado con el nombre de *Viola Domeykoana* a una especie de violeta descubierta por él en Chile. (3)

Queriendo en esta época el ministro Vial, que

(1) Decreto de 17 de noviembre de 1848.

(2) Gay, Comunicación a la Academia imperial de ciencias de Francia en la sesión de 30 de enero de 1865.

(3) Gay, *Botánica*, tomo 1.º, página 220.

había tenido ocasión de conocer los servicios que Domeyko prestaba al país, hacerle una manifestación solemne de estimación pública, obtuvo de S. E. que dirijiera a las cámaras el siguiente mensaje:

«CONCIUDADANOS DEL SENADO I DE LA CÁMARA
DE DIPUTADOS

«El profesor de ciencias naturales don Ignacio Domeyko posee como extranjero las cualidades necesarias para obtener según nuestra constitución la declaración de ciudadano legal de Chile. Este sabio i virtuoso profesor hace diez años que está dedicado a la enseñanza pública en Coquimbo i en esta capital; i su jenio investigador i laborioso no se ha limitado a la enseñanza, sino que ha emprendido el estudio de la naturaleza física i mineral del país; ha sido autor de varias obras científicas que se han adoptado en la enseñanza superior de la República; es miembro del consejo de la Universidad, i encargado de varias comisiones especiales que le ha conferido el gobierno en ramos concernientes a su profesión.

«El gobierno, bien penetrado de todo, i deseando que el profesor Domeyko se radique en un país, (como él mismo lo desea i lo ha manifestado al gobierno) que justamente le distingue, i de cuyos loables esfuerzos en la enseñanza espera reportar grandes bienes, ha querido anticiparse a solicitar del congreso nacional la gracia especial de natura-

lización en favor de don Ignacio Domeyko, que está en sus peculiares atribuciones según el artículo 6, parte 4.^a, de nuestra constitución política, queriendo con este paso dispensar a Domeyko de los trámites que le sería preciso correr para obtener la naturalización por el otro medio que prescribe la misma carta, haciéndole al mismo tiempo el honor de que es digno.

«Santiago, octubre 23 de 1848.

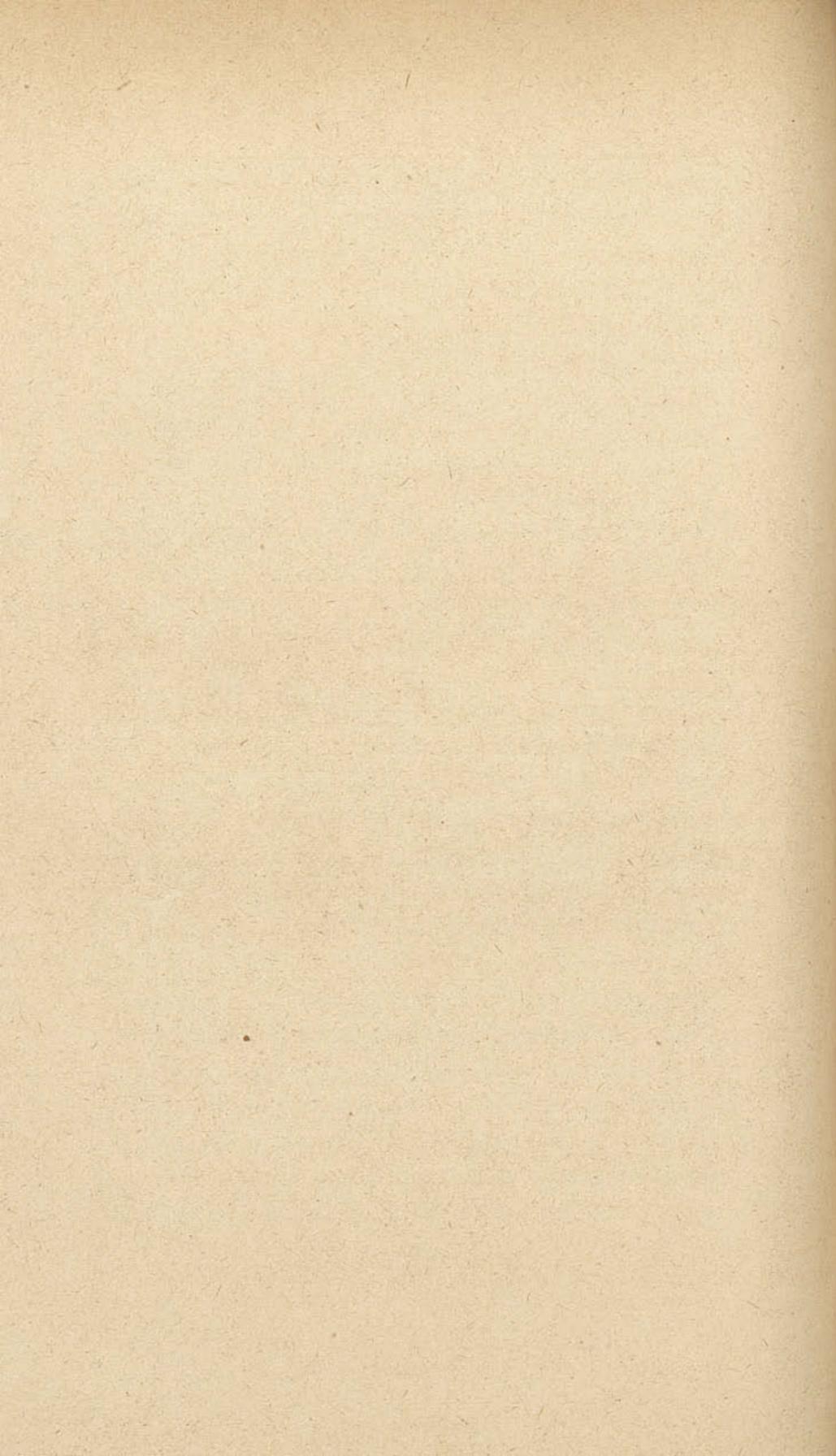
«MANUEL BULNES.

«*Manuel Camilo Vial*».

Las dos cámaras aprobaron inmediatamente i por unanimidad esta indicación del gobierno, que propendía a honrar la ciencia en uno de los individuos que con mas talento i actividad contribuían a difundirla en Chile.

Algún tiempo después, en el mes de julio de 1850, Domeyko confirmaba, por decirlo así, su calidad de ciudadano chileno, casándose con una jóven compatriota nuestra, la señorita doña Enriqueta Sotomayor, i llegando a ser jefe de una familia.

BIBLIOTECA NACI
BIBLIOTECA AMERIC
"JOSÉ TORIBIO MEDI



XIII

En 1847, los mas distinguidos paleontólogos franceses proclamaron con aplauso los adelantos que la ciencia de los fósiles debía a las investigaciones practicadas en Chile por el profesor Domeyko.

Voi a traducir lo que se espuso sobre este asunto en la sesión celebrada por la Sociedad Jeológica de Francia el 1.º de marzo de 1847:

«M. Dufrenoy recuerda que, entre los fósiles provenientes de Chile, enviados recientemente a la Escuela de Minas por el señor Domeyko, se encuentran espiríferos i terebrátulos de un carácter jurásico inequívoco, i aun grifeos arqueados, cuya forma específica no puede dar lugar a duda. No hai, pues, ninguna incertidumbre respecto a la existencia real del terreno jurásico en Chile; i al señor Domeyko pertenece la anterioridad del descubrimiento, porque hace mucho tiempo este jeólogo ha enviado fósiles de esas localidades, anunciando desde las primeras remesas su carácter jurásico. Esta

opinión no fue aceptada al principio en la Escuela de Minas; pero una última remesa ha resuelto definitivamente la cuestión.

«M. D'Orbigny confirma plenamente todo lo que acaba de decir M. Dufrenoy; recuerda aún que ya en 1842, M. Dufrenoy le había comunicado algunos de los fósiles del señor Domeyko, i que esos fósiles fueron publicados el mismo año en la lámina 22 de la paleontología de su *Viaje a la América del Sur* con indicación positiva de yacimiento jurásico» (1).

Para que se comprenda bien la importancia del descubrimiento jeológico de Domeyko a que acaba de aludirse, voi a copiar la introducción de una *Memoria sobre los fósiles secundarios recojidos en Chile por don Ignacio Domeyko i sobre los terrenos a que pertenecen*, escrita por los señores Bayle, i H. Coquand, e insertada en 1851 con lujosas láminas en las *Mémoires de la Société Géologique de France*, segunda serie, tomo 4.º, parte 1.ª

«Desde que el progreso dado a las ciencias naturales, dicen estos autores, ha puesto de relieve la importancia de la paleontología i el socorro que de ella saca el estudio de los terrenos sedimentarios, los viajeros i los naturalistas, a quienes la casualidad o comisiones especiales han dirijido hacia regiones del globo inexploradas o poco conocidas, han recojido con un celo laudable los restos organizados

(1) *Bulletin de la Société Géologique de France*, segunda serie, tomo 4, página 500.

cuyo estudio podía conducir a la clasificación de las capas estratificadas. La América del Norte, gracias a una civilización i a una organización política mas avanzada, ha entrado la primera en la vía de los descubrimientos; i ya los catálogos paleontológicos publicados en los Estados Unidos han registrado riquezas que aumentan notablemente el número de las especies descritas en Europa. Aunque menos adelantada bajo este aspecto, la América del Sur había atraído, sin embargo, la atención de los sabios en 1768, cuando don Antonio de Ulloa señaló conchas petrificadas a dos mil doscientas veinte i dos toesas sobre el nivel del mar en Huancavelica del Perú.

«A fines del siglo último, i principios de éste, Molina i don Luís de la Cruz hicieron conocer la presencia de animales marinos en las cordilleras de Chile. Después, los señores Humboldt, Degenhardt, Darwin, Pentland, Boussingault, Alcides D'Orvigny, Leguillou i otros exploradores los han descubierto en casi todos los puntos de esa porción del nuevo mundo; de manera que puede decirse, jeneralizando, que los terrenos fosilíferos pertenecientes a los períodos paleozoicos, secundarios i terciarios, se han desarrollado desde la Nueva Granada hasta el estrecho de Magallanes.

«Estos descubrimientos han sido, en su mayor parte, el objeto de publicaciones importantes, a las cuales remitiremos a las personas que deseen conocerlos. Nos limitaremos únicamente a hacer

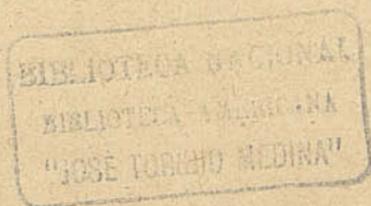
notar que la comparación de las faunas estinguidas de la Europa con las de la América ha permitido verificar en este último continente la existencia *oficial* (permítasenos esta espresión) de los terrenos siluriano, devoniano, carbonífero, triásico, cretáceo i terciario, i que el sincronismo de las formaciones reposa sobre la determinación de una multitud de especies idénticas. Escusado es decir que esta conclusión es independiente de la crítica que con justicia podría quizá hacerse a innovaciones audaces, o a asimilaciones forzadas introducidas por algunos autores sistemáticos.

«Una laguna sola rompía en el nuevo mundo el encadenamiento estratigráfico de los terrenos reconocidos en Europa, a saber, la formación jurásica. Sin embargo, el examen de las figuras de algunas obras, i especialmente de las de Darwin, así como las observaciones con que Mr. E. Forbes acompaña las publicaciones del viajero inglés, demuestran que esta laguna no existe realmente. Pero la incertidumbre, o especie de olvido, en que se ha dejado esta cuestión nace de dos causas. Las personas que se han entregado a la recolección de fósiles, han desatendido con demasiada frecuencia, por desgracia, las leyes importantes de la superposición; i a su vez, los paleontólogos, que en su gabinete se han ocupado en reconstruir los horizontes jeológicos con los materiales reunidos, arrastrados por el espíritu de sistema, o estraviados en sus determinaciones por similitudes de formas, han sido

llevados a separar cosas semejantes, o a atribuir a una sola clase faunas pertenecientes realmente a formaciones distintas. Este peligro era quizá inevitable en comarcas que no había facultad de someter a la prueba de la revisión; puesto que no ha sido siempre fácil el evitarlo en la misma Francia, donde, cuando dos terrenos existían superpuestos en un mismo derrumbadero, en un mismo escarpe, se ha decidido a veces del conjunto por un solo fósil conocido, sin investigar la posición verdadera, que ocupaba la pieza según la cual se había juzgado la cuestión.

«El paréntesis que señalamos en la América del Sur, acaba de ser llenado por las investigaciones i los descubrimientos importantes del señor Domeyko, quien, en los diversos trabajos que ha publicado sobre la mineralojía i la jeolojía de la cordillera de Chile, ha manifestado un talento tan estenso como positivo. Este jeólogo no se ha contentado con recojer fósiles al acaso, sino que también ha descrito con exactitud la naturaleza de las capas en las cuales éstos se encontraban, e indicado sus accidentes i posición relativa, dejando, sin embargo, a paleontólogos mas ejercitados i mejor colocados que él, el cuidado de establecer determinaciones específicas, de operar clasificaciones basadas en un examen riguroso i comparativo, i de trazar así las diferentes formaciones a que dichos fósiles pueden pertenecer».

Los autores de la memoria citada bautizaron con el nombre de *Ammonites Domeykanus* a una magnífica amonita de que Domeyko encontró, por desgracia, un solo fragmento en el camino de Molle a Chañarillo.



XIV

El año de 1848, don Ignacio Domeyko redactó, en unión con don Manuel Antonio Ossorio i don Felipe Antonio Prieto, i por encargo del ministerio de hacienda, un *Informe sobre la reforma de la Casa de Moneda*, que fue incluido entre los documentos anexos a la *Memoria* presentada al congreso nacional en 15 de setiembre, i cuyas acertadas indicaciones se pusieron después en práctica.

Aquel mismo año, dio a luz en los *Anales des Mines* tres memorias tituladas:

—*Mémoire sur le terrain tertiaire et les lignes d'ancien niveau de l'Océan du Sud aux environs de Coquimbo (Chili).*

—*Sur le plomb vanadaté et le vanadate double de plomb et de cuivre du Chili.*

—*Mémoire sur la composition géologique du Chili, à la latitude de Concepción, depuis la baie de Talcahuano jusqu'au sommet de Pichachen, comprenant la description du volcan d'Antuco.*

La tercera de estas memorias, que es la mas

importante, no solo por la extensión, sino también por el asunto, se halla ilustrada con dos láminas, que comprenden diversas vistas i figuras.

El ilustre Humboldt, que ha citado varias veces a Domeyko en el cuarto tomo de su grande obra denominada *Cosmos*, ha dado a éste el calificativo de *laborioso* aludiendo al escrito de que estoi tratando. (1)

Cuando Domeyko visitó a Arauco en 1845, no solo hizo las observaciones referentes a las costumbres i condición de los indijenas de aquella comarca que sirven de tema a la *Araucanía*, sino que también continuó sus estudios jeológicos del territorio chileno, siendo el resultado de éstos el argumento de la tercera de las memorias referidas.

Me parece oportuno extractar aquí uno de los episodios de este interesante viaje científico: la excursión al volcán Antuco.

A su regreso de Arauco, en febrero de 1845, Domeyko concibió el deseo de ir a visitar aquel volcán.

La empresa, sin embargo, era bastante ardua.

Para llegar al volcán, había un solo camino áspero i solitario, distante de los centros de población, que atravesaba por un verdadero desierto, en el cual vagaban algunas tribus indijenas, nómades e independientes.

(1) Humbolt, *Cosmos*, tomo 4, página 687, traducción al francés de Carlos Galuski.

Semejante correría importaba un desafío, a las asperezas de la naturaleza i a los ataques de los bárbaros.

Así era mui difícil proporcionarse los recursos necesarios, i sobre todo, encontrar un guía.

Sin embargo, Domeyko tomó la firme resolución de soportar todas las penalidades, de despreciar todos los peligros, para realizar su propósito.

La raza de Plinio no se ha extinguido en la tierra.

Gracias al auxilio del administrador de la hacienda de las Canteras, Domeyko pudo ponerse en marcha, acompañado de su discípulo don Miguel Munizaga, i de un guía, que arreaba los caballos de repuesto i las mulas de carga.

El 26 de febrero por la tarde, nuestros viajeros llegaron a la aldea de Antuco, la última población cristiana que se levanta hacia los Andes.

En cumplimiento de una orden del intendente de Concepción, el comandante militar de esta aldea puso a disposición de Domeyko a un tal Besera, que, en 1828, había servido de guía para una expedición análoga al célebre naturalista alemán Eduardo Pœppig, el primero que la hubiese emprendido; Domeyko era el segundo.

Besera, entre estos dos viajeros científicos, había ascendido en la jerarquía social.

Cuando había acompañado a Pœppig, era pobre i oscuro; pero, después de aquella época, los servicios que había prestado en las guerras contra los

indios, i las relaciones que mantenía con ellos desde la niñez, le habían valido el título i atribuciones de capitán de amigos con un corto sueldo, i ejercía, en consecuencia, una especie de autoridad sobre los indígenas que vagaban por el territorio de la República, o levantaban sus tiendas en él.

Fuerte i vigoroso, aunque octojenario, era sumamente valiente cuando tenía que habérselas con los hombres; mas sumamente miedoso cuando se trataba del volcán.

Tal se había mostrado con Pœppig, i tal se mostró con Domeyko.

El 27, a la una del día, nuestros viajeros llegaron al Fuerte Viejo, lugar donde en otro tiempo existía el puesto militar mas avanzado que los españoles tuvieron que defender durante tres siglos de luchas contra los indígenas.

Un sol abrasador los forzó a buscar la sombra en una espesura de peumos; pero Domeyko, despreciando el ardor de los rayos solares, se puso a observar las rocas de los alrededores, i sobre todo, a sacar un bosquejo del Antuco, que se destacaba a lo lejos en el horizonte.

El volcán en aquella hora se hallaba en plena ebullición.

Cada ocho o diez minutos, lanzaba grandes bocanadas de humo; i de tiempo en tiempo hacía oír ruidos, como cañonazos tirados a grandes distancias.

Según el testimonio de los indígenas, hacía muchos años que el volcán no tenía una actitud tan

amenazante, como la que había tomado desde algunas semanas.

A puesta de sol, los viajeros avanzaron hasta el Plan de Chancai, donde alojaron.

Domeyko empleó una parte de la noche en observar las erupciones que se repetían cada diez o veinte minutos.

Hacia las diez, habiendo cesado el viento completamente, Domeyko pudo contemplar los fenómenos que siguen:

«Se divisaba desde luego, dice, una luz o llama rojiza, que iluminaba la boca del cráter, i que se elevaba a una altura poco considerable sobre la cima, sin producir chispas, ni arrojar materias incandescentes. Algunos segundos después, se oía un ruido semejante al de un cañonazo; i tres o cuatro segundos mas tarde, se veía salir del cráter una espesa columna de humo, que tomaba en seguida la figura de un cono trastornado, i subía, jirando en torno de su eje, hasta una altura que parecía ser poco mas o menos igual a la mitad de la altura aparente de la montaña. Este humo llegaba a ser cada vez mas i mas claro, i concluía por desaparecer, no dejando en pos de sí mas que una nube, que se cernía ya a una inmensa altura encima del volcán, cuando se veía aparecer una viva luz al borde del cráter, o mas bien algo abajo de su borde. Esta luz, que se percibía desde luego solo como un punto luminoso, no brillaba mas que un instante, i se apagaba en seguida, o reaparecía mas abajo, estendiéndose

con la apariencia de una cinta delgada i contorneada, diversamente colorida. Estos puntos o cintas de luz llegaban rara vez a la mitad de la superficie del cono superior, i no aparecían tampoco en todas las esplosiones i emisiones de humo. En ocasiones aún, el cráter se cubría de una bella luz; i las materias en ignición salían de la abertura lateral situada cerca de la cima, sin que estos fenómenos fuesen precedidos de esplosiones subterráneas».

Los viajeros emplearon los días 28 i 29 de febrero, i el 1.º de marzo, en recorrer las riberas del lago de Antuco i las cordilleras vecinas; i Domeyko especialmente en hacer observaciones i en dibujar vistas, a pesar del estremado calor.

Encontraron al paso algunos grupos de indios, que no los incomodaron, merced a la presencia de Besera, i a algunos obsequios.

En la noche del 1.º de marzo, los viajeros se alojaron al pie del gran cono del volcán.

Éste se mostraba mas calmado que los días precedentes.

Sin embargo, el viejo Besera no se sentía con ánimo de acercarse al único objeto que en su larga vida le había causado un terror indomitable.

Para proporcionarse una excusa que le eximiera de intentar la ascensión, había cuidado desde el día anterior de quejarse de dolores en los pies i en el pecho.

Aquella noche, presentó a Domeyko, junto con su declaración de no poder trepar la montaña por

el mal estado de su salud, un joven pastor de las inmediaciones, que consentía en reemplazarle, i en servir de compañero al mozo de las Canteras.

Besera se ofreció a permanecer en el alojamiento al cuidado de los caballos i de las mulas.

El 2 de marzo, al amanecer, Domeyko, Munizaga i sus dos guías se pusieron a subir a pie por el cerro del volcán, armados cada uno con un fuerte bastón, i provistos de algunos víveres.

Domeyko llevaba además un barómetro.

El sendero por donde tenían que caminar, se hallaba atestado de enormes trozos de roca recién derrumbados, circunstancia que lo hacía en extremo difícil i fatigoso.

La mañana era fría.

El cielo se mostraba claro i despejado de nubes.

Un viento glacial del éste, el *puelche*, entumecía a los viajeros.

El sol comenzaba apenas a despuntar detrás de los Andes, cuando se hallaban ya a una altura de mil ochocientos metros, donde concluía la vejetación.

Domeyko i sus compañeros se detuvieron allí para tomar aliento.

Una hora de camino los condujo en seguida a las primeras nieves perpetuas.

Desde aquel lugar, la empresa comenzaba a ser mas trabajosa.

La superficie de la montaña había llegado a ser mui inclinada, resbaladiza i difícil de trepar.

En aquel punto, se erguía, entre dos enormes

quebradas llenas de nieve, una cresta, que, mas espuesta al sol i al viento que las otras partes de la montaña, quedaba en el estío desprovista de nieves i de hielos.

Nuestros viajeros llegaron por ella a un montón de escorias i materias incoherentes en que se hundían hasta las rodillas.

Desde allí, contemplaban a unos cien metros delante de sí el cono superior del cerro con su cráter, cuya actividad había redoblado desde el amanecer.

«Las esplosiones, dice Domeyko, se sucedían cada diez o quince minutos. A cada golpe, se veía aparecer desde luego un humo blanco medio trasparente, que solo se elevaba a una altura poco considerable; en seguida, otra columna de humo negro que parecía salir del centro de la primera, i que se elevaba con fuerza i rapidez a una altura tres o cuatro veces mas grande, que la del vapor blanco. La salida de esta columna de humo negro era acompañada de un ruido semejante al producido por el vapor de agua que sale por la válvula de una poderosa caldera de vapor. Había al mismo tiempo proyección de gruesas piedras que, cayendo en la superficie del cono superior, rodaban con un estruendo espantoso hasta el borde del gran cono, o que, yendo a caer mas lejos de este borde, no se detenían sino al pie de la montaña, i cerca del lago. De tiempo en tiempo, había también lanzamientos de cenizas i arenas volcánicas, que, arreba-

tadas por el viento hacia el este, iban a caer en los flancos de la montaña».

Un impetuoso viento del sudoeste, i sobre todo hendiduras i derrumbes recién formados, impidieron a los exploradores seguir su camino por aquel lado.

Bajaron entonces de los montones o colinas de escorias que componían el borde superior del gran cono, i siguieron por la nieve el valle circular que separa este borde de la base del pequeño cono superior para buscar hacia el noroeste un cierto punto por donde decían los guías que sería menos dificultoso continuar la ascensión.

En esta situación, el joven pastor, que estuvo al despeñarse, rehusó ir mas lejos.

Domeyko, Munizaga i el mozo de las Canteras continuaron subiendo hasta doscientos cincuenta, o trescientos metros encima de la base del cono superior.

Aquí encontraron los obstáculos serios.

Eran hendiduras de sesenta centímetros a dos metros de ancho, de las cuales algunas tenían mas de quince metros de profundidad, i que atravesaban la masa de hielo mezclado de escorias, que forma la cima del volcán.

Para vencer estos obstáculos, les fue preciso recorrer a lo largo estas hendiduras, cuyos bordes eran mui resbaladizos, hasta que descubrían una parte bastante estrecha para poder pasar; pero,

mas de una vez, se vieron perdidos en medio de un laberinto de grietas, al cual no divisaban salida.

Eran las once de la mañana, cuando llegaron cerca de la cima del volcán.

Entonces les fue imposible avanzar mas.

El viento de oeste, que soplaba en aquella hora con violencia, lanzaba desde el borde del cono superior piedras i escorias, que rodaban en torno de los viajeros con una rapidez i un estruendo aterradores.

Era aquello un cañoneo de Titanes, mas tremendo que el practicado por los hombres en la mas encarnizada batalla.

Sin embargo, Domeyko i sus dos compañeros persistieron en trepar, como podían, i a despecho de todo, por las masas de hielo i de escorias, cuya superficie humedecida i puesta resbaladiza por el calor del sol, que quemaba bastante, los esponía a frecuentes caídas; pero llegados a unos cien metros de la cima, el encuentro de hendiduras impasables, i el aumento de las gruesas piedras que volaban en torno de ellos, los determinaron a limitar allí su ascensión.

Como estuvieran agotadas sus fuerzas, tomaron algún reposo en una cavidad bastante profunda para proporcionarles abrigo.

Una tempestad, que retumbaba sobre sus cabezas; esplosiones, que se sucedían cada diez o doce minutos, i que eran seguidas de ruidos subterráneos i de lijeros temblores de tierra bajo sus pies; una lluvia interminente de piedrecitas i de escorias,

fueron los accidentes que tuvieron que experimentar en su peligrosa bajada.

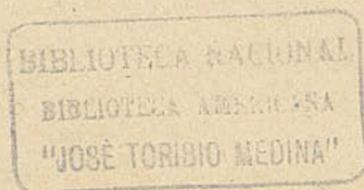
Sin embargo, Pœppig había tenido en 1838 la felicidad de llegar hasta el borde mismo del cráter.

Domeyko i Munizaga, que no se resignaban a quedar atrás, ensayaron todavía una nueva ascensión por otro lado de la montaña con las mismas incomodidades, con los mismos riesgos, i sin obtener lo que deseaban.

Habían tenido el honor de trepar hasta la cumbre del Antuco; pero no el de contemplar la lava hirviendo en el fondo del cráter.

Por lo menos, no había sido por falta ni de voluntad ni de osadía para despreciar la fatiga i el peligro.

Los sacudimientos terribles del volcán habían destruído la ruta de Pœppig.



XV

Don Ignacio Domeyko organizó en 1849 sesiones de las facultades de medicina i de matemáticas en que se leían memorias científicas.

Estas sesiones han continuado celebrándose hasta el día con mas o menos frecuencia.

En las de los meses de junio, julio i setiembre, Domeyko leyó una obra titulada: *Viaje a las cordilleras de Talca i de Chillán*, en la cual había consignado los resultados de una escursión que había hecho en las vacaciones del año escolar de 1848.

Este trabajo, que no apareció en los *Anales de la Universidad* hasta 1850, es un escrito científico i pintoresco en que el sabio puede encontrar noticias diversas de alta importancia; i el literato, poéticas i frescas descripciones copiadas del natural con un gran talento.

Habría bastado para cimentar la reputación de Domeyko como naturalista, i como escritor.

Se halla dividido en tres partes, en las que se tratan los puntos que siguen:

Primera parte.—Configuración exterior de los Andes Meridionales.—Llano intermedio.—Valle del Río Colorado.—Rejión de las selvas i de las nieves perpetuas.—Laguna de Mondaca.—El Descabezado.—Línea divisoria de las aguas.—Jeolojía del valle de la Invernada.

Ségunda parte.—Descripción del nuevo volcán solfatará, aparecido hace dos años en el Cerro Azul, (cordillera de Talca).

Tercera parte.—Cerro Nevado de Chillán.—Valle del Renegado.—Aguas sulfurosas.—Solfataras del Cerro de Azufre.—Lavaderos de oro de la cordillera.

A fin de presentar una nueva prueba del entusiasmo de Domeyko por la ciencia, me parece oportuno ofrecer un extracto de su exploración de la solfatará del Cerro Azul.

El 26 de noviembre de 1847, cayó una fuerte lluvia con truenos i relámpagos, al pie de la cordillera de Talca.

La noche que siguió a aquel día, fue mui oscura i mui lluviosa.

Los campesinos que cuidaban del ganado en las inmediaciones, vieron toda la cordillera *de fuego*, según sus espresiones, i oían a los cerros lanzar *bramidos* continuados, pareciendo producir como tiros i grandes derrumbamientos de peñas, i hacerse pedazos.

El aire estaba impregnado de un olor insoportable de azufre quemado.

No se experimentó, sin embargo, nada que se asemejara a un temblor de tierra.

Aquel temporal de lluvia, truenos i relámpagos duró tres días.

Al fin de este tiempo, cuando el cielo se despejó i se purificó la atmósfera, se notó que unas fértiles vegas llamadas de San Juan, en que cada año solía apacentarse un numeroso ganado, i por donde atravesaba un buen camino que bajaba del portezuelo del mismo nombre, colocado entre el Cerro Azul i el Descabezado, se hallaban cubiertas por inmensos montones de piedras, que parecían ser los escombros de un cerro recién derrumbado.

Aquellas piedras arrojaban humaredas, i despedían un desagradable olor de azufre.

Mas allá de esta primera masa de escombros, se elevaba hacia el portezuelo de San Juan por las gargantas de los dos grandes cerros inmediatos, otra masa semejante, pero de la cual salían humos mas espesos i abultados, que de la de abajo.

Domeyko fue a visitar este estraño fenómeno el 31 de enero de 1849; i nos ha dado una prolija i hermosa descripción de él en la segunda parte del *Viaje a las cordilleras de Talca i de Chillán*.

Habiéndose proporcionado dos guías, se comprometió animoso, por el lado de las antiguas vegas de San Juan, en aquel infernal laberinto de enormes piedras humeantes i fétidas, que ocupaban una estensión que tendría de largo mas de dos leguas;

i de ancho, dos, tres, i talvez en algunas partes, mas de ocho cuadras.

El paseo era de los mas incómodos que pueden imaginarse.

Había que ir saltando de risco en risco por encima de innumerables huecos e intersticios de donde por momentos salía vapor de agua i ácido sulfúreo.

Con frecuencia, alguna piedra mal asegurada se deslizaba de un montón i rodaba levantando gran polvareda.

A cada rato, salían de las mas altas de aquellas piedras, bufidos que lanzaban al aire pequeños conos de humos parecidos a los que producen las válvulas de una máquina de vapor.

Así, en el suelo había la aspereza de los riscos, i el salto de los intersticios que mediaban entre ellos; i en el ambiente, la polvareda i el humo del azufre.

Para remate, un sol ardiente dirijía desde el cielo contra los visitantes rayos de fuego.

A la fatiga del cuerpo, se agregaba la del ánimo, porque, no solo era un subir i bajar, i un volver a trepar i descender, i un continuo atravesar hondonadas, sino que todo esto era preciso practicarlo con una atención la mas concentrada i constante, so pena de una caída que podía ser bien funesta.

Precisamente, al pisar la tierra mas pareja, i que parecía ofrecer el mejor paso, el pie se hundía enterrándose en arenas abrasadoras; i desquiciada por este movimiento la armazón de los fragmentos que componían aquella masa caldeada, rodaban

escombros que levantaban denso polvo, i que destapaban respiraderos ocultos, de los cuales salían precipitadamente bocanadas de vapor, que infestaban el aire, i oscurecían el cielo.

Domeyko había empleado desde la alborada hasta las diez de la mañana en recorrer unas treinta cuerdas de aquella que los antiguos griegos i romanos habrían considerado una de las avenidas que conducían a los infiernos.

Uno de los dos guías había tenido que quedarse atrás, estropeado i falto de aliento.

Domeyko había llegado con el otro al pie de la quebrada de San Juan, que se estiende entre el Cerro Azul i el Descabezado.

Aunque el cansancio era grande, Domeyko no vaciló en subir por la quebrada para continuar estudiando aquel interesante trastorno de la naturaleza.

Lo que siguió encontrando, fue el mismo hacinaamiento de enormes piedras, los mismos repetidos altos i bajos, las mismas explosiones de vapores sulfúreos, los mismos molestos acopios de residuos de combustión.

Así trepó a una altura como de cuatrocientas o quinientas varas sobre el valle, o antiguas vegas de San Juan.

Dejo la palabra a Domeyko para que acabe de referir los incidentes de una correría, en que voluntariamente, i sin otro interés que el de la ciencia, arrostró tantas molestias, i aun peligros.

«Mas de media legua todavía, distaba la parte

central i mas elevada de las solfataras, dice; el aire se sentía a cada paso peor e irrespirable; el viento no penetraba en la quebrada; i de trecho en trecho, salía de algunas aberturas entre piedras, el aire cargado de ácido sulfuroso tan ardiente, que convertía en un momento en carbón el papel metido dentro.

«El calor se hacía inaguantable, atizado por los rayos casi verticales del sol; i como por otra parte no se divisaba nada de nuevo en las alturas, ninguna variación de los fenómenos, ningún indicio de cráter; i me aseguraba mi guía que por otros caminos era posible llegar a la altura del portezuelo, donde se encontraban las solfataras mas elevadas del volcán, me determiné a regresar, apartándome algo del camino por donde había subido.

«Ya eran como las tres de la tarde, cuando empezamos a descender; i en toda la bajada experimentamos mayores penas i trabajos, que en el ascenso. El menor descuido al poner el pie, nos esponía a deslizar sobre piedras i a caer en respiraderos llenos de un aire fétido, que me parecía una mezcla de ácido sulfuroso i de ácido muriático.

«Las fuerzas se debilitaban a cada momento mas; la sed nos abrasaba; i mui luego me separé del hombre que me acompañaba, el cual se apresuró a adelantarse, i fue mas feliz que yo, acertando con la bajada hacia el estero, en cuya orilla pudo reponer sus fuerzas.

«Mas de cuatro horas anduve todavía, errando

en medio de aquellos riscos; i a duras penas logre llegar a la orilla de la citada laguna, cuando las sombras de la noche ya se habían apoderado del valle, i solo en las nevadas cimas de los montes doraba el último rayo del ocaso.

«Un temporal terrible de lluvia, nieve i granizo me detuvo el día siguiente en la Invernada; i era forzoso esperar todavía un día mas para dar tiempo a que se derritiesen las abundantes nieves recién caídas, que cubrieron todo el valle i las quebradas inmediatas.

«El tercer día, amanecieron todavía las faldas de los cerros cargadas de nieve, i solo las vegas del fondo del valle habían vuelto a tomar su color verdè; pero el tiempo ya estaba en calma, el cielo sereno, i todo enmudeció en la naturaleza, aún la tempestad misma, cansada de enfurecerse contra las impasibles peñas».

El 4 de febrero, Domeyko realizó su expedición, por el otro camino que le había indicado el guía, al punto mas elevado de la solfatara, desde donde pudo dominarla en toda su extensión, i formarse idea cabal de lo que era.

Domeyko se confirmó en la opinión que había concebido desde el principio de que aquello era, no un volcán propiamente dicho, sino una solfatara, esto es, un terreno recién conmovido en cuyas hendiduras i huecos se producen sublimados de azufre, i se desarrolla ácido sulfúreo con vapor de agua.

Con razón, pensó que el fenómeno era mui notable e interesante, no solo porque la solfatara del Cerro Azul excedía talvez en dimensiones a todas las conocidas hasta ahora en el mundo, sino también porque era posible estudiarla desde su orijen.

Efectivamente, ha vuelto a visitarla en 1857.

Sé que se propone hacer un tercer viaje a ella, quizá en las próximas vacaciones, o bien en las subsiguientes.

Domeyko ha seguido reuniendo datos para escribir una historia completa i debidamente detallada de esta solfatara.

Don Ignacio Domeyko no visitaba ciudades, aldeas, cortijos, sino cerros, florestas, nieves, lagos, cascadas, ríos.

En su *Viaje a las cordilleras de Talca i de Chillán*, observa una laguna empozada en el cráter de un volcán estinguido, como el agua en una copa; bosques que se empinan unos encima de otros, sirviendo de verde faldellín a la montaña; terrenos que exhalan vapor i humo sulfuroso, como el cañón de una chimenea; rocas de estructura diversa, ya deformes, como si fuesen el producto de una fuerza ciega, ya artísticas, como si hubiesen sido labradas por un escultor; volcanes apagados hace siglos, cuya boca helada está cubierta de nieves perpetuas, etc, etc.

Rara vez palpita la vida humana en las vastas soledades que recorre.

Solo de cuando en cuando aparece el hombre

perdido en un rincón del inmenso cuadro en que figuran únicamente la naturaleza i la ciencia.

Por ejemplo, describiendo las aguas termales que brotan en las inmediaciones de la laguna Mondaca, dice:

«En medio de estos hoyos i montones de piedra rodada, hallé una pequeña choza de ramas secas, medio abierta, que no daba amparo ni contra los hielos de la mañana, ni contra los ardientes rayos del mediodía. En ella, moraban unos cuantos enfermos tendidos sobre el suelo, abrasados por el excesivo calor que hacía, i atraídos a esa soledad i desierto por los maravillosos efectos que a estos baños se atribuyen. Al ver aquella jente débil i de pálido rostro, espuesta a toda la intemperie del clima, donde no se puede encontrar alma viviente, admiré el valor i la fe del hombre impelido a luchar contra todo el rigor de la naturaleza en busca de la salud; i estrañé que, a poca distancia de la capital de una populosa provincia, a unas cuatro o cinco leguas de la mejor madera de Chile, no se hubiese construído en este lugar, tan famoso por sus baños termales, siquiera una casa de abrigo, i no se hubiese compuesto el camino para pasar las dos nevadas cuestas que forman el único trecho incómodo para los viajeros.

«Los enfermos que aquí vienen, permanecen ocho o nueve días, tomando agua i bañándose, los mas atacados de dolores reumáticos, de afecciones al estómago o de enfermedades cutáneas. Al cabo

de este corto tiempo, casi todos, según me han asegurado, se sienten mejor, i vuelven felices a sus casas, si no les sorprende en el camino alguno de aquellos temporales que son tan frecuentes en esta cordillera».

El estudioso viajero no era un anacoreta ambulante.

La falta de comunicación con sus semejantes le pesaba.

Viéndose solo i aislado en aquellos páramos i serranías, la vista del hombre no podía menos de regocijar su corazón.

Véase el trozo siguiente:

«No es exacto lo que se suele oír a los habitantes del llano que el río Lontué nace en la laguna Mondaca. Esta laguna es un gran sumidero de aguas traídas por un río que nace a siete u ocho leguas mas al oriente, i se conoce bajo el nombre de Vertientes o río de Mondaca. El plan del valle de este río se eleva por gradas o escalones; i en cada escalón se ve un llano cubierto de praderías. Hai tres de esos llanos mas estensos, conocidos bajo el nombre de las Vegas de San Juan, Santa Lucía i Santa Juana, cada una de las cuales forma un valle elíptico i ocupa el lugar de algún lago antiguo. Cerros del mismo pórvido de las columnas descritas antes rodean estos valles; i al caer de un valle a otro se estrechan i se allegan unos a otros, dejando en las entradas riscos i precipicios de formas mas caprichosas i estrañas que las que pudiera

inventar la imaginación mas feliz de un pintor entusiasta. Los prismas i pilares del mencionado pórfido llegan en partes a tener apenas ocho a diez pulgadas; i son, por lo común, de tres, cuatro o cinco caras, tan simétricos e iguales, como si fueran cortados a cincel. Millares de estas columnas forman como pórticos enriscados unos sobre otros, las mas mui derechas i verticales, otras encorvadas i estiradas en diversas direcciones, que a veces diverjen en radios i parten del vértice o de algún centro en los costados del cerro.

«En lo mas alto de aquella serie de pilares mui negros, i en parte coronados de nieve, nacen i se descuelgan miles de fuentes i de arroyos, que, reunidos en la principal vertiente abajo, cruzan la vega; i al bajar del último escalón en el valle de Mondaca, producen en repetidos saltos una hermosa cascada, arrojando sus aguas mui cristalinas sobre aquella *brecha* de obsidiana, cuya formación es todavía un misterio para el jeólogo. Fácil es concebir qué efecto produce sobre la superficie de esta roca, tan variada en su estructura i colores, el trasparente río que se desliza sobre ella, puliéndola incesantemente i realzando sus matices con el reflejo mismo de la corriente.

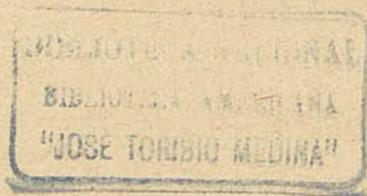
«No sin placer, en medio de estos cerros tan solitarios, que no deslindan sino con un desierto todavía mas solitario que ellos mismos, hallé, en el primer valle que se eleva sobre la laguna, un lindo prado cubierto de animales, una lechería i jente

pastora. Pasé la noche en este lugar; i al día siguiente me dirijí por la orilla del río con el propósito de alcanzar la línea divisoria de las aguas, antes de visitar el Descabezado».

El sabio polaco ha asentado su pie de explorador en parajes donde no se había colocado ningún otro.

Ha sido un gastador en la vanguardia del ejército de la civilización en Chile.

El alemán Eduardo Pœppig había escalado el Antuco antes que él; pero Domeyko, en su escursión a las cordilleras de Talca i de Chillán, ha hecho observaciones en que ningún jeólogo le ha precedido, habiendo sabido espresarlas con un estilo lleno de brillantez i poesía.



XVI

A principios de 1849, don Ignacio Domeyko emprendió una exploración científica a los minerales de Tres Puntas, Cabeza de Vaca i Chañarillo.

En mayo de 1850, Domeyko publicó por encargo del ministerio del interior una *Memoria sobre la colonización en Chile*, la cual trata de las siguientes materias: Introducción.—El verdadero carácter del colono i de la colonización.—Diferencia de la colonización en los Estados Unidos i en Chile.—Verdadero objeto de la colonización en Chile.—Historia de los hechos relativos a la colonización chilena.—Necesidad de una mensura exacta de los terrenos fiscales en las provincias del Sur.—División de los colonos en tres categorías, a saber: los traídos a costa del gobierno, los que vienen de cuenta de particulares, i los que vienen espontáneamente.—Sistema que se debe adoptar para cada una de ellas.

«El objeto principal de la colonización en Chile, mediante la inmigración extranjera, decía Domey-

ko, no puede ser el aumento numérico de la población, sino la educación práctica, la moralización del pueblo, la introducción entre la jente trabajadora del orden doméstico, del espíritu de economía, del amor al trabajo, de los métodos prácticos en la agricultura, adecuados al temperamento i al suelo de las provincias del Sur; en fin, la inoculación de aquella actividad propia de los pueblos septentrionales de Europa, i el asegurar las ventajas que resultan del cruzamiento de las razas, i del hecho de relacionarse una nación con otras lejanas por la sangre i el jenio de sus hijos».

Las medidas que proponía Domeyko para fomentar la inmigración extranjera, eran:

La mensura de toda la parte cultivable de las provincias de Valdivia i Chiloé; —

La aplicación a la inmigración de todas las islas i de todos los terrenos baldíos pertenecientes al estado en la parte austral del continente de Chile, escepto los bosques que por su proximidad al mar i la buena calidad de sus maderas se juzgasen dignos de conservarse.

El transporte de Europa por cuenta del gobierno hasta de ciento cincuenta familias, a las cuales deberían dárselos terrenos, o vendérselos al precio fijo mas bajo posible, invirtiéndose el producto de estas ventas en el auxilio de los mismos colonos;

La esención de toda contribución i del servicio militar por el término de quince o veinte años, decretada a favor, ño solo de los colonos traídos

por el estado, sino también de los traídos por particulares i de los venidos espontáneamente, siempre que cumplieran con ciertas condiciones;

El envío de agentes especiales a Europa para promover la inmigración;

La anticipación de víveres i efectos a los colonos en forma de empréstito;

La organización de un consejo de inmigración, anexo al ministerio del interior, el cual debería entender en todos los asuntos referentes a ella; mantener comunicaciones continuas, tanto con los agentes enviados a Europa, como con los que el gobierno nombrara en los principales puertos del Sur; i cuidar sobre, todo, de los intereses de los colonos, sirviéndoles de intermediario con el gobierno.

XVII

Domeyko ha insertado desde entonces en los *Anales de la Universidad* las siguientes memorias científicas, que voi a limitarme a enumerar, expresando el año de su publicación:

—*Esploración de las lagunas de Llanquihue i de Pichilaguna.—Volcanes de Osorno i de Calbuco.—Cordillera de Nahuelhuapi.*—1850.

—*Nuevo examen i análisis del carbón fósil del estrecho de Magallanes*, por Amado Pissis e Ignacio Domeyko.—1850.

—*Temperamento de Santiago*, que comprende los siguientes párrafos: Introducción.—Presión atmosférica (barómetro)—Temperatura de la capital (termómetro).—Estado higrométrico.—Los vientos reinantes, las lluvias, vapores atmosféricos, etc.—1851.

—*Descripción i análisis de una nueva especie mineral encontrada en Tres Puntas, idéntica con la plata agria hojosa de Del Río.*—1851.

—*De un hidrobórato de sosa, cal i magnesia; especie hallada en los llanos de la provincia de Tarapacá en la costa del Perú.*—1853.

—*Cobre gris platoso de Tres Puntas.*—1853.

—*Felspato de las lavas de los volcanes de Chile.*
—1853.

—*Apuntes mineralójicos sacados del viaje practicado al Norte de Chile en 1849.*—1854.

—*Examen i análisis de las sales que se hallan esparcidas en la superficie del suelo en el desierto de Atacama.*—1854.

—*Sobre la situación, criadero i minerales de las minas de plata de Tres Puntas (provincia de Atacama).*—1855.

—*De la amalgamación americana; cómo ha sido descrita i puesta en práctica por los beneficiadores americanos, i cómo se debe considerar en el estado actual de la ciencia.*—1855.

—*Sobre los trabajos científicos del antiguo profesor del Instituto Nacional don León Crosnier.*—1856.

—*Descripción de varias especies minerales i de algunos productos metalúrjicos de Chile, analizados en el laboratorio del Instituto de Santiago.*—1857.

—*Sobre un rodado de amalgama nativa, especie nueva hallada en las cordilleras de Coquimbo.*—1859.

—*Examen i descripción de un aerolito, caído en Costa Rica el 1.º de abril de 1857.*—1859.

—*Resumen de las observaciones meteorolójicas*

hechas en diversos lugares del país desde Atacama hasta el estrecho de Magallanes.—1861.

De esta memoria, que es muy interesante, resulta que Domeyko es talvez quien ha practicado las observaciones barométricas mas antiguas en la Serena desde 1838.

Luego que vino a establecerse en Santiago, comenzó a hacerlas en esta ciudad.

Desde 1852, ha organizado las siguientes observaciones en la delegación universitaria del Instituto Nacional: observaciones barométricas, id. termométricas, id. de máximo i mínimo de temperatura, id. higrométricas, id. referentes a las direcciones de los vientos, id. a la cantidad de las aguas de lluvia, id. a los temblores.

Para formar un archivo meteorológico, ha cuidado de que todas estas observaciones se conserven orijinales en el gabinete de física del Instituto, uniendo a ellas las que se reciben de varias partes de la República.

Por indicación suya, el consejo de la Universidad ha hecho venir de Europa el numero de aparatos necesarios para establecer un sistema de observaciones en los puntos principales del territorio chileno.

Domeyko ha redactado al efecto una prolija instrucción, la cual será distribuída a los profesores de física de los liceos provinciales, que serán los encargados de hacer las mencionados observaciones.

La carencia de instrumentos científicos en Chile rayaba en la miseria.

El eminente sabio don Rodolfo Amando Philippi, uno de los exploradores mas activos e inteligente de los páramos, despoblados, cerros, yerbas, plantas i florestas de nuestro suelo, refiere en su *Viaje al desierto de Atacama, hecho de orden del gobierno de Chile en el verano de 1853-54*, que antes de emprender su excursión «el doctor Segeth le prestó un barómetro de sifón; i el señor don Ignacio Domeyko le dio un psicrómetro de August; pero no le fue posible encontrar en Santiago un sextante i un cronómetro de bolsillo».

El mismo don Ignacio Domeyko «le comunicó un mapa manuscrito, hecho por un señor Navarrete, en el cual se veían todos los caminos principales i todas las aguas, colocadas como lo he conocido después, en su orden, pero sin dibujo del terreno, i con muchos ríos que no existen».

No había mas.

Continúo la enumeración de las demás obras de Domeyko.

—*Nuevas investigaciones acerca de las gradas en que está cortado el terreno terciario de la costa de Chile.*—1861.

—*Sobre una nueva especie de mineral de plomo yodurado descubierta por el doctor Schwartzenberg en Copiapó, i analizada por Domeyko.*—1861.

—*Excursión jeológica a las cordilleras de San Fernando hecha en el mes de febrero de 1861 por Domeyko i don Wenceslao Díaz.*—1862.

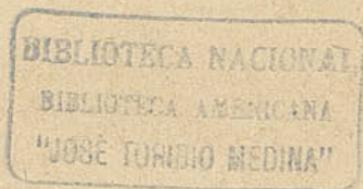
Esta memoria escrita en el estilo del *Viaje a las*

cordilleras de Talca i de Chillán, contiene las materias que siguen: Las mesetas de Talcaregua i de la Isla.—Jeología del valle de Tinguiririca hasta los Baños.—Las aguas termales.—Terreno liásico de las Damas.—Río del Azufre i sus trasquitas.—Solfatara i depósito de azufre del Morro de Azufre (Volcán de Tinguiririca).

—*Ensayo comparativo de dos muestras de guano de Mejillones i de una de Chincha.*—1863.

—*Otra nueva especie de amalgama de las minas de los Boldos en la provincia de Atacama.*—1864.

—*Sobre las grandes masas de aerolitos halladas en el desierto de Atacama cerca de la sierra de Chaco.*—1864.



XVIII

A principios de 1857, el gobierno de Chile tuvo la feliz idea de fundar un periódico trimestral, que tenía por título *Revista de ciencias i letras*, i por principal objeto, el dar a luz artículos serios i meditados en que se dilucidasen asuntos científicos, especialmente aplicables a las necesidades del país.

Por desgracia, este periódico, que tuvo por director a don Antonio Varas, i por redactores a don Andrés Bello, don Salvador Sanfuentes, don Amado Pissis, don Juan Gustavo Courcelle Seneuil, don Diego Barros Arana, don Francisco Solano Astaburuaga, don José Eujenio Vergara, don Rodolfo Amando Philippi i don Carlos Moesta, duró solo un año.

Don Ignacio Domeyko sobresalió entre los redactores por su laboriosidad.

En cada uno de los cuatro números de la *Revista de ciencias i letras*, se encuentra un artículo suyo, bastante estenso, i mui notable por su contenido.

El primero de estos artículos se denomina: *Sobre el sollevamiento de la costa de Chile*, i comprende tres partes, cuyos argumentos son: 1.º Pruebas sacadas de lo que pasa a la vista del hombre i en los grandes terremotos; 2.º Pruebas sacadas de las alturas en que se hallan las conchas modernas; i 3.º Comparación de los fenómenos observados en la costa de Chile con los que se observan en otras partes del mundo.

El mérito de este escrito ha sido proclamado por un juez cuya competencia no puede negarse, el conocido M. Alfredo Maury, en la actualidad miembro del Instituto de Francia, quien se espresa como sigue en un *Informe sobre los trabajos de la Sociedad de Jeografía, i sobre los progresos de las ciencias jeográficas durante el año de 1858*.

«En la América del Sur, Chile se hace notar particularmente por sus rápidos progresos i su desenvolvimiento científico. I en las compilaciones destinadas a popularizar la instrucción i a adelantar nuestros conocimientos, la jeografía bajo todas sus formas encuentra naturalmente un lugar importante. Citaré en primera línea la *Revista de ciencias i letras*, redactada por los sabios mas distinguidos de Chile, cuyo primer número ha aparecido en 1857 en Santiago. Ese número comienza con una memoria sobre el sollevamiento de la costa de Chile, debida a la pluma de un hábil mineralojista, don Ignacio Domeyko, profesor en la Universidad de Chile. La cuestión, de un grande

interés para la jeografía física, es tratada con todos los desenvolvimientos posibles, encontrándose puestos a contribución en ella todos los datos de la jeología. La Universidad de Chile publica también unos *Anales*, cuyos números mensuales suministran en varias partes a la jeografía informes que no pueden ser desdeñados». (1)

Para que se aprecie en toda su importancia la precedente recomendación, conviene que se tenga presente que los sabios como M. Alfredo Maury son en jeneral mui parcos de elojios; i que en el caso citado, se trataba de un individuo a quien no le ligaban relaciones de ninguna especie.

El segundo i tercero de los artículos mencionados de Domeyko llevan los títulos que van a leerse:

—*Publicaciones de algún interés hechas en Alemania sobre la jeografía, historia natural e industria minera de Chile.*

—*Noticia de las publicaciones hechas en Francia sobre la jeografía, jeología e historia natural de América, i especialmente de Chile.*

Estos dos artículos eran los primeros de una serie en que el autor se proponía hacer una reseña crítica de las publicaciones referentes a la naturaleza física de Chile i de las repúblicas hermanas, dadas a luz en los últimos años en Alemania, Francia, Inglaterra i Estados Unidos.

(1) *Bulletin de la Société de Géographie*, cuarta serie, tomo 17.

Desgraciadamente, la suspensión de la *Revista de ciencias i letras* impidió a Domeyko llevar a término un proyecto a cuya prosecución sería de desear volviera a dedicarse.

Sin embargo, puede considerarse una continuación de los dos artículos mencionados el cuarto que insertó en aquella revista con el título de *Estudios jeográficos sobre Chile con ocasión de la publicación del primer tomo de la obra Expedición naval astronómica norte-americana al hemisferio austral en los años de 1849, 1850, 1851 i 1852 por J. M. Gilliss.*

En el primero de estos artículos, relativo a la Alemania, Domeyko juzga con mas o menos extensión las obras de Pœppig, Meyen, Eschholiz, Kittlitz, Müller, Harttaub, Bibra, Presl, Ramnellsberg, Philippi, Petermann i Moesta.

En el segundo, relativo a la Francia, se ocupa de D'Orbigny i de Pissis.

Domeyko no se limita a mencionar los descubrimientos i teorías de estos autores, sino que, por lo jeneral, espresa opinión acerca de lo que dicen, deteniéndose a refutar aquello que estima contrario a los hechos o a la razón.

La lectura de estas composiciones suministra algunos datos para apreciar el carácter de Domeyko.

Agrada desde luego la complacencia de corazón que manifiesta cuando encuentra ocasión de tributar los elojios que merecen, a los sabios eminentes

como Pissis, Philippi i Moesta, que han contribuído tanto al cultivo de las ciencias naturales en Chile.

Domeyko ha dado, así en los artículos citados, como en sus otras producciones, pruebas irrecusables de que su alma no conoce la emulación in-noble.

I no solo ha sabido hacer justicia, i justicia pública i solemne, a sus colegas, sino también a sus discípulos sobresalientes o a otros simples aficionados a la ciencia de algún mérito, a quienes ha estimulado i recomendado siempre que ha tenido oportunidad, según lo comprueban, entre otros ejemplos, las alusiones i recuerdos honoríficos que ha hecho de los trabajos de don Paulino del Barrio i de don Luís Troncoso.

I adviértase que Domeyko, que nunca ha sentado plaza de aplaudidor, se ha mostrado severo, toda vez que en conciencia ha creído deber serlo, como puede verse demasiado en su crítica de la obra de Gilliss, i en las observaciones mas respetuosas, pero no menos categóricas, que ha dirigido a autores tan ilustres como D'Orbigny.

Otra de las cualidades características de Domeyko, que puede deducirse de las memorias que publicó en la *Revista de ciencias i letras*, es su estremada modestia, virtud que no ha cesado de predicar a los jóvenes con la palabra i el ejemplo.

Ya he hablado del importante descubrimiento jeolójico debido a Domeyko, de la existencia del

terreno *jurásico* en la América del Sur, que tanto llamó la atención de los paleontólogos europeos.

El sabio investigador D'Orbigny había creído que no había en la América del Sur vestijios de esta formación antediluviana.

Sin embargo, Domeyko, al hacer un resumen de las teorías jeológicas del eminente naturalista francés, se ha guardado de recordar que él había sido quien primero halló los fósiles que manifestaron la existencia del terreno jurásico en la América del Sur, i quien primero acertó a clasificar estos fósiles, indicando cuál era su verdadero tipo.

Voi a copiar los pasajes a que me refiero, porque son mui característicos.

«En pos de este período llamado *trias*, dice Domeyko, viene en la historia de las formaciones europeas i norte-americanas la época llamada *jurásica*, en la cual, como se sabe, aparecen en la creación de los seres orgánicos los primeros vestijios de mamíferos, e inmenso número de reptiles, los mas raros i extraordinarios, como jamás han pasado por la imaginación del hombre. En vano ha buscado D'Orbigny en las inmensas distancias que recorrió, tanto en Bolivia como en las Provincias Argentinas, terrenos cuyos caracteres mineralójicos o paleontolójicos le diesen pruebas suficientes de la existencia de rocas o formaciones pertenecientes a este período. Solamente por algunos fósiles mandados de Chile, que D'Orbigny ha visto i examinado después de su regreso a Europa, sospechó la

existencia del tal terreno jurásico en Sur América. Mas, juzgando por las colecciones de fósiles recojidos en varias partes por Humboldt, Boussingault, Degenhardt i por los jeólogos de la expedición de Dumont d'Urville, opina que el gran período *cretáceo* se halla en este continente desarrollado sobre una escala mucho mas vasta que en el antiguo, i se estiende desde Colombia hasta la Tierra del Fuego, sobre toda la lonjitud actual de esta América, esceptuando cierta interrupción en el medio».

Mas adelante, Domeyko, aludiendo al mismo asunto, agrega:

«Pocos años después de la publicación de la obra de D'Orbigny, un examen profundo de los fósiles mandados al Colejio de minas de París, sacados del terreno secundario de los Andes, de las provincias de Coquimbo i Atacama, no ha dejado la menor duda acerca de la existencia del terreno jurásico en esta cadena, terreno desarrollado talvez sobre una escala tan vasta, como la que asignaba D'Orbigny al terreno *cretáceo*. Una memoria sobre los mencionados fósiles de Chile publicaron Bayle i Coquand en las *Memorias de la Sociedad Jeológica de Francia* en 1851, acompañando su importante trabajo de láminas litografiadas de todos los fósiles, i descripciones minuciosas de ellos.

«Los fósiles que fueron objeto del estudio de los citados naturalistas, proceden: unos de las cordilleras de Coquimbo, particularmente de las inme-

diaciones de Arqueros, del cerro de Doña Ana i de Tres Cruces; i otros de las de Copiapó, en particular de Chañarcillo, de Manfias i de Jorquera».

Domeyko concluye esponiendo los resultados científicos, nuevos e importantes, a que ha conducido el examen de aquellos fósiles.

Como se ve, no se ha permitido la menor alusión a haber sido él quien primero había descubierto aquellos restos antediluvianos, i quien primero había deducido de su estudio la existencia de la formación jurásica.

¿Habría habido muchos que hubieran dado un ejemplo de tal exceso de modestia?

Pero, si Domeyko se olvidaba de sí mismo, no hacía otro tanto con sus colegas.

Después de esponer las conclusiones de la memoria de Bayle i Coquand, añade:

«La misma opinión confirmó últimamente en su viaje al desierto de Atacama el doctor Philippi, a quien debemos el conocimiento de varios fósiles jurásicos recojidos a cierta distancia de la costa en el camino de Copiapó a San Pedro de Atacama, entre otros, unas esquitas con *posidonias*, que parecen ser idénticas a las de la época de *lías*».

Terminaré las reflexiones que me ha sugerido la lectura de los trabajos publicados por Domeyko en la *Revista de ciencias i letras*, citando su opinión, que él ha practicado toda su vida, respecto de la necesidad de un método experimental i directo para el estudio de la naturaleza.

«Chile, país de hermosas montañas i cordilleras, de selvas vírjenes i áridos desiertos, de todos los climas i rejiones imaginables desde los hielos perpetuos hasta los climas que podrían envidiar los habitantes de las tierras mas amenas i mas ardientes de los trópicos, dice; Chile atraerá siempre con irresistibles encantos, i compensará siempre con nuevos regalos para la ciencia, a todo viajero naturalista que, apartándose de los caminos *reales*, i de las hospitalarias casas i posadas, vaya como Darwin, Pöppig, Gay, Bertero, Pissis o Philippi, a camppear por doquiera en esa inmensidad de objetos que la naturaleza con tanta profusión i variedad derrama en una superficie de ciento cincuenta mil millas cuadradas».

«La tarea de compilador es ingrata, agrega Domeyko. Trabajar en el estrecho recinto de un cuarto lleno de libros i papeles, cuando por la ventana asoma su nevada cabeza algún jigante de los majestuosos Andes; molestar el ánimo i la cabeza descifrando lo que varios viajeros han dicho, o repetido, sin poder poner de acuerdo a unos con otros, o sin poder comprender lo que de un golpe de vista, colgado de un precipicio, o desde la cima de alguna cordillera, ve el viajero; esto es, confieso, un triste destino, espuesto a sembrar yerros e inexactitudes, i a poner en confusión el estudio mismo».

Domeyko ha observado en todas sus obras estas reglas tan pintorescamente espuestas.

Ha examinado la naturaleza, no desde la ventana de su cuarto, sino trepando a las escarpadas cumbres de las cordilleras, recorriendo los valles, aproximándose a los volcanes, descendiendo a las entrañas de la tierra, despreciando el calor, el frío, la tempestad, las erupciones volcánicas, para verlo todo de cerca, de lo mas cerca posible.

Esto es lo que constituye el gran mérito de sus producciones, que son orijinales, i no compiladas.

Por esto, no se escribe en el día ningún gran tratado de mineralojía o de jeolojía sin que se cite a Domeyko, no una, sino varias veces, aun cuando sea un simple libro de ciencia popular i pintoresca, como *La Vie Souterraine* de M. Luís Simonin.

Cuando el distinguido escritor de que hablo estuvo en Chile, trajo cartas de recomendación para el sabio profesor.

El viajero francés refiere en el libro mencionado una de las conversaciones que tuvo con él.

«Don Ignacio Domeyko, director del Instituto Nacional de Chile, (dice) me contó un día en Santiago la historia de algunos descubridores de minas.

«Las mas ricas vetas de plata de este país favorecido, son las de Chañarcillo, descubiertas en 1831. Un montañés, Juan Godoi (que no tenía ningún vínculo de parentesco con el demasiado famoso Príncipe de la Paz) cazaba en los Andes guanacos. Estos rumiantes, de la familia de los llamas,

alpacas i vicuñas, reemplazan en la América del Sur a los camellos i dromedarios. En las minas de plata del Perú, son empleados para trasportar el mineral. El vellón de los camellos americanos suministra además esos excelentes tejidos fabricados en Inglaterra, denominados alpacas.

«Godoi cazaba, pues, guanacos. Un día que, fatigado, se había sentado a la sombra de una roca enorme, llamaron su atención el color i brillo que presentaba una parte saliente. Raspó la piedra con un cuchillo; i viendo que se dejaba cortar como un queso (son sus propias espresiones, que sorprenderán a todos los mineralojistas) llevó una muestra a Copiapó. Los prácticos del país, espertos en el arte de definir los minerales, reconocieron mui pronto que era cloruro de plata. Conocemos la sustancia denominada plata córnea, porque tiene el aspecto del cuerno; pero que los mineros chilenos, en su vocabulario lleno de imájenes, designan bajo el nombre de *plata-plomo*.

«En virtud de las leyes españolas, el descubridor era propietario del yacimiento encontrado. Godoi ofreció la mitad de la mina a don Miguel Gallo, uno de los mas viejos mineros de la provincia de Atacama, cuyos hijos, a quienes he tratado en mis viajes por América, siguen dignamente las tradiciones del padre. El contrato celebrado fue aquel que se ajusta casi siempre en semejante caso. Gallo debía suministrar todo el dinero necesario a la explotación; i los dos socios debían partir las

utilidades. La veta fue solemnemente bautizada con el nombre de *Descubridora*. Por una feliz eventualidad, que se verifica en la mayor parte de las cabezas de filones, se encontró una aglomeración de plata; i desde los primeros días, hubo enormes beneficios. Godoi, como casi todos los descubridores de minas, no quiso aguardar el fin de los trabajos. Arrastrado por la esperanza de encontrar veneros mas ricos, vendió su parte por el precio de catorce mil pesos, vagó algunos años en los Andes, derrochó su dinero, no halló minas, i murió sin un centavo.

«Mientras tanto, la noticia de este brillante descubrimiento había atraído a Chañarcillo una multitud de mineros, que habían venido de todos los parajes de Chile. Así sucede siempre de un polo a otro. ¿Se descubre una mina un poco mas rica que las otras? Pronto, todos los mineros abandonan las suyas para correr hacia el nuevo punto. Se produce un arrastramiento, una fiebre, a que nadie resiste. Los norteamericanos i los ingleses llaman ese movimiento una excitación, i los españoles, usando una palabra mas significativa, furor minero.

«Entre los numerosos chilenos atraídos a Chañarcillo, aquellos a quienes la ciega fortuna concedió desde luego sus dones, fueron dos hermanos nombrados Bolados. Poseían un triste rancho en el valle de Copiapó; i una recua de asnos, a falta de llamas, que les servían para trasportar leña a los

establecimientos, donde se fundía el mineral de plata. Ganaban así con que vivir bastante miserablemente. Apenas llegados a las minas, descubrieron en una grieta, abierta a consecuencia de algún temblor de tierra, quizá durante la formación misma del filón, un enorme trozo de mineral de plata. Era cerca de la mina Descubridora; i el lugar lleva aún el nombre de Manto de los Bolados. Se han extraído solamente de la costra de esa masa (me ha dicho Domeyko, que ha recojido estos pormenores en la misma localidad) mas de sesenta quintales de plata. El núcleo que quedaba, i que hubo que cortar a cincel, pesaba mas de treinta i tres quintales, i se componía de una mezcla de plata nativa i clozurada.

«La extracción, el transporte i la fusión de esa masa de mineral eran tan fáciles, que los Bolados, aunque enteramente desprovistos de conocimientos prácticos i de capitales, llegaron en menos de dos años a sacar mas de setecientos mil pesos en plata. Deslumbrados por tanta prosperidad, no pensaron sino en gozar; i mientras botaban el dinero a manos llenas en Copiapó, que en esa época no era mas que una pequeña aldea; mientras se entregaban al juego, la disipación, la orjía, su mina se agotó de repente. No habían pensado en esa mudanza de la suerte. Vueltos a ser mas pobres que antes de su descubrimiento, no tuvieron siquiera sus asnos».

Entre las cartas de recomendación que Simonin trajo a Domeyko, venía una de Amadeo Burat, a

quien el futuro autor de la *Vida Subterránea, o las minas i los mineros*, debía dedicar su obra.

Domeyko hizo cumplido honor a esa carta, i prestó toda clase de atenciones al portador.

Existe una francmasonería de la ciencia.

Es de advertir que Amadeo Burat tenía un alto concepto de nuestro profesor.

El ilustre sabio francés dice en su *Géologie Appliquée*:

«En las cordilleras de Chile, donde comienza la serie de yacimientos metalíferos, la distinción de los minerales de cobre, de oro i de plata ha sido mui bien establecida por las observaciones del señor Domeyko». (1)

Nótese que otros muchos escritores de reconocido mérito espresan el mismo juicio antes de esponer los hechos o teorías que el actual rector de la Universidad de Chile ha publicado acerca de la jeolojía o mineralojía de nuestro suelo.

El famoso mineralojista norte-americano Dana cita en sus obras mas de cincuenta veces a Domeyko.

(1) Burat, *Géologie appliquée*, tomo I, página 431.

XIX

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

En 1858, Domeyko publicó una segunda edición aumentada i corregida del *Tratado de ensayes*.

Las adiciones consistían en la descripción de varias especies de metales antes desconocidas; en la de diversos métodos nuevos de ensayes, particularmente algunos para minerales i productos metalúrgicos de cobre; en la indicación de las propiedades esenciales de cada metal, sobre todo de aquellas que un ensayador o ingeniero de minas debe conocer, pero que las mas veces no se encuentran en los textos de química jeneral, i que sería difícil buscar en las obras especiales de metalurjia; en la consignación de nuevos datos sobre la naturaleza del carbón fósil de Chile, i de consideraciones relativas al uso de los ensayes por el litarjirio i a la elección de las diversas especies de combustibles en las operaciones industriales; en la mayor extensión dada a las esplicaciones de los ensayes de las materias arsenicales i antimoniales por la vía húmeda, agregándose el método de Pelouze por el

sulf-hidrato de sosa, el de Parkes por el cianuro, i los métodos colorimétricos; en un resumen de las propiedades de la plata que se aprovechan, tanto en las fundiciones, como en las amalgamaciones i ensayos de los minerales i productos metalúrgicos de este metal; en una nueva clasificación de los minerales de plata, que comprende las especies nuevamente descubiertas, i que es mas aplicable a la metalurgia de la plata; en la variación de algunas nociones relativas a los ensayos de ciertas materias cobrizas; en la esplicación de un método para los ensayos de los minerales de níquel; i en la introducción de un artículo referente a la platina.

Estas numerosas innovaciones eran el fruto de los catorce años que, entre la primera i segunda edición de esta obra, el autor había empleado en la enseñanza i en el estudio de los productos minerales de la América del Sur.

En 1860, don Ignacio Domeyko dio a la prensa una segunda edición de los *Elementos de mineralojía*, en la cual incluyó los resultados de sus trabajos i los de varios de sus alumnos hechos en los laboratorios químicos de Coquimbo i del Instituto de Santiago, como también los datos que había recojido en sus viajes a las minas i cordilleras de Chile.

Lo mas notable que traía esta segunda edición, era un cuadro o resumen del *Reino mineral de Chile*, o sea lista de las especies minerales que se habían descubierto hasta entonces en este país, incluidas algunas de los distritos mineros mas aproxi-

mados a nuestro territorio, pertenecientes a las repúblicas vecinas.

Domeyko había necesitado veinte i dos años de laboriosidad i constancia para formar aquella nomenclatura, que ofrecía, «no con la pretensión de presentar una mineralojía completa de Chile, sino un resumen de lo que se sabía, i de lo que se había logrado descubrir hasta ahora en este país, para que los aficionados a la ciencia, los ingenieros i directores de los trabajos de minas, los viajeros i en jeneral todos los que tuviesen ocasión i conocimientos necesarios para hacer colecciones fueran añadiendo a este resumen hechos nuevos, o rectificasen los que se daban por averiguados».

Este resumen del *Reino mineral chileno* formado por Domeyko, manifiesta que las especies minerales mejor conocidas hasta el presente son las de plata, cobre, plomo, níquel, cobalto, hierro i mercurio, cuyas familias son las mas numerosas i completas en Chile; i las menos estudiadas i conocidas, los feldespatos, las micas, anfibolas i en jeneral los silicatos que entran en la composición de las rocas.

Antes de terminar esta segunda edición, Domeyko alcanzó a agregarle un *Apéndice o Adición al reino mineral de Chile*, que comprendía las especies recién descubiertas i analizadas durante la impresión de la *Mineralojía*. (1860).

En la advertencia que precedía a la obra, el autor espresaba el propósito de publicar a fines de cada año, o cada dos años, un apéndice semejante al

anterior en que se consignarían las nuevas especies, a medida que fuesen descubriéndose en Chile, i las nuevas análisis de los minerales conocidos.

«Procuraré insertar en estos apéndices, decía Domeyko, no solamente mis propios trabajos i los de mis alumnos, sino también todas las comunicaciones que con este motivo me hagan el honor de mandarme las personas ocupadas en las minas e ingenios de Chile, i los datos publicados por los sabios en las revistas científicas de ambos mundos. Este será talvez el último servicio que me sea dado hacer en provecho de la juventud i del fomento de las ciencias mineras en Chile».

En cumplimiento de esta promesa, ha dado a luz en febrero de 1867 un «Segundo Apéndice a la segunda edición de la *Mineralojía*,» el cual contiene las materias que siguen: Nuevos descubrimientos hechos en el reino mineral de Chile i de las repúblicas vecinas.—Conocimientos de nuevas especies de minerales, de nuevas localidades en que se han hallado los minerales mas raros, i de nuevas análisis que se han hecho de los minerales conocidos.

Esta obra es el resultado de los trabajos ejecutados en el laboratorio del Instituto Nacional de Santiago, i un extracto de las revistas científicas europeas.

Domeyko atribuye, con fundamento, una grande importancia a la formación de esta nomenclatura del reino mineral de Chile, en la cual se hallan

descritas las especies, i espresados los lugares donde se encuentran.

En 1862, los *Annales des Mines* dieron a luz una memoria de Domeyko titulada: *Notice sur les amalgames natifs trouvés au Chili; extrait de lettres adressées le 21 décembre 1857 et le 14 janvier 1858 à M. Élie de Beaumont.*

En 1864, Domeyko reprodujo en el mismo periódico la memoria que insertó aquel mismo año en los *Anales de la Universidad* sobre las grandes masas de aerolitos halladas en el desierto de Atacama, i publicó además otras dos memorias tituladas:

—*Notice sur quelques nouveaux minéraux du Chili.*

—*Recherche sur la nature de la substance rouge qui accompagne les minerais de mercure au Chili.*

La Academia de ciencias de Francia nombró una comisión, compuesta de los señores Elías de Beaumont i Carlos Sainte Claire Deville, para que informase sobre las memorias de Domeyko relativas a los aerolitos del desierto de Atacama i a las nuevas especies minerales descubiertas en Chile.

Esta comisión presentó su informe en la sesión de 28 de marzo de 1864.

Creo interesante traducir aquí algunos pasajes de este informe, que manifiestan la opinión que han concebido de Domeyko dos sabios tan insignes, como los señores Elías de Beaumont i Carlos Sainte Claire Deville.

«La Academia ha sometido a nuestro examen

(principian diciendo los informantes) dos memorias de don Ignacio Domeyko, antiguo alumno de la Escuela de minas, a quien sus numerosos trabajos han conquistado ya un lugar mui honroso en la ciencia».

Entran en seguida a analizar la memoria relativa a los aerolitos, que consideran la mas importante de las dos, i a la cual dan el calificativo de «excelente trabajo».

«El estudio químico i mineralójico de los aerolitos tiende a adquirir una importancia mas grande a medida que se va aumentando el número conocido de estas piedras singulares (dicen al concluir la análisis de la primera memoria). Uno de los sabios correspondientes de esta Academia, el señor Haidinger, ha dilucidado hace poco el espinoso problema de su orijen. Por su parte, el señor G. Rose ha publicado el catálogo razonado de ciento cuarenta i dos muestras de procedencias diversas que posee el museo mineralójico de Berlín; i es imposible dejar de aplaudir los esfuerzos tentados en esta materia por los representantes de las grandes colecciones francesas. Pero seguramente es una buena fortuna para todos los que se interesan en esta curiosa cuestión, el recibir de un hombre tan competente, como el señor Domeyko, los pormenores mas interesantes sobre la naturaleza de los meteoritis, i sobre las circunstancias de los lugares en que se encuentran».

«Este trabajo (dicen los ilustres informantes,

pasando a dar su juicio sobre el segundo estudio) viene a aumentar las numerosas memorias que el señor Domeyko ha dedicado ya a la jeolojía i a la mineralojía de Chile».

Hacen después un extracto de la memoria.

Al fin, hé aquí la manera harto honorífica para el actual rector de la Universidad de Chile como terminan su esposición:

«En resumen, las dos memorias del señor Domeyko le hacen el mayor honor como jeólogo, como mineralojista i como químico. Revelan en él un celo ardiente, que no han podido enfriar treinta años pasados en tierra estranjera, i lejos de los centros científicos europeos. Los comisionados encargados por la Academia de juzgar este nuevo trabajo hacen indicación para que ella espese al autor su alta satisfacción, i le dirija sus acciones de gracia».

Estas indicaciones fueron aceptadas.

En la sesión de 17 de diciembre de 1867, la Academia de ciencias de Francia recibió una memoria de Domeyko titulada: *Notice sur les séléniures provenant des mines de Cacheuta*, la cual fue encomendada al examen de los señores Carlos Sainte Claire Deville, i Daubrée, e insertada en los *Comptes Rendus* de la Academia.

Domeyko ha remitido hace pocos meses a la misma docta corporación otra memoria sobre una especie mineral que ha descubierto, el yoduro doble de plata i de mercurio, a la cual ha dado el nombre

de *Tocornalit*, en honor del señor don Manuel Antonio Tocornal, a quien pertenecía la muestra de este metal, única en el mundo.

Domeyko ha enviado la mitad de esta preciosa muestra al museo del Jardín de plantas de Francia, i ha depositado la otra mitad en el museo de Santiago de Chile, reservando una pequeña porción de ella para la colección mineralógica del Instituto Nacional.

M. Augusto Rémond de Corbineau, miembro de la Sociedad Jeológica de Francia, autor de una lista alfabética de las conchas fósiles que se han hallado en Chile, con la sinonimia, las localidades i la indicación de los viajeros i los naturalistas que las han encontrado o descrito, cuida de espresar en una advertencia:

«Antes de principiar, tengo que dar las gracias a los sabios i excelentes profesores Domeyko i Philippi, que pusieron sus libros a mi disposición con la mayor complacencia, lo que fue para mí un poderoso auxilio».

I entre los descubridores de esos fósiles cita varias veces a Philippi, Domeyko, Gay, Burmeister, Darwin, etc.

El mismo M. Augusto Rémond de Corbineau dice, en sus *Apuntes sobre los terrenos terciarios i cuaternarios de Caldera i Coquimbo; formación cretácea de Coquimbo*: (1)

(1) Comunicación a la facultad de ciencias físicas i matemáticas de la Universidad de Chile, hecha en marzo de 1867.

«En la corta memoria que sigue, daré una breve descripción de las capas sedimentarias sobre las cuales se estienden los arenosos llanos de Caldera i de Coquimbo, sin tratar de hablar de las mesetas que unas sobre otras se elevan como gradas o escalones en los contornos de este último puerto, pues ya han sido descritas maestramente, primero por Darwin en sus *Observaciones Jeológicas* sobre el solevantamiento de la costa de Chile, i después por Domeyko en los *Anales de las minas* (4.^a serie, tomo XIII).

Don Ignacio Domeyko, no solo descubría fósiles i minerales, i escribía disertaciones jeológicas.

Iba mas lejos todavía.

Procuraba que se ejecutaran operaciones previas para resolver con toda seguridad importantes cuestiones relativas a los mas graves problemas científicos.

Copio una parte del acta del consejo universitario en que se da cuenta de la sesión celebrada el 16 de marzo de 1867.

«El secretario (1) espuso que últimamente había tenido ocasión de hablar con el señor Domeyko del fenómeno del solevantamiento de la costa del Pacífico, i sobre la conveniencia de marcar de un modo bien auténtico en Valparaíso i otros lugares el punto hasta donde llega el mar en la alta i baja marea.

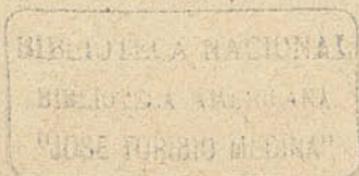
(1) Don Miguel Luis Amunátegui. Nota del editor.

«El señor Domeyko agregó que el asunto sobre que llamaba la atención el secretario era de suma importancia científica, i que, como estaba persuadido de que, en las obras de jeolojía se trataba del fenómeno mencionado con grande inexactitud, había dirigido una nota al señor intendente de Valparaíso para pedirle que encomendara al ingeniero Pinto, al profesor de la escuela náutica Desmadryl i al director de obras públicas Velis, que, bajo la inspección de una comisión de consejales i vecinos respetables, hicieran la demarcación de los puntos a que había aludido el secretario.

«Se acordó que el consejo oficiara al espresado señor intendente, manifestándole la importancia científica de ejecutar el plan que había sido propuesto por el señor Domeyko».

La demarcación se efectuó.

Dejemos tiempo al tiempo para despejar la incógnita.



XX

Tan luego como Domeyko fue nombrado en 1847 miembro del consejo de la Universidad, propuso que el Instituto Nacional de Santiago fuese dividido en dos secciones, destinadas: la una a la instrucción segunda o preparatoria, i la otra a la superior o universitaria.

Las ventajas que atribuía a la realización de este pensamiento, eran dar a la Universidad una intervención mas inmediata i directa en la enseñanza científica, i dividir entre dos funcionarios, para que pudieran ser mejor desempeñadas, las atribuciones demasiado variadas i laboriosas del rector del Instituto Nacional.

El consejo de la Universidad aceptó la idea de Domeyko, i la sometió a la consideración del ministerio de instrucción pública, el cual mandó ejecutarla por decreto de 22 de noviembre de 1847.

Sin embargo, la medida no fue puesta en práctica hasta 1852, confiriéndose, por decreto de 3 de marzo de aquel año, el cargo de delegado universi-

tario o jefe de la sección superior del Instituto a don Ignacio Domeyko, que había sido colocado en el primer lugar de la terna pasada al gobierno por el consejo de la Universidad para la provisión de este empleo.

Numerosos e importantes son los servicios que Domeyko ha prestado a la enseñanza, desde entonces hasta el presente, en el desempeño de este destino.

Ha sido autor exclusivo de varios de los planes de estudios, i ha tenido una parte principal en la formación de los otros.

No solo se ha debido a él la organización, decretada en 7 de diciembre de 1853, de las profesiones de arquitecto, ensayador jeneral, ingeniero de minas, ingeniero jeógrafo e ingeniero civil; no solo ha contribuido al arreglo del plan de estudios de la facultad de matemáticas i ciencias físicas; sino también a los de las facultades de medicina i de leyes.

Domeyko ha fijado, sobre todo, la atención en estirpar los tres defectos en el modo de estudiar en que, a su juicio, incurrían jeneralmente los alumnos de los cursos científicos, i que especificó en la memoria que leyó en la distribución de premios de 1859.

«Ya que me he tomado la libertad de esponer respetuosamente los vacíos i necesidades que se hacen sentir en cada facultad (decía Domeyko en aquella memoria) permítaseme también señalar sucintamente ciertos defectos de que adolece el actual modo de estudiar en esta sección del Instituto: defectos que, en mis mejores años de una vida em-

pleada en la enseñanza pública en Chile, he tenido ocasión de notar en la juventud consagrada a los estudios profesionales.

«Tres son estos defectos, i no poco comunes en nuestra juventud.

«El primero es cierta impaciencia, cierta petulancia que suelen mostrar los jóvenes de capacidad desde que principian a cursar los ramos profesionales, para terminarlos lo mas pronto posible, es decir, para rendir exámenes i *recibirse*. Este defecto, que nuestro digno rector de la Universidad señaló en su discurso del año pasado, tiene graves inconvenientes. Todo estudio profesional, destinado a formar hombres prácticos i especiales, debe ser lento, reposado; no es de la naturaleza de aquellas producciones poéticas para cuyo buen éxito basta a veces un momento de inspiración, o de entusiasmo i exaltación pasajera. Si en la carrera de las letras i bellas artes, un jenio feliz i privilegiado logra abreviar el tiempo que se le impone para su desarrollo, i corta el camino por do quiera, igual tiempo quizá piden las grandes i las mediocres capacidades para los estudios profesionales; con esta diferencia, que las primeras los profundizan con mayor facilidad que las segundas. El tiempo es un elemento, una condición inexorable para estos estudios, los que, en todas partes del mundo, siempre se someten a cierto arreglo fijo i a un número de años determinado.

«El segundo defecto, quizá menos común que el anterior, pero relacionado con él, es la falta de mé-

todo i de cierto orden i arreglo que se deben observar en el estudio, si de él se quiere sacar todo el provecho deseable. Orden i método: hé aquí las condiciones tan indispensables al estudio, que, si se pudiera apreciar debidamente el mérito del alumno al tiempo en que se presenta a las últimas pruebas de grados universitarios, se le debería juzgar, no solamente por el caudal de conocimientos que posee, sino también por el modo i el tiempo en que los ha adquirido.

«Este método i orden consisten: en primer lugar, en que el alumno evite pasar al estudio de cualquier ramo, sin haber cursado los que a este ramo sirven de base i apoyo; en segundo lugar, en que los estudie todos, siguiendo paso a paso las esplicaciones de los profesores, sin perder lección alguna ni dejar vacíos. Un buen alumno reparte i subdivide su trabajo proporcionalmente en todo el año escolar, sin dejar tareas para los días próximos al examen. La falta de esta buena costumbre, saludable, tanto al cuerpo como a la intelijencia de los jóvenes, se hace visible por el gran número de sus faltas a las clases, faltas que se hallan consignadas en el libro de los informes de los profesores, i por el número de exámenes que se rinden al principio i en la mitad del año. ¡Cuántas veces, desgraciadamente, resulta de este defecto, que jóvenes de buena disposición para el estudio, pero confiados en su capacidad o su memoria, i en el tiempo que les queda para estudiar, se descuidan en los primeros meses del

año, i, llegando al cuarto trimestre, abandonan la clase o se enferman, estudiando en un mes lo que, sin mucho trabajo ni grandes quebrantos de cabeza, hubieran aprendido poco a poco, con orden i arreglo!

«El tercer defecto, consecuencia de los dos anteriores, es que, mui a menudo, el alumno da mayor importancia al texto que a las esplicaciones del profesor, i cree que con estudiar el libro compensará las faltas a la clase. Este error, que se observa aún en los jóvenes de buena capacidad e índole, es fruto de la inesperienza. Si los libros pudieran reemplazar a los profesores, bastaría abrir las bibliotecas, suprimiendo las universidades docentes. La ciencia que de palabra i de viva voz se comunica de hombre a hombre, es animada: la ve i oye, la toca el discípulo: ella, en tal caso, no solo se apodera de su intelijencia, sino que también se hace mas apta para la vida práctica social.

«No por eso pretendo que el alumno debe despreciar o abandonar el texto; antes por el contrario, insisto en la necesidad de que lo lea, estudie i compare con los apuntes tomados en la hora de la clase, durante las esplicaciones del profesor. Diré mas: los alumnos de las universidades europeas suelen consultar, no solo el texto adoptado por el profesor, sino también otros textos recomendados por él, cotejándolos con las ideas emitidas en el curso, i poniendo a veces en dificultad al profesor mismo. Esto es lo que yo llamo *estudio universitario*. La introducción i adopción de este método

harían mui pronto desaparecer las quejas que mui a menudo oímos a los alumnos de la instrucción profesional, los cuales alegan que les sobra el tiempo, i que, sin embargo, se les perjudica obligándolos a cierto número de años de aprendizaje».

Gracias a las medidas dictadas o aconsejadas por el delegado universitario, estos defectos de método van haciéndose cada día menos frecuentes en los alumnos de la Universidad de Chile.

Domeyko ha prestado a las escuelas de pintura, escultura i arquitectura, anexas a la sección superior del Instituto, una atención no menos solícita, que a los cursos científicos, procurando, en cuanto de él ha dependido, sus progresos, i empeñándose para que el gobierno envíe a seguir sus estudios artísticos en Europa a los jóvenes que han manifestado aptitudes sobresalientes.

Por indicación suya, el consejo de la Universidad ha establecido en la sección superior del Instituto una pequeña biblioteca o gabinete de lectura, en que se reciben las principales revistas europeas científicas o literarias.

Al mismo tiempo, desde 1847 hasta ahora, Domeyko ha sido comisionado con mucha frecuencia por el ministerio del interior para examinar las peticiones de privilejios exclusivos, e informar acerca de ellas.

Se sabe que estas comisiones no proporcionan emolumentos de ninguna especie, pero sí mucho trabajo i muchas molestias.

Habiendo sido nombrado por decreto de 17 de agosto de 1864 miembro de la comisión revisora del proyecto del código de minería, ha tomado una parte activa en la elaboración de esta importante obra.

Domeyko ha sido igualmente, como se sabe, uno de los individuos mas empeñosos de la comisión designada por decreto de 19 de mayo de 1865 para coleccionar i remitir a la última grande esposición de París los productos naturales e industriales de Chile.

No solo formó una colección de muestras de minerales i de productos metalúrgicos, mui notable por su número, novedad, variedad, riqueza e importancia científica, que mereció ser premiada con una medalla de oro, sino que además la acompañó de un informe esplicativo, que valió al autor la distinción de otra medalla de oro.

Conviene saber que don Ignacio Domeyko llegó a la Serena el 8 de junio de 1838.

Siete meses después, el 11 de enero de 1839, don Andrés Bello publicó el himno a la Pòlonia de Lamennais:

«Duerme, oh mi Polonia, duerme en paz en lo que ellos llaman tu sepulcro: yo sé que es tu cuna».

Domeyko se entusiasmó al leerlo.

¡No era una ilusión!

La voz de su patria resonaba, como una trompeta guerrera, hasta en las rocas i cavidades de los Andes.

El proscrito quiso a don Andrés Bello antes de estrechar su mano i de conocer su trato.

Andando los años, había de reemplazarle en la facultad de filosofía i humanidades, i después en el rectorado de la Universidad.

En 1866, la mayoría de los miembros de dicha facultad, queriendo tributar un homenaje a la memoria del señor don Andrés Bello con la elección de un sucesor que fuese digno de este venerable sabio, se fijó en Domeyko para que llenase su vacante.

Nadie puede haber olvidado el espléndido discurso, tan justamente aplaudido por todos, «sobre la relación que existe entre las ciencias, la literatura i las bellas artes», que leyó Domeyko al tomar su asiento en aquella corporación, i que autorizó plenamente al rector don Manuel Antonio Tocornal para decirle que «le era mui grato saludar en el nuevo miembro de la mencionada facultad a un individuo que reunía las sólidas cualidades del sabio con las brillantes del literato, realizando así en su persona el modelo que, con tanta elocuencia i poesía, había presentado en su bello discurso».

El 29 de setiembre de 1867, el claustro pleno de la Universidad, por una mayoría considerable, designó a don Ignacio Domeyko para ocupar el primer lugar de la terna que debía elevarse al presidente de la República para la provisión del rectorado.

El gobierno se apresuró a confirmar esta manifestación de aprecio i gratitud al sabio eminente

de reputación europea, a quien tanto debe la ilustración de Chile.

Léase la contestación dada por don Ignacio Domeyko al oficio en que se le trascibió su nombramiento:

«Santiago, 12 de octubre de 1867.»

«Señor ministro,

«Con el sentimiento del mas profundo respeto i gratitud, he tenido el honor de recibir de usía la comunicación del supremo decreto por el cual su excelencia se ha servido nombrarme rector de la Universidad.

«Conozco cuán superior a mis alcances i a los débiles servicios que he podido prestar a mi patria adoptiva es el elevado puesto que ocuparon dos de los mas eminentes hombres de América.

«Por lo tanto, pondré todos mis esfuerzos en hacerme digno de tan alta distinción, consagrándome al desempeño de mis deberes i al servicio de la nación que con tanta benevolencia i jenerosidad recompensa a sus fieles servidores.

«Dígnese, señor ministro, aceptar la seguridad del respeto i de la mas alta consideración con que me cabe la honra de ser su mas atento i obediente servidor.

«Ignacio Domeyko.»

«Al señor ministro de instrucción pública».
Domeyko, siempre noble i desprendido, correspon-

dió a la alta distinción que recibía con un nuevo acto de jenerosidad i de celo en favor de la enseñanza.

Me es mui grato hacer conocer del público los siguientes documentos hasta ahora inéditos:

«Santiago, 22 de octubre de 1867.»

«Señor ministro,

«El supremo gobierno, al hacerme el honor de nombrarme rector de la Universidad, ha decidido que el cargo de la delegación universitaria no era incompatible con el del rectorado. Empleado desde el principio del año 1852 en el desempeño de la delegación, me es sumamente lisonjero i honroso continuar la misma tarea, en cuya ejecución he tenido la ocasión de adquirir cierta esperiencia. Solamente me permitirá US. decir que, por motivos que me son enteramente personales, i que estoy lejos de erijir en regla, no me parece propio gozar a un tiempo del sueldo de rector i del de delegado universitario, recibiendo a mas de esto, sueldo por la cátedra de química con los dos tercios del de la clase de física en la sección universitaria del Instituto. Por esta razón, me tomo la libertad de rogar a US. que, por todo el tiempo en que, hallándome con el cargo del rectorado, el supremo gobierno tenga a bien que yo desempeñe la delegación, la totalidad del sueldo que corresponde a esta delegación se emplee en mantener dos alumnos que el supremo gobierno se servirá mandar a Europa con

el objeto de prepararlos para profesores de los ramos profesionales en la sección universitaria.

«Con este motivo, me permitirá US. que someta a su alta consideración algunas observaciones.

«Los estudios de ciencias físicas i matemáticas, aplicadas a la profesión de ingenieros, son los que en el día necesitan mas protección de parte del gobierno. Reglamentados estos estudios por el decreto de 7 de diciembre de 1853, no han producido hasta ahora los resultados que se deseaba obtener, por falta en gran parte del número suficiente de profesores. Actualmente, cada profesor de la facultad de ciencias, tiene a su cargo dos ramos distintos que debe enseñar alternativamente, año por medio. Con esto, nos hallamos en la imposibilidad de fijar una marcha bien arreglada a los estudios, que deben seguir unos a otros, observando el orden mas lójico i natural.

«Hemos tenido un profesor de puentes i caminos bastante exacto en el cumplimiento de sus obligaciones e idóneo para la enseñanza. Cuatro a cinco años de su profesorado dieron a conocer que un solo profesor era insuficiente para desempeñar a la vez todos los ramos profesionales, que en los establecimientos superiores de puentes i calzadas en Europa se hallan a cargo de tres o cuatro profesores.

«Igualmente la esperiencia ha hecho ver que, para la instrucción de los ingenieros de minas, es de toda necesidad tener dos profesores especiales: uno

para la metalurjia jeneral i especial, i otro para la explotación i mensura de minas. Estos dos profesores, unidos al profesor de docimacia i mineralojía, establecerían un arreglo i orden fijo en los estudios aplicados a la industria minera del país, i les darían la estensión conveniente. Un arreglo nuevo de esta naturaleza en la sección universitaria del Instituto es de suma importancia, atendiendo: 1.º a que este establecimiento es el que suministra profesores de los ramos de minería a los liceos de Copiapó i Coquimbo; 2.º a que los profesores de dichos ramos son los que reciben, no solamente los exámenes parciales i finales de los alumnos aspirantes a la profesión de ingenieros de minas en Santiago, sino también los exámenes finales, teóricos i prácticos, de los alumnos de Coquimbo i Copiapó; i 3.º a que la instrucción que recibirán los ingenieros en estos tres establecimientos influirá, no solamente en el progreso de la industria, sino también en todas las reformas que pide el actual código de minería en Chile.

«Todo sacrificio que hiciera el estado para fomentar estos ramos de instrucción pública, no sería excesivo.

«Ahora bien, la mecánica, que sirve de base i auxiliar mas importante a los estudios profesionales de ingenieros civiles e ingenieros de minas, exige que el curso completo de esta ciencia ocupe talvez mas de un año de enseñanza, i se halle siempre acompañado en la clase por trabajos continuos de

dibujo de máquinas i de construcciones de toda especie.

«Los profesores que posee actualmente la sección universitaria en la facultad de ciencias, son los siguientes:

- 1.º De topografía i jeodesia;
- 2.º De álgebra superior i geometría descriptiva;
- 3.º De astronomía i análisis sublime;
- 4.º De química, mineralojía i jeolojía;
- 5.º De física i docimacia (ramos que deberían ser separados, pues el curso de física, según la opinión de la facultad de ciencias debe ser de dos años);
- 6.º De botánica i zoolojía;
- 7.º De farmacia i química orgánica.

«A. mas de las espresadas clases, de las cuales cada una tiene mil pesos de dotación, recibían los profesores de mecánica, de puentes i caminos i de ramos de minería los sueldos siguientes:

| | |
|--|----------|
| Profesor de mecánica i dibujo de máquinas..... | \$ 1,200 |
| El de metalurjia i explotación de minas... | 2,000 |
| El de puentes i caminos..... | 2,000 |

«Si el supremo gobierno, en lugar de contratar profesores en Europa, tuviera a bien mandar allá a los mejores alumnos de matemáticas de la sección universitaria, con el objeto de que se instruyesen en los mejores establecimientos de educación para ingenieros de puentes i caminos de minas, estos jóvenes, después de terminar sus estudios teóricos i

prácticos en dichos establecimientos, volverían dentro de dos años con aptitudes i obligación de organizar i abrir las clases con todo el interés i empeño propios de los buenos hijos de la patria. En tal caso, los cuatro mil pesos que recibían últimamente dos profesores de los últimos ramos arriba mencionados servirían para establecer cuatro cátedras; i el Instituto Nacional no correría el peligro de ver abandonadas estas cátedras con las salidas de los profesores extranjeros al espirar las contratas o antes de la espiración de ellas.

«Convendría, pues, desde luego mandar a Europa dos jóvenes:

«1.º Uno de los que han terminado sus estudios de minería en Chile, i conocen las minas e ingenios metalúrgicos del país. Este joven, si sale de aquí en el mes de enero, tendrá tiempo a su llegada a Europa, para hacer primero un viaje para conocer algunos establecimientos de industria minera en Francia, antes que se abran los cursos en el colejio superior de minas de París. Estos cursos principian en el mes de octubre, i concluyen a fines de abril. Desde el mes de abril de 1869 hasta el mes de octubre del mismo año, podrá tener otra salida a las minas e ingenios de Alemania o Inglaterra; i volviendo al colejio de minas de París a fines de setiembre del mismo año, concluiría el segundo curso en este colejio a fines de marzo. Partiendo entonces a principios de abril de 1870 de París, llegaría en

todo el mes de mayo a Santiago para abrir su clase a principios del mes de junio del mismo año.

«Este joven debería dedicarse a todos los ramos que se enseñan en el mencionado colejio de París, pero con especialidad a la explotación de minas con el objeto de que, si a su vuelta a Chile hai un profesor idóneo para la metalurjia, dicho joven tenga a su cargo la clase de explotación; si no, se encargaría a un tiempo de la enseñanza de la metalurjia.

«2.º El segundo joven debería elejirse entre los que han estudiado la construcción de puentes i caminos con el señor Ballas i los que fueron en seguida empleados, ya sea en la comisión del señor Poisson, (relativa al proyecto del ferrocarril de Concepción), ya en algunos trabajos del cuerpo de ingenieros civiles.

«Este joven debería ser dirijido a la escuela imperial de puentes i caminos de París. Estudiaría todos los ramos profesionales que se enseñan en ella; pero con preferencia el ramo de puentes i ferrocarriles; de manera que, si a su regreso a Chile se halla otro ingeniero civil competente para construcciones hidráulicas, el primero tuviese a su cargo la clase especial de puentes, ferrocarriles i de resistencia de los materiales.

«En los dos años de su permanencia, tendría tiempo el joven, no solamente para asistir a dos cursos en la citada escuela que ocupan el mismo tiempo que los del colejio de minas, sino también

para visitar los trabajos i construcciones de puentes i caminos en Francia i Alemania.

«Estas son las ideas que me atrevo a someter por de pronto a la consideración de US., i que me obligo a desarrollar mas detenidamente, si fuese necesario.

«Dios guarde a US.

«Ignacio Domeyko.»

«Al señor ministro de instrucción pública».

«Santiago, 26 de octubre de 1867.»

«En atención a lo espuesto en la nota que precede, acéptase la renuncia que hace don Ignacio Domeyko del sueldo que le corresponde como delegado universitario, mientras desempeñe el empleo de rector de la Universidad, debiendo aplicarse este sueldo al fomento de alguna de las clases de los cursos de ciencias físicas i matemáticas de la sección universitaria del Instituto Nacional.

«Tómese razón i comuníquese.

«PÉREZ.

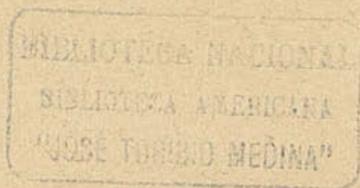
«Joaquín Blest Gana.»

A consecuencia de su nombramiento de rector, Domeyko ha tenido que dejar la secretaría de la facultad de matemáticas, por la cual percibía un sueldo de seiscientos pesos anuales; i como al mismo tiempo ha renunciado a los mil pesos asigna-

dos al empleo de delegado, i el sueldo de rector solo asciende a mil quinientos pesos, la elevación de Domeyko, en vez de ganancia pecuniaria, importa para él una disminución de renta i un aumento de trabajo.

La biografía de Domeyko felizmente no está terminada; su conclusión pertenece al porvenir.

Espero que Dios ha de concederle todavía largos años de vida, i que en ellos ha de seguir prestando nuevos i valiosos servicios a la ciencia i a su patria adoptiva.



XXI

Las diarias i multiplicadas ocupaciones del rectorado no entibiaron el ardor científico de don Ignacio Domeyko. (1)

El hábil profesor había ensayado los metales i analizado las aguas de Chile.

Sin abandonar esa veta, siguió otra.

El guano, a consecuencia de su aplicación a la agricultura, era una sustancia tan digna de estudiarse, como el oro i la plata.

El viejo continente fertilizaba con ella sus tierras agotadas.

El escremento de los pájaros i de los lobos marinos era un valioso artículo de esportación.

Don Ignacio Domeyko publicó en los *Anales de la Universidad*, marzo de 1868, una memoria titulada *Breve instrucción sobre el arte de ensayar i analizar las diversas clases de guano*.

(1) Este capítulo no es mas que una copia de apuntes inéditos hechos por don Miguel Luis Amunátegui. (Nota del editor).

Ese estudio, por su argumento, interesaba a varios países americanos i europeos.

El 2 de junio de 1868, presentó al gobierno una memoria sobre el estado de la instrucción superior en la sección universitaria del Instituto Nacional durante el año de 1867.

El año anterior, había dirigido al ministro del ramo una nota semejante.

Mientras desempeñó el cargo de delegado universitario, hizo anualmente otro tanto.

Nuestro jeólogo insertó en los *Anales de la Universidad*, setiembre de 1868, un artículo titulado *Algunas palabras sobre el terreno en que se hallan huesos de mastodonte en Chile*.

El 13 de agosto de 1868, hubo un gran temblor de tierra, que derribó la ciudad de Arequipa, Arica i otras del Perú, i produjo violentas oscilaciones en el Pacífico, las cuales causaron la avería de algunas naves i la encalladura de otras.

Con fecha 15 de noviembre del mismo año, don Ignacio Domeyko comunicó a la facultad de ciencias físicas i matemáticas una interesante memoria, cuyo asunto está indicado por su título: *Datos recojidos sobre el terremoto i las agitaciones del mar del 13 de agosto de 1868*.

Los fenómenos descritos en ella son exactos; i las observaciones que de éstos se deducen, son lójicas.

La teoría debe apoyarse en hechos bien averiguados; como un edificio, en sólidos cimientos.

Domeyko había ajustado su trabajo a las ins-

trucciones dictadas por él mismo respecto al modo de practicar las observaciones meteorológicas.

En esas instrucciones decía, hablando de los temblores i ruidos subterráneos:

«Esta clase de fenómenos debe ser uno de los objetos principales en que fijarán su atención los observadores chilenos; pues quizás en ningún país se puede hacer un estudio mas interesante de ellos, que en Chile. Mas, para que estas observaciones tengan un resultado positivo para la ciencia, el observador debe, sobre todo, determinar para cada temblor o ruido subterráneo, los hechos relativos al tiempo, dirección, intensidad i naturaleza del movimiento».....

Seguían las reglas referentes a la materia.

I ya que he tocado este punto, considero oportuno copiar aquí el pasaje siguiente de la memoria presentada por el secretario de la Universidad sobre los trabajos de la corporación durante el año de 1867:

«El señor rector don Ignacio Domeyko ha compuesto una memoria bajo el nombre de *Breve instrucción para los que se hallan encargados de hacer observaciones meteorológicas en los liceos i en los diversos establecimientos de educación en Chile.*

«Este trabajo está dividido en párrafos o capítulos que llevan las siguientes denominaciones, las cuales darán una idea de su asunto: *Termómetro. — Psicrómetro. — Barómetro. — Pluviómetro. — Los vientos. — Estado del cielo. — Rayos; Tempestades eléctricas; Electricidad atmosférica. — Otros fenó-*

menos atmosféricos dignos de ser observados.— Temblores i ruidos subterráneos.—La irradiación del calórico nocturno; Frío cenital.—Evaporación del agua.—Ozonometría.—Tiempo, es decir, las horas en que se deben hacer las observaciones.— Dos días al mes para observaciones continuas.— Ventajas i resultados que se pueden obtener del plan propuesto en esta instrucción si se efectúan las observaciones con la debida exactitud i prolijidad.

«Esta memoria ha sido publicada en los *Anales*, i también en una edición separada para distribuirla a las personas a quienes se destina».

Fue reimpressa en 1870 con el título de *Instrucciones para las observaciones meteorológicas*.

«Uno de los fenómenos meteóricos (dice nuestro autor) mas dignos de estudio, i de los que mayor influjo ejercen en la temperatura media i la vejetación del lugar, es la radiación del suelo durante las noches claras i tranquilas, que son tan frecuentes en la parte media i septentrional de Chile».

Imbuído de esta idea, don Ignacio Domeyko imprimió en los *Anales de la Universidad*, enero de 1870, una memoria rotulada *De la radiación nocturna bajo el cielo de Santiago*.—*Observaciones actinométricas*.

Después de la memoria, i antes de las observaciones, puso la siguiente advertencia:

«Aunque incompletas i practicadas en un lugar que talvez no era el mas a propósito para esta clase de investigaciones, he creído útil publicar las ob-

servaciones que vienen a continuación, por ser las primeras que se han hecho en Chile con el actinómetro de Pouillet, i que pueden dar una idea de los efectos que produce la radiación terrestre nocturna en nuestro clima».

Don Ignacio Domeyko ha publicado seis apéndices al *Reino mineral de Chile i de las repúblicas vecinas*.

El primero, en la segunda edición de los *Elementos de mineralojía*.

El segundo en los *Anales de la Universidad*, año de 1867.

De estos dos apéndices, se ha hablado en el capítulo XIX de esta biografía.

El tercero, en los *Anales*, marzo de 1871.

El cuarto, en los *Anales*, febrero de 1874.

El quinto, en los *Anales*, octubre de 1875.

El sexto, en los *Anales*, enero de 1878.

Estos suplementos contienen una descripción de las especies minerales descubiertas en nuestro país i otras repúblicas americanas, con la indicación de las localidades respecto de los minerales mas raros.

Se agregan los trabajos ejecutados en el laboratorio del Instituto Nacional, i extractos de las revistas científicas europeas relativos a ellas.

Estos seis apéndices formarían por sí solos un grueso volumen sumamente interesante para los mineralojistas, jeólogos i mineros, tanto nacionales, como extranjeros.

La actividad intelectual del rector de la Universidad era insaciable.

No se cansaba de ver, de escudriñar, de hacer experimentos.

En setiembre de 1871, dio a luz un *Estudio sobre las aguas minerales de Chile*.

Consta de tres partes precedidas de una introducción.

La primera determina el terreno en que se encuentran las aguas minerales, su altitud, su temperatura; la segunda trata de su composición química; la tercera registra datos mas minuciosos sobre cada una de ellas.

Recuérdese que Domeyko había examinado anteriormente cuál era la mejor agua potable para la población.

Ahora estudiaba la que contenía elementos extraños, capaces de producir una poderosa influencia en el organismo humano.

Un antiguo médico español, el doctor don Antonio Capdevila (citado por don Pedro Felipe Monlau) dice en su libro *Teoremas i problemas para examinar i saber usar cualesquiera aguas minerales*:

«Es digno de llorarse el ver cómo los médicos mandan a los enfermos a tomar aguas minerales sin tener conocimiento de ellas. Lo que sucede, es que muchos mueren, otros se empeoran; i si algunos tienen algún alivio, o se curan, es mas por la casualidad, que por la dirección de los médicos, pues

mandan éstas sin tener idea clara i distinta de su naturaleza i virtudes».

Resulta de la obra redactada por don Ignacio Domeyko que se nota una gran diversidad en la composición química de las aguas minerales existentes en nuestro territorio; i que, entre éstas, se hallan casi todas las especies conocidas en otras partes del mundo.

La obra pedida por Capdevila está escrita por lo que respecta a Chile.

Los médicos pueden i deben completarla.

Toca a ellos recetar el uso de los baños minerales con pleno conocimiento de causa.

Los trabajos científicos de Philippi, Domeyko i de sus otros sabios colegas, impresos en los *Anales de la Universidad*, habían dado un gran prestigio a esta publicación.

En marzo de 1867, don Ignacio Domeyko había recibido una carta de París, en que Elías de Beaumont le pedía una colección de dicha revista.

En julio de 1871, recibió otra de Estados Unidos, en la que Luis Agassiz solicitaba lo mismo.

El 24 de noviembre de 1871, Domeyko redactó un informe sobre el libro *Elementos de jeografía física*, escrito por don Diego Barros Arana, en el cual hace un justo i merecido elogio de este trabajo.

El reglamento del consejo de la Universidad ordenaba que el rector, al espirar su cargo, debía presentar una memoria que abrazase los puntos siguientes:

Una noticia del estado de la instrucción pública al terminar sus funciones;

La enumeración de las mejoras introducidas en este ramo, de los resultados obtenidos en virtud de ellas, i de los obstáculos que las habían contrariado;

Un resumen histórico de todos los acontecimientos que tuvieran relación inmediata con la instrucción pública; i

Una noticia breve de los miembros de la Universidad que hubieran fallecido, i que se hubieran distinguido por su celo en favor de la ilustración.

Don Andrés Bello había presentado dos interesantes memorias de esta especie, llegando los datos consignados en la última hasta el año de 1854.

El mal estado de la salud de este eminente literato, i la prematura muerte de su ilustre sucesor don Manuel Antonio Tocornal, habían impedido que se continuaran las relaciones de que se trata.

Don Ignacio Domeyko, no solo se sujetó al programa trazado por el reglamento, sino que llenó la omisión involuntaria de sus antecesores.

Su *Reseña de los trabajos de la Universidad desde 1855 hasta 1872* es una pieza acabada.

Forma un cuadro completo i animado de la instrucción i de la literatura en Chile durante el período referido.

Los historiadores de nuestro país no pueden menos de leerla i consultarla para sus investigaciones.

En conformidad a lo dispuesto por los estatutos

universitarios, se procedió en claustro pleno el 29 de setiembre de 1872 a la formación de la terna para la provisión del rectorado en el quinquenio inmediato.

Entre setenta i nueve sufragantes, don Ignacio Domeyko obtuvo sesenta i nueve votos para ocupar el primer lugar en ella.

El gobierno nombró a Domeyko.

Con ocasión de un fuerte terremoto acaecido en la noche del 6 al 7 de julio de 1873, don Ignacio Domeyko escribió un artículo rotulado *Del movimiento jiratorio en los temblores de tierra*.

El autor se hallaba en Valparaíso.

«Para dar una idea mas viva de lo acontecido (dice) os llevaré a la morada de los muertos, al cementerio, cuyas columnas i cruces dominan aquella ciudad sumida en negocios i afanes, como para recordarle un porvenir mas tranquilo, rejión de paz i descanso.

«La noche era tranquila; el cielo estaba limpio: silencio en las calles, silencio en la rada i en los cien buques que la mar mecía suavemente. Solo de la ribera venía a largos ratos un ruído sordo de las olas que con su blanda espuma acariciaban la playa del Almendral.

«Pasó la media noche; ya las dos dieron en las torres de la ciudad; un cuarto de hora mas; i despierta a los habitantes un fuerte ruído subterráneo, que terminó en un gran terremoto. En este momento, mientras los cerros, templos i todos los edi-

ficios se estremecen i tiemblan como un azogado, se conmueve el panteón; i sus ánjeles, urnas i blancas estatuas tornan sobre sus bases, i como soldados al mando de su jefe, todos dan vuelta en el mismo sentido hacia la consternada ciudad. A un tiempo da igual seña de vida en la plaza el pesado monumento del héroe de la independenciam, lord Cochrane, quien, en el mismo sentido que los sarcófagos de arriba, jira sobre su pedestal de roca firme, como para echar una mirada hacia la mar, teatro de sus hazañas».

Había algo de Chopin en nuestro escrutador de piedras, que, sea dicho, entre paréntesis, se deleitaba con la música de su compatriota.

Poco tiempo después, Domeyko i el ingeniero francés Ansart visitaron juntos el cementerio de Valparaíso; i con la brújula, metro i plomada en la mano, midieron del modo mas exacto posible los efectos de aquella rotación tan estraña: el vals de los sepulcros.

Efectivamente, las estatuas i mausoleos se habían movido, en aquel lugar de paralización suprema i de inercia eterna, jeneralmente en la misma dirección, que era la del sur, pasando por el oeste hacia el norte.

Mediante su intelijencia i laboriosidad, Domeyko era conocido en Europa i América por los sabios mas ilustres.

En abril de 1874, el rector de la Universidad recibió la siguiente carta firmada por M. Augusto

Daubrée, individuo del Instituto de Francia, director jeneral de minas i director de la escuela de minas:

«Señor rector,

«Tened a bien aceptar, i hacer aceptar al consejo de la Universidad de Chile, la espresión de mi mas profundo reconocimiento por la colección de *Anales* que acabamos de recibir, gracias a vuestra benevolencia.

«La escuela de minas de París ha dejado un buen recuerdo en el corazón de los chilenos que han trabajado en ella. Por su parte, la escuela se felicita de haberles podido ser útil, i de contar entre sus antiguos alumnos al hombre que ha prestado tan eminentes servicios en Chile, al mismo tiempo que a la ciencia, el señor don Ignacio Domeyko. Debo agregar que la escuela se apresurará a hacer la mejor acogida a aquellos a quienes el gobierno de Chile tenga por conveniente recomendarlos.

«Aceptad, señor rector, la espresión de mi alta consideración.

«A. Daubrée».

El vice-almirante Roncière de Noury, presidente de la sociedad francesa de Jeografía, comunicó a la Universidad de Chile que dicha asociación había decidido reunir en la primavera de 1875 un congreso internacional para tratar de asuntos concernientes a su instituto, e invitaba a los chilenos

para que tomaran parte en aquel concilio de la ciencia.

Indicaba igualmente que iba a hacerse una exposición de objetos relativos a la materia.

Remitía al mismo tiempo el programa.

En la sesión del consejo universitario celebrada el 4 de setiembre de 1874, el rector espuso que la facultad de matemáticas i la de medicina habían acordado aceptar la invitación que la sociedad de Jeografía había tenido a bien hacer; i al efecto, habían determinado enviar a la exposición los trabajos siguientes:

Colección de los mapas i viajes de exploración relativos a la costa austral de Chile i a sus islas, ejecutados por oficiales de la marina chilena;

Rectificación de lonjitudes i latitudes de los puntos mas importantes de nuestro territorio;

Distribución de la fauna i flora en el mismo territorio;

Investigaciones sobre la raza indíjena;

Observaciones sobre las enfermedades locales, relativamente a la configuración i variedades del territorio chileno;

Datos sobre las plantas medicinales que produce el país;

Trabajos meteorológicos.

Las mencionadas facultades nombraron para la reunión de estos datos i la preparación de estos trabajos una comisión compuesta de don Ignacio Domeyko, don Rodolfo Amando Philippi, don

Diego Barros Arana, don Francisco Vidal Gormaz, don Alejandro Andoanegui, don Adolfo Murillo, don José Ignacio Vergara, don Wenceslao Díaz i don Enrique Concha i Toro.

Las mismas facultades nombraron delegado para el congreso internacional de las ciencias jeográficas de París a don Amado Pissis, autor del gran mapa de Chile, residente a la sazón en aquella ciudad.

Don Ignacio Domeyko pagó su cuota en aquel banquete de la ciencia escribiendo un *Estudio del relieve o configuración exterior del territorio chileno con relación a la naturaleza jeológica de los terrenos que entran en su composición*, el cual se imprimió en los *Anales de la Universidad*, enero de 1875.

Este trabajo estaba hecho sobre el tema 29 del programa propuesto por la Sociedad Jeográfica de París para el congreso internacional de que se ha hablado: *Faire ressortir les rapports qui existent entre le relief du sol et sa constitution géologique*.

El año de 1876, don Ignacio Domeyko dio a la estampa un trabajo de largo aliento, titulado *Ensayo sobre los depósitos metalíferos de Chile con relación a su jeología i configuración exterior*.

Compuso este importante escrito con motivo de la esposición internacional chilena de 1875, en la cual había sido nombrado presidente de la sección de materias primas.

Dicha obra, que viene precedida de una introducción, comprende tres partes: 1.^a Bosquejo jeológico; 2.^a Depósitos metalíferos; 3.^a Minería.

Forma un libro de bastante extensión; pero está fraccionado en tres entregas de los *Anales de la Universidad*, correspondientes a los meses citados de agosto, setiembre i octubre de 1876.

El distinguido jeólogo publicó, siempre en los *Anales*, febrero de 1870, un *Estracto de las cartas escritas por don Lorenzo Sundt*, ingeniero de minas, al mismo don Ignacio Domeyko.

El autor ha referido el orijen de su opúsculo en la advertencia que copio a continuación:

«El ingeniero don Lorenzo Sundt, de la universidad de Cristianía, vino de su patria Noruega a Chile, con el objeto de hacer un estudio especial del reino mineral de las cordilleras chilenas. A su llegada a Santiago, me obsequió una valiosa colección de los minerales mas raros de Suecia i Noruega, minerales desconocidos en nuestro hemisferio, de cerio, lantano, itrio, colombio, etc.

«He colocado toda esta colección en su nombre en el gabinete mineralójico de la sección universitaria.

«Después de haber visitado algunas serranías del sur, ha viajado por la provincia de Atacama i recorrido una gran parte del desierto de Atacama hasta las altas cordilleras de Juncal, Osandón e Inés. De allí recojió i me mandó una colección mui interesante de fósiles, que actualmente forman

parte de la colección paleontológica de la Universidad, i añadió unas muestras de grandes cristales de cloro fosfato de cal, que descubrió en las serranías de Copiapó.

«Ocupado ahora en la dirección de los trabajos mineros de una de las minas de cobre mas importantes de Chañaral, continúa haciendo estudio profundo de la formación de los depósitos metalíferos i de la naturaleza de los terrenos de aquella rejión poco conocida de Chile, i hace escursiones, en cuanto sus ocupaciones se lo permiten, a diversas partes del desierto, movido principalmente por el amor a la ciencia i por el deseo de ser útil al país.

«Debo a la amistad del señor Sundt las observaciones que en una serie de cartas me ha comunicado, como resultados de sus investigaciones, i que me tomo la libertad de publicar como mui interesantes i útiles para las personas ocupadas en el estudio de la jeología de Chile.

«Ignacio Domeyko».

El 9 de octubre de 1877, se nombró rector de la Universidad por un período legal de cinco años a don Ignacio Domeyko, que había sido propuesto en el primer lugar de la terna formada en claustro pleno por dicha corporación.

Acaba de verse que las cartas de Sundt habían dado tema a Domeyko para elaborar un interesante artículo.

Las de Krull le suministraron material para otro: *Apuntes sobre el depósito de guano de Mejillones, sacados de las cartas escritas por el doctor don Guillermo Krull a los señores Villanueva i Domeyko.*

«La residencia prolongada por muchos años del doctor Krull en Mejillones (dice Domeyko en setiembre de 1878) le ha proporcionado medios de estudiar detenidamente los depósitos de guano, i de adquirir datos que me han parecido mui dignos de publicación en los *Anales de la Universidad*. Me ceñiré principalmente a recopilar lo que en sus notas ha comunicado este distinguido químico, ocupado por la compañía explotadora de las guaneras de Mejillones».

Esta memoria comprende los siguientes capítulos: *El morro i sus inmediaciones.—Las guaneras.—Composición del guano i de las materias que lo acompañan.*

Iba ilustrada con un plano del desierto de Atacama.

Conviene notar que posteriormente Domeyko hizo publicar algunas correcciones i observaciones que don Guillermo Krull había hecho a los *Apuntes* mencionados.

A lo que entiendo, eran erratas de imprenta o rectificaciones que nuevos estudios habían obligado a hacer en los datos enviados antes.

Para terminar con el guano, agregaré que el 12 de enero de 1881 don Ignacio Domeyko pasó al

ministro de hacienda un concienzudo informe sobre *Análisis del guano de Lobos*.

Las faenas de la ciencia no eran parte para que el rector de la Universidad olvidara las obligaciones de su alto puesto.

El 17 de noviembre de 1879, don Ignacio Domeyko i don Francisco de Borja Solar presentaron al consejo un plan de estudios, destinado especialmente a los alumnos que desearan prepararse para llegar a los cursos superiores de ciencias matemáticas i físicas.

Los *Elementos de mineralojía* compuestos por don Ignacio Domeyko tuvieron un tercera edición hecha en Santiago el año de 1879.

El autor fue completando su obra, como lo había ejecutado con la edición anterior, por medio de agregaciones sucesivas.

En enero de 1881, escribió un primer apéndice titulado *Nuevas investigaciones en el reino mineral de Chile i de las repúblicas vecinas*.

En el acta del consejo universitario, fecha 18 de diciembre de 1882, se lee lo que sigue:

«El señor rector puso en conocimiento del consejo que el ingeniero don Guillermo Krull le había enviado un interesante plano del morro de Mejillones hasta punta Angamos, en que se señalan las líneas de antiguas playas i datos mui importantes relativos a los depósitos de guano.

«El señor rector añadió que se proponía insertar este trabajo en un nuevo apéndice a la *Mineralojía*,

que contendría noticias sobre los últimos descubrimientos mineros en la rejión del norte.

«Se acordó que el apéndice a que aludía el señor rector fuese publicado en los *Anales*, i que se mandara litografiar el plano mencionado».

Ese segundo apéndice se insertó en la entrega correspondiente a junio de 1883.

En dicho trabajo, se discurría, entre otras cosas, sobre la asociación de las diferentes especies mineralógicas amorfas en las diversas minas de Chile, lo cual ofrece mucho interés para lo que podría llamarse la mineralojía práctica.

«Este ha sido el principal objeto (decía el autor) de las investigaciones que prosigo desde mas de cuarenta años en Chile, i que se refieren principalmente a los estudios de los minerales de plata, de cobre i de plomo».

Principiando por Arqueros, Domeyko había logrado sucesivamente examinar i señalar en Chile los mas interesantes agrupamientos de las varias especies metálicas platosas i de sus criaderos.

Ahora describía otras diversas combinaciones de minerales de plata, provenientes de otras minas recién descubiertas, o nuevamente exploradas, algunas de las cuales, entre las últimas, habían sido trabajadas por los indíjenas, según podía conjeturarse.

I ya que hablo de la plata, no creo una indiscreción referir que en conversaciones privadas he oído a Domeyko espresar que, según su convicción, había

en nuestro territorio mas oro del que se suponía jeneralmente.

Eso sí que, para estraerlo, era indispensable estudiar las combinaciones metalíferas i abaratar la explotación del precioso metal.

En todo esto, había mucho que ensayar.

Estoi seguro que Domeyko ha emprendido trabajos serios sobre el particular; pero ignoro hasta qué punto haya logrado un resultado positivo en sus manipulaciones.

Vuelvo a repetir que, según su opinión, había mucho que hacer en este sentido.

Esta indicación puede hacer el oficio de la mano pintada en una pared o una puerta para indicar el camino que debe seguirse para llegar a un punto que se busca.

A fines de 1882, don Ignacio Domeyko solicitó su jubilación «por haber servido durante mas de cuarenta años continuos diversos empleos del ramo de instrucción superior, estar sirviendo actualmente los de rector de la Universidad i de profesor en ella de las clases de química inorgánica, mineralojía, jeolojía, i de docimacia i química analítica, tener al presente ochenta años de edad, i hallarse por esta causa impedido para continuar desempeñando los predichos empleos».

El gobierno accedió a su solicitud, según resulta de la resolución espedida por el presidente don Domingo Santa María i su ministro don José Eugenio Vergara, fechada el 6 de octubre de 1882.

Tal exención no fue obstáculo para que se le nombrase rector de la Universidad por un plazo de cuatro años, contados desde el 8 del mes citado.

Es de advertir que el quinquenio que debía durar el rectorado, estaba reducido a un quadrenio por una disposición anterior.

Debe tenerse presente que sus colegas de la Universidad le habían colocado en el primer lugar de la terna, i que, consultado por el gobierno, había espuesto que, no obstante su natural deseo de gozar del descanso que se le había concedido, estaba pronto a prestar sus servicios a la nación, mientras viese que ellos podían ser útiles.

Domeyko se había conquistado el aprecio de todos los sabios que habían viajado por Chile o por las repúblicas vecinas.

Luis Agassiz le había tratado con particular distinción durante su pasaje por Santiago.

Antonio Raimondi le cita con elogio en sus obras.

El doctor Ochsenius le dirijió una carta desde Alemania sobre el *Orijen de los depósitos de sal jema i de las salitreras de Atacama i Tarapacá*, que Domeyko se apresuró a hacer insertar en los *Anales*.

Domeyko cuidó de presentarle ante los lectores.

«Muchos años ha pasado ejerciendo su profesión de ingenieros en Chile el doctor Ochsenius (dice); i aquí ha dejado gran número de amigos, que aprecian sus servicios prestados al país. Estuvo ocupado principalmente en la dirección de los trabajos mi-

neros de los depósitos de carbón fósil de la provincia de Concepción. El gabinete mineralógico i jeológico de la Universidad de Chile en Santiago posee un mapa jeológico estenso de los depósitos carboníferos de Lota, levantado por él, i también una valiosa colección de las sales de la mina Stassfort obsequiada a la Universidad.

«Consagrado a los estudios e investigaciones jeológicas, el señor Ochsenius reside actualmente en Marburg, i, como cónsul chileno, presta servicios desinteresados e importantes, sobre todo, a los chilenos que, con el objeto de perfeccionarse en sus estudios profesionales i de conocer la Alemania, emprenden viaje a Europa.

«Entre los trabajos publicados nuevamente por el doctor Ochsenius se recomiendan:

«1.º Una memoria *sobre la formación de los depósitos de sal jema*. (Dresde, 1878)

«2.º *Estudio jeológico i orográfico de Utah*, publicado en 1882 en la *Revista de la sociedad jeológica alemana*».

Hé aquí otra carta referente a un asunto científico.

«*Mina San Miguel, 1883.*

«Señor don Ignacio Domeyko.

«Acompaño a ésta una pequeña reseña en la que manifiesto una nueva teoría sobre la formación de los depósitos de guano.

«En caso que mi esposición pareciere a usted merecer la publicación, suplico a usted se sirva darle lugar en los *Anales de la Universidad*.

«Esta reseña forma parte de una obra en cuyo arreglo estoi ocupado desde algún tiempo, i que oportunamente comunicaré a usted. Como todos mis trabajos conciernen a esta República, cuyo huésped he sido ya por largo tiempo, he resuelto publicarla en ésta.

«Aprovecho la ocasión para suscribirme de usted S. A. i S. S.

«*Doctor Pedro Sieveking*».

Domeyko accedió al deseo de su correspondiente.

Don Lorenzo Sundt le dirijió también una interesante comunicación titulada: *Estudios sobre el lavadero de oro de Casuto i un hundimiento de la costa*.

Advertiré de paso que, según una nota puesta al pie, «Casuto es una aldea del departamento de Petorca, situada en una quebrada de la serranía de la costa, a veinte o veinte i tres quilómetros hacia el noroeste del puerto de los Vilos. En la quebrada que sirve de asiento a esa aldea, i en los vecinos derrames, se encuentra oro de mui buena lei, i en ellos se han recojido pepitas hasta de mas de un quilógramo de peso. Estos lavaderos, descubiertos en el último tercio del siglo próximo pasado, dieron orijen a dicho pueblo».

Don Ignacio Domeyko insertó en los *Anales de la Universidad*, enero de 1884, su *Tercer Apéndice al reino mineral de Chile, el Perú, Bolivia i la República Argentina*.

Los suplementos mencionados deberían agregarse a una cuarta edición de la *Mineralojía*.

Los tres apéndices en que me ocupo, como los seis de que he hablado antes, componen un libro especial por referirse esclusivameete a productos mineros de Sur América.

Es verdad que el conjunto de esos cuadernos presenta el ingrato aspecto de un yermo desolado, donde solo se divisan piedras brutas, sustancias poco atractivas i áridos guarismos; pero esos objetos desagradables ayudan de seguro para conocer la constitución del globo terráqueo, i pueden quizá suministrar tesoros inmensos a los que sepan esplotarlos.

No se olvide lo que ha sucedido con el guano i el salitre, sin que pretenda insinuar por esto que Domeyko ha tenido alguna parte en su descubrimiento i aplicación.

¡Ojalá hubiera principiado mas temprano sus trabajos sobre el oro!

¡Cuántas veces le he visto inclinado sobre el fuego i el crisol, no por codicia, sino por amor a la ciencia i anhelo del engrandecimiento del país!

La marmita en que hervía el gran problema, le daba algún resultado, pero no el que apetecía.

¿No producirá nunca mas que humo i ceniza?

La vejez es un reumatismo incurable, decía Chateaubriand, uno de los autores favoritos de Domeyko, cuyo estilo le encanta.

El venerable rector de la Universidad conserva su mente clara en un cuerpo sano; pero la edad que lleva a cuestas le fatiga.

Esa cruz, cada día mas abrumadora, no admite Cirineo.

Aunque con pesar, se vio forzado a dimitir su empleo.

El acta del consejo universitario estendida el 4 de junio de 1883, contiene el pasaje siguiente:

«Se dio cuenta de un oficio del señor ministro de instrucción pública, por el cual se acepta a don Ignacio Domeyko la renuncia del cargo de rector de la Universidad.

«Con este motivo, el secretario hizo indicación para que se pasara al señor Domeyko, a nombre del consejo, un oficio en que se le dieran las gracias por los importantes i prolongados servicios que ha prestado a la corporación en particular, i a la enseñanza pública en jeneral.

«Esta idea fue aceptada por unanimidad.

«Don Aníbal Pinto propuso que el consejo invitara a aquellos de sus miembros que pertenecen a la cámara de diputados para que, si como lo esperaba, hallaban justo el que se hiciera una manifestación de gratitud pública a un sabio como el

señor Domeyko, presentasen a la cámara un proyecto de lei por el cual se asignase al mencionado señor una renta de seis mil pesos anuales, incluso lo que perciba por jubilación, renta de que gozará dentro i fuera del país.

«Los señores Huneeus i Amunátegui don Miguel Luís, consejeros a quienes había aludido el señor Pinto, declararon que, por su parte, aceptaban gustosos la invitación.

«Los demás señores consejeros se adhirieron a la indicación del señor Pinto por unanimidad».

En conformidad al acuerdo contenido en el acta anterior, el decano de la facultad de teología, don Joaquín Larraín Gandarillas, obispo de Martirópolis, que presidía el consejo, pasó a don Ignacio Domeyko, el siguiente oficio:

«Santiago, 5 de junio de 1883.

«El consejo de instrucción pública, en sesión de ayer, ha acordado por unanimidad manifestar a usted su agradecimiento por los importantes servicios que usted ha prestado al consejo en especial i a la enseñanza pública en jeneral.

«Al tener el honor de trasmitir a usted el precedente acuerdo, permítame usted agregar la expresión del sentimiento con que he sabido la noticia de la renuncia de una persona cuya cooperación

ha sido tan valiosa en la dirección de los estudios públicos.

«Dios guarde a usted.

«JOAQUIN LARRAIN GANDARILLAS, decano de la facultad de teología.

«*Miguel Luis Amundtegui*, secretario jeneral.

«Al señor don Ignacio Domeyko».

Hé aquí la contestación del exrector:

«*Santiago, 11 de junio de 1883.*

«Ilustrísimo señor,

«Mui superior a los servicios que Dios me ha permitido prestar en la instrucción pública a mi patria adoptiva, durante la época mas larga i mas feliz de mi vida, ha sido la honrosa manifestación que, en su sesión del 4 del corriente, el consejo de instrucción pública se ha dignado hacerme. El benévolo acuerdo de los señores del consejo que su señoría ilustrísima se ha servido comunicarme, me alienta, a pesar de mi edad, a perseverar en mi tarea de estudio i de enseñanza, que ha sido siempre mi verdadero placer.

«Ruego a vuestra señoría ilustrísima se digne espresar al consejo de instrucción pública mi mas profunda i decidida gratitud, i aceptar la seguridad del respeto i de la mas alta consideración con

que me cabe la honra de ser, de su señoría ilustrísima, el mas obediente servidor.

«Ignacio Domeyko.»

«A su señoría ilustrísima, don Joaquín Larrain Gandarillas, obispo de Martirópolis, decano de la facultad de teología».

Los señores Hunceus i Amunátegui cumplieron con el mejor éxito su mandato, según consta de los documentos que a continuación se copian:

«Honorable cámara de diputados,

«Creemos escusado, por ser demasiado sabido de todos, entrar a mencionar los numerosos e importantes servicios prestados al país durante cuarenta i seis años continuos por don Ignacio Domeyko, ya como profesor de ciencias naturales en el liceo de la Serena, en el Instituto Nacional i en la Universidad; ya como individuo de muchas i variadas comisiones científicas, que se le han encomendado por el gobierno; ya como autor de gran número de memorias i de libros que han aprovechado a Chile en el interior i en el exterior; ya como miembro de la Universidad i del consejo de instrucción pública; ya como delegado universitario; ya, en fin, como rector de la Universidad por mas de quince años.

«En 1848, el congreso nacional, a propuesta del presidente de la República, concedió a don Igna-

cio Domeyko, unánimemente, i en recompensa de los servicios que hasta entonces había prestado, la ciudadanía chilena por gracia especial.

«Desde esa fecha, el señor Domeyko ha continuado prestando al país servicios aún mas valiosos, si es posible, que los prestados antes de ella.

«El consejo de instrucción pública, que se ha hallado en situación de apreciar íntimamente los merecimientos de tan ilustre sabio, ha invitado a los infrascritos para que, en uso de su iniciativa de diputados, propongan la concesión de una recompensa nacional a tan distinguido i laborioso ciudadano, cuando, fatigado por el trabajo i la edad, ha tomado la determinación de buscar el reposo que le es necesario, solicitando, sin embargo, continuar en la tarea de la enseñanza en cuanto sus fuerzas se lo permitan.

«Los infrascritos se han apresurado a aceptar este honroso encargo de sus honorables colegas, lisonjeándose con la esperanza de que, al proceder así, interpretan fielmente los sentimientos de los miembros de ambas cámaras i de todos los que en este país estiman, como corresponde, los servicios prestados a la ilustración i a la ciencia.

«Fundándonos en lo que queda espuesto, sometemos a vuestra deliberación el siguiente proyecto de lei:

«Artículo único.—Concédese, en recompensa de sus servicios, al ex-rector de la Universidad de Chile, don Ignacio Domeyko, una renta anual vi-

talicia de seis mil pesos, incluso lo que se le ha asignado por jubilación, renta de que podrá gozra dentro i fuera del país.

«Santiago, 7 de junio de 1883.

«*Miguel Luis Amunátegui.—Jorje Huneeus*».

El cuerpo legislativo acojió la idea.

El poder ejecutivo le dio también su aquiescencia.

«Por cuanto el congreso nacional ha prestado su aprobación al siguiente proyecto de lei:

«Artículo único.—Concédese, en recompensa de sus servicios, al exrector de la Universidad de Chile, don Ignacio Domeyko, una renta anual vitalicia de seis mil pesos, incluso lo que se le ha asignado por jubilación, renta de que podrá gozar dentro i fuera del país.

«I por cuanto, oído el consejo de estado, he tenido a bien aprobarlo i sancionarlo; por tanto, promúlguese i llévase a efecto como lei de la República.

«Santiago, julio 13 de 1883.

«DOMINGO SANTA MARIA.

«*José Ignacio Vergara*».

El hogar doméstico del sabio jeólogo estaba medio despoblado por la muerte i por la ausencia.

Su querida e interesante esposa, doña Enriqueta Sotomayor, había fallecido dejándole tres hijos: Hernán, Casimiro i Ana.

Esta última se había casado con un primo hermano, don León Domeyko; i se había domiciliado en Europa.

El proscrito polaco fue asaltado por el deseo vehemente de ver su antigua patria, su familia, sus amigos.

Quiso repasar su juventud, la cual deja siempre su perfume en los lugares donde ha trascendido, como la flor deja su fragancia en el lugar donde ha lozaneado.

Cuando se supo positivamente el viaje proyectado, a propuesta de don Jorge Huneeus, que le había sucedido en el rectorado de la Universidad, se colocó en la sala del consejo un retrato de Domeyko, pintado por el distinguido artista italiano don Juan Mochi.

¡Se le tributaban honores en vida!

El día que salió de Santiago, le acompañaron hasta la estación del ferrocarril sus amigos i discípulos, una muchedumbre.

El joven estudiante don Julio Puga le dirigió un elocuente discurso a nombre de sus compañeros de colejo.

Al tiempo de partir el tren, los concurrentes prorrumpieron en estruendosos gritos: ¡Viva Domeyko! ¡Viva Chile! ¡Viva la Polonia!

Una comisión de sujetos respetables le fue acompañando hasta Valparaíso.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORISIO MEDINA"

XXII

Hemos vivido algunos años bajo el mismo techo que don Ignacio Domeyko; i por lo tanto, podemos hablar de su vida con pleno conocimiento de causa. (1)

Don Ignacio Domeyko es una mezcla de sabio, de cristiano i de poeta, la cual da a su persona i a su conversación un atractivo especial.

Su cerebro es propiamente un templo en cuyo altar mayor está colocado Dios; i en los otros laterales, a la derecha, la ciencia; i a la izquierda, el arte.

La primera vez que le visitamos, el distinguido profesor de mineralojía estaba leyendo con suma atención el drama de Calderón titulado *La aurora en Copacabana*; i había quedado atónito al llegar a un pasaje en que el insigne vate español espresa que el sol es la sombra de Dios.

—¡Cuál será la luz que circunda al sér de los

(1) Don Miguel Luis Amunátegui publicó este artículo en el *Mercurio de Valparaíso*, fecha 23 de mayo de 1884, poco antes de partir Domeyko para Europa.

seres, exclamaba Domeyko estasiado, cuando el sol es su sombra!

Aunque esencialmente relijioso, está mui distante de ser uno de aquellos fanáticos intransijentes que niegan el pan i el vino, la mano i el habla a los que piensan de diverso modo que el suyo.

Nada de eso.

Don Ignacio Domeyko es sincero i profundamente tolerante.

En mas de una ocasión, ha dado espresivas muestras de consideración i aprecio a Philippi, a Agassiz, a Courcelle-Seneuil, a Vendel-Heil i otros sujetos de creencias diferentes, a quienes hemos visto sentados a su mesa.

Como escribimos de memoria, sin tener tiempo de confrontar apuntes, vamos a referir a la lijera algunas noticias biográficas que hemos recojido en diversas ocasiones de boca misma del eminente sabio que se despide ahora de nosotros para ir a visitar la tierra natal, aunque con el firme propósito de volver a Chile, si Dios le concede esta gracia, como él lo dice con los ojos llenos de lágrimas i la voz ahogada por los sollozos comprimidos.

Don Ignacio Domeyko nació el año de 1802 en Lituania, provincia o gobierno de Nissik, distrito de Novegraden, donde su padre don Hipólito Domeyko ejerció el cargo de juez.

Perdió su padre, cuando aún era niño.

Quedó al cuidado de su madre doña Carolina Ancuba de Domeyko.

Tenía un hermano i una hermana mayores que él, i un hermano i una hermana menores.

Los cuatro han fallecido ya.

—Soi, dice don Ignacio, el que ha vivido mas de mi familia; ninguno de mis hermanos, i ninguno de mis deudos que yo sepa, ha pasado de los setenta i seis años.

Tuvo por paisano, por condiscípulo, por camarada de proscripción i por amigo íntimo al poeta Adan Mickiewicz, que había nacido en Novegraden el año de 1798.

Domeyko contaba solo diez años cuando, en 1812, vio desfilar a una parte del brillante ejército que Napoleón I conducía contra la Rusia.

Este es el hecho mas antiguo de su vida cuyo recuerdo conserva.

Contempló entonces por primera i última vez al príncipe mariscal de Francia José Poniatowski, que iba capitaneando un cuerpo de treinta mil polacos.

El espectáculo de tantos hombres que llevaban vistosos uniformes i lucientes armas de todas clases, i que arrastraban centenares de cañones, i que marchaban al son de la música con las banderas desplegadas al viento, inflamó el ánimo del niño, e hizo que después, en los bancos del colejio, soñara con la esperanza de verse alistado algún día en un ejército semejante para libertar a la aherrojada Polonia.

Las palabras inflamadas de Mickiewicz fomentaban estas disposiciones belicosas.

Así, los dos tomaron parte activa en las turbulencias contra las autoridades rusas de los estudiantes de la universidad de Vilna, la cual tenía por rector a un sacerdote, tío del poeta.

Mickiewicz i Domeyko sufrieron por ellas duras persecuciones i estuvieron en la cárcel.

El primero de los dos amigos fue confinado a otro lugar.

El segundo se contó entre los pocos estudiantes de la universidad de Vilna, a quienes se dejó vivir en el campo de su provincia.

Mickiewicz i Domeyko continuaron comunicándose por medio de cartas.

Don Ignacio fue naturalmente uno de los mas calorosos admiradores de las producciones poéticas que labraron la reputación de su camarada en el mundo literario.

I ha de saberse que siempre le ha tributado un verdadero culto.

Cierto día que quiso darnos un señalado testimonio de afecto, nos obsequió un ejemplar de uno de los poemas de Mickiewicz, que tiene el mérito de llevar en la primera página una dedicatoria autógrafa del donante.

Domeyko sabía de memoria las estrofas de la *Oda a la juventud*.

I a la verdad eso no tenía nada de estraño, puesto que todos los polacos ilustrados, i aún muchos que

no lo eran, la repetían de igual modo; i que, como refiere un escritor francés, principiaron la insurrección de 1830 cantando sus últimas estrofas.

Don Ignacio Domeyko, joven a la sazón de veinte i ocho años, había resuelto acudir al llamamiento de lo que él consideraba su deber de patriota.

Estaba aguardando la oportunidad de hacerlo, cuando, a fines de mayo de 1831, acertó a pasar, por delante del fundo donde él residía, una división de lanceros mandada por el entoncee coronel Deseado Chlopowski, que había sido ayudante de Napoleón I.

Esos soldados iban cantando con voces varoniles la canción nacional de Polonia, cuya primera estrofa hemos oído muchas veces repetir a Domeyko en polaco i en castellano, i a veces al son del piano, porque él sabe tocar esa pieza, que sumerje su alma en un éstasis inefable.

«La Polonia no está perdida,—mientras nosotros vivamos.—Lo que nos han arrancado con el sable,—con el sable lo recobramos.

El joven Domeyko no pudo contenerse.

Corrió a pedir la bendición a su madre; i sin pérdida de tiempo se alistó en uno de los escuadrones de la división Chlapowski.

De este modo, hizo la corta pero desgraciada campaña que, en vez de romper, aferró las cadenas de su desventurada patria.

A principios de 1832, Domeyko se reunió en Dresde con Mickiewicz; pero, a consecuencia de las

apremiantes reclamaciones de la Rusia, fueron obligados a salir, no solo de la Sajonia, sino aún de la Alemania.

Los dos amigos buscaron entonces un asilo en Francia.

Don Ignacio Domeyko llevó en París una vida de estudio, de retiro i de trabajo.

Vivía en el quinto piso de una casa, pues sus modestos recursos no le permitían ocupar un alojamiento mejor.

Embebido su ánimo por el hábito de una fuerte concentración natural, salía amenudo de su habitación para practicar una diligencia cualquiera, i a poco rato, tenía que volver para buscar el libro, el lápiz, el papel, el dinero, que había dejado olvidados en ella.

La portera decía chistosamente a este respecto:

M. Domeyko tiene mui buenas piernas, pero mui mala cabeza.

Don Ignacio Domeyko ha sido i es todavía un caminante infatigable.

Durante su vida, ha andado a pie leguas de leguas, examinando rocas i tierras por montes i por valles.

En París, hacía frecuentes escursiones por la gran ciudad i sus cercanías.

Cuando algún polaco le preguntaba por Domeyko, Adan Mickiewicz le contestaba siempre:

Yo no sé bien donde está ni dónde para; pero

si usted desea verle, puede esperarle en esta esquina, i pronto le verá pasar a todo escape.

Domeyko contrajo en París relaciones estrechas con el jeneral Lafayette i con Elías de Beaumont, de quien tenía preciosos autógrafos, que nos ha obsequiado.

El año de 1837, don Ignacio Domeyko fue contratado por el gobierno de Chile para enseñar la química, la mineralojía i otras ciencias naturales en el instituto o liceo de la Serena.

Se despidió entonces de no menos de cuatrocientos emigrados polacos que residían a la sazón en París.

Hace pocos días hemos oído decir a don Ignacio que de todos no sobrevivían ya mas que unos treinta, entre otros el poeta Bohdan Zaliski, con el cual ha mantenido correspondencia, i que, como él, ha alcanzado a los ochenta i dos años.

El nuevo profesor hizo su viaje por la vía de Buenos Aires al través de la pampa i de la cordillera.

Pasó por el boquete de Uspallata precisamente a fines de mayo de 1838, esto es, en el mismo mes en que siete años antes había partido de su tierra natal.

En estos lijeros apuntes, no queremos mencionar ni las obras publicadas por Domeyko, ni los valiosos servicios que ha prestado al país, porque hemos consignado todos esos datos en una estensa

biografía suya, publicada hace tiempo, la cual no nos proponemos repetir en esta ocasión.

Lo que procuramos ahora, es retratar al hombre mas bien que al escritor, al sabio i al maestro.

Don Ignacio Domeyko ha buscado i encontrado la poesía en medio de sus investigaciones mas áridas i fatigosas, como se descubren vetas de plata oro en los cerros mas empinados i desnudos de vejetación.

Después de comer, le veíamos pasearse en el balcón corrido de la casa que habitábamos, para contemplar el cuadro espléndido pintado por el sol, que se ponía en un mar de púrpura i el cuadro no menos sorprendente que aparecía por el lado opuesto en la cumbre de los Andes.

Sus pies habían recorrido espacios sin fin.

Sus ojos se paseaban también por un cielo sin linderos.

Todas las noches don Ignacio Domeyko leía alternativamente, para descansar de sus abrumadores trabajos del día, las comedias de Calderón en castellano, los dramas de Shakespeare en inglés, las tragedias de Racine en francés, las obras de Goethe en alemán.

Según su opinión, Goethe es el artista mas consumado en materia de estilo que ha leído jamás.

Don Hipólito Domeyko falleció cuando don Ignacio contaba solo ocho años.

Conforme a la costumbre de Polonia, el anillo del padre debía pasar a su hijo primojénito.

Este anillo, al mismo tiempo que podía servir de sello, significaba que su propietario era elector i elejible para toda especie de majistratura, por elevada que fuese.

Doña Carolina Ancuba de Domeyko murió el mismo año de 1831 en que nuestro protagonista salió de Polonia para su larga peregrinación.

El jeneral don Manuel Blanco Encalada, durante su última permanencia en París, remitió de Europa a don Ignacio Domeyko el anillo de su padre, que había llegado a pertenecerle por haber dejado de existir su hermano mayor, i el anillo de su madre, que la familia le enviaba como un recuerdo de inestimable valía.

Don Ignacio Domeyko lleva hasta ahora consigo ambos anillos.

Nuestro ilustre maestro, que no es supersticioso, hace, no obstante, observar que salió de Polonia a fines de mayo de 1831, que llegó a Chile a fines de mayo de 1838 i que va a alejarse de Chile a fines de mayo de 1884.

Espera regresar a su patria adoptiva, que ama tanto, como a su patria natal, a fines de mayo de alguno de los próximos años.

Vamos a terminar este artículo, refiriendo un rasgo que nos parece digno de notarse por lo característico.

Don Ignacio Domeyko ha dejado su casa de

Yungai arreglada i dispuesta, como si fuera a hacer un viaje de unos cuantos dias.

Los libros quedan colocados en los respectivos estantes.

La colección de minerales permanece en los correspondientes armarios.

Los muebles guarnecen los aposentos en la misma forma que antes.

La cama queda hecha, como si el dueño de casa fuera a tornar mañana.

Un criado que le ha servido diez i seis años, está encargado de barrer i de sacudir el polvo.

Don Ignacio Domeyko volverá.

Lo aguardamos



Permítase al editor agregar unas cuantas palabras para terminar esta biografía.

Falta en ella una fecha, la fecha fatal, la campañada fúnebre del reloj eterno que pone fin a la existencia humana; i es indispensable llenar ese vacío.

Cuando el viajero regresó a Chile, don Miguel Luis Amunátegui había muerto.

Domeyko le estimaba tanto, que no se atrevió a visitar a su familia, i escribió a ésta una afectuosa carta de pésame.

La última hoja de la vida del hombre acomoda-

do es una página de piedra: la lápida sepulcral, en que se graban jeneralmente su nombre i apellido, la fecha de su nacimiento i la de su muerte.

Completemos el epitafio.

Don Ignacio Domeyko falleció en Santiago el 23 de enero de 1889 a la una de la tarde.



BIBLIOTECA
BIBLIOTECA
MUSEO TORIBIO

ÍNDICE

I

| | Pájs. |
|--|-------|
| Introducción.—Ojeada jeneral sobre la vida de don José Manuel Borgoño..... | 5 |

II

La revolución de la independencia es la escuela en que se forman nuestros capitanes i estadistas.—Afección de don José Manuel Borgoño a la milicia; es nombrado cadete de artillería; estudia matemáticas en Santiago.—Comienza a prestar sus servicios en el ejército.—Campana de 1814.—Don José Manuel Borgoño recibe el bautismo del fuego en la batalla del Membrillar.—Combate de Tres Montes.—Pasaje de Río Claro.—Batalla de Quechereguas.—Esterilidad de la campana de 1814.—El ejército patriota marcha hacia el enemigo.—Tratado de Lircai.—Derrota de Rancagua.....

| | |
|--|----|
| | 13 |
|--|----|

III

Los gobiernos de Ossorio i de Marcó promueven con sus vejaciones el espíritu de independencia en Chile.—

| | |
|--|----|
| | 53 |
|--|----|

Don José Manuel Borgoño resuelve alistarse en el ejército libertador.—El teniente coronel don Ramón Freire se apostaba con un destacamento en el paso del Planchón.—Borgoño escapa afortunadamente de ser fusilado por Miguel Neira, i se incorpora al destacamento de Freire.—Don José Manuel Borgoño toma parte en el sitio de Talcahuano.—Sorpresa de Cancharrayada.—Batalla de Maipo.—Combate en el callejón i casas de Espejo.—Gratitud que se debe a los guerreros de la independencia.—Don José Manuel Borgoño es promovido al grado de teniente coronel el 13 de abril de 1818, i nombrado comandante jeneral de artillería en el ejército libertador del Perú el 8 de noviembre del mismo año.—Importancia creciente de la artillería en la guerra de la independencia..... 29

IV

Espedición al Perú.—Entrada del ejército libertador en Lima.—Remisión a Chile de las banderas tomadas por los españoles en Rancagua.—Don José Manuel Borgoño renuncia el cargo de presidente de la junta de secuestros.—Es nombrado miembro de la lejión de mérito i de la orden del sol; se le asciende al grado de coronel efectivo; se le nombra jefe del estado mayor del ejército del centro.—Amistad que le profesa el jeneral San Martín.—Una carta de don José Manuel Borgoño a su esposa doña Mercedes Vergara i dos del mismo a don Bernardo O'Higgins fechadas en el Perú, en las que da cuenta de los sucesos políticos ocurridos en dicha república..... 57

V

Don José Manuel Borgoño regresa del Perú a Chile.— Es nombrado brigadier el 9 de noviembre de 1825.

| | |
|---|----|
| —Archipiélago de Chiloé.—Espediciones contra esta provincia: batalla de Bellavista..... | 75 |
|---|----|

VI

| | |
|--|----|
| Guerra de vandalismo promovida por los hermanos Pablo i José Antonio Pincheira.—El brigadier don José Manuel Borgoño es nombrado jeneral en jefe del ejército de operaciones en contra de ellos.—Dificultades de la campaña.—Ventajas obtenidas en ella.—El vicepresidente don Francisco Antonio Pinto nombra a don José Manuel Borgoño ministro de guerra i marina.—Parte en que el jeneral en jefe del ejército de operaciones del sur recomienda a sus compañeros de armas..... | 85 |
|--|----|

VII

| | |
|---|----|
| Don José Manuel Borgoño toma posesión del ministerio de la guerra i marina el 2 de agosto de 1827.—Reducción de los grados superiores en el ejército.—Id. en la armada.—Patriotismo de Pinto i Borgoño al dictar las dos leyes mencionadas.—Fijación de reglas para los ascensos militares.—Recompensas a los oficiales de las fuerzas de tierra i mar que, habiendo prestado servicios en la guerra de la independencía, habían quedado sin colocación en el ejército i armada.—Establecimiento de la corte marcial..... | 95 |
|---|----|

VIII

| | |
|--|--|
| Cesación de las hostilidades.—El gobierno anuncia que los emigrados pueden tornar a sus hogares.—Indulto concedido a Pincheira i sus secuaces.—Los campos devastados vuelven a ser cultivados.—Renovación de la guerra.—Don José Manuel Borgoño es nombrado jeneral en jefe del ejército del sur con retención del | |
|--|--|

ministerio.—Dificultad de rechazar las incursiones de los Pincheiras.—Parte oficial de la campaña.—Construcción de fuertes en los boquetes de la cordillera... 107

IX

Don José Manuel Borgoño vuelve a hacerse cargo del ministerio de guerra i marina.—Formación de dos cuerpos, uno de caballería i otro de infantería, denominados, el primero *escuadrón del orden*, i el segundo *batallón de la constitución*.—Venta de buques i supresión de empleos.—Proyecto para derramar la instrucción en el ejército.—Don José Manuel Borgoño renuncia el ministerio.—La enfermedad le impide tomar el mando del ejército del sur..... 125

X

Partidos en que está dividida la República.—Alto concepto de que goza el jeneral Borgoño en el bando liberal.—Es dado de baja en el ejército.—Se le reduce a prisión.—Don José Manuel Borgoño entra en la vida privada.—Se le nombra ministro plenipotenciario de Chile en España para entablar negociaciones relativas al reconocimiento de la independencia del país.—Juicio de don José Miguel Infante acerca de don José Manuel Borgoño.—El plenipotenciario chileno celebra un tratado de paz i amistad entre Chile i España.—El presidente don Manuel Bulnes le nombra ministro de guerra i marina.—Medidas tomadas para rechazar la espedición que en España preparaba el jeneral don Juan José Flores contra la república del Ecuador.—Trabajos i proyectos del ministro de guerra i marina.—Fallecimiento de don José Manuel..... 137

EL CORONEL ESPAÑOL DON JOSÉ ORDÓÑEZ

| | <u>Pájs.</u> |
|--|--------------|
| El coronel español don José Ordóñez..... | 155 |

DON IGNACIO DOMEYKO

| | |
|------------|-----|
| I..... | 184 |
| II..... | 189 |
| III..... | 199 |
| IV..... | 209 |
| V..... | 219 |
| VI..... | 225 |
| VII..... | 231 |
| VIII..... | 239 |
| IX..... | 245 |
| X..... | 263 |
| XI..... | 269 |
| XII..... | 277 |
| XIII..... | 291 |
| XIV..... | 297 |
| XV..... | 309 |
| XVI..... | 321 |
| XVII..... | 325 |
| XVIII..... | 331 |
| XIX..... | 345 |
| XX..... | 355 |
| XXI..... | 373 |
| XXII..... | 405 |

